

El Séptimo punto de Selleck

Myriam Imedio

Como cada invierno desde hace veinte años, Vera recibe un sobre anónimo con una partitura de piano. Trastocada por la misiva, la periodista española residente en Los Ángeles, sube al desván para oxigenar sus pensamientos. Lo que no imagina es que entre un sinfín de cajas desordenadas encontrará una vieja cinta de vídeo que despertará sus anhelos, miedos y sentimientos olvidados. El fortuito hallazgo le hará recordar el origen de las primeras partituras, el motivo que la sumió en una profunda depresión, las sesiones con la misteriosa psiquiatra Cristina Pozo y el descubrimiento de El Séptimo punto de Selleck, una pintura que decora la consulta de la doctora.

A través del cuadro, Vera desnudará los secretos que le han ocultado desde que nació, así como los temores de Cristina, que la incitará a investigar la vida del artista americano Larry Selleck. Un joven desconocido que besará la cima del panorama artístico con una colección de puntos; convirtiéndose en el inesperado fenómeno Selleck.

Dos historias paralelas condenadas a cruzarse. Mentiras piadosas y verdades que duelen. Una melodía, un cuadro y un secreto que cambiarán el destino de todos, para siempre. ¿Y si El Séptimo punto de Selleck fuera tu punto de partida?

OceanofPDF.com

Myriam Imedio

El Séptimo punto de Selleck

ePub r1.0
Titivillus 23.04.2022

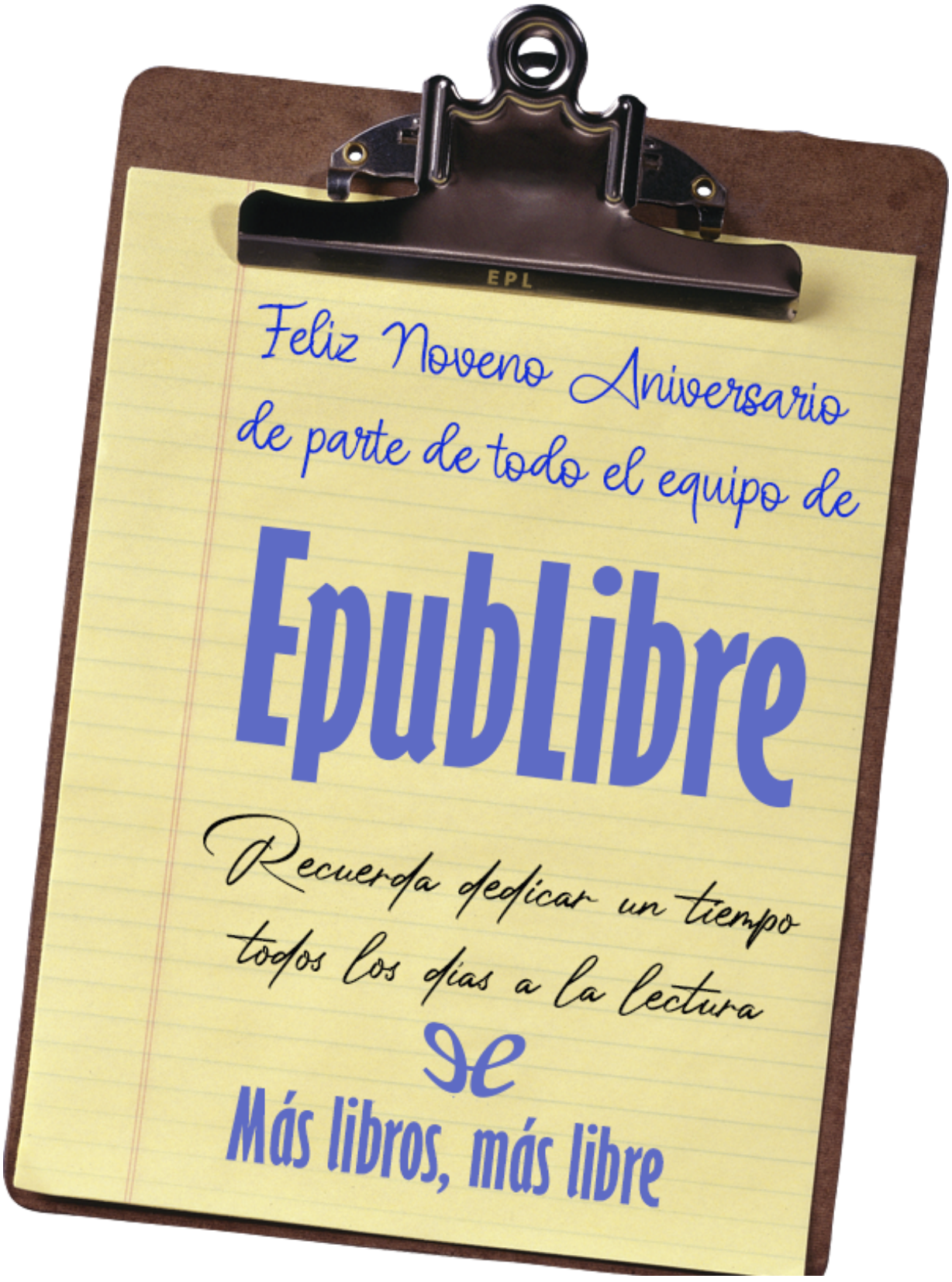
OceanofPDF.com

Título original: *El Séptimo punto de Selleck*
Myriam Imedio, 2015
Diseño de la cubierta: Myriam Imedio

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1



OceanofPDF.com


EPL
Feliz Noveno Aniversario
de parte de todo el equipo de
EpubLibre
Recuerda dedicar un tiempo
todos los días a la lectura
de
Más libros, más libre



OceanofPDF.com

A mis padres, gracias.
A mi tío, mi luz, te siento cerca.
A todos los que se van sin decir adiós.

OceanofPDF.com

«No hay ningún final real. Solo hay un punto en el que dejas de contar tu historia».

Frank Herbert

OceanofPDF.com

1

Buda me sigue a todas partes. Intuye que ocurre algo porque tamborileo los dedos sobre la mesa y no escucha el sonido incesante de las teclas del ordenador. Me levanto ociosa. Retiro la cortina y miro a través de la ventana. Observo al señor Ellenbogen en bermudas rojas. El pobre intenta gobernar con la mirada el viento herético que se ha levantado de la nada. Estudia las nubes fugaces y enemistadas, para luego bajar la vista y analizar su jardín como si fuera un zahorí buscando un tesoro. No sé por qué, pero en este barrio pudiente las malas hierbas se clavan como anzuelos afilados. Creo que siguen a rajatabla el dogma «muéstrame tu jardín y te diré quién eres». Si eso es así, en la urbanización pija de Cradle Valley todos somos una panda de amables manipuladores. Pequeños intérpretes con grandes casas y muchas ganas de aparentar una excelencia que en ocasiones no existe.

Vuelvo a la mesa redonda de cristal opaco y Buda lo hace conmigo. Soy una estrella errátil a la que le gusta perseguir. La hoja en blanco que he inaugurado hace una eternidad sigue impoluta. Desvío la mirada hacia mis amuletos, que me escoltan inmóviles. Un precioso barco hecho de latas y alambres, que me regaló un viejo amigo. Una cajita de mi abuela, a la que nunca conocí. Y una bola llena de agua, de esas que aparece nieve si te apetece ver nevar, con la torre Eiffel como protagonista.

Los escritores nos refugiamos en manías dignas de estudio. Pienso que si me rodeo de mis objetos fetiche el ejercicio literario se dilatará horas, pero no es verdad. Es solo una ilusión, como otras tantas.

Buda me examina sin parpadear. Parece una figura de escayola. Si pudiera hablar me diría que soy patética. No le falta razón. Se decide y acerca su cabezón peludo a mi mano dándome unos golpecitos alentadores.

—Sí, sí. ¡Ya lo abro! —le digo, porque me entiende. Buda lo entiende todo.

Nadie lo sabe, pero en mi caso, el invierno nunca llega solo. Cuando la última estación gira la esquina recibo un sobre sin remitente. En realidad, más que un sobre es una ola en la que te sumerges o te arrastra hasta la orilla medio ahogada.

Rasgo el maldito sobre y asomo la cabeza dentro con la misma sutilidad con la que se abre una mirilla. Hay otro en el interior, blanco y de menor tamaño. *United Arab Emirates*, leo en la parte izquierda del sello. Igual que el año pasado y el anterior. El remitente también se ha escrito con tinta invisible, pero reconozco la letra alargada e inclinada que dibuja mi nombre y sonrío tontamente. Lo abro haciendo un destrozo incontrolable y extraigo un par de folios. Enmudezco durante largos segundos. Entre mis manos sostengo la partitura de la canción *Una Mattina*, del compositor y pianista Ludovico Einaudi. Oh, Dios mío. Empieza el protocolo de desorientación.

Me siento mareada, como si me faltara la dosis de aire que necesito para funcionar. Una lágrima se me atraganta y siento que mi corazón traquetea rápido. Me acabo de subir a un tren en marcha, sin billete ni calentamiento previo.

Con paso tambaleante me dirijo a la cocina y lleno un vaso de agua que desbordo porque he perdido la noción de la medida. Me lo bebo de un trago y respiro hondo. Mientras, Buda juega entre mis piernas y mira hacia arriba para que le confirme que no voy a sufrir un ataque repentino. Como lo salvé de una muerte segura se ha convertido en mi paladín.

—¡Vera! ¡Vera! Mira lo que he encontrado —vociferó mi amiga Feli. Sobresaltada me levanté del balancín que tengo en el porche y me acerqué a los escalones.

—Es un gato —dije extrañada.

—Muy observadora. Sí, un gato que estaba en el cruce de los Weil, junto a la basura. Toma, es para ti —afirmó y lo dejó entre mis brazos.

—¿Para mí? No, se habrá escapado. Tenemos que buscar al dueño.

—No tiene dueño. Es una pena pero está abandonado. ¿Tú también lo vas a dejar solo? ¿En serio? Qué lástima… Tiene los ojitos sucios y está asustado, desorientado, hambriento.

—Vale, Feli, para. ¿Cómo van a abandonar a un cachorro así? Es persa. Y una monada.

—A lo mejor han descubierto que el animalito no es de pura raza —explicó—. A mi marido me lo vendieron como un doberman y resultó ser un *mil leches*.

—¿Por eso lo pusiste de patitas en la calle?

—Sabes que no. Le invité a salir del hogar conyugal porque se montaba a otras perritas del vecindario… Además, nena, aquí todo lo que se tira es de marca. Se habrá hecho pis sobre un vestido de seda de Hangzhou y han decidido que no lo quieren. ¡Ah! Se llama Buda.

—¿Buda? ¿Por qué?

—Porque tiene cara de Buda. Se me ha ocurrido por el camino y es un buen nombre.

—No puedo quedármelo. Mi hija tiene alergia a los gatos.

—Tu hija voló del nido. Mira, Vera, cuando la niña venga lo encierras en el desván, no te lo tendrá en cuenta.

—Da igual, no me lo puedo quedar.

—¿Por qué no? ¡Si te gustan mucho los gatos! —atacó sin entender mi negativa.

—También me gustan los yates y no tengo uno en el jardín.

—Porque no quieres. Podrías plantarlo como unas petunias. Crearías tendencia. Me voy que tengo que hacer unos recados.

Dio media vuelta y bajó los tres escalones que separan el porche del jardín.

—¿No lo habrás comprado en Pet Shop Aston?

—¡No! —gritó sin girarse—. Yo no compro animales, solo joyas.

—Tú nunca llevas joyas. Mentirosa.

Afirmó algo en un bisbiseo y desapareció en su carrito de golf.

Felicity Ackins es la mejor amiga que podía encontrar en Glendale, Los Ángeles, donde vivo desde hace diez años. Es menuda, desprende un aire de hechicera condescendiente y cuando anda escora hacia el lado derecho porque de pequeña sufrió poliomielitis. La primera vez que pronuncié la palabra «cojita» en su presencia me miró como si hubiera blasfemado su buena estampa en el Edel W. Mart, donde se cuecen los cotilleos del Valle.

Dice que los diminutivos menosprecian a las personas y su intelecto. Quizás sea verdad. Está coja y punto.

Sigo de pie en la cocina, asida al fregadero, y no sé si estampar el vaso vacío contra el suelo o llenarlo de whisky. ¿Por qué me sigue enviando sobres con partituras? Me muerdo el pulgar. Debería llamar a Feli y contárselo. Pero me haría demasiadas preguntas y no sé si tengo todas las respuestas. No sé si me apetece hablar de este tema.

—Buda, vamos al desván.

El desván es la guarida perfecta para encerrar al gato si viene mi hija y para desconectar cuando atravieso una crisis. La mejor tienda de antigüedades y segundas oportunidades.

Nunca imaginé residir en una casa tan amplia, con desván y jardín de película americana, pero lo cierto es que me alegra saber que tengo espacio suficiente para guardar mi vida anterior y alejarme de la actual en caso de que me apetezca. En Valencia, mi tierra natal, el desván era la última habitación, de unos diez metros cuadrados. Y el jardín, las palmeras esmirriadas de la avenida. A veces echo de menos el caos que genera el tráfico y la banda sonora de las prisas. En esta urbanización todo funciona con una tranquilidad encubierta a la que no acabo de acostumbrarme.

Medio sonámbula subo las escaleras que conducen al desván. No escucho a Buda porque ha perdido el cascabel, pero sé que sus movimientos sigilosos me acechan. Una penumbra magnética me da la bienvenida. La habitación rezuma nostalgias y el aire condensa un poso de paz que necesito para calmar mi taquicardia. Hay muebles que imitan a fantasmas. Veo a la derecha un par de bicicletas que nadie saca a pasear. Sigo andando y diviso la vieja máquina de cortar el césped, no funciona, pero mi marido se empeñó en guardarla como una reliquia. Hay cajas de cartón, de plástico duro, muchas cajas con ansias de resucitar.

El sobre vibra en mis pensamientos. *Una Mattina. Una Mattina*…

Llego hasta el fondo y decido escudriñar la parte izquierda. Hay una pelota azul de pilates sobre un banco de abdominales que no utilizo. Detrás observo cuatro cajas de distinto tamaño, que forman una torre de dudosa estabilidad. Cojo la primera, creo que la llené de aire porque no pesa nada. La abro y encuentro una colección de sombreros de caballero, un

muestrario de vainicas y madejas de hilo *mouliné*. Se me ha encogido el alma. Me pongo el primer sombrero y hundo los dedos en los hilos de colores.

La segunda caja es mucho más pesada. Aquí debí de meter piedras. Despego el precinto y me quedo boquiabierta. Lo que acabo de descubrir sí que es una reliquia. Cojo un vídeo de la marca SANYO, que examino arriba y abajo. Antes era un avance maravilloso, pero ahora me parece un trasto enorme. Escarbo en la caja y veo que hay más de treinta cintas, todas negras. Algunas llevan una pegatina pero el tiempo ha borrado las letras que informaban de su contenido. Arrastro la caja haciendo quiebros entre el mobiliario y las partículas de polvo que vuelan a mi alrededor. Ya sé cómo voy a distraerme.

Buda se ha metido en la caja y yo llevo media hora intentando averiguar el funcionamiento de un jodido vídeo de antaño. Estoy rodeada de cables y conectores que no sé dónde encajar. Pruebo combinaciones posibles e imposibles. Seguramente la televisión explote y la depresión se volverá más profunda porque tendré una partitura de piano que me remueve el estómago, un documento en blanco y una tele que no arranca.

Estoy desesperada. Falta el cable mágico porque ya he rebasado los sesenta minutos y lo único que se mueve es el aire. Resoplo. Miro hacia la mesa. El sobre blanco sigue ahí, recordándome lo cobarde que soy. Voy a por mi duodécimo intento y la pantalla cambia de color. Significa que he pasado de nivel y me pongo tan eufórica que doy saltitos delante de la televisión. Soy la misma estampa de una persona desequilibrada: descalza, en *shorts* vaqueros, con un sombrero de caballero en la cabeza, rodeada de cables y un gato metido en una caja.

Me siento en el suelo y alargo el brazo para alcanzar una cinta de vídeo al azar, que no tardo ni medio segundo en introducir en la ranura, por si los dioses se vuelven contra mí y la chispa de suerte desaparece.

Observo atenta el misterio que guarda la cinta. Pienso verlas todas, cualquier entretenimiento menos pensar. Es un avance informativo. El telediario es tan antiguo como el vídeo porque el peinado y el vestuario de la presentadora es el claro sinónimo de otro tiempo. Habla de un atraco en un par de joyerías del centro de Valencia. Después la periodista narra la

noticia de un colegio: se ha hundido un aula pero no hay víctimas mortales. ¿Para qué grabaría esto?

Pasan los minutos y mi intriga va en aumento. Hasta que de repente escucho un nombre propio que me eriza el vello, y aparece una imagen que me arrebata de una bofetada la respiración. Me llevo las manos a la boca. Me resulta imposible separar la mirada de esos ojos que me buscan desde el otro lado de la gran pantalla de plasma. ¡Oh, Dios mío! Es lo único que consigo murmurar como vaho entre mis manos. No puedo digerir lo que estoy viendo, solo siento que sobrevuelo un puente construido de añoranzas.

Algunas imágenes abren puertas que te conducen al pasado, y ni siquiera importa lo idílico que parezca tu presente.

OceanofPDF.com

2

Detroit, 1 de septiembre de 2007

Eran casi las dos de la madrugada cuando los aullidos lejanos de un perro se mezclaron con el sosiego de la noche dormida. Cyntia maldijo el instante en que decidió acostarse tan pronto. Pensaba que así las horas avanzarían con presteza, pero se equivocaba. No había conseguido un sueño reconfortante, sino impulsos contenidos y una antología de recuerdos en cuentagotas que martilleaban su frente. Se movía entre las sábanas imitando a un animal salvaje enjaulado contra su voluntad.

Cyntia Robles apoyó el peso de su torso sobre los codos y siguió los quejidos del can. Eran aullidos entrecortados que finalizaban con un aullido prolongado en el espacio. Una serie de notas repetitivas con sorpresa final.

Su abuela siempre le había relatado, en forma de leyenda con tintes macabros, que cuando un perro gañía de esa guisa significaba que la muerte se acercaba al galope para llevarse un alma de este mundo. Al recordar sus palabras se alarmó y de inmediato pensó en la señora Rose. Aplicando una lógica aplastante tenía que ser ella, la más anciana del edificio. Pero rápidamente descartó la idea. Rose los enterraría a todos. La muerte no cabalgaba hacia la nonagenaria del cuarto, buscaba a la joven del segundo. Cyntia sintió que moría, de pena.

Apenas faltaban unas horas para cambiar de escenario. Para volver al decorado exiguo, con los mismos personajes ausentes interpretando su guion memorizado. Vuelta al disimulo y a las miradas de reojo. Solo faltaban unas horas para subir a un avión que la llevaría muy lejos de aquella casa; para dejar atrás un mes de agosto repleto de experiencias que jamás hubiera vivido sin la ayuda de la familia Selleck.

«Mañana dormiré en mi cama», pensó con amargura al contemplar la maleta tendida en el suelo de la habitación. Le costaba asimilar que un mes hubiera volado de una forma tan fugaz. No podía creer que los buenos momentos pasaran así de rápido, mientras los malos se instalaban de manera indefinida.

La cuenta atrás se había activado y no sentía la tranquilidad que esperaba. Sabía que si no se levantaba de inmediato, las dudas la perseguirían eternamente y eso era mucho tiempo para una chica que aún no había cumplido los dieciocho.

Se sentó en el borde de la cama y observó sus pies descalzos. Fue siguiendo una línea ascendente: las piernas finas y tensas como las cuerdas de una guitarra, unas braguitas negras de algodón, su pecho menudo bajo la camiseta de tirantes. Miró al frente, respiró profundo y se levantó en medio de la penumbra quebrada por el reflejo de la luna. Abrió la puerta con máximo celo para evitar cualquier ruido intruso. Los aullidos del perro se habían extinguido y el silencio era penetrante, asustaba.

Avanzó por el pasillo de puntillas, como un ladrón en prácticas. Cuando pasó ante la puerta del cuarto de baño, se paró, dudó, dio media vuelta y retrocedió sobre sus pasos. «¡Maldita sea!», masculló y giró de nuevo. Se encaminó hacia la última habitación, su primer destino. «Tengo que hacerlo», murmuró media docena de veces. Podía pasar de puntillas por el pasillo, pero no por la vida de Larry.

La puerta estaba abierta. Se asomó y vio su cuerpo medio desnudo. El aire de un ventilador era el único sonido cansino que acompañaba los latidos de Cyntia. Se adentró en la habitación y cerró la puerta con mucha delicadeza. Con cautela se acercó a la cama situada a ras de la ventana, abierta de par en par. Se sentía nerviosa y acelerada, como si se estuviera aproximando al borde de un precipicio en un coche sin frenos.

Miró a Larry, que dormía en posición fetal abrazado al almohadón. Se mordió el labio inferior mientras admiraba ese perfil prodigioso, sus labios entreabiertos, su pelo dorado alborotado como de costumbre. La imagen la acabó de convencer.

—Larry, despierta —dijo, y tocó su brazo.

Selleck ni se inmutó. Los susurros sirven para confesar secretos, medias verdades o para desatar la sensualidad escondida. Pero no para desvelar sueños profundos.

—¡Larry, despierta! —repitió, alzando la voz.

El joven se asustó, abrió los ojos y se incorporó en la cama totalmente desorientado. El violento despertar también asustó a Cyntia y retrocedió unos centímetros.

—¿Qué haces aquí? —protestó. La observó atónito. Miró hacia la mesilla—. ¡Son las dos y cinco de la madrugada!

—Calla, no grites, que vas a despertar a tus padres. Habla bajito, como yo —susurró.

—¿Te pasa algo?

—Sí… ¡Tú!

—¿Qué dices? —Larry se acomodó sobre el cabezal. Sus hombros lucían relajados y sus abdominales marcados.

—Mañana me voy.

—Ya lo sé.

—¿Y te da igual?

—No. Te voy a echar muchísimo de menos. ¿A qué viene esto?

La mirada de Cyntia se convirtió en la antesala de las lágrimas, un gesto que alertó a Larry, porque ella nunca lloraba, nunca. Ni siquiera de niña, cuando las luces se apagaban y establecía un sincero diálogo con las sombras. O cuando se estampaba contra un árbol dibujando heridas de guerra en su piel. Cyntia Robles era un corcho que jamás se hundía, un salvavidas que sacaba a la superficie a aquel que agonizaba con los pulmones encharcados de agua, de temores o de nostalgias.

Sin pensarlo trepó sobre las piernas estiradas de Larry y sus rodillas encajaron la cintura del chico, apresado por el desconcierto. Apenas veinte centímetros separaban sus rostros y cada vez se veían y se sentían más lejos.

—Oye, no pienso cargar con la incertidumbre del qué hubiera pasado. No volveré a España con un sentimiento de frustración. Puedo irme triste, pero no contrariada.

—No llores, por favor —suplicó—. Cyntia, como mis padres se despierten me echarán de casa y por mi culpa no traerán a más estudiantes.

—Eso me encantaría. La idea de que otra duerma en mi habitación me está volviendo loca.

—No es tu habitación.

—Sí lo es, hasta mañana por la tarde lo es. —Las manos de Cyntia abrazaron el cuello de Larry—. Escúchame, quiero hacer el amor contigo, ahora. No voy a encontrar una persona mejor que tú para hacerlo por primera vez. Lo siento aquí —dijo, y señaló su estómago—. Me gustas desde que te vi en la cocina y te di dos besos. Me ruboricé tanto que aún siento el hormigueo.

Los labios de Selleck permanecían sellados. La inesperada declaración lo había dejado fuera de juego y no acertaba a distinguir en qué parte del campo jugaba. Si no fuera porque sentía el peso de la joven sobre sus caderas, hubiera jurado que ese era uno de los mejores sueños que había tenido en los últimos años.

—Llevo esperando un mes que me digas algo, que me beses sin más. ¿Qué he hecho mal? ¿No te gusto? —preguntó como una niña apenada.

La frente de Larry se arrugó en señal de escepticismo, la cogió de la cintura y la atrajo hacia él con devoción. Escondió la cabeza en su pecho y cogió aire en una gran inspiración, hasta que sus pulmones se llenaron de decisión y del aroma a azúcar vainillada que desprendía Cyntia.

—Claro que me gustas, me gustas muchísimo —murmuró.

—¿Y por qué no haces nada? —Levantó con su dedo índice el mentón del chico.

—Porque tengo que ser responsable y porque mañana te vas.

—A la mierda la responsabilidad, Larry. ¡A la mierda el mañana! Piensa en el ahora o este momento se irá igual de rápido que yo.

El joven valoró cada una de las comas, letras y pausas de su afirmación. Acarició la larga melena castaña que cosquilleaba la espalda de Cyntia. Mientras la analizaba a contraluz pensó que la chica que tenía delante era demasiado joven para ser tan provocadora, y demasiado provocadora como para poder contenerse. Se sentía hechizado por su actitud alocada y convincente. La niña española era un enigma encantador que había

deambulado por su casa, cantando canciones en inglés y sacando las palabras correctas de una chistera imaginaria.

Se sentía tan atraído por ella que había acabado cohibiéndose, desviándose de un camino que él mismo había trazado. La miró y confirmó que el peso de la responsabilidad pesaba menos que el peso de la irracionalidad. Olvidó lo prohibido y se abalanzó sobre Cyntia en un arrebato descontrolado. Desnudó su figura, que vibraba de miedo y de ganas. La condujo por su cuerpo, de arriba abajo por un mapa con escalas, y ella se dejó llevar como si flotara sobre un mar en calma. Ninguno de los dos era consciente del instante trascendente que estaban abrazando, porque ese abrazo cambiaría sus vidas, para siempre.

OceanofPDF.com

3

Me preguntaba dónde estaría mi abuelo cuando escuché el soniquete de la cerradura y unas llaves bailarinas.

—¡Yayo, corre! ¡Ya están con el avance informativo! —grité desde el salón, a la vez que observaba cómo mi barrigudo favorito colgaba la gabardina caqui y el sombrero estilo Fedora en el perchero de cerezo.

—Voy, Corderilla, voy —afirmó al lento trote de sus piernas vetustas.

—¿Dónde estabas? Casi te pierdes su bautismo periodístico. La conexión en directo será en… —miré el reloj— diez minutos más o menos.

—¿No estás sentada muy cerca de la tele?

—Sí, a dos palmos de la pantalla. Quiero verla bien.

—A veces hay que tomar distancia para ver las cosas con claridad, así la vas a ver borrosa, ¿sabemos dónde la mandan? —preguntó, tomando asiento en el sofá. Justo detrás de mi figura inquieta.

—Al barrio de… no me acuerdo. Ayer unos chalados quemaron cinco o seis coches. Los bomberos tuvieron que desalojar a una decena de vecinos porque las llamaradas eran de más de tres metros. Según tengo entendido la policía ha detenido a alguien. Es lo que va a explicar.

—Bien está. ¿Has puesto el vídeo a grabar?

—Sí, estas imágenes quedarán para la posteridad. Nos reiremos un rato cuando dentro de veinte años veamos el informativo donde Lucía hizo su primer directo —afirmé convencida.

Con una sonrisa agazapada mi abuelo se recostó sobre el mullido respaldo del sofá. Imagino que pensó que veinte años después de aquella escena solo quedaría su recuerdo en el salón.

—Cuéntame dónde te has metido. Estaba preocupada.

—No te preocupes tanto, que aún sé hasta dónde puedo llegar y el camino de vuelta. He ido a pasear por la plaza Redonda y de casualidad me he encontrado a Monti con el chiringuito a pleno rendimiento. Le he querido dar veinte eurillos.

—Pero no te los ha cogido —le interrumpí.

—No hay quien frene las negativas de ese testarudo. El muy cabrito esconde las manos detrás de la espalda como un niño chico. Al final le he convencido para que viniera a almorzar. Le ha parecido una idea más razonable y menos bochornosa para sus principios atávicos. Un buen bocadillo de embutidos y huevos fritos que nos hemos metido entre pecho y espalda. Le he comprado dos paquetes de tabaco de liar y ahí lo he dejado, haciendo bicicletas y flores con su cara de profundo agradecimiento.

—¿No te ha preguntado por mí?

—Por supuesto que sí. Dice que lo tienes abandonado, que el día que te pases a saludar «lloverán guirnaldas de colores y las estrellas fugaces dejarán de serlo para quedar suspendidas en el firmamento del que te mire». Temblando estoy.

—Joder con el poeta ambulante. Debería vender versillos sin rima en vez de hacer artesanía con alambres y latas de refrescos. La semana que viene le haré una visita, si lo encuentro —dije, a sabiendas que Monti era de verborrea pomposa y culo inquieto.

—Ahora anda por donde lo conociste, la plaza de la Reina. Y poco más, Corderilla; luego he emprendido el camino con paso calmoso, pero resulta que me he topado con un accidente. Dos acordeones con las tripas al aire y solo heridos leves. Ha sido un milagro porque el cuadro era dantesco. Hoy no les tocaba.

Dejé de observar a mi abuelo y de escuchar su fábula del destino escrito para echar la vista atrás. Teo Montilla tocó mi hombro cuando empecé segundo de carrera y me entraron unas prisas bárbaras por aumentar los ceros de mi cuenta corriente. Sin buscar mucho encontré un trabajo de fin de semana en una franquicia de comida rápida. El primer día que me vestí de verde floresta, con gorra a juego y una chapa con nombre propio, intuí que parecía un árbol y que no echaría profundas raíces en aquel lugar. Dominaba el arte de elaborar emparedados a toda prisa y atender a la

selecta clientela, pero lo de tirar bolsas de basura de metro y medio, que pesaban más que una palabra mal dicha, no lo llevaba bien.

—¿Te puedo echar una mano? —preguntó alguien con voz grave.

—¡Qué susto me ha dado! —contesté—. Pues sí, si es tan amable, porque yo no puedo tirar de este muerto.

El señor Monti, de barba revoltosa y percha demacrada, dejó su hatillo en el suelo y lanzó mi basura al contenedor.

—Eres demasiado guapa y joven para deambular sola por aquí. Hay mucho maleante sin escrúpulos por estos lares. Con la luz del astro Sol la plaza luce armónica como el escenario de un cuento, pero cuando cae la noche la balada cambia.

—Me he dado cuenta. Aunque poco puedo hacer, entre que limpiamos y arreglamos como pronto me da la una y media de la madrugada.

—Casi siempre estoy rondando por aquí —afirmó como si fuera un secreto. Aunque ya lo sabía porque no era la primera vez que me fijaba en él—. Soy Monti, el hombre de las bicicletas y las latas a su servicio. —Hizo una reverencia, como si yo fuera la reina del *fast food*—. Si tienes algún problema llámame o di que eres conocida del aquí presente y chitón. Una mirada de seguridad y a correr.

Nos hicimos amigos. Yo le proporcionaba bocadillos de tortilla, cafés bien cargados y conversaciones a escondidas. A cambio, él se proclamó mi guardián en ese pequeño Bronx valenciano. Los dos nos protegíamos. Descubrí que se llamaba Teo muchas lunas después. Hasta ese momento pensé que era un caballero sin nombre y sin pasado trazado.

* * *

—Y calma tensa en el barrio de Patraix… —relató con tono preocupante la presentadora.

—¡Yayo, es esto! ¡Es esto! —vociferé sin girarme, con aspavientos nerviosos.

—De nuevo los actos vandálicos han dejado seis vehículos y dos contenedores calcinados en la ciudad de Valencia. El incendio, que se inició alrededor de las cinco de la madrugada, ha afectado a dos edificios de la calle Mosén Fenollar y varias unidades de bomberos han procedido al

desalojo preventivo de algunas viviendas. La policía ha detenido a un joven de veintidós años como presunto autor del fuego intencionado. Hasta el lugar de los hechos se ha desplazado Lucía Benajas. Cuéntanos, Lucía, ¿qué sabemos del presunto pirómano?

Mi amiga en primer plano, escoltada por vecinas en bata y el reflejo chamuscado de lo que antes eran coches, apareció en el plasma de mi salón. Mi amiga, a la que veía a diario, con la que me había criado y compartido chicles mascados, despegaba ante mis ojos y sentí el orgullo rebosante que siente una madre primeriza. Aquel día estaba preciosa, con su melena dorada estilo Bob y sus finas manos sosteniendo con fuerza el micrófono. Explicaba los antecedentes de un joven que respondía a las iniciales J.A, pero en realidad yo no escuchaba lo que decía, observaba emocionada sus gestos de periodista bisoña que capeaba el temporal. Y de repente, entre tanto discurso de vándalos y churrascos, la noticia se torció. Las palabras empezaron a descarrilarse, su voz vibró y escondió la cara entre unos folios que la cámara no enfocaba. Se perdió. Volvió a mirar a cámara en silencio y yo contuve la respiración. Me miró a mí. Era esa mirada ahogada que solo yo sabía interpretar y podía rescatar. Los cinco segundos de mutismo involuntario se eternizaron hasta que llegaron a doler.

—Di algo, Lucía —murmuró mi abuelo. Pero no dijo nada. Lucía desapareció y conectaron con la peripuesta presentadora de informativos. «Parece que tenemos un problema de conexión», aseguró y cambió de tema. Después de unos instantes de confusión aturullada pulsé el *stop*. Anduve desinflada hasta el sofá y me acomodé sobre mi abuelo, que había enmudecido tanto como Lucía.

—Se ha puesto nerviosa, un lapsus así le puede pasar a cualquiera —afirmó con rotundidad.

—A ella no.

Lucía podía tener un sinfín de grietas por donde se colaban carencias y defectos, pero albergaba un temple envidiable y se arriesgaba como una volatinera si la ocasión lo requería. Siempre había sido así. Lo corroboraba una fotografía que tenía sobre el escritorio de su habitación. Era una instantánea tomada en la feria de invierno. Apenas rozábamos los cinco años y nuestras madres se empeñaron en subirnos a dos ponis. Pobres ponis

que cargaban con los caprichos de pequeños y mayores. Lucía posaba erguida, con una risita complaciente y el casco azul bien ajustado. Parecía una descendiente de la dinastía Onassis, una amazona experimentada. Yo, en cambio, me mostraba agazapada y sujetaba las riendas como si mi vida dependiera de aquel breve paseo circular. Lloraba con la boca abierta. La fotografía delataba cruelmente cómo éramos. Yo sabía lo que era el miedo, ella nunca lo supo.

—¿Qué le vas a decir?

—No sé —contesté a mi abuelo—, le diré que «a veces hay que tomar distancia para ver las cosas con claridad».

Le repetí esa y una decena más de frases reparadoras. Lucía se recuperó, desdeñó los comentarios jocosos y tras una semana de llantos esporádicos siguió con su rutina obviando un traspié que analizó hasta el bibliotecario del barrio. No comprendí qué le había ocurrido a mi amiga para sufrir aquel apagón mental. Pero lo entendí muy bien años después, cuando yo misma me quedé sin palabras y experimenté la sensación de interrupción. Una mudez que atrofiaba las escasas intenciones que me quedaban.

Recuerdo que el día de mi desconexión estrenábamos estación. En los informativos no dejaron de marear la noticia dándole un tratamiento de exclusiva, como si el otoño solo se asomara al calendario una vez cada medio siglo. Me gustaba cambiar de estación, pero no de temperatura. Que las hojas volaran hasta acariciar el suelo acuoso me la traía al pairo, pero que los termómetros empezaran el ritual previo de congelación me nublaba la mente. Y bastante nublada la tenía ya.

Mi cuerpo yacía en la cama con los pies abrazando la almohada y mi larga melena pelirroja rozaba la alfombra. La tele seguía informando sobre sucesos que no atendía y mi mano derecha se entretenía apretando una pelota antiestrés amarilla. Si no fuera porque mis dedos se hundían en la gomaespuma, cualquier persona hubiera creído que una sobredosis de colchicina me estaba provocando un fallo multiorgánico. De reojo, y gracias a que mi cabeza colgaba inerte fuera del colchón, observé un libro abandonado. La paradisíaca cala Mondragó decoraba la página por la que estaba abierto. No adiviné qué hacía una guía de las Islas Baleares acumulando polvo debajo de mi silla *pop art*. Pero al percatarme de la

presencia de la publicación pensé en polvos, calas y veranos pasados de moda tirados por el suelo.

No sabía si lo estaba imaginando por el estado somnoliento que me poseía o realmente percibía el traqueteo de una maleta por el pasillo. La puerta se abrió de un portazo y se estampó contra la pared. Bolita salió escopetado del susto y a mí se me escapó la pelota y todo pensamiento que asomaba a mi memoria.

—¡Estás loca! —Me incorporé y miré hacia la puerta—. ¿No te han enseñado a llamar antes de entrar?

—No si es la habitación de mi hija.

Aparcó el *trolley* y se agachó a recoger la pelota que había llegado hasta sus pies, encajados en unos carísimos zapatos negros de tacón alto.

—Toma —dijo resignada.

—Es domingo. ¿Adónde vas?

—Te lo dije hace dos días. Tengo jornadas de reclutamiento en Barcelona y volveré pasado mañana. Pero como estás en tu puto mundo —afirmó desafiante.

—Tu empresa no entiende de crisis. Es la única de España que recluta personal. Y siempre Barcelona, ¿por qué nunca vas a Madrid u otro sitio?

—Me gusta Barcelona y para Madrid hay otra persona asignada. Sal de la cama, quiero hablar contigo.

Cuando mi madre se iba a «reclutar», la visualizaba como la teniente O’Neil, pero sin el pelo rapado. Cortarse la melena la hubiera hundido en la miseria más angosta. Ahora de teniente le quedan los galones y de O’Neill una camiseta con la que hace deporte. Pero por aquel entonces tenía muchos huevos y la belleza de una deidad, de las que se cubrían con una gasa blanca las vergüenzas que no tenían. Era exquisita e imperturbable. Sus futuros jefes advirtieron las cualidades que poseía y la contrataron en TeDor, un gigante empresarial que ofrecía distintos servicios a otras empresas. Consultoría integral de nuevas tecnologías, desarrollo de infraestructuras y no sé cuántos rollos más. En unos meses ya había despuntado convirtiéndose en la Directora de RRHH. Si se hubiera propuesto entrar en la NASA, también lo hubiera conseguido. Y nos

hubiéramos encontrado en algún punto del espacio, cosa que nunca hicimos en tierra firme.

Pensé que con un poco de suerte la trasladaban a Barcelona por periodo indefinido y así no tendría que aguantar su nervio durante una larga temporada. Es lo mejor que me hubiera podido pasar.

Iba imaginando mil cuentos por el pasillo mientras Bolita, repuesto del sobresalto inicial, se movía entre mis piernas cuando vi que mi abuelo y mi madre me esperaban alzados y rígidos. Agradecí que mi familia se redujera a dos personas; si no, un batallón alineado, con semblante serio, pinturas de guerra y ametralladoras hubiera escoltado mi entrada triunfal al paredón.

En el salón se respiraba un aire a condena que me provocó un sarpullido. Y la luz que desprendía el mediodía actuó como una catarata que chocó contra mí hasta cegarme. «Siéntate ahí», ordenó mi madre señalando el sofá en forma de L. Le lancé una mirada fugaz a mi abuelo que no fue correspondida. Estudiaba concentrado sus zapatos, con las manos escondidas en los bolsillos.

—Bueno, ¿qué pasa? —pregunté con acritud.

—Me ha dicho tu abuelo que ayer te desmayaste. ¡Te desmayaste, Vera!

Mi abuelo encogió los hombros a modo de disculpa por convertirse en un esquirol en potencia.

—Me desmayé porque no había desayunado. Me dio como un vahído. Un pequeño mareo sin importancia.

—¡Vera! No me hables de vahídos y tonterías que aún me vas a poner de más mala leche. Hasta aquí hemos llegado. Llevas tres meses, ¡tres meses! como un alma en pena. No sales. No hablas. Solo ves a Lucía cuando viene porque eres incapaz de pisar la calle sin ponerte a llorar. No comes. ¡Te desmayas por las esquinas! Y mírate. ¡Has adelgazado seis kilos! Estás descuidando tu imagen. Hay días que ni te duchas. ¿Lo ves normal?

Normal. «Normal» era un vocablo que me inquietaba hasta límites insospechados. Una palabra vacía que utilizaba para abanicarme. ¿Era normal que mi padre no existiera ni sobre papel mojado? ¿Era normal que mi novio se hubiera evaporado? ¿Era normal que en mi vida no existiera ni un epígrafe normal?

—No podemos más —continuó con tono lastimero e inspiró una gran bocanada de aire que expulsó lentamente—. Estamos muy preocupados. A veces creo que en un ataque de locura te vas a tirar por el balcón. Y no puedo vivir pensando eso veinticuatro horas al día, hija. ¡No puedo! Me pediste tiempo y te he dado tiempo, pero está claro que la táctica temporal no funciona. Si no hacemos algo puedes pasarte hasta Navidades en tu habitación. Y mírame bien. —Mi madre inclinó su cuerpo hacia el mío con visos de querer comerme de un bocado—. Tienes veintiocho años y no voy a consentir que tu vida se derrumbe. Mañana tienes cita con la doctora Pozo. Es la mejor y te ayudará a salir de esto. Irás con el abuelo.

Yo sí que estaba tocada y hundida en un pozo negro.

—¿Sin consultarme? —Me levanté del *chaise longue*—. No. No me hagas esto ¡por favor, mamá! —imploré con las manos entrelazadas—. Voy a cambiar. Te lo juro por lo más sagrado. Voy a salir con mis amigas, te lo prometo. Y esto se me va a pasar. Es cuestión de tiempo. Solo estoy triste mamá, estoy…

—Estás hecha una mierda —sentenció—. No sé cómo has podido llegar hasta este punto.

Lo estaba. Un empacho de realidad me impulsó a salir corriendo y me sumergí en una región donde no podía otear ni las sombras de un pretérito feliz. En mi guarida, despeñada sobre la almohada, Juana la Loca me pareció menos loca que nunca. Había interrogantes que me atormentaban, pero uno me acosaba de forma incontrolada. ¿Cómo había podido llegar hasta ese punto? La respuesta y mi porvenir empezaron a urdirse a mis espaldas un año y medio antes de la desagradable escena familiar, un febrero que nunca debería haber existido y que impulsó la primera pieza del dominó para que mis ilusiones cayeran de forma orquestada.

* * *

Escrutaba el techo recién pintado de mi habitación mientras pensaba cómo enfocar la nota de prensa que debía enviar el lunes. Dos semanas como redactora en el gabinete de prensa del Ayuntamiento y ya había encadenado un rosario de errores que no podía permitirme. Iba recomendada y la presión me aturdía de ocho a tres como el canto de una sirena maquiavélica.

Me seleccionaron entre 130 periodistas y el artífice del trato preferente fue Alberto, un compañero de universidad con posibles y una red de contactos que arrastraba hasta las especies más recónditas. Después de dos entrevistas, un test de actualidad y la redacción de un par de noticias de corte político, me contrataron. Despertaba o, además del batacazo profesional que eso me supondría, Alberto no me recomendaría ni para ir a comprar castañas a su tía Nieves, viuda de un alto cargo de la *Generalitat* Valenciana. Tan alto que lo único que llegué a ver de él fueron sus pisadas.

El móvil empezó a cantar sobre mi estómago.

—¿Qué haces, Calabacita? —preguntó Lucía con timbre chispeante.

—Nada, tirada en la cama, colocándome con los olores que desprenden las paredes.

—Me das pena. Pareces una de esas niñas adictas al disolvente.

—Este trabajo me estresa.

—Vives rodeada de funcionarios, ¿por qué no te dedicas a imitarles? Almuerzos infinitos y desviar llamadas de teléfono diciendo: «Nosotros no llevamos el tema, te paso con otro servicio». Estás cumpliendo mi sueño laboral. Sería la mejor desviadora de llamadas del planeta. Tendría que haberme acostado con Alberto.

—No sé de qué hablas. Alberto solo es mi amigo.

—A ver si te enteras. Los hombres no tienen amigas, tienen objetivos.

—Vale, pero yo no me he acostado con él.

—No hace falta que lo jures, no te acuestas con nadie, Vera. Ni siquiera en tu imaginación. Me preocupas. Si tuviera tu físico ya sería presidenta del Gobierno y sin una pizca de estrés. Que se estresen los tontos. Mueve tu culo y sal a la terraza, tengo noticias calentitas que van a alegrarte la existencia.

Lucía y yo vivíamos en edificios enfrentados y nuestras terrazas daban a la avenida Carlos III. Una situación cómoda para emergencias, cotilleos varios y espionajes de ciencia ficción. Nos separaban cuatro carriles y unas isletas centrales con arbustos y palmeras. Siempre pensé que los carriles que quedaban en su parte eran los de vuelta.

—Las seis de la tarde y ¿ya vas en pijama? Además, ese pijama de lunares es horrendo.

—Perdone usted, Brigitte Bardot. La próxima vez me pondré un vestido de cóctel para salir al balcón. Venga, Lucía, que estoy tiritando. ¿Qué quieres?

—El frío te convierte en una persona irascible. Deberías vivir en el Caribe. Bueno, a lo que voy. Sábado noche y tengo un plan. Para ti. —Estiró el brazo hacia el séptimo piso—. Y para mí. —Señaló su hombro.

Los planes de Lucía me provocaban escalofríos. Tener una amiga ferviente devota de la adrenalina en vena no me dejaba muchas opciones. Todo lo que podía hacer era dejarme arrastrar por sus impulsos sin pensar en el mañana.

—Mario tiene un amigo, un jefecillo de su empresa. Vive en un ático enorme en el centro. ¡Con piscina!

—Genial, una piscina en pleno febrero —apunté—. Estará helada. ¿Cuál es el plan? ¿Pescar en el hielo como los amerindios?

—Me daría por satisfecha si pescaras un hombre. Ha organizado una fiesta, no sé por qué, a lo mejor está aburrido. Irá un montón de gente y ¡nos ha invitado! Mario y yo pasaremos a por ti sobre las nueve.

—Lo siento, pero no me apetece. Y el amigo de Mario no me ha podido invitar porque no me conoce.

—Eres la viva imagen de la diversión. No te conoce porque eres una ermitaña, pelirroja y bella, pero una ermitaña. Además, ¿te acuerdas cuando nos colamos en la fiesta privada del director de cine? ¿Cómo se llamaba?

—Bayona, Lucía. Así se llama.

—Es verdad. ¿Él nos conocía? No. Como si eso fuera un problema.

—Acabó conociéndonos porque te liaste con uno del equipo de producción. Y me dejaste tirada gran parte de la noche.

—Qué memoria tienes… Ocurrió hace cuatro o cinco años y no entraba en el plan conocer al chico de producción. Olvídalo, no ha sido el mejor ejemplo. Calabacita, luego pasamos a por ti.

Nada de lo que nos sucedía entraba en el plan inicial, todo eran ramificaciones creadas sobre el bullicio. Lucía colgó y con una sonrisa victoriosa se levantó la bata en un respingo. Bajo mi atenta mirada, desprovista de euforia, me enseñó el culo embutido en unas medias tupidas.

Opté por un vestido negro ajustado como un guante de látex y la espalda al descubierto. A las nueve en punto un Toyota me esperaba frente al portal. Durante el año que llevaban juntos, Mario había conseguido que mi amiga rebajara sus niveles de hiperactividad. El increíble logro merecía mi alabanza y respeto por el chico, que para ser tan joven tenía un puesto realmente bueno de actuario en una multinacional. Sus razonamientos intimidaban y seguía el hilo de cualquier conversación sin titubear. Sospechaba que su cociente intelectual saltaba desde el trampolín dominante.

Quince minutos después abandonamos en la superficie la noche glacial para descender a las entrañas del garaje de un señorial edificio. Entramos en el ascensor acristalado y Mario marcó el cuarto piso. Lucía hablaba de zapatos, quería unos tacones desmontables que había descubierto en una revista de moda. La puerta se abrió y la imagen que encontré desmontó las pocas expectativas que había fabulado sobre áticos y piscinas del casco urbano. El ascensor tenía acceso directo al vestíbulo. Las columnas majestuosas apuntalaron la expresión anonadada de mi cara, y Lucía me miró con mueca satisfecha.

Un joven corpulento, de sonrisa eléctrica y belleza declarada, se acercó a nosotros. La lógica avalaba mi teoría de que los hombres fornidos se escondían en las alturas, por eso no me los cruzaba a ras del suelo. Mario se fundió en un abrazo con él.

—Os voy a presentar —dijo—. Este es César, mi compañero de trabajo y el dueño de este pequeño palacio.

El tal César se ruborizó por el comentario. Su gesto carente de despotismo me cautivó.

—Pasad. No os quedéis al lado del ascensor, por favor —afirmó sin dejar de analizarme.

Cuantos más espacios sondeaba, más me enamoraba de su casa. César daba explicaciones sobre estilos coloniales y adornos de forja. Pero su atractivo me provocó una sordera transitoria. «Este es el salón… esta es la cocina… este uno de los baños… esta es la habitación principal». Ni la Bella Durmiente hubiera querido despertar si esos fueran sus aposentos. Por fin llegamos a la terraza. Cuatro focos LED iluminaban la codiciada

piscina, el efecto de las luces teñía el agua de púrpura y turquesa; una balsa donde flotaban las envidias de los asistentes.

La fiesta se había organizado al milímetro. Tras una barra de dimensiones colosales, tres camareros, uniformados de negro y pajarita roja, lanzaban botellas que cogían al vuelo. Se me encogía el corazón cada vez que un licor iniciaba el viaje ingrávido. Seis estufas exteriores con acabados en madera se repartían estratégicamente por la terraza. Y un DJ, que conocían todos menos yo, pinchaba una música que encajaba con el ambiente distendido. Nadar en una pecera ajena no se perfilaba tan embarazoso, podría acostumbrarme a aquella vida de botellas voladoras y baños con *jacuzzi* en una décima de segundo.

—Tenéis que venir en verano. —César señaló la piscina y las tumbonas protegidas por un plástico transparente.

—Vendremos, no lo dudes —dijo Lucía.

Me visualizaba orbitando en uno de los escalones de la piscina con una copa de Chardonnay en la mano cuando apareció ella. La copa de mi imaginación se estrelló contra el entarimado.

Una elegante tigresa de melena rubia y labial de fuego caminaba al borde de la piscina desafiando al peligro. La Bella Durmiente había despertado y ya no la dormía ni el huso maldito. Anduvo con observación felina hasta que nos alcanzó y estampó su marca registrada en la comisura de los labios de César.

La divina se llamaba Mariela, era madrileña, azafata de vuelos transoceánicos y mantenían una sólida relación de tres años. Antes de conocer a César tuvo una pareja que le duró lustro y medio. Estaba profundamente enamorada, pero él la dejó en la estacada por una sueca más exótica que ella. Información que confesó el novio de mi amiga tras nuestra ardua investigación.

No quise tomar como pretexto el ambiente festivo, pero el trasfondo que percibí al verlos en sintonía es que se querían. Eran la base de un haiku sutil y yo me sentí como un verso suelto y destronado. Mariela le susurró algo al oído y el anfitrión se disculpó cortésmente mientras nos invitó a disfrutar de la velada. Mario nos dejó solas y se perdió entre grupos aislados de conocidos del mundillo empresarial.

—Vera, dime por favor que ese hombre no es una ilusión óptica —exclamó mi amiga, entrelazando su brazo en el mío.

—Dime tú que su novia es un espejismo y que no existe.

—Sí, sí existe. Pero mejor si nos centramos en él. ¿De dónde lo han sacado? ¿De un circo romano? Juro que estoy enamorada de Mario, pero cuando he visto a semejante gladiador me han entrado hasta sofocos. ¡Ave, César!

—Nadie es tan perfecto, algo tiene que tener.

—Sí, tiene muchas cosas. Una gran fortuna, una gran piscina y seguramente una gran…

—Calla, Lucía, no empieces.

—Vale, vale. Quizás tienes razón, no puede ser tan maravilloso. A lo mejor es un cretino —añadió como consuelo.

—No tiene pinta de cretino.

—¿Y qué pinta tienen los cretinos, Vera?

—Pinta de santos, de los dispuestos a hacer milagros.

Lucía puso los ojos en blanco y me arrastró hasta la barra. Antes de parpadear, una copa de vino blanco reposaba entre mis dedos y escuchaba atenta el brindis kafkiano que recitaba mi amiga. Estaba absorta en su dialéctica vivaracha, cuando giré la cara y me topé con unos ojos negros y mayúsculos. Confieso que me faltó el aire y el bombeo de mi corazón se aceleró como la cuenta atrás de un explosivo. No andaba desencaminada. Una alarma se activó cuando aquella noche de invierno el tiempo dejó de existir y un silencio inmolado me hizo temblar. Me alegra recordar lo que sentí, lo que invadió mi cuerpo, porque fue una emoción que no volví a sentir nunca más. Y si me hubieran contado que así era el amor, jamás lo hubiera creído.

Lucía se presentó al morenazo, de pelo al rape y labios carnosos, llamado Paolo Orsini. Pero yo no pude hablar, cuando llegó mi turno ni un atisbo de voz salió de mi garganta. Alguien me la había robado y la había tirado al vacío desde la terraza.

—¿Y tú? —preguntó con dicción seductora.

No contesté. Estaba colapsada. En un intento por despertarme del trance, Lucía me golpeó el pie. Deseé con todas mis fuerzas que el *Ave*

César tuviera un cañón a mano y que un fogonazo rápido me fulminara sin dejar rastro de mi presencia.

—¿No recuerdas tu nombre?

—Es lo único que recuerdo ahora mismo —susurré con un hilo de voz —. Me llamo Vera.

—Encantado, Vera.

Sucedió. Cuando nuestras manos encajaron. Sucedió sin más. En ese instante advertí que estaba perdida para siempre. Que me perdería en un laberinto infinito cuando el joven de ojos negros lo decidiera. Y sabía que ya lo había decidido.

—Bonito nombre. ¿Qué significa?

—No lo sé —disparé sin pensar.

—Claro que lo sabes —se entrometió Lucía—, significa, entre otras cosas, «aquella que tiene fe».

—¿Y la tienes? —preguntó con aire intrigante.

—La tengo. «No se vive sin la fe. La fe es el conocimiento del significado de la vida humana. La fe es la fuerza de la vida. Si el hombre vive es porque cree en algo». ¿Y tú, en qué crees?

León Tolstoi salvó la situación. Mi abuelo repetía la cita de tarde en tarde y yo la utilizaba como comodín de noche en noche. Pero él no lo sabía y lo dejé aterido, con media sonrisa dibujada en su rostro.

—¿De dónde eres? —le pregunté.

—Torino, Italia.

—Nunca he estado.

—Seguro que algún día tienes la oportunidad de ir.

Con esa oportunidad centelleando en su boca empecé a escuchar los ecos de mi nombre en la lejanía invisible.

—¿Qué haces aquí, Vera? —gritó Claudia, una compañera de mi madre. No me extrañó verla en la fiesta. Era una madurita inmadura con más vida social que años formales—. ¡Estás guapísima!

—Gracias, Claudia. He venido con unos amigos.

—Ven, corre, quiero presentarte a alguien —dijo, y me guiñó un ojo. Eso se traducía en una nueva conquista que no le duraría ni dos saltos de cama.

Me despedí de él con una sonrisa estudiada y el deseo de volver a verle. Y desaparecí al ritmo de la música con Claudia, con la que desaproveché la velada aguantando las indirectas espeluznantes de sus amistades de alto *standing*.

—¡Vera! —exclamó Lucía al verme aparecer de nuevo—. ¿Qué te ha pasado antes? ¿Te habías comido a Mudito? —preguntó en una carcajada hipada y ebria—. No busques, Calabacita, se ha ido.

—Cállate, nosotros también nos vamos. —La cogí de la cintura.

—Mario, ¿quién hace el *casting* en tu empresa? ¡Sois todos guapísimos! Tú el que más, cariño —afirmó. Yo tragué saliva, aliviada. Cuando Lucía bebía más de dos copas el raciocinio se le resbalaba hasta los pies. Era capaz de revelar secretos de Estado y confesiones de alcoba. Mario sonrió con poco convencimiento y volvimos a casa, que era lo único que me apetecía.

Aunque no había ganado nada me levanté con la sensación de ser el caballo triunfador, como Secretariat al lograr la Triple Corona. Ningún acontecimiento erizaba mi piel y la fiesta había abierto una ventana para que respirara un poco de vida. Lucía tenía razón, había entrado en una rutina anodina que estaba catapultando mis ratos de diversión al olvido.

—Buenos días, Corderilla. Hay café recién hecho —ofreció mirando mis bucles rojizos enmarañados. Llené la taza hasta el borde y me senté junto a mi abuelo, que leía el periódico con avidez—. Vera —añadió—, no me importa que marees la cuchara hasta crear remolinos de cafeína, pero ten compasión y no marees a un anciano que chochea. Dime, ¿qué esconde esa mirada a media asta?

Sonreí. Existe una parada de la trayectoria vital en la que ocurre el fenómeno. Las personas suben al tren y ya han adquirido el don de saberlo todo. Es un proceso intrigante y sucede de forma desapercibida. «El tren de la sabiduría y los años cumplidos», se llama y mi abuelo conocía los cuantiosos recovecos del vagón en el que se había instalado.

—Ayer en la fiesta conocí a un chico. La falta de costumbre me hace pensar más de la cuenta —dije con aparente torpeza.

—¿Y qué sabemos del chico?

—Sabemos que es muy atractivo, que tiene un porte desafiante y una dentadura de anuncio. También sabemos que es italiano, que le gusta mi nombre y que trabaja en la empresa de Mario.

—Ojo avizor con los italianos. Son unos zalameros que engatusan con la armonía de su musicalidad. No te digo que no disfrutes de la melodía, pero con sentido común, Corderilla. O ese *Paganini* hará que te enamores de un Stradivarius y el precio es alto. Voy a pasear un rato —dijo, y me dejó en la cocina escalando la reflexión que me había regalado.

Olvidé a Paganini en un segundo y para despejarme elegí la música hechizante de Michel Nyman, que empezó a interpretar *The Promise* a todo volumen. Yo también me encaminé a dar un paseo, pero por la prensa digital. El recorrido no duró demasiado. Leía sin ápice de concentración porque mis esfuerzos se centraban en enhebrar el pasado, presente y futuro de aquel chico que calaba como la humedad de mi ciudad. Tenía que descubrir de dónde había salido y para iniciar la expedición me dirigí a la mayor fuente de información jamás diseñada; capaz de despejar incógnitas y sacar a la luz torrentes reservados a un solo clic. Una luz roja, que me pareció una brasa incendiaria, brillaba en notificaciones. Paolo Orsini quería ser mi amigo. De un tic exaltado el café se derramó por la mesa. Mi ego llegaba a la luna y volvía vestido de faralaes. Incluso me pareció que Nyman presionaba las teclas del piano con más fuerza que nunca. Acepté que entrara en mi mundo con un tembleque de manos que no sostenía.

Paolo Orsini
Vive en Valencia
De Torino
Nació el 22 de diciembre de 1989

1989. Repetí el número de cuatro cifras de forma lenta e incrédula, anestesiada. Y solo una persona podía sacarme del embotamiento.

—No estoy operativa, duermo —afirmó con la voz pastosa.

—Lucía, me da igual si duermes porque te necesito ahora.

—Y yo necesito un Ibuprofeno.

—Es casi menor —dije con miedo a escucharme.

—¿Quién?

—Peter Pan, ¿quién va a ser? El italiano de la fiesta. He aceptado su invitación y he visto su edad, en su perfil. ¡Veintiún años! ¿Qué hago con un chico tan joven?

—Llevártelo a la cama.

—¿Sería posible que por una vez no me respondieras con una frase de índole sexual?

—Si quieres otro tipo de respuesta llama a Sor Inés, yo de oraciones y penitencias sé poco. Calabacita, necesitas una gran dosis de alegría para tu cuerpo. No te preocupes, aparenta muchos más. No seas dramática, diviértete y déjame dormir. ¿Qué somos? Leonas… Adiós, te quiero.

Yo no era ninguna leona. Mariela, la azafata rubia, era una leona. Vera Belin era una gacela con taquicardia perseguida por la sombra del Rey de la Selva. Volví a asomarme a la pantalla del portátil con distancia medida. Miré su foto y advertí que era peligrosamente atractivo. Sí, era cierto que aparentaba algún año más, pero aún le quedaban unas cuantas carreras para alcanzarme.

* * *

El lunes llegó. Y pintaba como cualquier lunes de mierda. Con el condicionante añadido de que tenía mi primera sesión con la psiquiatra. Pensé que estaba acabada y que una persona desconocida analizaría mis sentimientos a la vez que jugaba una mano de cartas con momentos de mi vida. Yo partía con ventaja. Conocía la baraja a la perfección, y aun así se me antojó la idea de que iba a perder. Me dio igual porque ya lo había perdido todo, una idea tan ignorante como yo, ya que después descubrí que aún no había perdido nada, ni siquiera el tiempo.

Ignoraba si Cristina Pozo era buena o mala profesional. Según mi madre, la diosa de los cuerdos en un reino de locos. De lo que estaba segura es que no le costaría demasiado trabajo descifrar lo que mi cara mustia y pecosa gritaba. No hacía falta ser un lince para saber que, además de pálida, estaba hundida en el lodo. Y en vano fueron los intentos de mi madre para que mi piel adoptara algunos rayos de sol. Su máxima obsesión era tirar de mi brazo hasta que conseguía sacarme de la cama, arrastrarme a la terraza y sentarme en un taburete blanco de plástico endeble, frente a dos geranios

asfixiados. Me sentía enferma y mi madre, una doctora Quinn encubierta, pensaba que el sol me curaría. Pero el sol de julio y agosto me abrasaba y no tardaba más de cinco minutos en tambalearme de nuevo hasta la cama, donde me acurrucaba y cerraba los ojos, pensando que así se cerrarían las heridas abiertas en canal.

Después de pasear cogida de la mano de mi abuelo llegamos a la consulta.

—Yayo, para y mírame —le ordené—. No sé lo que nos vamos a encontrar ahí arriba. Pero a lo mejor hay locos balbuceando rarezas. Tú tranquilo. Y piensa que yo no estoy tan mal como ellos. ¿Vale?

—Vale. Toca el timbre.

Abrieron sin preguntar y subimos hasta el segundo piso. La puerta estaba abierta y yo nerviosa. Me iba a convertir en una inestable oficial y eso era algo subrayable en mi currículum, impecable hasta entonces. Venció la puerta ante mi toque de nudillos y me encontré de frente con una chica bajita y delgada. Sus facciones eran dulces y el pelo lo tenía muy corto, marcaba estilo.

—Buenos días, pasen. ¿Es la primera vez que vienes? —preguntó demasiado sonriente. Asentí apesadumbrada—. Pues acompáñame al mostrador, que tengo que rellenar la ficha.

La entrada olía a un intenso aroma a incienso de jazmín.

—¿Nombre completo?

—Vera Navarro Belin. Se pronuncia con «a» pero se escribe con «i» —aclaré.

—¿Fecha de nacimiento?

—10 de junio de 1984.

—¿Dirección?

—Avenida Carlos III, 86 puerta 42, séptimo piso.

—¿Código postal?

—46018.

—¿Tomas algún medicamento?

—No. Bueno, si estoy nerviosa o me entra ansiedad me tomo un Orfidal.

—¿Desde cuándo?

—Un par de meses.

—¿Alérgica a algo?

Me hubiera gustado decirle que era alérgica a la realidad que me rodeaba y a los abandonos, pero negué con la cabeza mientras ella me observaba a través de las gafas de pasta moradas.

—¿Te han operado alguna vez?

—No.

—¿A qué te dedicas?

—Soy periodista.

—¿Trabajas actualmente?

—No.

—Perfecto, Vera. —La secretaria dejó de teclear y volvió a sonreír de forma espléndida—. Pueden pasar a la sala de espera.

Después de ofrecerle una colección de negativas asimilé que estaba fichada en un archivo de colgados. La seguimos por un pasillo pintado en tierras florentinas. El piso era un espacio diáfano, de techos altos y escasos ornamentos decorativos. La joven risueña señaló la segunda habitación y entramos. Nadie. Ni un perturbado emocional en la sala de espera. ¿Era la única desequilibrada de la ciudad? Me preguntaba cuánto costaría cada sesión y de dónde había sacado mi madre a la doctora Pozo.

—Ves, Corderilla, ni un loco.

—¡Yayo! Te he dicho mil veces que *Corderilla*, en casa, en público no —afirmé irritada. Tenía veintiocho años y la vergüenza de que alguien escuchara el apelativo cariñoso que me profería desde que nací me tensaba el cuerpo. Hoy daría un año de mi vida por escuchar esa palabra salir de su boca.

Mi abuelo hizo un gesto para que me percatara de la ausencia de público visible. Se desprendió del sombrero Delos y se atusó el pelo plateado con la palma de la mano. Nos sentamos frente a una mesa de líneas sinuosas que separaba dos bloques de cuatro sillas. Un jarrón de cristal lucía a rebosar de tulipanes rosas.

—Son de verdad.

—Qué manía de tocarlo todo. Deja las flores. Algún día tocarás algo que no debes y verás qué decepción —contestó mi abuelo con las manos

entrelazadas sobre el regazo.

Eché otro vistazo a la mesa. Retiré la primera publicación de una pila de revistas manoseadas y ahí estaba, el último número de *Quo*. Una deportista aparecía en portada junto al titular: «21 días ¿pueden cambiar tu vida? La ley de las 3 semanas para potenciar la fuerza de voluntad». A mí la vida me había cambiado en un minuto, me daba pavor reflexionar sobre lo que podía ocurrir en tantísimos días. Paolo compraba esa revista. Cuanto más quieres olvidar a una persona más se empeña el destino en recordártelo con cualquier tipo de guiño vil. Mis ojos se abandonaron a las lágrimas de impotencia y maldije en silencio al cabrón que me había llevado a aquella sala de espera.

Escuché movimiento y la doctora Pozo apareció en el umbral de la puerta. Casi hago una genuflexión. Quizás no era la diosa de los cuerdos, pero sí la diosa de la belleza. Se podía bracear en sus ojos cristalinos, y su rostro era revelador como un poema de Benedetti. Tan fina y elegante, con un vestido ajustado hasta la rodilla, que me hizo sentir su criada pordiosera. Le hubiera arrebatado la bata para cubrir mi falda vaquera deshilachada, así me hubiera sentido un poco más digna ante su impecable imagen.

—Buenos días, ¿Vera?

Aún con los ojos empañados advertí que me miró como si me conociera, pero yo no había visto a la señora psiquiatra jamás.

—Sí, encantada. Él es Román, mi abuelo —le dije a la doctora, que lo saludó con una mueca cariñosa.

—Adelante.

Miré a mi abuelo para que siguiera la estela acobardada que iba dejando. Pero volvió a sentarse en la silla como si el asunto *nieta desequilibrada* no fuera con él.

—No, no. Pasa tú, hija, prefiero quedarme aquí. Leeré una revista, seguro que encuentro alguna reflexión provechosa entre tanta palabra.

—¿Seguro? No me importa.

Mi abuelo negó con insistencia y sola ante el peligro acompañé el rastro de la doctora, concentrándome en su media melena rubia y lacia. La consulta era una habitación holgada. A la izquierda quedaba una rinconera de piel blanca que abrazaba una mesita de líneas curvas similar a la de

fuera, pero de menor tamaño. Una estantería cargada de sabiduría forraba por completo la pared de la derecha. Y su escritorio, ubicado frente al sofá, parecía un barco con tripulación que se movía al son de la tela traslúcida; una cortina que ocultaba la pequeña terraza que se entreveía a sus espaldas.

—Bien, Vera, me llamo Cristina y lo único que pretendo es ayudarte a asentar y controlar nuevos sentimientos y estados de ánimo. Te voy a escuchar. Cuando hable contigo no utilizaré términos técnicos ni conceptos que puedan confundirte. Tampoco vamos a ser amigas. Lo que te aseguro es que a partir de hoy me tendrás para todo lo que necesites. A cualquier hora del día.

No sé qué me dejó más anclada a la silla, si su convencimiento de que no íbamos a ser amigas, un punto que me pareció correcto porque Lucía valía por mil, o la línea tan directa que guiaba sus afirmaciones.

—No me gusta estar aquí —dije antes de que pudiera abrir la boca.

—A mí a veces tampoco, pero aquí estamos.

—Ya, pero este es su trabajo y gana dinero. Es un incentivo. Yo no gano nada.

—Eso repítelo cuando acabemos las sesiones. Antes de empezar no vaticines. No te gusta estar en esta consulta, entonces explícame, ¿por qué estás aquí?

—Porque me aburría, porque no me llegaba el dinero para un billete al Caribe, porque mi madre me ha obligado y básicamente estoy aquí por un hombre. Esto último es lo que más me jode.

Dejó de leer en el ordenador y alzó la vista.

—¿Te va bien el Orfidal?

—De lujo. Me hace dormir y si duermo no pienso.

—¿Tienes dificultad para dormir?

—No. Tengo dificultad para despertar.

—Defínete con tres palabras, Vera.

—Constante, perfeccionista, sincera.

—¿Has pensado en el suicidio?

—Sí. Pienso que podría saltar desde el séptimo piso, que es donde vivo, pero luego me pregunto ¿y si él se arrepiente y vuelve? Habría muerto por un impulso irracional. Además, mi abuelo dice que algún día me reiré de

este infierno. No creo en esas risas así que quiero vivir para demostrárselo, por llevar la contraria.

—Tu abuelo tiene razón, al igual que las personas, unos problemas arrinconan a otros.

—Tranquila, vuelva o no vuelva no me voy a suicidar. Con la suerte que tengo seguro que me tiro y me quedo medio gilipollas.

—Vera, es un tema serio —dijo la doctora, clavando su mirada en la mía.

—¿Qué es más serio? ¿Vivir, morir? ¿Morir en vida?

No contestó. Sin embargo, yo de forma obligada debía responder a cada una de sus preguntas. Me incomodaba, porque en mi rutina diaria las preguntas las hacía yo y tenía esa manía demasiado arraigada en mi personalidad.

—¿Cuánto tiempo llevas sin trabajar?

—Cuatro meses. Trabajé un año en el Ayuntamiento. El contrato se me acabó en febrero. Las arcas públicas están vacías para mí. No pudieron renovarme. Después hice colaboraciones esporádicas en distintos periódicos.

—¿Y ahora estás buscando?

—No, por dos razones. Una: no quiero encontrar nada. Y dos: no hay trabajo para periodistas. No me mire así. No tengo la culpa de que este país se vaya a la mierda. ¿Sabe cuántos periodistas han despedido desde que empezó la crisis?

—No lo sé.

No me extrañó su indiferencia por las pésimas cifras que afectaban al gremio periodístico. Su culo esbelto estaba a buen recaudo en el sillón de dirección de piel.

—Ocho mil periodistas.

—Una pena. ¿Qué piensas de estas consultas?

—Están muy bien estas consultas. Ustedes, los psiquiatras, hacen una gran labor… Mire, es su trabajo y lo respeto, pero yo aún sé lo que digo.

—¿Y sabes lo que haces? —La doctora desenganchó el bolígrafo que colgaba del bolsillo de su bata y lo mareó entre los dedos—. Tu madre me

ha comentado que llevas nerviosa y deprimida desde antes del verano —afirmó.

De nuevo rompí a llorar. No sentí vergüenza, solo frustración. Cogí un clínex de la cajita de cartón que había sobre la mesa, sin llegar a intuir cuántas cajas se gastarían al día en una consulta de inestables emocionales.

—No puedo parar de llorar por cualquier cosa. No sé qué estoy haciendo, pero sé lo que quiero. ¡Me estoy volviendo loca! ¿Cuánto tiempo va a durar la agonía?

—No te preocupes, si lloras es porque aún te quedan lágrimas. Vera, va a durar el tiempo que tú quieras. El día que te levantes y digas se acabó, se acabará. Se acabarán las lágrimas, la tristeza y la ansiedad. Este episodio es transitorio, es lo primero que tienes que comprender.

Esperaba que fuera transitorio y, que tarde o temprano, la función siguiera adelante. Porque cada vez estaba más convencida de que cualquier ser humano podría fallecer de amargura antes que de hambre.

—Tu madre me comentó que el desencadenante de tu situación era un desengaño amoroso.

—No crea todo lo que dice mi madre. Un cabrón despiadado del que estaba completamente enamorada me abandonó de la noche a la mañana. Y no es ninguna metáfora. ¿Desengaño amoroso? A efectos prácticos yo lo denomino *putada*. Llevábamos un año viviendo juntos. Una tarde me dijo que se iba a Estados Unidos a estudiar un máster, su gran oportunidad… Que con tanta distancia de por medio no podíamos seguir juntos. Así que se fue. No espero que vuelva, sé que no le volveré a ver. Pero lo que más me duele es saber a ciencia cierta que no volveré a sentir nunca lo que sentía cuando estaba con él —afirmé, y me limpié las lágrimas.

—Eso no es lo que más te duele.

—¿Ah, no?

—No. Lo que te duele es que no contara contigo. Eso y el hecho de pesar menos en la balanza de sus intereses. Creías que te necesitaba, pero has descubierto que no te necesita ni la mitad de lo que te demostró. Te duele que él fuera la persona más importante para ti porque ahora que ha desaparecido te sientes inútil. Te duele la idea de no poder soportar la decepción, pero te aseguro que se soporta y se asimila.

Su inventario de certezas, que escuché con rabia contenida, resultó más doloroso que si me hubieran clavado agujas y luego hubieran rociado litros de alcohol sobre los cortes.

—Usted qué coño sabrá…

—Sé un poco más que tú. Tengo cincuenta y cuatro años, además de un largo camino de experiencias vividas y escuchadas. ¿Crees que no volverás a enamorarte?

—¿Usted se volvió a enamorar?

Sus gestos confesaron que quería aniquilarme.

—Lo superarás y volverás a enamorarte, créeme. Y no será ni mejor ni peor, será diferente porque será una persona nueva que te ofrecerá un amor que aún no conoces. Este capítulo que te parece amargo y desagradable debe servirte de aprendizaje.

—Me gustaría dejar de aprender. Cuanto más sé, más deprimida estoy. Cuando la sabiduría se mezcla con la locura todo desemboca en desgracia —me aventuré a decir sin mirar a Cristina Pozo que, por cierto, empezaba a adquirir *el don*. Poco me importaban a mí sus predicciones de vidente experta y los amores futuros de los que hablaba. Me preocupaba el llanto inagotable y que mi mano ocultaba el tercer pañuelo. Cristina escuchaba y tomaba notas.

—¿Cómo se llama?

—Paolo Orsini.

El nombre se llevó mi aliento.

—¿Cómo te sientes ahora mismo? —preguntó.

Apoyé la cabeza sobre mi mano y el codo en el reposabrazos. Miré hacia la estantería. Observé un par de portarretratos con la fotografía de un niño rubio con uniforme de colegio. La estudié a ella. Miré hacia la izquierda. De la pared colgaba un cuadro de tamaño considerable. Lo analicé durante unos segundos. Un punto negro sobre un fondo ocre y azul.

—Me siento como ese punto negro.

—¿Pequeña?

—No, abandonada y sola en medio de la nada.

El arte abstracto me inquietaba, pero con aquella pintura me sentí identificada al instante.

—Es un pequeño círculo negro —aclaró.

—Pues yo veo un punto. ¿Lo ha pintado usted?

—Llámame de tú. Y no —dijo en una carcajada—, por supuesto que no lo he pintado yo. Alguien lo compró para regalármelo.

—¿Sería mucha indiscreción preguntar cuánto se paga por un cuadro así?

—Se paga lo que vale, quince mil dólares.

—¿Quince mil dólares por un punto negro? ¿Quién lo ha pintado? ¿El rey de los puntos?

—Sí, el artista se llama Larry Selleck.

Mi expresión tuvo que ser muy reveladora, porque acto seguido me preguntó con aire incrédulo.

—¿No conoces a Larry Selleck?

—No tengo el gusto. He pasado demasiado tiempo metida en la cama, debajo de las sábanas. ¿Ese Selleck no será una moda pasajera por la que la gente se vuelve loca y meses después pasan tres pueblos de su obra?

—¿Sabes algo de arte?

—No, pero sé mucho de modas pasajeras. Yo soy una.

Me levanté para admirar de cerca la obra del tal Selleck. Era un cuadro de 75×90 cm. Ahora que estudiaba de cerca el punto, sí podía decir que era un pequeño círculo ubicado en la parte superior izquierda. Un pequeño círculo negro envuelto y protegido por tonos ocre brillantes y terracotas vivos. Una gama que daba la mano a los tonos azules, compactos y armónicos. Reconocí a simple vista cinco tonalidades distintas. Los colores orbitaban alrededor del punto como si lo moviera todo a su alrededor, una nebulosa de texturas rugosas y lisas a punto de estallar. Bajé la vista hasta la esquina inferior donde leí: L. Selleck. La caligrafía parecía una *French Script* del Word. Y debajo del nombre, un número. El número siete.

—¿Y quién es Larry Selleck?

—Un joven artista de Detroit que estudió Bellas Artes en la Universidad Estatal de Wayne. Ahora está afincado en Nueva York, y te aseguro que no es una moda pasajera. Deberías estudiar un poco su obra.

—¿Qué significa el número siete?

—Significa que hay más puntos. Forma parte de una colección. Cada punto tiene asignado un número y yo tengo el siete. Ahora siéntate, por favor.

Volví a observar el cuadro. La miré a ella. Volví la vista hacia la pintura. Suspiré y me senté.

—¿Cuántos puntos hay? ¿Quién se lo ha regalado? —pregunté con una curiosidad que me sorprendió.

—Vera, no estás aquí para hablar de Selleck.

Lo sabía. Dudaba mucho que mi madre se dejara el sueldo para que yo conversara sobre un punto negro. Pero durante unos minutos había olvidado mi pequeña tragedia personal.

—Vamos a hacer un ejercicio de memoria. Intenta recordar vuestra primera cita.

—Menuda tortura… ¿Es necesario?

—Lo es, cuéntame cómo empezó la historia.

Esa última petición me zambulló en un mundo paralelo y lejano. En el mundo de las vivencias felices que han dejado de existir. Un lugar donde me hospedaba sin vislumbrar la salida.

OceanofPDF.com

4

Detroit, 1 de septiembre de 2007

Una esencia de grosellas frescas y arándanos empezó a deshojarse como una fina lluvia sobre Cyntia. Era el aroma que colmaba el hogar de los Selleck, una liviana mezcla de frutos silvestres aderezada con cilantro.

Abrió los ojos y vislumbró su entorno con reparo evidente. Teniendo en cuenta que el último recuerdo que albergaba su memoria era el peso de un fornido caballero rubio sobre ella, se le hacía extraño haber amanecido en su habitación. Desconocía en qué momento de la madrugada había recorrido de nuevo el pasillo y se había acomodado en la cama. Pero si de algo estaba segura era que no había sido una ensoñación pasajera ya que sentía molestias en el bajo vientre.

«El amor duele», masculló con los brazos en jarra y estudió la montaña de ropa que enterraba el suelo. Su habitación parecía una tienda destartalada en el cuarto día de rebajas y ella, inmóvil en el epicentro del desastre, un cóctel de emociones agitado a conciencia.

La primera vez no era espectacular. El cielo no se encendía con fuegos artificiales y mucho menos resultaba un acto deleitoso. Ni siquiera sentía que se había despojado de un peso demoledor, sino que había atiborrado el macuto con nuevas expectativas. Quería más y mejor, con Larry. Había sido tan dulce y cuidadoso que el recuerdo la estremecía. Se preguntó qué estaría pensando mientras un nimbo de confusión sobrevoló la habitación. Por la noche todo le había parecido más claro que por el día.

—Buenos días, corazón —dijo Elaine al verla entrar en la cocina. Cyntia se desplomó en una de las sillas con aire cansino—. Pareces agotada.

—No es agotamiento, es tristeza. Ha llegado el día.

—Todo llega y todo pasa, lo bueno y lo malo. Así es la vida, corazón.

—Sí, imagino que sí. Huele muy bien, Elaine. —Cyntia se levantó dispuesta a meter su nariz en las cacerolas con las que trabajaba la matriarca de los Selleck.

—Ni se te ocurra mirar, señorita. —Le cortó el paso y la hizo sentar de nuevo—. Estoy preparando un guiso especial para tu despedida.

—Está bien, está bien, no miraré.

Como hacía cada mañana, la señora Selleck le acercó el tazón de leche y los cereales. Dio media vuelta dirigiéndose a por un plato cubierto por unas servilletas. Lo destapó y aparecieron unos jugosos *brownies*. Los contempló con orgullo y los dejó frente a la mirada aséptica de Cyntia.

Elaine era una señora rolliza, con las carnes prietas bien repartidas en una figura compacta. Le sobraban kilos y alguna decepción, pero sus ojos grisáceos eran enormes, tan brillantes que se comían su cara y a todo aquel que miraba.

Cuando era una jovencita sin preocupaciones parecía una estrella de cine. Cyntia la había visto en una foto antigua tomada por un fotógrafo francés. Estaba resplandeciente, con un vestido malva de doble tirante grueso, vaporoso, hasta la altura de la rodilla. Elaine reía distraída al viento, con la esperanza quizás de que la vida siempre fuera una sonrisa perenne, mientras posaba en lo alto de una escalinata sin mirar al objetivo. Con su mano izquierda saludaba a alguien que no aparecía en la imagen y con la derecha acariciaba la gran lazada que mantenía apretada su mínima cintura. «No soy yo, la joven de la foto sigue en la escalinata de sal», decía atravesando el salón con un escobón entre las manos. Esa foto era un pellizco del pasado.

Ahora, cuarenta años después, su reflejo era el de otra persona, pero la sombra de la belleza permanecía intacta en ella. Elaine se dedicaba a enseñar. Era maestra de primaria en la Mason Elementary School, pero una vocecilla le susurraba que era la cocinera de un restaurante con tres estrellas Michelín.

—Come —le ordenó—. Cuando te vean tus padres pensarán que tu familia americana no te ha dado de comer en todo el mes.

—Qué va… Yo siempre estoy así, soy de constitución delgada.

—Te entiendo. Yo soy un tonel por constitución.

—Qué exagerada eres: estás muy bien, Elaine.

—Estupenda. ¿Qué planes tienes para esta mañana?

—¡Esto está de lujo! —afirmó Cyntia con la boca llena.

Elaine la miró, satisfecha.

—Ducharme y hacer la maleta, eso me entretendrá un par de horas.

—¿Tanto?

—Sí. Parece que la ropa se ha multiplicado, como el milagro de los panes y los peces. No lo entiendo. Me llevo más de lo que traje.

—Siempre es así. Pero a medida que cumplas años tu maleta será más pequeña. Es un proceso lento, pero te sobrará todo. En vez de seis pantalones meterás dos, las camisetas las cambiarás por un buen libro y en cuanto a los zapatos… desearás andar descalza, corazón. A medida que cumplas años soltarás lastre. Cargar con tu peso será suficiente.

—Mejor. Me gusta leer y detesto el exceso de equipaje.

—Así que dos horas. Perfecto. No quiero que aparezcas por el salón ni por la cocina hasta que te avise. ¿Sabes que William y Eli vienen a comer? Quieren despedirse.

William era el hermano mayor de Larry y Elizabeth, su mujer. Llevaban casi dos años casados y cinco de un noviazgo insultantemente feliz. Parecían una de esas parejas que aparecen en los catálogos anunciando viajes de ensueño, de las que te animan a ser como ellos.

—Yo también quiero verles, pero no despedirme.

—¡Corazón, no te pongas así, nosotros también estamos tristes! —exclamó Elaine sentándose junto a Cyntia—. Deja de llorar, tienes que pensar en las cosas buenas que has vivido y llevarlas contigo. Ahora empiezas una nueva etapa. Conocerás mucha gente interesante en la universidad. Va a ser fantástico —afirmó, retirándole el pelo de la cara.

—Eso es lo malo, que cada día que he vivido aquí es demasiado bueno como para que solo se convierta en un maldito recuerdo.

—¿No echas de menos a tus padres? —preguntó Elaine con dulzura.

—No. Aquí estoy bien. Mis padres están siempre trabajando, pero es verdad que echo muchísimo de menos a Antonia. Me muero por verla y

contarle todo lo que me ha pasado este mes. Vine para perfeccionar mi inglés y he acabado perfeccionando mi vida. No sabía que un viaje podía poner del revés tantas emociones. Sois una familia única y maravillosa.

Elaine le dio un abrazo maternal. De camino a los fogones se secó la desolación con el mandil y frente a los cacharros de la cocina se sintió apenada, casi tan vacía como Cyntia. Muchas estudiantes habían pasado a lo largo de doce años por su casa, pero ninguna había sido como ella. Con su alegría pizpireta había revolucionado a los miembros de la familia, sobre todo a Joseph, un hombre obtuso, de pocas palabras y escasas muecas de complicidad.

Durante los primeros días en Detroit, Cyntia observó los hábitos del señor Selleck. Desayunaba una brizna de cafeína con perlas doradas de Omega-3; leía desdeñoso el *Detroit Free Press*; se hundía en un sofá estilo isabelino raído por las horas eternas, y se abstraía frente al televisor hasta que Elaine lo llamaba para comer. La apasionante conducta de Joseph desarmaba los cimientos de la rutina de Cyntia. Hacía tres meses que lo habían jubilado de su trabajo de cartero. Su ruta había cambiado en un parpadeo y no aceptaba gustoso el nuevo recorrido.

Al quinto día, Cyntia se acercó a él desprovista de tensión y le preguntó si podía llevarla de excursión al Belle Isle Park. Sin un atisbo de movimiento, Joseph la analizó de forma insípida.

Pasaron más de cuatro horas recorriendo la isla en medio del río Detroit. Esa fue la primera escapada de una larga lista de retos que Cyntia fue tachando entusiasmada. Daban largos paseos por Lafayette Park, mantenían conversaciones disparatadas e incluso asistieron a un partido amistoso de los Tigers. Cuando Cyntia vio que Joseph se comía un *Coney Dog*, constató que había finalizado su trabajo con el señor Selleck. Ya podía andar solo.

—¿Dónde está Larry?

—En su habitación.

Elaine la miró de reojo.

—¿Y Joseph?

—Ha salido a pasear el cacharro con ruedas.

«Esto no es un coche, es un sueño palpable, un Camaro COPO 9560 ZL1. Hay sesenta y nueve unidades en todo el mundo», le explicó Joseph.

Lo heredó cuando el hermano de su padre murió de un edema pulmonar. El Camaro se había convertido en su ojito derecho y en el bien más valioso que poseía. Cyntia pensaba que nadie podía enloquecer así por un coche hasta que conoció al señor Selleck.

—Si te escuchara llamar *cacharro* al Camaro te pediría el divorcio.

—La próxima vez lo diré más alto a ver si me oye.

—Pues cómprate un megáfono, tu marido se está quedando sordo del oído derecho. Me di cuenta la semana pasada cuando le hablé de Jim Leyland y solo preguntaba: ¿Qué?, ¿qué? Pero si le gritas, solucionado.

—No seré yo la que grite, ya estoy mayor para desgañitarme —afirmó Elaine—. Que no te engañe, Joseph es como un político venido a menos, una verborrea que aburre al viento y una ventolera que lo deja sordo cuando le interesa. Ese está tan sordo como yo muda.

—¿Por qué sigues con él?

—Por mil cosas, corazón. Porque un día estuve muy enamorada. Por costumbre, porque le quiero a mi manera y porque nunca me ha hecho llorar.

—¿Y reír?

—Ese es otro cantar —contestó mientras abría la puerta de la galería y retiraba la cortina.

—Este calor no es normal, se van a derretir las calles. Voy a darme una ducha.

Cyntia se levantó y estampó un beso en la mejilla a Elaine.

—Sí es normal. Así son las olas de calor en Detroit.

Las olas de calor asfixiaban tanto como un mal momento y anquilosaban las articulaciones hasta que desaparecían las ganas de respirar.

La española abandonó el tazón en el fregadero, guardó los cereales en la despensa y salió de la cocina. Antes de entrar en el aseo, lanzó una mirada furtiva a la habitación de Larry, pero el reino del príncipe permanecía sumido en un sonoro mutismo.

El agua que resbalaba por su espalda no la relajó. Al dolor de cuerpo que acusaba había que sumarle la angustia de la indiferencia. No entendía por qué Larry se empeñaba en convertir su último día en una competición de desaires y ausencias. Cyntia Robles se sentía como un gladiador muerto

en combate. Ella esperaba que la hubiera despertado con una frase romántica suicidándose desde sus labios. Pero eso no había ocurrido. Debería aprender a no esperar nada de la gente. Se perdería grandes descubrimientos, pero se ahorraría grandes decepciones.

Después de hora y media jugando al *Tetris* con infinidad de prendas, sandalias de cuña y *souvenirs*, Cyntia consiguió cerrar la maleta. Deseaba tener cuarenta años más para ir ligera de equipaje, con un libro y una muda limpia para vestir sus despertares.

Se estudió en el espejo, de nuevo estaba empapada. La calina era sofocante y su cabellera actuaba como una manta térmica. Con un movimiento bailarín echó la melena sobre el hombro y sin prisa comenzó a entrelazar los mechones minuciosamente. La gruesa trenza le llegaba hasta el ombligo desnudo y su sonrisa de regocijo hasta el cielo.

Sin saber en qué invertir el agobio lastimero que sentía, se tiró sobre la cama deshecha y observó el techo azulado de la habitación que la había cobijado el último mes. Elaine le había limitado su radio de acción. Ni cocina ni salón. Pero nadie le había prohibido visitar a Larry.

—¿Puedo pasar?

—No, no puedes pasar —contestó en tono neutro.

La negativa le hizo abrir la boca como un buzón de correos. No supo distinguir qué le quemaba más, si el estómago o el pomo de la puerta en la mano, pero empujó el tirador con una rabia púgil que nunca había mostrado. Al entrar se encontró a Larry frente al ordenador. Presionaba las teclas del portátil con afán de hundirlas hasta el primer piso.

—¿Siempre tienes que hacer lo que te da la gana? —Larry movió la silla giratoria y la observó malhumorado.

Cyntia se quedó estupefacta.

—¿Estás enfadado?

—Sí, Cyntia. Estoy enfadado.

—¿Pero yo qué he hecho?

—¿Tú que has hecho? —Se puso en pie y la divisó desde las alturas haciendo sentir a Cyntia un ser microscópico—. ¿Te parece poco el asalto de ayer? Eres… eres… ¡una malcriada caprichosa!

—Que te jodan maldito bipolar, no tengo por qué aguantar esto —afirmó y se levantó como una galerna del norte buscando una salida en tierra firme. En plena estampida el joven la asió de una muñeca y la remolcó hacia él en un poderoso abrazo.

—Lo siento, lo siento, lo siento…

—No fue un asalto —dijo Cyntia—, fue un salto que necesitaba dar contigo.

—Lo sé. Gracias.

—¿Me das las gracias por hacer el amor?

—No. Por querer saltar conmigo.

—Todo va a salir bien, Larry.

Cyntia se deshizo de los brazos vigorosos del americano, cogió un bolígrafo del escritorio y aparcó sus rodillas sobre la cama.

—Mira, tú estás aquí. —Dibujó un punto negro en el mapamundi anclado en el corcho—. Y yo estoy aquí. —Marcó otro punto en España y trazó una línea curva entre ambos—. Solo nos separa un inmenso océano. Hoy en día eso no es nada.

—El destino es injusto.

—No digas bobadas. Imagina a cuántos países podría haber ido para hacer un curso de inglés. La cantidad de familias que me podrían haber acogido. Y he caído aquí, contigo y tu familia. Las cosas han sido muy justas hasta ahora. El destino será injusto si no nos volvemos a ver, pero eso no va a pasar porque esto no es el final.

—No es el final —repitió él.

—Es el principio —afirmó ella.

—Es el principio.

—Júralo.

—Lo juro.

—Jura que vendrás a verme. Si no vienes te caerá un rayo y te matará.

—Estás loca.

—Pero ¡júralo!

—¡Que sí, lo juro!

La española reía a carcajadas, como si no se fuera a ir nunca.

—¿Qué vas a hacer esta tarde? Cuando yo esté volando.

—Trabajo en el museo.

—No trabajas, eres voluntario. Conozco mejor ese museo que los de mi ciudad. A saber cuántas joyas me he perdido.

—Muchas. Entre ellas, la luz inimitable de un Sorolla.

Larry compaginaba sus estudios de Bellas Artes con el trabajo de voluntario en el Detroit Institute of Arts. La remuneración económica brillaba por su ausencia, pero no el tremendo goce personal que se llevaba a casa cuando finalizaba la jornada. Afirmaba que estar en contacto con las colecciones de arte, aprender la historia y saborear la técnica de sus pintores favoritos no se pagaba con dinero. Parecía que sus superiores se acogían a la premisa que leían en sus ojos y por esa regla de tres ni lo ascendían ni veía un centavo. Su función consistía en guiar a los visitantes, ayudarles y responder a preguntas generales sobre las colecciones. Además, era la *beautiful face* de los mostradores. Las jóvenes más adelantadas sucumbían antes a los encantos de Larry que a los de Sandro Botticelli.

—Seguro que no lo conoces tan bien como piensas. A ver, ¿de quién son los murales más importantes?

—De Diego Rivera, ¿te crees que soy tonta? Mira, chico, este eres tú. —Cyntia se levantó e imitó fielmente a Larry en una de sus intervenciones —. Por favor, señores —dijo, y dio unas palmaditas al aire—. Nos encontramos en la Rivera Court y están observando los famosos murales industriales de Detroit, la obra maestra del mexicano Diego Rivera, contratado por Edsel Ford para elaborar estas espectaculares obras de arte. Observen la pared, ahí empieza la creación del gran artista plasmando el origen, el germen de la producción industrial… Y bla, bla, bla.

Larry enarcó las cejas entre risas y la arrastró hacia la cama.

—Me has sorprendido… lo has hecho genial.

—Lo sé. Acabo de descubrir que podría ganarme el pan de guía en un museo.

—Algún día expondré mis cuadros allí —apostilló, haciéndose el interesante.

—¿Habrá una *Selleck Court*? —Cyntia soltó una carcajada.

Larry no quería reír la ingeniosa idea, pero lo hizo.

—Eres cruel.

—Es broma. Seguro que tu sueño se hace realidad. Si luchas con pasión y con ganas lo conseguirás, pero no pierdas tu objetivo de vista. Si lo haces, serás tú el que se pierda. Es una lucha tanto mental como física. Busca un equilibrio entre ambas partes porque te aseguro que es la única manera de lograr lo que deseas.

El joven Selleck sonrió y dos hoyuelos aparecieron en sus mejillas. Le fascinaba que Cyntia elevara sus afirmaciones a la categoría de verdad con solo pronunciarlas.

—Hace un calor infernal, Larry —afirmó en un jadeo—. No me extraña que Frida Kahlo estuviera hasta los huevos de este clima.

Cyntia se incorporó y miró fijamente al chico. Poseída por una combustión interna lo besó con urgencia. Tenía juventud, pero no tenía tiempo. Los minutos se le empezaban a escapar como arena fina entre los dedos.

—Ya está la… —William no pudo terminar la frase al contemplar la escena. Asombrado cerró la puerta. Sonrió. Una sonrisa que albergaba el triunfo de presenciar una escenita inédita y la sorpresa de haber sido testigo de ella.

—La comida. Creo que es lo que iba a decir.

—¿Se lo va a contar a tu madre?

—Más le vale no hacerlo.

—¡No pienso salir! ¡Ahora mirar a tu hermano va a ser más bochornoso que este calor!

—Eso tiene fácil solución, no lo mires.

Minutos después salieron de la habitación. Cyntia estaba avergonzaba, aunque sentía el mísero consuelo de que el espectador había sido William y no Joseph. Este sentía una predilección especial por ella, pero no le daría la enhorabuena si la pillara retozando con su hijo pequeño.

Recorrió el pasillo en silencio, y cuando entró en el salón recibió una ráfaga de voces: «¡Sorpresa!». Cyntia se llevó las manos a las mejillas mientras Larry, que la seguía de cerca, chocó contra su espalda. El salón lucía decorado con serpentinas que bailaban veleidosas y figuras de papel que Elaine había confeccionado en el taller de manualidades al que asistía los jueves, incluso en verano. Una tela negra de tres palmos de ancho

atravesaba el comedor de pared a pared. En ella se leía: «Vuelve pronto. Te queremos, Cyntia». Eran letras cosidas con mimo. Letras rojas, verdes, con topos y rayas, volaban como una bandera pirata en el salón de los Selleck.

William, Eli, Joseph, Elaine y la señora Rose, dispuestos estratégicamente alrededor de una mesa, la miraban expectantes. Cyntia no sabía cómo actuar, se sentía bloqueada. Apenas pudo articular un tímido *thank you* y corrió a derrumbarse entre los brazos de Elaine. El salón de los Selleck se convirtió en el salón de los llantos. Pensaba que no lo merecía, pero le gustaba la parafernalia que Elaine había organizado alrededor de un halo de secretismo. Sentirse querida por unos desconocidos era más reconfortante de lo que imaginaba.

Cyntia los besó emocionada. Se aproximó a la señora Rose; aunque era frágil como una espiga dorada al sol, no dudó en achucharla y zarandearla de un lado a otro. Rose era una anciana arrugadita como una pasa, que apenas pesaba cuarenta y ocho kilos. Había enviudado hacía más de dos décadas y vivía con su añoranza dos pisos más arriba. No tenía hijos ni perros ni prisas por irse de este mundo. Los años no se habían llevado sus ganas, pero sí sus fuerzas. Y los Selleck se desvivían por ella. La llevaban de paseo, a su sesión de belleza semanal y contaban con su presencia para cualquier celebración familiar. La cubrían de amor. Si Rose era tan longeva, no era por las pastillas que le recetaba el doctor Jefferds, sino por el gran afecto que recibía.

—Qué bien que haya venido, señora Rose, la voy a echar mucho de menos —afirmó, besándola en la frente.

—¿Ahora quién me va a relatar historias de España? No quiero que te vayas —se apresuró a decir la anciana.

Los miembros de la familia Selleck sonrieron con cierta pesadumbre.

—Yo tampoco quiero irme. Le mandaré cartas.

—Vale, *honey*, esperaré tus misivas.

—Bueno —dijo Elaine mostrándole un paquete—, esto es para ti.

Cyntia rompió el papel de regalo salpicado de estrellas amarillas. La familia la miraba. Larry la admiraba. Bajo los astros apareció una caja de latón, una antigua caja de galletas. En la tapa se veía una niña rubia ataviada con un sombrero picudo y unos faldones anchos. Con una vara de

pastor en la mano conducía a cuatro gansos blancos por el sendero de un prado. En letras curvas y pequeñas se leía: Les Authentiques de Hansi. Cyntia se detuvo en cada detalle, hasta que William la azuzó.

—¡Venga, ábrela!

De la caja sacó un portarretratos adornado con decenas de brillantitos de colores. Era una fotografía. La señora Rose presidía la instantánea, sentada en el centro como un pilar que los sostenía. Estaban en el Andiamo, un restaurante junto al río. Almorzaron allí el primer domingo que Cyntia pasó en Detroit. Sonreían apelotonados unos contra otros frente a platos de espaguetis y ñoquis. Sintió que había pasado un siglo desde que un camarero canadiense con acento latino había tomado aquella foto.

—Muchísimas gracias, me encanta —balbuceó entre lágrimas.

—A ver, a ver —la interrumpió Rose con curiosidad.

Cyntia acercó el portarretratos a la anciana y volvió a situarse entre la protección de Elaine y Joseph.

—No sé cuántas cosas voy a poder recordar en esta vida, pero estoy segura de que a vosotros no os olvidaré jamás.

—Ni nosotros a ti, hija —afirmó Joseph y apretó su mano con fuerza.

Todos asintieron, corroborando las palabras del progenitor.

—Joseph, ¿vas a venir a verme a España?

—Claro que sí.

—No me lo creo —dijo Larry.

—Ni yo —añadió William.

—Gracias por la confianza que mostráis, hijos.

—Papá, le tienes fobia a los aviones y hace treinta años que no viajas —le recordó su hijo mayor.

—Corazón, si consigues que se suba a un avión te haré un monumento y te incluiré en mi testamento. —Elaine le guiñó un ojo a Cyntia.

Rieron el comentario, parecía que la pena de la despedida se había evaporado. La señora Rose seguía su particular cruzada a través de la fotografía, ajena a la conversación.

—Voy a sacar el plato estrella. Sentaos —ordenó mientras se disponía a abandonar el salón.

—No, no, mamá, espera. Escuchadme, ahora que está la familia reunida, tú ya eres de esta familia —apostilló, dirigiéndose a Cyntia—. Queremos deciros que…

Elaine miró a Larry.

—¡Estamos embarazados! —exclamó de júbilo.

Una traca desmedida estalló. Los futuros abuelos se abrazaron como no lo hacían desde mucho tiempo atrás. Larry se abalanzó sobre su hermano para felicitarle y besó a Elizabeth, que lloraba y se acariciaba la barriga. La señora Rose aplaudía sonriente, contagiada de la algarabía que se había arremolinado de improvisto. Palmoteaba sin chocar sus manos, sin hacer ruido.

Con la buena nueva la comida familiar se desarrolló entre risas, anécdotas de los hermanos, bromas y posibles nombres para la criatura. El Día de Acción de Gracias se adelantó dos meses en casa de los Selleck y tal y como había presagiado Elaine, el pavo glaseado con ciruelas fue la estrella del banquete.

—Tengo que irme, se va a hacer tarde —afirmó Larry.

—¿Ya? —gritó Cyntia.

Cyntia vio cómo Larry desaparecía en dirección a su habitación. Quiso cerrar los ojos y estampar su cara contra el pastel de calabaza que tenía enfrente. Las palabras del chico habían actuado como una colleja inesperada. En ese crítico momento recordó lo que Elaine había recitado en el desayuno. «Todo llega y todo pasa, lo bueno y lo malo». Lo malo estaba a punto de ocurrir.

Minutos después, Larry apareció con una mochila de cuero marrón a la espalda y una bolsa de plástico en la mano.

—Cyntia, ¿me acompañas a la puerta?

Sin despegar los labios siguió al joven como un punto suspensivo.

—No sé qué decir —confesó con la vista fija en el suelo del rellano.

—Di lo que se dice en estas ocasiones, Larry. Que ha sido genial, que nunca me olvidarás, que ha sido un mes inolvidable. Y haciendo un exceso hasta puedes decir que soy la chica más guapa que has conocido, la que mejor…

Interrumpió sus palabras y selló sus labios con un beso suave, como el lento balanceo de una mecedora.

—Todo lo que has dicho es verdad. Y también eres la chica con la trenza más bonita que he visto. Me encanta —afirmó, jugueteando con ella.

—Te voy a echar tanto de menos.

—Y yo. Más de lo que imaginas. Toma, antes de que se me olvide.

—¿Qué es? —Cyntia miró dentro de la bolsa.

—Un regalo que abrirás luego. Si lo comparas con lo que ha organizado mi madre es una tontería, pero seguro que te gusta. Españolita, dame un abrazo. No quiero prolongar demasiado la despedida.

Cyntia se subió a la cintura de Larry de un salto. Lo abrazó con una fuerza imparable. Dicen que el corazón no duele, pero a ella le dolió. Larry dibujó sus facciones mentalmente, la besó por última vez y bajó los escalones sin mirar atrás.

Con la respiración quebrada, Cyntia Robles cogió la bolsa del suelo y vadeó el mobiliario del salón a toda velocidad.

—¡Larry! ¡Larry! —gritó desesperada y agarró con sus manos temblorosas la barandilla de la terraza.

El joven levantó la cabeza. Sujetaba con firmeza las asas de su mochila para no claudicar ante una desidia que le aturdía.

—Larry, ¿me escribirás?

—¡Todos los días!

—Júralo.

—¡Lo juro!

Dio media vuelta y su sombra desapareció al girar la esquina.

Los dos vivieron una tarde opresiva. Larry ignoraba a los visitantes, montículos de plomo que se desplazaban por las faraónicas salas del edificio. Cada diez minutos intentaba vaticinar qué pasos estaría dando Cyntia. Incluso tuvo que abandonar en dos ocasiones su puesto de trabajo sin poder contener la rabia del dolor y las lágrimas. No era un novato en el sexo, pero sí en el amor y más en su pérdida.

Cuando Cyntia llevaba media hora de vuelo, Larry introdujo la llave en la cerradura. Un vacío elevado a la séptima potencia invadió toda voluntad.

Donde antes había risas, ahora había silencio; donde antes estaba Cyntia, ahora ya no había absolutamente nada.

Entró en la cocina y lanzó las llaves sobre la mesa. Elaine zurcía a la luz de un flexo.

—¿Cómo estás? —le preguntó sin separar los ojos de la aguja.

—Mal.

—Espero que anoche la trataras bien.

Larry palideció.

—¿Cómo lo sabes?

—Escuché cómo abría la puerta de su habitación, y no fue al baño precisamente. Además, ¿cuándo has cambiado tú las sábanas de la cama? Esta mañana ha sido la primera vez en veintiún años. Casi se me nubla la vista ante tal escena.

El joven esbozó la primera sonrisa de la tarde. Agridulce, pero al fin y al cabo una sonrisa.

—No te voy a echar ningún sermón porque ya eres mayorcito y porque ha sido ella. Pero que no vuelva a pasar. Acuéstate con quien quieras, pero no bajo este techo.

—No volverá a pasar porque ya no está. Y porque no me va a gustar nadie, nunca. ¿Cómo se ha ido?

—Llorando. Ha llorado hasta tu padre. Ver para creer.

—No me extraña.

—Ve a tu habitación y mira el regalito que te ha dejado.

Aún con la mochila colgada a la espalda corrió hacia su dormitorio. Elaine dejó la costura y lo siguió. Larry entró en la habitación con el corazón alterado y al llegar a la cama se echó las manos a la cabeza.

—No puede ser verdad —dijo, asombrado.

—Pues es verdad. Casi la mato cuando la he visto aparecer con el pelo a ras de las orejas. Nada parece frenar a esa chiquilla.

Larry se sentó sobre el colchón y acarició la mullida trenza castaña. Sobre la cama descansaba un folio doblado por la mitad.

Si la distancia es el olvido, que no vuelva a crecerme el pelo.
A mí me encantas tú.

Te quiero,
Cyntia

* * *

Mientras en la tierra un americano lloraba una pasión trenzada, en el cielo la luz de *Ricachones de Business Class abróchense los cinturones* se apagó. Cyntia se liberó y dos azafatas empezaron a recorrer los pasillos al son de una música que solo ellas escuchaban.

Su padre le había explicado que el viaje de vuelta no era en clase turista, lo había repetido mil veces. «¡Acuérdate!». Pero Cyntia había borrado de un plumazo a su padre y las palabras que había pronunciado. La joven de ojos color miel respiró profundamente. Lo que no le había advertido su padre era que en ocasiones el viaje de vuelta resultaba insoportable y que la angustia no desaparecía con una copa de champán. No la angustia que ella sentía.

Cyntia se levantó del asiento para poner en práctica el arte del cotilleo. «Uno, dos, tres…» contó con suaves movimientos de cabeza, como si buscara a alguien. Menos una pareja que se hacía arrumacos y reía convencida de su felicidad, los demás ocupantes viajaban solos.

La joven reposaba en una butaca de la parte central. También sola. Sabía que a menudo el dinero regalaba soledad.

—¿Necesita algo? —le preguntó amablemente la azafata al verla levantada—. ¿Otra almohada? —le sugirió.

—No, gracias.

—Si necesita cualquier cosa no dude en llamarme —insistió.

Mariela Beltrán, una de las azafatas más bellas de la compañía aérea, sabía que la sensación de bienestar se alejaba mucho de lo que Cyntia sentía. La había observado al entrar al avión, al guardar el bolso de mano anegada en lágrimas y exhalaciones entrecortadas. «No es miedo a volar, es miedo a despegar y no volver a tener lo que me hace feliz». La afirmación conmocionó a Mariela. No esperaba que una niña menuda con melenita desgarbada lanzara al aire una frase tan grande. Ella conocía el sentimiento que Cyntia le había confesado. La ruptura con su novio, con el que mantenía una relación de seis años, había fracturado su vida dos meses atrás y había rememorado el dolor de las astillas aún incrustadas en su piel.

Cyntia fijó la mirada en el sillón que quedaba a su izquierda. Estaba ocupado por la bolsa que le había dado Larry y por un neceser naranja que le había ofrecido la azafata al subir al avión. Lo abrió. Un cepillo de dientes, jabón natural y un peine que observó como si se tratara de una broma pesada. Sacó unos calcetines negros de una bolsita transparente. El detalle de los calcetines le agradó, los pies se le estaban helando por el aire acondicionado y ya tenía suficiente con un corazón congelado.

Junto a la ventanilla, un señor de traje impecable saboreaba una copa de champán y analizaba la actualidad con ánimo voraz. El elegante caballero la había observado de manera intermitente y ella se había percatado de las atenciones que le estaba prestando. A Mijail Vasíliev no le gustaba fisgonear. Era un hombre prudente, políticamente correcto. Pero ellos eran los únicos ocupantes de la línea de butacas y el disgusto de la joven era evidente. Lo difícil era no mirarla, lo despiadado no ayudarla.

Cyntia dejó de inspeccionar el porte refinado del que parecía un analista informativo, y con desgana rasgó el papel de círculos verdes. Cuando el envoltorio del regalo de Larry voló hasta la moqueta, su cara se iluminó para ensombrecerse de nuevo. El presente consistía en tres CDs, una recopilación de clásicos de la *Motown*. Una oleada de *soul* naufragó en su cuerpo. *Motown 50. Yesterday. Today. Forever*, decía la portada. La última palabra se le enquistó en el alma con una virulencia paralizante.

Tres sábados atrás, Larry la había acompañado al Motown Historical Museum; una encantadora casita blanca ubicada en el West Grand Boulevard de Detroit. Las puertas y las ventanas lucían pintadas de un azul vivo, y en un cartel colgado de la fachada se leía: Hitsville U.S.A. Cyntia pensó que la imagen parecía recién sacada de un film de los años cincuenta.

No había arrinconado en su memoria ni un minuto de la escapada. Cada instante de aquella jornada pendía de un fleco de la camiseta que vestía. Además, Larry había adjuntado una fotografía con los discos. Los dos jóvenes posaban frente a la fachada, en el camino ceniciento que conducía a los escalones de la casa. Tenían el dedo pulgar levantado, Larry la cogía de la cintura y reían desaforados.

El sonido *Motown* la había enamorado.

Con un torbellino emocional cosquilleando sus recuerdos comenzó a inspeccionar el primer CD y dejó el resto de la recopilación en el asiento de al lado. Marvin Gaye, The Supremes, Four Tops, The Temptations…

—Esta música es la mejor de todos los tiempos —afirmó el señor Vasíliev—. ¿Puedo ayudarle, señorita?

Negó con movimientos rápidos, y el caballero sonrió ante el ademán de niña perdida, tan autosuficiente que no permite el intrusismo. Cyntia lo miró atenta pero su visión era vidriosa debido a que las lágrimas salían despedidas. Descubrió que el desconocido no era tan alto como ella imaginaba. La lacia melena, impecablemente recortada, le caía por debajo de los lóbulos de las orejas, y un mechón cano le rozaba la ceja. Las facciones de su cara se dibujaban marcadas. Hablaba español con un peculiar acento y desprendía un aroma a canela en polvo y a bálsamo floral.

—¿Le importa? —preguntó señalando el asiento.

Sí le importaba. No le apetecía entablar ningún tipo de conversación superflua, pero también le importaba mostrarse como una maleducada desprovista de principios.

—¿Cómo se llama?

—Cyntia ¿y usted?

—Mijail, un placer conocerla. Me encantan The Velvelettes y Diana Ross —dijo con los CDs en la mano—. ¿La puedo tutear?

—Claro. Ese tratamiento de cortesía no va conmigo y no creo que lo merezca. A la azafata se lo permito porque la obligan, pero usted tiene vía libre.

—¿Y yo por qué lo merezco?

—Seguro que ha hecho algo para ganárselo. Por lo pronto, cumplir años.

—Tienes razón, uno detrás de otro. ¿Sabías qué Diana Ross entró en el *Guiness de los Récords*?

—Sí, en el 93. No piense que soy una experta en el tema, lo explicó el guía de la visita por el Motown Museum. Yo ni siquiera conocía a Diana y sus colegas de Detroit.

—A los clásicos siempre hay que tenerlos presentes, aunque se hayan quedado en el pasado.

—Sí, me imagino. Mire, la fachada del museo. ¿A que parece que haya retrocedido en el tiempo?

Mijail echó un vistazo a la fotografía, pero se concentró en los jóvenes abrazados.

—Puede ver discos, vestuario de los artistas, pósters originales —añadió Cyntia—. Hasta puede entrar en el estudio donde se grabaron los *hits* de la época. El guía no paraba de cantar, tenía la cabeza llena de trencitas de colores y pasó dos horas haciendo bromas mientras nos explicaba la historia de su creador, Gordy Jr. Estuvo muy chulo.

—¿Qué es chulo? —preguntó Mijail.

—¿Chulo? Chulo significa bonito. Pero no se confunda, que en otro contexto también puede ser un chulo de putas. Un tío que trafica con las mujeres, las prostituye y se lleva su dinero.

—Chulo —repitió y asintió.

Cyntia rio agradecida. Al igual que Larry, pensaba que no volvería a reír.

—¿De dónde es?

—De Moscú.

—¿Y vive allí?

Cyntia ladeó su cuerpo en el asiento para tener una mejor perspectiva de Mijail, que resopló al escuchar la pregunta.

—Viajo tanto que a veces no sé ni dónde vivo. Pero sí, resido allí, mi casa principal está en Moscú, en un lugar llamado Rublyovka.

—¿Y cómo se vive en Rublyovka? —intentó pronunciar como Mijail sin demasiado éxito.

—Se vive aislado, tranquilo, rodeado de enormes bosques y lagos que amanecen helados.

—No pinta mal. —Cyntia hizo una pausa y estudió el reloj del moscovita—. ¿Es usted rico?

Mijail liberó una carcajada que retumbó a lo largo y ancho del avión. Sin lugar a dudas, le resultaba mucho más ameno tratar con adolescentes curiosas que con empresarios despiadados. Las primeras decían las cosas sin maldad, de buena fe, apenas habían recorrido cuatro pasos del camino.

Los segundos habían perdido la fe, la maldad les guiaba y estaban de vuelta de todos los caminos posibles.

—¿Qué te hace pensar eso, señorita?

—Ha dicho que su casa principal está en Moscú, debe de tener más casas por ahí desperdigadas. De veraneo, ya sabe. Lleva un Rolex de oro, es muy llamativo, debería tener cuidado. Además, viaja solo y desde que hemos despegado ha leído cuatro periódicos: uno en español, dos en alemán y otro en inglés. Es evidente que habla idiomas, no creo que solo le interesen las fotos. Tiene pinta de hombre de negocios y su traje parece hecho a medida. Viaja en *Business*. Y no ubico la Rublyovka de la que habla, pero seguro que es un barrio residencial muy glamoroso, de los que tienes que enseñar la documentación para entrar y te fichan en un ordenador. Así he llegado a la conclusión de que usted es rico.

Mijail no paraba de reír, le hacían una gracia sobrehumana las observaciones de la joven. Afirmaba con tono detectivesco, como si estuviera a punto de descubrir al asesino y la fueran a galardonar por ello.

—Sí señor, eres muy lista.

—Lo que no entiendo —dijo, apuntando directamente a los ojos azules de Mijail— es por qué no viaja en avión privado. Los ricos de verdad tienen uno —aseguró Cyntia con una arrogancia que a Mijail le agradó.

—Muy de vez en cuando me gusta viajar como el resto —contestó Mijail mirando a su alrededor.

—¿Como el resto? Si de verdad quiere un contacto directo con la realidad viaje en turista, encajonado entre un gordo roncando y una abuela nerviosa rezando el rosario. Y complete la escena con dos niños impertinentes pataleando su respaldo. Querrá iniciarse en el paracaidismo, se lo aseguro. No sé si lo sabrá, pero allí los pasajeros no disponen de una carta de platos preparados por chefs reconocidos ni tienen una tele interactiva. Y además, las azafatas son más feas —susurró.

Mijail esbozó una sonrisa muda.

—Y mire. —Cyntia levantó su pie hasta la frente de Mijail—. Aquí dan calcetines calentitos. Usted también tiene en su neceser. De esto, en clase turista, tampoco hay.

El ruso reía tanto que debía concentrarse en respirar. Intentó recordar si alguna vez había conocido a una persona así de espontánea. Y en su cabeza únicamente desfiló el nombre de su nieta.

—Mi avión privado dejó de ser mío hace diez días. Cuando mi querida mujer, mis queridas hijas y mi querida nieta decidieron llevárselo para hacer una ruta por las Islas Filipinas. Aunque en realidad podía haber utilizado el…

—¿Pero es verdad? —le interrumpió—. ¿Tiene avión privado?

—Sí.

—Yo lo decía de broma. ¿Y tiene barco?

—Tengo barco.

—¿Grande?

—Sí, bastante grande —asintió Mijail con un punto de vergüenza que lo sonrojó.

—Qué locura. Usted juega en otra liga. ¿Podemos ser amigos?

Mijail lanzó otra carcajada al aire. El viaje le estaba resultando más entretenido de lo que había supuesto.

—Podemos ser amigos, eres una jovencita muy graciosa.

—Y eso que no me ha conocido en mi mejor momento.

—¿Por qué crees que me he sentado a tu lado? Llevas cuarenta minutos sin parar de llorar.

—Llevo horas sin parar —afirmó, destacando con especial énfasis la palabra *horas*.

—¿Él es el culpable? —Mijail señaló a Larry en la fotografía.

—Sí. Él y su familia. ¿Se lo cuento?

—Claro, si tú quieres.

—Mi padre me mandó a Detroit para estudiar inglés, un curso de verano. En mi defensa debo decir que mi inglés es casi perfecto, pero por lo visto él no piensa lo mismo. Detroit no me hacía especial ilusión; prefería Nueva York. Le dije a mi padre que lo pensara bien, que la mafia de Detroit era muy conocida, pero no sirvió para nada. Él paga, él manda. El caso es que he pasado el mes de agosto con la familia Selleck y ha sido el mejor verano de mi vida. Me he enamorado de él, de Larry, y de todos. Es extraño

querer a una familia que no es la tuya ¿verdad? Pensaba que no podía suceder, pero todo es posible.

—Todo —repitió Mijail y se quedó pensativo—. No quiero entrometerme pero ¿no te llevas bien con tus padres?

—Es difícil llevarse mal con ellos porque casi no los veo. Los dos son cirujanos, del gremio de los superocupados. Se conocieron, se enamoraron y se casaron. Con el tiempo se han convertido en dos eminencias. Los llaman para casos imposibles. No le voy a engañar, me siento orgullosa de ellos y del trabajo que hacen. Que alivien el dolor de otras personas debe de ser lo más reconfortante del mundo. Pero no sé muy bien dónde quedo yo. A veces olvidan que existo. Desde que nací me ha cuidado mi tata, ¿sabe lo que significa esa palabra?

—No.

—Es una señora que te cuida veinticuatro horas al día, que te hace sentir la princesa de un cuento, que pasa las noches en vela si estás enferma, que te espera a la puerta del colegio con la merienda. Es como una madre, pero sin el título oficial. Mi tata se llama Antonia y es única.

—¿Sigue contigo?

—Sí, está muy pendiente de mí. Nunca me dejará, le paguen o no —afirmó.

—Piensa que si tus padres trabajan día y noche es por ti, para darte lo mejor.

—No se equivoque. Lo hacen por ellos. Y si me dan lo mejor es porque el dinero no es un problema en casa. Hace una eternidad se pusieron una venda que les hace sentir cómodos y así viven, en medio de una oscuridad que les deja ver justo lo que quieren ver y que les hace creer justo lo que quieren creer.

—Es triste que pienses así.

—No, no es triste… es lo que hay. Me gustaría haber nacido en una familia como la de los Selleck. Con sus riñas y alegrías compartidas. Ahí reside la verdadera riqueza.

Mijail enmudeció. La joven que lo miraba atenta y que le había gastado bromas atrevidas hablaba con dureza. El multimillonario ruso se preguntó

en silencio si sus hijas pensarían lo mismo que aquella niña que parecía haber madurado rápidamente.

—¿Acepta consejos de una cría de diecisiete años?

—No sería capaz de rechazarlos.

—No sé qué relación tendrá con su familia, pero usted también parece del gremio de los superocupados. Piense que la vida es algo más que trabajar y pase más tiempo con ellos, reúnalos alrededor de una mesa. Y no falte a ningún cumpleaños. Hágalo o cualquier día llegará a casa y su nieta estará llamando abuelo al vecino de al lado. Y eso va a ser irrecuperable. No lo podrá salvar ni con dinero, por mucho que tenga.

Lo dejó petrificado. Los consejos que recibía Mijail Vasíliev provenían de asesores y abogados con pedigrí. Sin ninguna pretensión hiriente la cría lo había noqueado. Le había hablado como un enfermo terminal a punto de morir.

—¿No tienes abuelos?

—Sí, una abuela que vive desde hace ocho años en Madrid con mi tía Beatriz. A mi tía le detectaron Alzheimer y se dedica a cuidarla. Antes de viajar a Detroit pasé una semana con ellas. Mi tía un día se levanta pensando que es la Reina de Inglaterra y al rato te dice que es una cantante famosa. Una noche empezó a hacer las maletas y gritaba: «¡Voy a perder el tren! ¡Corred, ayudadme!». Lo ignora, pero perdió el tren hace años. Con el episodio de la maleta no podía parar de reír. A mi abuela no le hizo ni puñetera gracia, mi tía tiene Alzheimer pero se mueve a la velocidad de la luz y en menos de diez minutos había saqueado más de cinco armarios. Eso sí es triste, olvidar quién eres, de dónde vienes y adónde vas.

El ruso la miró sin saber qué decir.

—Mi abuela siempre repite que cuidar de mi tía es como estar enamorada porque se pasa de la alegría al llanto en un segundo. Ahora entiendo lo que quería decir. Hoy voy a verlas. Pasaré la noche con ellas y mañana volveré a Valencia. Voy a empezar la universidad —afirmó ilusionada.

—¡Vaya! Me gusta mucho Valencia.

—Si viene alguna vez puede avisarme, le daré mi email. Incluso puede invitarme a una paella si quiere. Se lo puede permitir ¿no? —Cyntia sonrió

al escucharse. Y Mijail hizo lo mismo.

—Creo que me lo puedo permitir. ¿Qué vas a estudiar?

—Publicidad y Relaciones Públicas. Lo sé… abogados, hijos de abogados, médicos, hijos de médicos. Tendría que haber estudiado medicina, pero qué quiere que le diga… me mareo si veo sangre.

—Tienes que estudiar lo que te guste o no terminarás nada de lo que empieces. Nunca hagas algo que no quieras hacer.

—Ya, pero les he roto el corazón a mis padres.

—¿Y a él? —Señaló la foto—. ¿También le has roto el corazón?

Cyntia miró la instantánea por décima vez, los hoyuelos de Larry. Rememoró cómo la había envuelto la noche anterior, en la oscuridad de su habitación.

—La distancia es lo que nos romperá el corazón. Vivimos muy lejos. Él tiene su vida, yo la mía. Me da miedo que pasen los años y me recuerde como un simple amor de verano. Espero que no sea así porque para mí ha significado mucho más.

—Seguro que para él también.

—¿Usted cree?

—Estoy seguro. Me da la sensación de que eres una chica difícil de olvidar.

—Le he dejado mi preciosa melena encima de la cama, dudo que me olvide. Pero he perdido la fuerza como Sansón.

—No entiendo.

Cyntia Robles le explicó el episodio de la trenza. El *crack* de unas tijeras retumbando en sus oídos, el abandono del amor sobre una cama y el monumental enfado de Elaine.

—No sé si estás muy loca o muy enamorada —afirmó Mijail de manera incrédula.

—Bueno, es casi lo mismo.

—Puedes estar tranquila, no se olvidará de ti jamás.

—La tristeza que siento tampoco desaparecerá jamás.

—Desaparecerá y el tiempo será tu aliado. Sé que no sirve de consuelo, pero es la frase más cierta que existe.

—No sirve de consuelo porque lo que no dice la frase es cuánto tiempo.

—Las despedidas son necesarias aunque duelan. «Es al separarse cuando se siente y se comprende la fuerza con que se ama». Lo decía Dostoievski.

Cyntia contempló la fotografía. Dostoievski sería un genio, pero las despedidas solo servían para llorar y para tomar conciencia de la fragilidad humana.

—¿Y si no lo veo más?

—No está en tu mano. Es el destino el que mueve los hilos. Si en algún momento os tenéis que reencontrar, sucederá. Y si tenéis que estar juntos, lo estaréis. Quién sabe, a lo mejor os encontráis dentro de diez años en una calle de Roma.

—Encuentros así de románticos y espectaculares no suceden en la vida real.

—Suceden a diario. A mí me pasó.

—¿De verdad?

Aquello sonaba a ficción edulcorada, pero a Cyntia le gustaba creer que parejas separadas por la distancia estaban protegidas por la benevolencia del destino y coincidían, en tiempo y espacio, muchos años después. Le gustaba creer que algo tan fantástico ocurriera todos los días. Le gustaba creer que le hubiera pasado a su nuevo amigo.

El ruso entrelazó las manos y jugueteó con su anillo de compromiso.

—Katia y yo crecimos juntos. Ella tenía la misma edad que mi hermana Irina y eran inseparables. Entraba y salía de mi casa como si fuera la suya. Yo estaba totalmente prendado de su risa y de sus ojos de gata. Los ojos más bonitos que he visto. Nunca confesé mis sentimientos a nadie. Era demasiado reservado y mis padres tenían preocupaciones más importantes que escuchar a un adolescente. Katia aún no sabía lo que era el amor cuando yo empecé a sentir que la quería.

—¿Cuántos años tenía?

—Yo tenía dieciséis y ella doce. Y de la noche a la mañana desapareció del barrio. Mi hermana pasó semanas llorando abrazada a mí. Yo no derramé ni una lágrima. Sus padres nos dijeron que la habían mandado a Francia, que una tía lejana, soltera y de alto *status*, quería cuidar a uno de sus hijos y prefería una niña. Es lo que nos explicó su madre. La familia de

Katia era muy humilde. La miseria se había cebado con ellos. Sus padres apenas podían alimentar a las criaturas. Seis, nada menos. La señora Petrova lloraba siempre, así que pensé que había muerto. Que habían inventado lo de la tía lejana para que no sufriéramos. Nos decían que estaba bien y que estudiaba en un colegio de señoritas adineradas en el barrio parisino de Saint-Germain-des-Prés.

—¿Y qué pasó?

—Que la vida siguió sin Katia y mi rabia se convirtió en añoranza. Es el poder que tiene el paso de los años: transforma sentimientos.

Cyntia seguía cada una de las palabras de forma entregada, recostada en posición fetal como si aquella narración le fuera a devolver la esperanza.

—Con veintidós años subí por primera vez a un avión. Por fin despegaba. Después de muchos problemas me inicié en el mundo de los negocios gracias al señor Sokolov. Un empresario que me consideró un portento con posibilidades y que poco a poco se proclamó mi mentor. Él pagó los billetes y viajamos juntos a Londres. Allí la encontré, en el Ye Olde Cheschire Cheese, de Fleet Street. Katia estaba sentada junto a la chimenea, en un banco de madera con otras dos chicas. Vestía una chaqueta color berenjena cerrada con una botonadura dorada y un casquete a juego. Sus tirabuzones rubios bailaban cuando se movía. Era el centro de atención. Sus ojos me dijeron que era ella. Son inconfundibles, los distinguiría entre un millón.

—¿Y qué pasó?

—Que me dirigí hacia la mesa sin creer lo que estaba viendo. Las piernas me temblaron y pronuncié su nombre casi sin escuchar mi voz. No me reconoció, pero bastó hablarle en ruso y recordarle nuestra calle para volver a sentir que nada había cambiado.

—¿Y qué pasó?

El ruso sonrió.

—Pasaron muchas cosas. Pero la más importante es que no volví a separarme de Katia. La vida da segundas oportunidades. No sé si es tan generosa ofreciendo terceras entregas.

Cyntia arrastró un pañuelo por sus ojos, ejerciendo presión sobre los párpados para hacer desaparecer las lágrimas.

—No te lo he contado para que llores, sino para que sueñes.

La joven se incorporó y lo miró frunciendo el ceño.

—¿No se lo estará inventando para que me sienta más animada?

Mijail alzó su mano derecha en señal de juramento.

—Si es mentira, que nos quedemos sin combustible.

—No juegue, que ni los de *Business* estamos a salvo de una caída en picado.

—¿Estás mejor? ¿Todo en orden? —dijo, tocando con un gesto cariñoso la rodilla de Cyntia.

—Sí, gracias.

—Voy a trabajar un rato y tú intenta dormir. Te sentará bien.

Tenía razón. Cyntia necesitaba desconectar y perderse en otra dimensión. Echó hacia atrás el asiento, se cubrió las piernas con la fina mantita y cerró los ojos. Quería dormir y despertar años después, cuando la pena hubiera pasado. Que volaran las semanas enteras, la tristeza demoledora. Se sentía como un piano y Mijail había sido un pianista meticuloso. Había tocado teclas de forma distraída y Cyntia había enlazado notas hasta crear una melodía afinada. No bonita ni del todo dulce, pero muy afinada. «¿Me reencontraré con Larry algún día?», fue la última pregunta que se hizo antes de sucumbir al cansancio.

OceanofPDF.com

5

Bajo una luz ambarina en la que nadaban partículas de polvo, me analicé frente al espejo curvilíneo *pop art* y no descubrí ni un poquito de arte. Vi a una chica patética subordinada al poder de un desconocido. Un manojo de nervios bien atados. La tarde del domingo que Paolo decidió invitarme a cenar me convertí en pura adrenalina. Intercambiamos mensajes y fue inútil que ingeniara las excusas más inverosímiles para declinar su propuesta. Al final sucumbí a su insistencia casi sin querer evitarlo.

Las horas de aquel festivo se convirtieron en un calvario inesperado. Ni en la víspera del examen más complicado de la carrera padecí tanto. Mi estado catatónico ya era evidente al leer sus palabras, el simple hecho de presenciar como las articulaba desvelaría mi caos emocional. No estaba preparada para volver al ruedo sin dar antes unas capotadas de rigor y me iba a tirar a la plaza vestida de rojo pasión.

«La primera cita lo decide todo», proclamaba mi madre entre una perorata tediosa de consejos amatorios. Es mentira. Las primeras citas no deciden nada. Lo decide uno mismo. Y yo siempre decidía abandonar en el primer asalto. El cuadrilátero se empequeñecía a medida que el chico lumbrera o bobalicón que tenía enfrente narraba sus proezas. Un discurso vomitivo que aburría al aburrimiento. Cuando eso ocurría le escudriñaba minuciosamente hasta que recopilaba una completa y creíble antología de defectos. Después de encuentros espantosos y espantadas precoces llegaba a la conclusión de que con suerte podría practicar el arte del revolcón, pero no el arte del enamoramiento. Al final no experimentaba ninguno de ellos.

—¿Lucía, estás en casa?

—Vaya, vaya. Tu voz no suena tan estridente como esta mañana. ¿Necesitas mis servicios?

—Sí.

—Salgo a la terraza.

Corrí hacía el balcón como una atleta desesperada por tomar el testigo, hasta que abrí la puerta y una corriente de aire polar atrofió mi espíritu olímpico. El invierno se había acomodado a conciencia en los rincones de la ciudad y no nos abandonaría nunca.

—¿Qué coño haces? —preguntó al ver mis aspavientos.

—¡*Merde*! Nada, me ha saltado una chispa al darle al interruptor. Mírame. ¿Cómo voy?

—A ver —dijo, y apuntó con la cabeza mi balcón—, está oscuro y no distingo bien. ¿No podrías poner una bombilla más potente?

—No me hables de bombillas.

—¿Llevas la camisa que parece de raso? Me gusta, pero no te abroches todos los botones hasta el cuello que parecerás una monja reconvertida. Como Sor Inés si le plantáramos una camisa y carmín en los labios.

—Y dale con Sor Inés… ¿Qué te ha hecho a ti esa mujer? Te acuerdas más de ella que el mismísimo Dios.

—En quinto de primaria, en la asignatura de Hogar, me dijo que no servía para hacer punto de cruz. Es más, dejó caer que mis puntadas eran nefastas y que se me hacían nudos como pelotas. Le hice una cruz bien grande en la cara.

—¡Qué desconsideración! No sé cómo se atrevió…

—Ni yo —afirmó Lucía con resentimiento—. Además, su persona sirve para ejemplos gráficos. Sigamos, ¿llevas los vaqueros oscuros o los pantalones negros?

—Vaqueros.

—¿Qué llevas en los pies? No veo, Vera, así no puedo trabajar.

Levanté la pierna sin dificultad alguna y la apoyé encima de la barandilla.

—Son los botines con tacón cuadrado —expliqué.

—Me encantan. Bien, no enseñas las tetas.

—No se puede enseñar lo que no se tiene.

—Calla, que no he terminado. Quiero decir que no tienes pinta de putón ni vas disfrazaba de algo que no eres. Vas discreta y si no te acabas

abrochando los botones, también sexy. Con la cara bonita que te gastas no deberías preocuparte. Irías guapa aunque te metieras en una bolsa de basura. Estás desentrenada, pero tú segura de ti misma, Calabacita. Te he visto entrevistar a políticos, artistas y cabrones varios, y los has dejado temblando. Haz lo mismo con este.

—Estoy muy nerviosa, Lucía. ¡La única que tiembla soy yo!

—¿Desde cuándo te dan miedo las citas? Es un mero trámite para escuchar la música celestial de los muelles de su cama.

Cerré los ojos hastiada y me llevé la mano a la frente. Al verme, Lucía se echó a reír burdamente.

—Viene en quince minutos, voy a entrar que estoy congelada.

—Me quedo haciendo guardia y cuando vea al *italianini* en tu patio te hago una perdida. Si necesitas cualquier cosa me llamas. Si necesitas una excusa me llamas. Si necesitas un matón me llamas. Si necesitas…

—Vale, vale, vale —la interrumpí.

Colgó y me lanzó un beso volátil que me llegó en forma de sonrisa cómplice. Las citas empezaron a asustarme aquel día.

Pasé los siguientes diez minutos acunando el móvil entre mis manos. A las nueve menos cinco vibró y aterrizó en el suelo. Bajo la mirada arqueada de mi abuelo, que no daba crédito al sainete que presenciaba, me atavié con el abrigo y me dirigí al recibidor acompañada de expiraciones fuertes y rápidas.

—¡Que te acompañe a casa! Que la puerta del patio está rota y puede entrar cualquiera —ordenó mi madre.

Salí del ascensor y en la cima ya me percaté de su figura corpulenta. Descansaba en el asiento de una moto y un casco colgaba de su brazo. ¿Eso era una Harley? Él no podía verme porque la puerta del patio era de espejo, aun así miraba al frente como si pudiera intuir que lo estaba espiando. Vestía unos vaqueros desgastados, cazadora de cuero y botas bajas desacordonadas. Cuando descendí los primeros ocho escalones hice una parada para respirar y me apoyé sobre la pared. Observé al primer chico del que me había enamorado y un nudo de escarpias se instaló en mi estómago dándome punzadas. Bajé los últimos escalones sin cavilaciones noveleras y abrí la puerta. Cuando me vio aparecer se puso en pie, parecía que había

sufrido una descarga eléctrica. Abandonó su casco en el asiento junto a otro de color rosa chicle. Sonrió. Levanté la mano tímidamente. Tuve miedo de abrir la boca y advertir avergonzada que mi voz había emigrado al quinto desierto de Arabia. Nos quedamos mudos de expectación o de emoción contenida, no lo sé. Por segunda vez en un fin de semana mi mundo sufría un apagón y un volantazo chirriante. Todo desapareció a nuestro alrededor y los ruidos acordaron exiliarse a otras calles de la capital. Giró la cara un instante y al volver su rostro abrazó mi cuello con sus grandes manos y me besó. Ese recuerdo es una fotografía en mi memoria guardada en el álbum: *La vida son estos momentos*.

Cuando nos separamos un halo de culpabilidad adornaba su mirada.

—¿Moto?

—No es una moto. Es una Harley Davidson *Dyna* —dijo con admiración.

—¿Y?

—Una Harley es un estado de ánimo.

—Qué profundo.

—¿No te gustan? —Se acercó y me ajustó el casco rosa.

—Mucho.

—Pues sube que nos vamos.

—¿Adónde?

—*Al Cielo*.

Subí en la fulgente Harley. Asió mis brazos y los metió bajo su cazadora, alrededor de su cintura y arrancó. Minutos después dejé de sentir el rugir de la moto entre mis piernas. Hice un esfuerzo sobrehumano para reconocer el nuevo escenario del *show*. Miré hacia delante y hacia atrás. Hacia la izquierda y hacia la derecha. Había perdido el norte y necesitaba una brújula para orientar mi consternación.

—¿Tienes frío, *piccola*?

Me hubiera gustado gritarle que tenía miedo. Asentí encogida y me abrazó con decisión, un gesto protector en el que me refugié, como si hubiera encontrado una cabaña en medio de la sierra cubierta por la nieve. Frotó mi espalda hasta que los chispazos me quemaron. Quería mantener la distancia pero me resultaba imposible, mi gravedad había perdido el eje

central de la Tierra. Dejó caer su chaqueta sobre mis hombros y me tomó de la mano. La escena era tan paradójica que parecíamos una pareja normal, de las que se comen a besos en cada esquina. Y la novedad de la situación me pareció de lo más anormal del mundo, porque mis manos siempre habían estado libres de ataduras y sustentos.

Al Cielo era un restaurante ubicado en la plaza Cánovas del Castillo, un espacio celestial con luz delicada y encanto divino. Solo un par de personas ocupaba una de las mesas. La combinación temprano, domingo y febrero nunca resultaba victoriosa, ni para dar un paseo por el cielo. Cuando el camarero nos vio salió disparado de detrás de la barra de piedra. Paolo y el joven, de estatura pequeña y ojos saltarines, se dieron un abrazo de compadreo. Disimulado y comedido, el camarero me analizó furtivamente. Y yo le sonreí como si fuera lo único que sabía hacer.

—Ella es Vera, mi novia.

Busqué sus ojos, incrédula. Él no me miró. Le había dado a la palabra una encantadora naturalidad. Empezó a conversar con Marco en italiano. No entendía ni la mitad porque en mi cabeza retumbaba la palabra «novia». El eco de la rotundidad no dejaba espacio para otro pensamiento. Mis sentidos estaban en suspensión. Y cuando me di cuenta ya había atravesado el pasillo, casi angelical, y estaba sentada en una silla. Nadie me había llamado «novia», nunca. Cinco letras bastaron para que se creara en mí un sentimiento de pertenencia tan peligroso como un mar picado. Un estallido de unidad desdibujó mis ganas de caminar sola. Se quemaban los años perdidos en la hoguera de mis anhelos y pude oler las cenizas al rozarme la cara.

—¿A que es bonito? —preguntó mientras levantaba la vista hasta una pintura de los ángeles de la *Madonna Sixtina*.

—¿Desde cuándo soy tu novia?

—Desde hoy —dijo sin titubear.

—Tú y yo no somos novios. Ni siquiera somos amigos. Somos dos extraños que se conocieron ayer y hoy van a cenar juntos.

—Así que eres de esas chicas que piensan que para estar con alguien necesitan saberlo todo de la otra persona.

—Si lo supiéramos todo de la otra persona nunca estaríamos con nadie. Así que no, no soy de esas. Sí, es muy bonito. Demasiados espejos para mi gusto, pero me encanta.

Miré la vela encendida en el centro de la mesa flanqueada por un círculo de pétalos rojos y blancos.

—Es de mentira —afirmé al tocar el velón ceroso. Era una vela eléctrica que no tenía nada que envidiar a la llama titilante de una de verdad.

—Así nunca se acaba.

—Las mentiras pueden ser inextinguibles. ¿Traes aquí a todas tus conquistas?

—No, aquí solo traigo a los ángeles.

—No me vengas con cuentos, que me caí del árbol hace años.

Paolo empezó a reír y apoyó la espalda en el respaldo acolchado del sofá. Su tranquilidad me ponía nerviosa. Marco se acercó y nos entregó una carta a cada uno.

—El menú está en la primera hoja. —Abrió mi carta y lo señaló—. El entrecot está fantástico. ¿Qué vais a beber?

—¿Vino blanco?

—Vino blanco está bien —dije—. Y una botella de agua, por favor.

—Perfecto. Ahora vengo y os tomo nota.

Nos dejó solos y yo me concentré en los platos del menú sin saber cómo actuar.

—¿Ya sabes lo que quieres?

—Siempre sé lo que quiero. No tardo demasiado en decidir. Haré caso a tu amigo, ensalada y entrecot.

—Pues yo también.

—Tu creatividad me abruma —respondí con sorna.

—No subestimes mi creatividad, Vera. Por lo que vi anoche, tú pierdes la memoria con facilidad y no bromeo sobre el tema —afirmó con un gesto pícaro que me hizo sonreír.

—Lo acabas de hacer. Eso ha sido un golpe bajo.

Marco se acercó con la botella de vino. Nos sirvió. Tomó nota y desapareció entre un destello de nubes, que en forma de dibujo, decoraban el techo.

—No me voy a acostar contigo —ametrallé sin pensar.

A Paolo se le atragantó el vino. Recé para que no lo escupiera encima del mantel. Lucía me hubiera dado una patada, pero aquellas palabras ya estaban desperdigadas como semillas sobre la mesa y no podía recogerlas. Un resorte me hizo recobrar la compostura.

—No, está claro que hoy no será el día —dijo él, aún estupefacto.

—¿Por qué?

—Porque lo acabas de decir tú.

—¡Oh, Dios mío! Qué conversación más surrealista —dije, y él volvió a reír al ver mi agobio existencial—. Y además tienes veintiún años —añadí como defensa absurda.

—¿Y qué quieres que haga? Haría lo que fuera por cumplir cinco años de golpe si te hiciera sentir mejor, pero no puedo. ¿Es un problema para ti?

Me inspiró ternura, una reacción compasiva que se tornó en alerta creciente. Albergaba ciertas dificultades para adivinar si el chico que tenía delante era una obra de arte con certificado de autenticidad o una excelente falsificación. Toda una vida trabajando en el negocio del fraude y ahora me costaba distinguir una pieza verdadera.

—No es un problema, es una anécdota. Este año cumplo veintisiete.

—Lo sé. El 10 de junio.

—¿Y qué más sabes?

—Que eres la chica más guapa que he conocido.

—Quizás no has conocido a muchas.

—A unas cuantas, pero ninguna me ha convencido lo suficiente.

—¿Y qué hay que hacer para convencerte?

—Tú no necesitas esforzarte, Vera, me convenciste sin abrir la boca.

Me dejó tan helada como una sopa abandonada. La frase no sé si salió del fondo de su alma o del principio de su lengua, pero me resultó la mentira más maravillosa que me habían dedicado y la que he creído con más devoción.

—Solo tenemos una opción —añadió con mirada seductora.

—La falta de opciones coarta la libertad de elegir, te convierte en un esclavo de lo impuesto.

—¿Otra frase de Tolstoi?

Me mordí el labio. La había buscado.

—Cosecha propia. Pero dime, ¿qué opción nos ha tocado?

—La mejor. La de enamorarnos.

—¿Y vivir felices en el país de muy, muy lejano?

—En el país y en el mundo que quieras, no me importa demasiado el lugar.

—Mejor si nos centramos en Valencia que es donde estamos ahora. ¿Cuántos años llevas viviendo aquí?

—Desde que empecé la carrera de Derecho.

—¿Abogado? Te veía en algún departamento de *marketing* o publicidad.

—Yo no vendo nada ni hago ofertas. Seguro que cuando me veas con traje de chaqueta cambias de idea.

Lo que veía era una fachada de modelo casual con las leyes bien aprendidas y el *Manuale d'amore* actualizado. Ganaría todos los casos, incluso me iba a ganar a mí, el caso más extraño de la última década.

—¿Qué clase de abogado eres?

—De los buenos. ¿Y qué clase de periodista eres tú?

—De las mejores. De las que dan confianza y miran a los ojos hasta conseguir el titular deseado —me atreví a decir sin parpadear, consciente de que no formaba parte del elenco de mejores periodistas del planeta, pero ignorando que era mejor de lo que pensaba.

—No lo dudo. Soy abogado laboralista. —Hizo una pausa para beber vino—. Y por las tardes voy a la universidad. Estoy en cuarto de carrera.

—¿Tienes un contrato en prácticas?

—No.

—¿Un contrato de verdad?

—Sí.

Con la misma energía que el Pájaro Loco, Marco interrumpió y sirvió el primer plato.

—¿Te gusta el Derecho laboral?

—No demasiado, pero estoy aprendiendo.

Paolo me miraba mientras se deleitaba con la ensalada. A él no le avergonzaba comer.

—¿Y qué es lo que te gusta?

—Tú. Y el Derecho internacional.

Me hice el ánimo y cogí el tenedor. La lechuga resultaba menos inquietante que el ser que tenía enfrente.

—Tu español es perfecto, casi hablas mejor que yo.

—Mi madre es madrileña. Trabajaba de dependienta en los grandes almacenes SEPU. Estuvo unos meses en la sección de caballero y ahí conoció a mi padre. Él visitaba Madrid por una reunión de trabajo, fue a comprar una camisa y surgió el amor. Mi padre pidió el traslado durante dos años a España, pero cuando mi madre se quedó embarazada de mi hermano mayor decidieron trasladarse a Turín. Llevan más de media vida allí.

Otra pobre indefensa que había caído en el agujero negro cavado por los Orsini, convincentes y arrebatadores.

—Así que tienes un hermano mayor.

—Sí, tiene tu edad.

—Me acabas de hacer sentir una anciana. Quizás me he equivocado de hermano. Debería haberle conocido a él.

—No creo, a no ser que te gusten los maquilladores gais con pareja formal.

—Esos me encantan.

—Te quedo yo. Cuanto antes lo aceptes, mejor. Estamos destinados a estar juntos.

—Eres un creído repulsivo —negué con la cabeza.

Paolo soltó una carcajada.

—Qué fácil es hacerte saltar —afirmó y me cogió de la mano—. Te lo digo de broma, pero es divertido ver tus gestos. Eres muy expresiva.

—No lo sabes tú bien. ¿Por qué elegiste Valencia y no Madrid? ¿No tienes familia allí?

—Sí, mi abuela y mis tías viven en Madrid, pero prefiero Valencia. Me gusta estar cerca del mar. Aquí nadie me controla y el piso me sale gratis. Vivo con Manu, el hijo de los mejores amigos de mis padres. Sus abuelos le compraron un piso en el barrio de Ruzafa, cuando llegué a Valencia me ofreció una de las habitaciones y hasta hoy. Vivimos de lujo. Cuando quieras puedes venir a visitarme. No para acostarnos, no pienses mal… solo para que veas el piso.

—Ya. Tus buenas intenciones me conmueven.

Paolo continuó con sus bromas sobre invitaciones provistas de indecencia y pisos desprovistos de fiestas. Me miraba entretenido, como un niño que ve los payasos por primera vez. Yo también lo hubiera mirado toda la noche, pero en ese momento mi atención se centraba en una pareja de mediana edad que había tomado asiento en la mesa contigua a la nuestra. Desprendían una aureola de elegancia medida que me fascinó y una musicalidad demasiado familiar. Estilo no les faltaba, pero sí palabras, un pequeño ramillete de palabras en español.

—*Pardon, je ne veux pas vous déranger, mais le serveur est en train de vous dire qu'il vous recommande le menu de ce soir. Spécialement l'entrecôte avec parmesan et pommes de terre*…

Tuve suerte y resultó ser un matrimonio parisino encantador. Cumplían las bodas de plata y el caballero, en agradecimiento a tanto amor desmedido y fidelidad constante, le había regalado un viaje por España. Mientras los escuchaba fantaseé sobre si llegaría a ser tan feliz como aquella pareja que se acariciaba con la mirada. Si en el futuro le estaría agradecida al desconocido que me observaba. Después de traducirles el menú, hacer de intérprete con Marco y conversar con ellos regresé a mi cita impredecible.

—Lo siento, es que me estaban poniendo un poquito nerviosa —murmuré—. Y me da pena que no se aclaren.

—Quiero más de eso.

—¿Más de qué?

—Más francés. Mentiría si digo que no estoy asombrado. ¿Eres francesa?

—¿Tengo pinta de francesa?

—Ahora que lo dices, sí, podría ser.

—Mi abuela era francesa y mi madre nació en Francia, en La Rochelle, una ciudad preciosa. Pero cuando cumplió los tres años se desplazaron a Valencia. A mis abuelos les pasó lo mismo que a tus padres pero en Francia. Al final siempre hay uno que tiene que mover ficha y la movió ella. Nunca conocí a mi abuela, murió antes de que yo naciera, pero he visto fotos y somos iguales. De joven era modista en Le Fil Rouge, una tienda taller ubicada en la Rue Chef de Ville. Tengo una pequeña caja de música, si

mueves una manivela suena la canción *La Vie en Rose*. Cuando la escucho imagino a mi abuela tarareándola y cosiendo. ¿Te suena la frase que dice: «No se puede echar de menos algo que nunca has tenido»? Pues no es verdad. Bueno, ya está —dije, encogiéndome de hombros— de ahí viene mi francés, mi madre me lo enseñó.

—Te has puesto triste, lo siento.

—No, no te preocupes. Pero me hubiera gustado conocerla y al menos escuchar su voz. Mi abuelo la recuerda tanto que a veces pienso que me la voy a encontrar en la cocina.

—Es bonito que la tenga presente.

—Sí, me encanta que lo haga y me cuente sus historias, pero me pregunto si no sufrirá al recordar a la persona que quiso y que ya no tiene.

—Seguramente, pero así la siente cerca. ¿Algún secreto más? —preguntó, pensando que quizás hablaba japonés o que me iba a lanzar a confesar mis intimidades.

—Más secretos que años.

—¿En serio?

Asentí, sin desvelar que mi madre era la que alzaba triunfadora el galardón del secretismo familiar. Era ella la que paseaba en una carroza que nos arrastraba al galope de enigmas y de misterios que olían a memoria extraviada. Mi madre, la abanderada de los silencios perdidos.

—¿Me cuentas alguno?

—No, hacerte partícipe de mis secretos nos uniría demasiado.

—Es lo que quiero. ¿Siempre comes tan poco?

—Me reservo para el postre.

—Así que eres de esas chicas previsoras.

—Sí. Y tú de esos chicos que no lo son.

—*Certo*.

La noche transcurrió entre confesiones nimias y copas de vino. Empiné el codo y sonreí más de la cuenta, hasta que mi gracia natural se colocó en el disparadero y me atreví a hacer bromas de arriesgado calibre.

Aún me imponía su atractivo porte de chico duro y su perfecta hilera de dientes impolutos, pero los nervios se habían esfumado al son de la jarana. Paolo me provocaba un estado confortable. La comodidad de una prenda

antigua que se acopla a tu cuerpo de forma natural, que responde a las expectativas creadas. Y a la vez sentía la felicidad de lucir unos zapatos recién estrenados.

Cuando terminé el postre, que engullí de una sentada, cogí el bolso y me dirigí al aseo. Aunque la cena había sido un paseo en barca sin tempestades ni olas gigantes, el mareo que llevaba era considerable. Intenté mantener cierta dignidad y me levanté. Sentí el destello de sus grandes ojos negros en la nuca o en el culo y respiré hondo. Hice una primera parada frente al espejo en forma de estrella, el reflejo del astro me dijo que el vino no me había deteriorado tanto como pensaba. Después de lavarme los dientes y retocarme los labios estaba preparada para la recta final, que yo pinté curva. Salí del baño y vi a Paolo peleándose con la cremallera de la cazadora. Al encontrarse con mi mirada sonrió, se acercó y me besó. Después del beso me bajé de la barca para subirme a una lancha motora sin chaleco salvavidas.

—¿Nos vamos? —me susurró al oído.

—Sí, ya son las doce y media.

—Eres como *Cenerentola*.

Durante un segundo sentí celos de Cenicienta. De la forma más inocente el vértigo de la desconfianza se reveló en mi estómago.

Me despedí de las pinturas, de la cúpula a media luz y de Marco, que seguía sonriente. Volvió a agradecerme el cable que le había echado con la pareja parisina y abandonamos el local.

Mi segundo trayecto en Harley fue igual de satisfactorio y corto que el primero. El tiempo se había dinamitado ferozmente y me pareció que era la quinta cita que tenía con el príncipe motero. La avenida estaba desierta y la oscuridad gélida e incisiva quebraba el aliento. Frente a la entrada de mi patio nos besamos sin auditorio entregado, sin aplausos, con la celeridad que dan las despedidas.

—¿Por qué te fuiste ayer tan pronto? —pregunté curiosa.

—Tú te fuiste antes. Manu tuvo un problema con el coche, se quedó tirado y fui a recogerlo.

—¿Seguro?

—Seguro.

—Vale. Voy a subir. Cuando llegues, escríbeme.

Aceptó la petición maternal. Saqué las llaves pero no las necesité porque como me había avisado mi querida madre, la cerradura del patio estaba reventada.

—Vera.

—¿Qué?

—No tengo tu número.

* * *

En un abrir y cerrar de ojos, el viernes se presentó veloz y me vi saliendo del trabajo, helada y cansada; estaba exhausta y cuando llegué a casa ni siquiera almorcé. Me lancé en plancha sobre la cama con la ropa puesta y me perdí en un profundo sueño.

Aquellos días la novedad me rodeó haciéndome brillar con una luz especial. Mis notas de prensa, mis propuestas y las entrevistas que hice deslumbraron a mis jefes. El amor obra milagros y tempestades. A mí me tocaba vivir el éxtasis de la dulce agitación. Empecé a encauzar los pasos perdidos de redactora distraída por el camino correcto, que era al que aspiraba.

Ya no era la nueva, era la que había conseguido hablar con Mijail Vasíliev, el presidente de Letixol Group, un imperio empresarial semejante a un gran drago milenario bien anclado a la superficie, con cientos de ramas principales y ramificaciones florecientes. El señor Vasíliev se caracterizaba por la discreción en sus negocios y reuniones. Pero la prensa había filtrado la noticia. Haría una breve parada en Valencia con el fin de mantener encuentros con responsables de las farmacéuticas, así como reuniones con constructores para la posible puesta en marcha de un proyecto urbanístico en las costas; segundas residencias de lujo para rusos casi tan ricos como él. Los periódicos destacaban una posible inversión astronómica, una marabunta de millones de euros, sin dejar de mencionar su carácter escurridizo y distante. Había aterrizado en la ciudad del Turia en su avión privado. Aparecía entre las mayores fortunas rusas, dominaba cinco idiomas y sus negativas a ofrecer cualquier tipo de declaración sobre sus planes inmediatos era la norma. La visita había creado tanta expectación que todos

los medios de comunicación mencionaban y alababan su gusto por poner el ojo, los pies y su fortuna en Valencia. El revuelo despertó mi curiosidad e invertí más de una hora en buscar información sobre Mijail Vasíliev. Cuando terminé de analizar su aspecto físico, investigar la *web* empresarial y leer artículos, imaginé al magnate caminando sobre las aguas. Lo que nunca imaginé al repasar la obra y milagros del ruso es que tendría la oportunidad de arrancarle algunas palabras.

Tropecé con Mijail por casualidad. No podía haber sido de otra manera. Regresaba a la oficina después de almorzar mi habitual cruasán con mantequilla y un café bien cargado, cuando crucé frente la puerta del hotel Meliá Plaza y lo vi. En un primer momento no me detuve, pensé que alucinaba. Me paré en seco, fruncí el ceño y retrocedí unos pasos. Apoyé la nariz en el hueco del cristal que dejaba libre la cenefa y coloqué las manos en mis sienes haciéndome sombra. Era él. Al ver mi silueta giró la cabeza y yo, sorprendida, me retiré del escaparate improvisado. Mijail Vasíliev estaba sentado en un sofá beige oscuro, frente a una mesa baja de madera, y conversaba con dos señores que vestían traje de chaqueta. Él llevaba unos vaqueros y una camisa de rayas. Los ricos pueden permitirse ir por el mundo como les apetezca, pensé.

El señor Vasíliev pasaba de los sesenta, pero con su *look* desenfadado intentaba aparentar cincuenta. Lo conseguía. Aunque su estatura mediana no llamaba la atención, poseía la seguridad que ostentan las personas que llevan el mando. A pesar de la expresión dura de su rostro era un hombre seductor. Me gustó. Debió de romper muchos corazones y muchos futuros en su juventud.

Entré en el vestíbulo del hotel. Me dirigí hacia la mesa sin adivinar exactamente las preguntas que iba a formular y el ridículo espantoso que podría protagonizar, hasta que un joven vestido de negro salió de la nada y me frenó el paso. Los tres hombres pararon la conversación y me miraron expectantes. Clavé los ojos en Mijail, que de inmediato levantó la mano y asintió con la cabeza. El treintañero rubio de pelo rapado me permitió seguir. Estaba claro que la pelirroja no era una amenaza.

—Perdone que les moleste, caballeros. Señor Vasíliev, soy Vera Belin. —Le estreché la mano—. Le he visto desde fuera y no he podido controlar

el impulso de entrar.

—¿Eres periodista? —preguntó atónito en un perfecto español.

—Un intento de periodista, inofensiva. Ni siquiera he acabado la carrera —mentí.

—¿Cuántos años tienes, Vera Belin?

—Veintidós —mentí de nuevo—. Me gustaría hacerle unas preguntas. Por favor, le estaría eternamente agradecida. No le robaré más de cinco minutos —dije, y miré a los otros caballeros que parecían conmovidos.

—¿Siempre eres así de atrevida?

Mijail se recostó en el sofá y cruzó una pierna sobre la otra.

—No, solo soy atrevida con los rusos.

Vasíliev estalló en una carcajada. Sus acompañantes al verlo también. Si el magnate reía, ellos reían. Yo ni sonreí, me mordí la lengua y recé para que no me mandara a la mierda y tuviera que huir abochornada de allí.

—Eres igual de insolente que mi nieta —afirmó. Bendita la nieta de Mijail, pensé.

Vasíliev pidió dos minutos a sus colegas y nos sentamos en una mesa del salón, bajo el atento examen de los hombres que le acompañaban y la mirada de soslayo de su guardaespaldas. Los dos minutos se convirtieron en un cuarto de hora, en el que hablamos de negocios, inversiones, proyectos… Incluso conversamos sobre temas y conceptos que no llegué a entender. Me dediqué a asentir entregada y la grabadora, mi fiel compañera, a grabar. Me pareció un hombre con carisma, con más *salidas* que un metro, pero más humano de lo que imaginaba. Las apariencias engañan tanto como un día nublado y las habladurías pueden ser tan falsas como el que las propaga. No sé por qué aceptó concederme unos minutos de su valioso tiempo. Intuyo que simplemente le hizo gracia mi arrojo juvenil. Incluso intercambiamos unas palabras en francés, otro idioma que manejaba casi a la perfección. Al despedirse me deseó suerte y citó a Churchill. «Rusia es una adivinanza, envuelta en un misterio, dentro de un enigma». Creo que hablaba de la vida, no de Rusia.

Cuando salí del hotel me sentí pletórica y me regalé una sonrisa vanagloriosa. Después de la entrevista supe a ciencia cierta que Mijail

Vasíliev invertiría en el país menos de la mitad de lo que se esperaba. Pero nunca publiqué el dato.

* * *

Me levanté de la siesta entumecida y más debilitada que cuando me había acostado. La tensión acumulada durante la semana me pasaba factura y mis músculos palpitaban de cansancio. Medio zombi preparé el baño y me sumergí en el agua hirviendo.

Mis dudas se fueron por el desagüe y mis miedos salieron a flote. Sentada en la bañera aproximé las piernas hasta mi pecho y las abracé con los brazos, pensativa. Paolo vendría a recogerme y pasaríamos juntos el primer fin de semana en su casa. Juntos y solos, porque Manu viajaba a Madrid para visitar el Museo del Prado y ver una obra de teatro en La Latina. Los momentos previos al gran debut íntimo me traumatizaban. Ahí estaba mi madre para recordarme que la primera cita era decisiva y ahí estaba Lucía insistiendo en que el primer polvo era determinante. «Si congeniáis en la cama ya tienes tres cuartas partes de la relación asegurada. Después podréis ir al parque, cogeros de la mano y esas tonterías que te encantan».

Me aterraba pensar que mi futuro dependiera de una noche. Me había costado veintiséis años encontrar a un chico que me hacía temblar, reír y desvelarme, y me lo jugaba todo a la carta mayor.

—Tiene que ser el polvo de tu vida, Vera, como el de Richard Gere y Julia Roberts en *Pretty Woman* —sentenciaba mi amiga.

—Julia Roberts era una puta, seguro que sabía hacer más cosas que yo.

—No hace falta que lo jures. A lo mejor tiene un piano y lo hacéis encima, como en la película. Sería un polvazo musical, ¿te imaginas?

—Lo que me faltaba. Tiene una Harley, no creo que su especialidad sea tocar el piano.

—¿Qué pasa? ¿Los moteros tienen prohibido tocar instrumentos? ¿Firman un contrato al comprar la Harley?

—¡Lucía, no me líes!

—Calabacita, tú tranquila, ni que fuera tu primera vez.

—¡Con él, sí! Oh, Dios mío, siempre estás con lo mismo.

—Estoy con lo mismo porque es mejor hablar de orgasmos que de disgustos. Mira, no te estreses y no pienses demasiado. Déjate llevar. Fluye. Bébete unas copitas de vino antes, pero ¡no te emborraches! que luego no te acordarás de nada y no me podrás contar cómo la tiene.

Lucía era una morbosa. Le encantaba analizar cada detalle por insignificante que fuera. Cuando me acostaba con un chico, algo que solo había sucedido dos veces, me sometía al tercer grado. A ella no le hacía falta que nadie le preguntara, describía sus intimidades y posturas de vértigo *motu proprio*. En alguna ocasión me llegué a ofuscar escuchándola y viendo sus imitaciones gimnásticas, pero gracias a sus explícitas definiciones había aprendido bastante sobre los misterios del sexo, mucho más que si hubiera analizado una colección de pornografía.

Saqué del armario una pequeña bolsa de deporte y empecé a meter ropa, dedicando especial atención a la lencería.

—¿Dónde está tu abuelo?

Mi madre acababa de llegar del trabajo y me observaba apoyada en el marco de la puerta.

—No lo sé. Cuando me he despertado de la siesta ya no estaba. Se habrá ido a Santa Gema o estará con Lolo. —Me quité la toalla de la cabeza y guardé unas zapatillas en la bolsa.

—¿Y tú? ¿Adónde vas?

—A casa de Paolo, a pasar el fin de semana —afirmé, como si fuera mi rutina habitual.

—¿No pensabas decírmelo?

—Pensaba hacerlo. No quiero que llames a mis amigos, a la policía y a los hospitales, como ocurrió hace dos meses.

—Si no hubieras tenido el móvil apagado no hubiera tenido que llamar a nadie.

—Déjalo, no quiero discutir, mamá. Estoy cansada.

—Tú sabrás, pero casi no lo conoces y es un chico muy joven. Te vas a pegar la gran hostia —añadió.

Resoplé de espaldas, malhumorada por el sombrío comentario.

—Por una vez, mamá, por una vez —dije, mirándola a los ojos—. ¿No podrías alegrarte solo un poco? ¿Tanto te jode ver al resto del mundo feliz?

—Qué tonterías dices, hija. Lo que no quiero es que lo pases mal. Ahora mismo estás en una burbuja que…

—Pues no te atrevas a romperla —la interrumpí—. No te atrevas.

Mi advertencia la alejó y desapareció. Mi madre se convirtió en un fantasma que no había conseguido asustar a su víctima. No la volví a ver hasta el domingo.

Paolo vivía en la calle Sueca, muy cerca de la Gran Vía y del Horno de los Borrachos, una panadería que los fines de semana abría veinticuatro horas. Un clásico para ebrios hambrientos presos de la madrugada. Aparcó la Harley en el garaje y salimos al exterior. Era un edificio de principios de siglo con la cara lavada, como casi todos en la zona de Ruzafa. Un barrio que antaño se consideraba marginal, pero que superó la época de declive para renovarse con un gusto exquisito. Músicos, diseñadores y artistas centraron su mirada en el nuevo distrito de Ruzafa. Soñadores con inquietudes que inauguraron negocios *cool* dotando a sus calles de un aire bohemio y cosmopolita. El encuentro de distintas culturas otorgaba un *mix* étnico y una oferta cultural que me apasionaban. Un planeta con vida propia dentro del universo de Valencia.

El interior del edificio mantenía su originaria construcción. La clásica escalera sin rehabilitar, un pequeño ascensor sin espejo y dos viviendas por rellano. Paolo abrió la puerta de la izquierda y un vaho cálido me despojó del frío.

—Tienes un apartamento totalmente *ruzafero* —dije desde la entrada. Paolo dejó los cascos en la barra de la cocina.

—Pasa, que se va a escapar el gato.

Cerré la puerta y me adentré en el hogar de Paolo. A la derecha se abrió un arco que estaba integrado en el salón, un enorme espacio abierto con cocina americana. El piso estaba reformado y el mobiliario era actual, pero los techos altos y las vigas de madera que lo atravesaban le daban un toque especial. La mezcla de elementos antiguos y modernos le regalaba al piso un aire *vintage*. Los suelos eran de mosaico; sin dejar de observar las formas que dibujaban oí el sonido de un cascabel cada vez más cerca. Una bola de pelo canela apareció, saltarina, por el pasillo. Era como un pequeño

león. «Hola, bolita», le dije y me arrodillé en el piso. El animal buscó a golpes mis manos con su cabeza peluda.

—¿Es tuyo? ¿Cómo se llama? —pregunté con la bolita en brazos.

—Se llama Valen y es mío, lo compré cuando llegué aquí. A Manu no le hacía mucha ilusión que tuviéramos un gato pero al final cedió. Es un gato muy pesado.

—Eres precioso. —Le estampé un beso—. Te llamaré Bolita.

—Como quieras, pero no le des besos que te va a llenar de pelos.

Y así fue. Los siguientes minutos me entretuve despejando mi boca y mi chaqueta de suaves pelos felinos. Paolo me agarró de la mano y me condujo por el pasillo para enseñarme el resto de la casa. Las habitaciones también eran amplias y luminosas. La primera a la derecha era un estudio de arquitecto. En una esquina se apilaban portaplanos de distintos tamaños. La siguiente habitación era el baño, dos pilas blancas encajaban en un banco de madera y entre ambas había una maceta con flores lilas. La señora de la limpieza era muy detallista, porque me resultaba imposible pensar que dos chicos de veinte años fueran tan ordenados. Junto a la habitación de Manu, frente al estudio, estaba la de Paolo. Un nórdico blanco cubría la cama de matrimonio. Sobre la almohada reposaban dos cojines rojos. De un primer vistazo observé un par de baldas adornadas con una colección de motos en miniatura. Bolita nos miraba atento desde un sofá color perla de dos plazas.

—Sí que te gustan las motos.

—Mi padre es coleccionista, de motos de verdad, no de miniatura. Es lo que he vivido desde pequeño.

—¿Tiene muchas?

—No te imaginas cuántas, algunas son alucinantes. Tiene una AJS de 1926, una Zundapp del 29, una Easy Rider del 69… Ni idea de lo que te hablo ¿no?

—No soy una experta en motos.

—Mira. —Alargó el brazo y cogió una—. La Harley Davidson del 69.

—¿Esta también la tiene?

—Sí.

Volvió a dejar la moto en la estantería y me besó. El sonido de un trueno me sobresaltó.

—¿Lo has oído?

—Suena a tormenta. —Caminó hacia el balcón y retiró las cortinas—. Pinta mal, deberíamos salir a cenar ya.

Acabamos en Stendhal, una moderna cafetería librería ubicada a dos manzanas de su casa. Las cervezas empezaron a *caer* igual de rápido que caía la lluvia. El *oniguiri* de atún marinado dejó de interesarme y me levanté a ojear los cantos de los libros ordenados en los estantes. Pero pronto sentí una ligera inquietud por alejarme de los grandes literatos. Lo que quería era acercarme a él, perderme en su acento y mecerme en sus ganas. Me enviciaba su aplomo. Me bebí el último chupito y salimos a la puerta del local recién inaugurado. Miramos hacia el cielo lúgubre. Una violenta tormenta alcanzaba su culmen; los rayos peleaban por hacerse hueco.

—Vera, ¿cómo se te da correr? —preguntó, mirándome de reojo.

—Creo que bi…

Tiró fuerte de mí y empezamos a correr como unos inconscientes sobre el manto de agua que cubría las calles. Yo no paraba de reír mientras nuestra vida y el deseo de vivirla se empapaba de agua.

Paolo sacó las llaves y abrió el doble portón de madera. Una vez dentro apoyé las manos en mis rodillas, sentía una fatiga entrecortada. Escurrí mi larga melena y un hilo de agua sonoro cayó sobre el suelo. No podía parar de reír. No sé si era una risa nerviosa o era consecuencia visible de la embriaguez que me había trabajado a conciencia. Me recompuse y observé su rostro mojado y sus enormes ojos estudiándome en la penumbra. Se aproximó y me aprisionó contra la pared. Minutos después entramos al ascensor desbordados de excitación.

Paolo consiguió abrir la puerta del apartamento. Las luces estaban apagadas. Desde el exterior, a través del gran ventanal del salón, irrumpía una claridad suave y flotante que perfilaba nuestros contornos. Me dejó caer con delicadeza sobre la barra americana, retiró uno de los taburetes y empecé a desvestirlo. Acaricié temblorosa su torso perfecto. Paolo me quitó la camisa. Me bajó la cremallera de las botas, luego desabrochó el botón de mis vaqueros y me subió a su cintura.

—No me he acostado con muchos chicos —dije, con la voz quebrada por la fogosidad.

—Yo con ninguno.

—¿Y si no sale bien? —susurré.

—Deja de hablar, Vera.

Llegamos a su habitación poseídos por un estallido ardiente y casi sobrenatural. Mis dedos se hundían con fuerza en su musculatura y sus labios carnosos se perdían en mi pecho. Cuando sentí su peso sobre mi cuerpo, agarré con fuerza las sábanas y mi figura se desplegó como un acordeón. Sufrí un delirio de pasión que dio rienda suelta a la locura encubierta. Lo que ocurrió entre nosotros no tuvo nada que ver con lo que había experimentado hasta entonces. Lo que sucedió aquella madrugada lluviosa de febrero fue la complicidad absoluta, pura magia.

Por la mañana, al abrir los ojos, encontré una cabeza a dos centímetros de mi nariz. Me saludó con un *miau* espontáneo y su pata peluda ondeó mechones de mi pelo. «Hola, Bolita, ¿dónde está tu dueño?», le pregunté. Me levanté extenuada y con agujetas. Hacía años que no practicaba deporte y acusé tanta embestida. Llevaba una camiseta de manga corta enorme de una maratón, que por supuesto no era mía. Me levanté y me asomé a la terraza. El cielo seguía angustiado y el diluvio persistía. Cogí mi bolsa y seleccioné el atuendo para después del baño, un *culot* negro decorado con un pequeño lazo rosa y una camiseta de tirantes a juego.

No sabía dónde estaba Paolo, pero su huida me facilitó la tarea de inspeccionar la casa y tomar una ducha. El agua se deslizó entre mis muslos y me estremecí. Valen, hecho una bola ordenada, me observaba desde el bidet.

De repente escuché un portazo. Mi corazón comenzó a latir con un nervio cabrón que se apoderó de la tranquilidad placentera con la que había amanecido. Al instante, Paolo se asomó al aseo. Me estudió de arriba abajo, estampó su pecho contra mi espalda, rodeó mi cintura y besó cariñoso mi cuello. Sentí una vergüenza suprema. Después se retiró y miró cómo terminaba de lavarme los dientes.

—¿Haces *ballet*? —preguntó intrigado.

Bajé la vista y observé mis piernas. Con el cepillo metido en la boca vi que mis pies dibujaban la tercera posición, el talón de un pie contra la parte central del otro. Lo hacía de forma inconsciente, sobre todo en el autobús cuando me sujetaba en la barra.

—Hacía *ballet* —contesté después de escupir el agua y secarme la boca —. Desde los tres hasta los quince años. Pero el *ballet* no era mi camino y lo dejé. Demasiado sacrificado.

—Ya decía yo que eras muy flexible.

Mis mejillas se encendieron.

—Haz un paso de *ballet*, por favor.

—*Demi-plié* —dije, y señalé mi pierna derecha—. Cabeza alta, hombros rectos y brazos estirados hasta los dedos. —Los alargué hasta alcanzar una armónica línea recta—. Ahora pierna izquierda extendida hacia atrás formando un ángulo de noventa grados. Así. —Estiré mi cuerpo como en mis mejores años de bailarina—. Y esto es un *Arabesque*, mi profesora decía que tenía una línea perfecta. —Me incliné hacia él en la misma posición y le besé en la boca. Paolo aplaudió de forma graciosa.

—Tu profesora tenía razón. Me gusta mucho el *Arabesque* —afirmó. Me cogió en volandas y me cargó sobre su hombro hasta la cocina. Yo pataleaba y reía suplicando que me bajara.

Aún puedo escuchar el eco de mis carcajadas.

OceanofPDF.com

6

Valencia, 8 de febrero de 2011

Con firme determinación y visible urgencia, Cyntia Robles aceleró el ritmo con tal presteza que ni los captadores de socios de Médicos sin Fronteras, expertos en persecuciones y sonrisas, pudieron detenerla. «¡Ya soy socia!», gritó con la mano alzada justificando el desaire. Con pasos cortos pero rápidos, como los de un alcaraván hambriento en busca de su presa, dejó atrás la fachada del majestuoso edificio de Correos, al este de la plaza del Ayuntamiento. Correr se había convertido en una misión rubricada con tintes utópicos y altas posibilidades de besar el suelo. No entendía por qué se calzaba tacones si aumentaba el riesgo de hacer un aterrizaje de emergencia, pero una mañana tras otra, el placer de observar su elegante figura vencía la partida a una colección de contras verificados. Hay mujeres que nacen para andar sobre tacones y otras para admirarlos en un escaparate. Cyntia se negaba a formar parte del segundo grupo. Pisaba con fuerza cuando hacía equilibrismos sobre doce centímetros. «Conflicto de intereses *plus* masoquismo consentido», decía a sus amigas mientras en su interior el deseo de caminar descalza se atizaba con fuerza.

Cegada por las prisas se asomó al cruce de la calle de Las Barcas, el semáforo frenó la carrera que había iniciado en la calle Ribera. Subió la manga del abrigo y bajó el reloj hasta la muñeca. «Doce menos veinte. Maldita sea», murmuró. Observó ansiosa el muñequito rojo y el contador de segundos. Quince, catorce, trece… Cuando llegó al cero, el rojo mutó a verde y escapó del tumulto de personas agolpadas en el cruce. Esquivó a los transeúntes que fue encontrando de frente haciendo quiebros y, lejos de ser la hija del viento, retomó su carrera de pasitos cortos y rápidos de *geisha*.

Antes de llegar al teatro Rialto contempló a un hombre sentado en una pequeña banqueta que, con orgullo, mostraba lo que hacía con sus manos y latas de refrescos: coches, guitarras, flores… Estuvo a punto de parar y comprar un cenicero. Más tarde, quizás. Ahora no tenía tiempo.

Cyntia desvió la mirada hacia un nuevo semáforo y casi fue atropellada por el número dieciséis de los rojos autobuses urbanos. Sintió una ligera taquicardia pero continuó. Admiró las flores blancas del cuidado jardín que flanqueaba la inmensa fuente circular. Incluso en invierno esa fuente enclavada en pleno centro de la capital, rodeada de coches y caos, cubría de color y armonía al gélido temporal.

Se sintió agotada y se llevó la mano al abdomen sintiendo dolor de flato. Aunque el termómetro marcaba ocho grados, la temperatura en su interior se multiplicaba por cuatro. El sofoco escalaba presuroso desde la punta de los dedos del pie hasta el último cabello de la cabeza. Segundos después del último *sprint* llegó a la meta. El recorrido había sido peor que hacer una gincana a saltos dentro de un saco de arpillera. Descansó frente al Meliá Plaza, recobrando el aliento olvidado por el camino. Con la respiración aún acelerada se concentró en la estrella de siete puntas ubicada sobre el nombre del hotel.

Ligeramente recompuesta se aproximó a la primera puerta corredera de cristal. Al abrirse de par en par se cruzó con una chica de belleza sugerente; su larga melena ondulada despertó las envidias de Cyntia. La estudió advirtiendo que no pasaría desapercibida aunque fuera uno de sus propósitos de Año Nuevo. La joven cabizbaja emitía una sonrisa ufana y andaba tan absorta en sus pensamientos que faltaron centímetros para que se produjera un choque entre ellas. Aunque ni siquiera se rozaron, la atractiva pelirroja se disculpó levantando la mano y salió del hotel mezclándose entre el gentío. Desapareció entre el ruido de una ciudad en movimiento, entre los flashes de los turistas y el zigzagueo de trabajadores con prisas.

Cyntia Robles pisó el suelo marmóreo verde del vestíbulo y antes de que sus ojos terminaran de recorrer las altas columnas de madera, oyó su nombre.

—¡Cyntia!

Era la voz del recuerdo, peculiar e inconfundible.

—¡*Privet*, Mijail!

El ruso, haciendo caso omiso a la reunión, se levantó con aire vehemente del sofá y con decisión y orgullo, como quien espera años el regreso de un hijo perdido en el extranjero, se lanzó a abrazarla con fuerza. El vaivén comedido provocó que los tacones de Cyntia se despegaran del suelo y, de igual manera que un rayo atraviesa el cielo en una tormenta eléctrica, un sentimiento de añoranza recorrió sus días dorados.

—Deja que te vea —exclamó Mijail, retirándose de la joven—. ¡No pareces tú! Me despedí en Madrid de una adolescente y me encuentro en Valencia con toda una mujer. Estás guapísima. ¡Y cómo te ha crecido el pelo!

—¿Y usted? ¡Qué moreno está! Parece más joven.

—Eso dicen —contestó bravucón—. En diez minutos estoy contigo. Se me ha complicado la mañana y tengo que terminar con estos señores. —Apuntó a sus acompañantes—. Siéntate y pide algo de beber.

—Claro, no se preocupe. —Cyntia asintió y, antes de tomar asiento, el ruso llamó la atención de la recepcionista. La cara de la chica parecía decir: «Si tengo ganas de trabajar que me maten», pero no se demoró en atender la petición de Mijail.

Un silencio sepulcral imperaba en el recinto. Ni un murmullo ni ruedas de maletas, tampoco la algarabía de visitantes esperando el *check in* o *check out*. Cyntia se sentó en uno de los sillones que había junto a la entrada y se desprendió del abrigo. Sobre una pequeña mesa de madera, el periódico *La Vanguardia* resaltaba en titulares una información que le pareció tan opaca como la funda negra que cubría el piano que quedaba a su izquierda. A Cyntia se le hizo raro estar sentada en el *hall* del céntrico hotel, estudiando el moblaje y sus recovecos arquitectónicos. Había cruzado frente a sus puertas cientos de veces sin llegar a adivinar qué escondían sus paredes. Estaba convencida de que el interior de los edificios solo existe para aquellos que traspasan sus puertas.

El camarero con gafas de pasta y pelo electrizado se acercó a Cyntia. Pidió un botellín de agua sin reparar en su aspecto. Estaba concentrada en el *look* informal del ruso. A Mijail le precedían las palabras «porte»,

«distinción» y «clase», pero no «informal». Cyntia creía a pies juntillas que el magnate únicamente se desprendía de los trajes de chaqueta para dormir. Que abandonaba el uniforme bélico cuando daba por finalizada la batalla. Sentado en el borde del sofá e inclinado sobre la mesa, Mijail señalaba un grupo folios con un bolígrafo plateado. El tiempo le había dado una tregua a sus arrugas, pero su expresión permanecía pétrea, claro reflejo de su personalidad estoica. No proyectaba una imagen de magnate ostentoso y distante sino todo lo contrario. Un empresario afanoso y cercano que abría la veda para posibles negocios triunfantes.

Cyntia observó a los dos caballeros sentados frente a él. Había notado la sorpresa de ambos al ver cómo abrazaba al ruso y cómo se intercambiaban cumplidos en un susurro. Uno de ellos reflejaba frustración, entrelazaba las manos y las movía con zozobra. Lo que Cyntia desconocía es que la conversación que mantenían había sido interrumpida en dos ocasiones. Primero, por una periodista intrépida y minutos después, por el reencuentro efusivo con una vieja amiga. El caballero número dos sonreía y asentía como un feligrés.

Divisar a Mijail a unos metros de distancia le hacía retroceder cincuenta casillas en el tablero de juego. El abrazo la había conducido directamente al avión donde se conocieron, y tirando del hilo había llegado a Detroit, a los brazos de Larry, a canciones de la *Motown* y a los pasteles de calabaza. Las personas actúan como hilo conductor de sentimientos. Como cerezas que cuelgan de forma independiente pero acaban unidas por un extremo, por un nexo que acaba envolviendo pequeños universos.

Cyntia aproximó sus labios a la copa que el camarero acababa de dejar sobre la mesa. Cruzó las piernas y se estiró las botas de caña ancha. «¿No parezco la misma?», se preguntó. No lo percibía, pero su apariencia había cambiado de forma radical. Lejos quedaba la niña demacrada con sandalias y *shorts* que subió al avión. Ahora su imagen era la de una joven equilibrada que irradiaba seguridad. Dejó la copa sobre el posavasos y miró a Mijail. Cinco días atrás le había notificado su visita a Valencia. «No podré invitarte a una paella por falta de tiempo, pero podemos vernos entre reunión y reunión», le había escrito a través de un correo electrónico.

Cuando Cyntia leyó lo de la paella rememoró el descaro adolescente que había mostrado ante él y la memoria privilegiada de Mijail.

Habían mantenido el contacto vía Internet durante cuatro años. De forma intermitente se escribían para contarse que seguían bien, con sus alegrías y preocupaciones, pero vivos. A menudo hacían recuento de lo ganado y lo perdido y se pedían consejos sinceros. Una relación que podía resultar atípica teniendo en cuenta que Mijail gozaba de grandes amigos o psicólogos contratados en plantilla. Pero él prefería a Cyntia. La táctica de pregunta-respuesta daba frutos inmediatos. Mijail le ofrecía recomendaciones pintadas de experiencia y Cyntia soluciones envueltas con un lacito de realidad. A veces los meses transcurrían sin recibir noticias y el silencio se imponía a las palabras pero no al olvido. Bastaba con que uno de ellos encendiera la bombilla del recuerdo o le surgiera alguna duda trascendental para volver a iniciar una cadena de *mails*. Mijail siempre respondía, tarde, pero nunca dejó de escribir.

Cyntia abandonó la reunión y se centró en la recepcionista encorvada tras el mostrador. Abstraída, leía con suma atención algo en la pantalla del ordenador. Parecía ella cuatro años atrás, cuando en un esfuerzo por pasar el rato introdujo el nombre de Mijail Vasíliev en el buscador. El resultado la dejó boquiabierta, sin poder reaccionar durante más de media hora.

Para: Mijail Vasíliev
Asunto: Le saluda la presidenta de Stupid Group

Hola, Mijail

Soy Cyntia, la chica del avión que no paraba de llorar. Por fin he llegado a casa y la semana que viene empiezo la universidad, tengo ganas de estar ocupada.

Señor Vasíliev, no es que sea una cotilla ni una detective amateur. Pero hace un rato encontré la tarjeta que me dio al despedirnos. He tecleado su nombre y apellido en el buscador… Es el presidente de Letixol Group. ¡Más de doce mil personas trabajan para usted! ¿Cómo lo lleva? Debe de ser muy complicado ¿no? Casi me caigo de la silla cuando he visto que es la sexta fortuna de Rusia, ¡está en la Lista Forbes! Y sale su foto. Estoy avergonzada, qué estúpida, y yo hablándole de tonterías durante el vuelo… ¡Levanté mi pie hasta su cara!

Sector agroindustrial, metalurgia, finanzas, energías renovables, inmuebles y turismo… Señor Vasíliev, ¿hay algo que no haya hecho en la vida? Y mejor no hablemos de cifras, porque tantos millones marean.

¿Cómo está? ¿Qué tal su familia?

No sé si leerá este email, como no me haya dado su correo personal lo dudo mucho. Una de sus cien secretarias hará una criba en la que no me incluirá.

Un saludo,

Cyntia Robles

Cyntia no había escuchado Letixol Group antes de conocer a Mijail; pero después de leer decenas de artículos comprendió que era una compañía con mucho peso y con mucha actividad bursátil. La sede se encontraba en Moscú, pero las empresas del Grupo operaban en ciudades de casi todo el mundo. El nombre de Letixol resonaba con fuerza en Asia, Europa y América del Norte. Era considerada como una de las empresas rusas de inversión privada más importantes del panorama. Había sido fundada en 1978 por Mijail Vasíliev y Alexandre Katyrin. Desgraciadamente, recién inaugurado el segundo milenio, Katyrin falleció en un accidente de avioneta. Después de despegar de Alburquerque (Nuevo México), el avión bimotor CESSNA 402 desapareció del espacio aéreo y minutos después cayó envuelto en una gran bola de fuego sobre el campo de golf Santa Ana, más allá de Río Rancho. El experimentado piloto Peter LaHoz, el copiloto Alexandre Katyrin y un amigo de este, John Umbly, afamado empresario norteamericano, fallecieron calcinados.

Cyntia intentó descubrir las causas del accidente, pero una nebulosa de misterio rodeaba la noticia. Los medios de comunicación hablaban de distintas pesquisas. Mientras que algunos diarios lo relacionaban con un fallo del motor o el tiempo inestable, los tabloides más sensacionalistas apuntaban que la catástrofe era consecuencia directa de un acto organizado. Lo único que pudo confirmar es que la familia de Katyrin recibió más de cinco mil millones de dólares por sus acciones en Letixol Group, otorgándole el cargo de vicepresidente del Consejo de Administración a Vladimir Lukov.

Cyntia siguió su propia indagación sobre los negocios de Mijail, pero la información era abrumadora y muy confusa para una joven que no entendía nada de obtención de divisas, medidas proteccionistas o terminales petrolíferas. Lo que le había quedado claro es que a Mijail Vasíliev le gustaba mantener su intimidad en la absoluta privacidad, y que era un pez muy gordo y asquerosamente rico.

Después de enviarle el primer email, Cyntia Robles comprobó cada día la bandeja de entrada de su correo. Se levantaba entre bostezos sonámbulos y peregrinaba hasta el portátil. La respuesta siempre era tan negativa como el ademán decepcionante que se dibujaba en su rostro. Pensó que era absurda, que un magnate ruso no perdería el tiempo en contestar un tonto email. Al fin y al cabo, solo era una chica con la que había conversado en un avión. Mijail vivía en otra dimensión ejecutando saltos estratosféricos, mientras ella daba pequeños pasos terrenales. Para su sorpresa, el email no pasó ninguna criba y al octavo día el ruso contestó.

Para: Cyntia Robles
Asunto: Lo mejor siempre está por llegar

Querida Cyntia:
Me alegra saber de ti. Gracias por hacerme reír de nuevo y por recordarme que ocupo el sexto lugar en el ranking de las grandes fortunas rusas.
Respecto a tus preguntas: cuando muchas personas trabajan para ti, lo único que sientes es una gran responsabilidad. Y por supuesto, la obligación de velar para que un enorme engranaje funcione de forma correcta. Para que ese gran mecanismo no se estanque tienes que rodearte de personas fiables, aptas y trabajadoras.
He dejado muchas cosas sin hacer. Seguramente no las haga nunca.
No te avergüences. No pierdas el toque impulsivo que te caracteriza. Las mujeres de mi vida ya han regresado de sus vacaciones por las Islas Filipinas y están ilusionadas contándome los lugares que han visitado. Ayer fue el cumpleaños de mi nieta, no me lo perdí.
Mucha suerte en tus estudios.
¿Cómo llevas la distancia? Espero que estés más calmada.
Cuídate mucho, Cyntia.
Un saludo,

Mijail Vasíliev

La reunión había terminado. Cyntia vio cómo se despedían entre risas, con golpecitos en la espalda. Los dos caballeros atravesaron las puertas correderas y Mijail se aproximó con templanza hacia la joven.

—Me alegra verte de nuevo. Sigues igual de delgada, pero estás muy guapa. Y llevas un vestido que te favorece mucho.

—¿Ahora le da al sector de la moda?

—No, pero tengo mis preferencias y sé diferenciar entre lo que me gusta y lo que no. El vestido es *chulo*. —Le guiñó un ojo.

El magnate se acarició la nuca y dibujó un semicírculo con la cabeza.

—La edad pasa factura —explicó—. Ya es hora de tomarse un descanso con mi amiga Cyntia.

—Claro que sí, la estabilidad y el futuro de miles de personas dependen de usted, pero tómese un descanso.

—Irónica como siempre. Hay cosas que no cambian. ¿Te importa si salimos a la terraza? Necesito respirar un poco de aire.

—¿A la terraza? Entiendo que comparado con Moscú este clima le parezca propio del paraíso, pero me voy a helar. Por cierto, ¿de dónde procede su bronceado?

—Vengo de Miami. No te vas a helar, hay estufas.

—Miami… —repitió e imaginó palmeras que rozaban el cielo—. Está bien, pero si tengo frío entramos.

Mijail asintió y atravesaron el restaurante con la calma con la que se pasea por un parque con el césped recién cortado. Después de la oscuridad y la lluvia violenta, el temporal había dado una tregua.

—¿Te parece bien aquí? —preguntó Mijail.

La terraza estaba formada por una hilera de siete mesas, cuatro preparadas para comer; todas camufladas tras unas verjas de madera con enredaderas que trepaban hasta la cima de unos toldos.

—Sí, está al lado de la estufa.

Una vez acomodados, Cyntia se inclinó sobre la mesa, su pecho casi rozaba el plato.

—Mijail —pronunció en un susurro.

—Qué —contestó, inclinándose hacia ella.

—Desde que hemos salido nos sigue un hombre joven, vestido de negro y con gafas de sol. Se ha sentado en la penúltima mesa.

—No te preocupes, es uno de mis hombres —dijo sin mirar atrás.

Cyntia puso cara de *qué gilipollas soy*. Había olvidado que compartía conversación con uno de los hombres más ricos de Rusia. Mijail había ampliado su seguridad años atrás, cuando su socio Katyrin falleció en el accidente de avioneta. Una investigación altamente confidencial corroboró que ni una racha de viento ni el fallo del motor habían provocado el accidente. Mijail se protegió más de lo que había hecho hasta entonces.

Aunque a veces intentaba comportarse como una persona normal, no lo era en absoluto y debía recordarlo a cada minuto.

—Es lógico, lleva seguridad —afirmó Cyntia, apesadumbrada.

—Forma parte del trabajo.

—Ser multimillonario es demasiado peligroso.

—Lo peligroso no es que yo tenga dinero, sino que individuos que no lo tienen sean capaces de hacer lo que sea por tenerlo.

—Ya —dijo, agradeciendo no ser lo suficientemente rica como para cargar con un hombre de negro—. ¿Tiene más *Men in Black*?

—Sí.

—¿Aquí?

—Sí.

—No consigo ver dónde están. —Miró a su alrededor sin atisbar presencias extrañas—. ¿En los árboles?

—No, ¿te crees que son simios? Pero están cerca.

Se sintió observada por ojos que no veía, era una sensación que nunca había experimentado. No se sentía protegida, sino intimidada. Cyntia necesitaba controlar todo lo que se movía a su alrededor. Cuando algún detalle parecía escapársele de las manos sentía la umbría de la incertidumbre a sus espaldas. Inclinó su cuerpo hacia la derecha y observó al hombre trajeado. Parecía un modelo de anuncio de colonia: fuerte, seductor e intrigante. Pensó que a lo mejor no era tan mala la idea de cargar con un hombre de negro. Leía un periódico ucraniano y consultaba el móvil como si nada fuera de su incumbencia.

—¿No serán de la mafia?

Mijail sonrió la ocurrencia. Era más adulta, más mujer, pero seguía disparando lo primero que pensaba. Cyntia era una pistola sin seguro.

—No lo son.

—¿Y llevan muchos años con usted?

—Sí.

—Pues en el avión no estaban.

—Claro que estaban, pero no los viste porque no imaginabas que estaban ahí. Uno en *Business* y dos en turista. Ahí radica la gracia de llevar seguridad, que controlen sin exponerse demasiado.

El sumiller, un hombre de mediana edad, mirada escarpada y mueca amable, apareció sin bandeja ni bloc de notas. Se situó frente a la mesa con los brazos ocultos tras la espalda e inició una amena conversación con Mijail acerca de ibéricos y vinos. Cyntia asentía sin escuchar, rememorando el vuelo Detroit-Madrid.

—Así que ha tenido una mañana complicada —apostilló cuando el sumiller desapareció.

—Sí, ha entrado una espontánea al *hall*, pensaba que solo quería incordiar. Y es lo que quería, pero luego ha resultado ser muy una chica muy simpática e inteligente. Se ha ido nada más llegar tú. ¿No la has visto?

—¿Una pelirroja guapísima?

—Sí, una periodista en prácticas. «Si me contesta le estaré eternamente agradecida», me ha dicho irrumpiendo en el vestíbulo como un ciclón. No sé qué os ocurre a las mujeres de esta ciudad, pero sois muy atrevidas.

—Será un efecto secundario del arroz. ¿Y le ha contestado?

—Sí. Dejaba entrever un punto de desesperación que me ha conmovido y no he podido decirle que no.

—Se ha ido muy contenta, sonreía cuando me he cruzado con ella. A lo mejor estudia en mi universidad, ¿cómo se llama?

—Vera Belin.

—Vera Belin… —repitió Cyntia, pensativa—. No me suena. Puede que estudie en la pública. Además, recordaría su cara y su pelo. Lo tiene todo bonito. ¿Qué significará el nombre de Vera? Me encanta, tiene personalidad.

—No lo sé, pero el apellido es francés y habla el idioma a la perfección. Espero haberla ayudado. Es la única entrevista que he concedido. No me gusta tratar con periodistas, inventan lo que quieren y luego tenemos que emitir comunicados desmintiendo lo que han publicado.

—Ahora entiendo que la prensa diga que es frío y distante.

—¿Dicen que soy distante? —preguntó entre risas.

—Sí. Leí un par de noticias que hablaban de usted. Explicaban que, entre otras ciudades españolas, haría una parada en Valencia para mantener conversaciones con los mandamases de las empresas farmacéuticas, una gran inversión en la aplicación de nanotecnología o algo así. También

hablaban de inversión en infraestructuras y el diseño de un gran proyecto urbanístico. Siento no ser más precisa, pero he estado de exámenes y no he podido entretenerme demasiado con sus negocios. Por cierto, ¿cómo ha ido la reunión? No pensaba que mantenía reuniones en vestíbulos de hoteles, lo veía en una cámara acorazada o en despachos recubiertos de oro como un *marajá*.

—Ese punto de humor te hace tan…

—¿Inolvidable?

—Dejémoslo en inolvidable. Había reservado una sala, pero la luz que se colaba a través de los ventanales era acogedora y me ha parecido que estaría bien mantener el encuentro en el vestíbulo. Respecto a la reunión… Esperaba una actitud más agresiva y términos más claros. De todas formas era una especie de tanteo informal para ir asentando bases. Tengo otro encuentro a la hora de comer y otro esta noche. Mañana viajaré a Barcelona y pasado a Asnières. ¿Qué te parece?

—Me parece que es usted como Willy Fog, pero en versión rusa. ¿Viaja solo?

—No, con un colega que está ultimando los detalles del siguiente *combate*.

—¡Ah! ¿Está en el hotel ahora?

—Nos alojamos en casa de un amigo.

—¿Un amigo ruso?

—Sí. Pero hablemos de ti, Cyntia, seguro que tienes muchas historias emocionantes que contarme.

—Claro, claro… Seguro que la vida de una universitaria es más interesante que la de un magnate.

El camarero de gafas de pasta irrumpió en la terraza con un surtido de ibéricos, quesos manchegos y mariscos frescos. Le seguía el sumiller, que mostró una botella de vino a Mijail. El ruso señaló a Cyntia y el sumiller llenó su copa con dos dedos del tinto. Cyntia Robles, imitando a la catadora más experimentada del planeta, elevó sutilmente la copa por la base para apreciar el color, granate y brillante. Se la acercó a la nariz casi sin moverla e inhaló fuerte los aromas. La retiró. Efectuó un movimiento rotatorio. Acto

seguido bebió un pequeño sorbo, paseó el líquido por la boca impregnando la lengua y efectuó una serie de gestos realmente extraños.

—Textura sedosa y excelente acidez —sentenció, convencida y seria.

El ruso enarcó las cejas y la miró sin parpadear. El sumiller inclinó la botella y llenó las dos copas con una risa impermeable. Cuando terminó, asintió con respeto y abandonó la terraza.

—¿Desde cuándo catas vinos?

—Desde nunca. La cata es un arte que no controlo. Ha sido mi primera vez. ¿Lo he hecho bien?

—Eres una caja de sorpresas —dijo, y sacudió la cabeza.

—¿He acertado? ¿Tiene una excelente acidez?

—El cómputo global es de notable alto.

—Está feo decirlo pero soy increíble, señor Vasíliev. Es lo que hace mi padre. Copita arriba, copita abajo, lo huele, lo mueve, lo bebe y hace muecas absurdas. Él lo hace mejor que yo. Imagino que tiene un grado de absurdez mayor que el mío… Y casi siempre dice: «Excelente acidez». ¿Brindamos?

—Por supuesto.

—¿Por los reencuentros?

—Por los reencuentros y porque lo mejor siempre está por llegar.

Sus copas se rozaron.

—Siempre dice lo mismo.

—Lo digo porque es cierto. Come, a ver qué tal.

Cyntia obedeció sin dudar. El jamón tenía una pinta exquisita y ella tenía hambre.

—Esto es vida.

—España, tierra de suculentos manjares. Lo tenéis todo.

—Hasta crisis. No escatimamos en nada. Usted sabe que nos hundimos ¿verdad?

—Estoy al tanto de la situación.

—El año que viene va a ser horrible y el siguiente nefasto, afirman que tocaremos fondo con una tasa del 26% de paro. En este país todo está en proceso o procesado. Pero bueno, siempre nos quedarán el buen clima, el jamón y un olé que cantar.

—Es una pena que un país como España atraviese una crisis tan brutal. Pero las grandes crisis desembocan en grandes cambios —aseguró Mijail —. ¿Qué tal te han ido los exámenes?

—Muy bien. Mi expediente académico es magnífico y no creo que vaya a suspender en cuarto. Sería un drama.

—¿Ya estás en cuarto?

Cyntia asintió con la boca llena.

—Te queda un año y medio para terminar. ¿Qué piensas hacer cuando acabes?

—Irme.

—¿Adónde?

—Ni idea. Adoro mi país, pero no seré como la orquesta del *Titanic*. Quiero una buena remuneración por mi trabajo, cuanto menos justa. Si aquí no encuentro lo que busco me iré a cualquier otro lugar.

—Si quieres que te ayude sabes que solo tienes que llamarme.

—Gracias. No me había parado a pensarlo —dijo, curioseando la enredadera—; pero es un consuelo saber que la cuarta fortuna de Rusia está a mi disposición. Ha ascendido dos puestos en cuatro años. No está nada, pero que nada mal.

—Un par de movimientos certeros —explicó el ruso.

—Yo con un par de movimientos certeros consigo bailar salsa, usted ganar mil millones de dólares. No entiendo qué estoy haciendo mal.

Mijail rio dentro de la copa y el vino le salpicó la nariz.

—¿Cree que le llamaría para pedirle un favor?

—No lo creo. Eres muy independiente y testaruda, pero no está de más recordarte que puedo ayudarte si lo necesitas.

—No se preocupe, yo también tengo buena memoria. En el avión, dos filas por detrás de nosotros a la izquierda. Nariz aguileña, brillantina en el pelo y ojos claros. ¿Era su hombre?

—Observación correcta, señorita.

Una sonrisa afloró en los labios de Cyntia y bebió un trago abundante de vino.

—Como siga bebiendo llegaré borracha a la oficina.

—No te imagino borracha. ¿Todo en orden en ese trabajo?

—Sí, muy bien. El contrato de prácticas finaliza en marzo, pero quieren que lo amplíe hasta junio. Prefieren quedarse conmigo antes que volver a explicarle la teoría y el funcionamiento a una estudiante nueva. Más vale lo malo conocido que lo bueno por conocer. Soy un valor en alza en la consultoría. ¿Puede creer que solo mi jefe y yo hablamos inglés? Me pagan trescientos euros al mes y soy más válida que la mitad del equipo. Un negocio redondo.

—Es que tú eres muy válida —afirmó, degustando un trozo de queso—. ¿Y qué vas a hacer?

—Me quedaré, sigo sin problemas el ritmo de trabajo y la relación con mis compañeros es buena. Hay algún envidioso en potencia, pero como en todas las oficinas.

—¿Cómo se llama la empresa?

—Ten&Trending. Consultoría de *Marketing*, Publicidad y Relaciones Públicas.

—¿Y qué haces exactamente?

—Apoyo en los planes estratégicos de diferentes marcas, *marketing* digital, organización de ferias, *clipping*, contacto con medios de comunicación… ¿Puede comprar la consultoría y nombrarme directora general?

En el fondo le daba pavor hacerle ese tipo de bromas. Sabía que el ruso conocía su humor y era consciente de que no hablaba en serio, pero lo veía capaz de hacer un par llamadas y hacerse con T&T en lo que dura un bostezo.

—Hoy mismo me pongo en ello, Directora General. ¿¡Desde cuándo fumas, Cyntia!? —gritó como si la joven fuera a activar una bomba de destrucción masiva.

—¡Ah! Desde hace un año, cuando Larry empezó a salir con la rubia de pechos más grandes que mi cabeza —dijo, y expulsó el humo creando un pasillo por el que se podía andar—. ¿Recuerda que Larry me envió un email explicándome que había conocido a alguien?

—Lo recuerdo. Tu correo estaba lleno de exclamaciones.

—Sí, es que me pareció un acto de cobardía porque ni siquiera me lo dijo a través de la cámara. La revelación fue dura —afirmó, dando una

profunda calada—; pero el día que vi una foto de los dos juntos… No sé ni cómo explicárselo, me temblaron las manos. Sufrí un episodio de ansiedad aguda. Y para superar el trastorno que me había causado ver esa imagen feliz, me fui de fiesta. Yo pensaba en salir y olvidar, olvidar y salir. Bebí como si no hubiera un mañana; besé al primer chico que me gustó y me fumé mi primer cigarro —explicó a la vez que expulsó el humo—. No fue culpa mía, caí en el vicio empujada por factores externos. Al día siguiente me quise morir, la resaca hizo que lo recordara con más fuerza. Aguantar el chaparrón bajo mis sábanas de franela hubiera sido la mejor opción. Rubia tetona de las narices.

Mijail seguía la historia dando volantazos mentales, zigzagueando en un terreno de curvas peligrosas.

—No me importan los motivos, Cyntia, el tabaco mata y no me gusta.

—Si no me ha matado la distancia y la colección de fotos que vi, le aseguro que no lo hará un cigarro.

—¿Cómo lo llevas?

—Ahora muy bien. La dejó hace dos meses —exclamó y levantó los brazos—. ¿No se lo conté?

—Sí, lo hiciste.

—Estaba eufórica, se lo conté hasta a un taxista. La noticia me inundó de paz. *Good Bye*, Olivia. Espero que no vuelva a aparecer en su camino. Las ex son los seres más peligrosos y manipuladores que existen. Son fantasmas del pasado que pueden llamar a la puerta en el presente y joder tu futuro en un instante.

—Sigues enamorada —sentenció Mijail.

—No puedo evitar quererle. Cuando llevamos un par de días sin hablar me pongo nerviosa. Y cuando escucho su voz me tranquilizo porque sé que está ahí. Es un bálsamo americano.

—¿Y el bálsamo español?

—Ah, no existe. Mi récord en una relación ha sido cuatro meses y bastante duré. No era mal chico, pero no era Larry. Son enamoramientos pasajeros. Llegan, te ilusionan y se van. No se instalan. Son… estrellas fugaces que te deslumbran pero desaparecen. Sin embargo, el amor de

verdad se instala y permanece en algún rincón que no sé ubicar. Pero está latente, siempre.

La joven bebió un sorbo de vino sin mirar a Mijail. Sus confesiones a plena luz la turbaban. Con el resto podía ocultar sus sentimientos tres metros bajo tierra, crear un muro protector y pasear con una sonrisa despreocupada, creyendo que el amor solo era un lastre para poetas esclavos de sus emociones. ¿Por qué sentía la necesidad de mostrar su sensiblería con él? El ruso, con su respiración lenta y prudente calma, la empujaba a desafiar a las sombras.

—No te entiendo. Si lo tienes claro, ¿qué haces aquí? ¿Por qué no has cogido un avión y has ido a verle?

—Si voy allí, me quedaré. Y quiero terminar mis estudios en el lugar donde los empecé. Pero no es la única razón. Somos muy jóvenes y andamos por caminos paralelos. ¿Hubiera sido lo correcto coger un avión seis meses después? Sinceramente, no lo sé. Le he dejado hacer su vida, sin imponerme, sin fechas tope. Él me ha dado la misma libertad. Estos cuatro años han sido un periodo de descubrimiento. Nos necesitamos aunque sea en la distancia, y hemos entendido que otras personas no llenan el vacío que nos invadió cuando nos dijimos adiós. No importa —pronunció con dulzura —, sé que tarde o temprano todo encajará. Una vez me dijeron: «Si os tenéis que reencontrar, sucederá. Y si tenéis que estar juntos, lo estaréis». Así será, no voy a forzar la situación.

—¿Y qué erudito te dijo eso?

—Usted.

Mijail sonrió y pinchó un triángulo de queso.

—Y el artista Selleck, ¿a qué dedica su tiempo? —preguntó antes de masticar el bocado.

—A buscar su musa por las calles de Nueva York.

—¿Vive en Nueva York?

—Sí, no se lo había comentado porque no me ha dado tiempo. Lleva allí dos semanas, aún se está instalando y yo también, estoy intentando asimilarlo. Lo han contratado como docente en una prestigiosa academia de pintura y dibujo en el SoHo. Imparte clases a niños de entre 9 y 14 años. Ya sabe, hijos de famosos y ricos de Manhattan.

—¿Y está contento?

—Él dice que sí, que está muy ilusionado, pero yo creo que no lo está. Sé que quiere triunfar con sus pinturas, no enseñar a niños adinerados.

—¿Y para qué busca un trabajo que no quiere?

—Ah, no, no. No lo ha buscado él. ¿Recuerda que le conté que Larry fue voluntario durante años en el Detroit Institut of Arts?

Mijail asintió.

—Hace un mes le llamó uno de sus jefes del museo. Le comentó que el empresario neoyorquino J. Gordon buscaba un artista con impecable currículum para impartir clases en la academia que regenta su mujer, Diana Wells, una pintora frustrada que si ha conseguido algo ha sido por la fama de su marido. Larry me llamó dudoso, pero yo disipé sus dudas. Le dije que mandara su *artwork*, su currículum y su alma empaquetada. ¡Joder! ¡Es Nueva York! No sé, pensé que era una ocasión única. Entiendo que su sueño no sea dar clases, pero allí puede conocer gente interesante y abrir puertas que desde Detroit no ve.

—Ha hecho lo correcto —afirmó Mijail—, aunque está a punto de entrar en otra dimensión. Coleccionistas, galerías, museos, artistas, subastas… en un complejo bastidor que a veces es incontrolable. El mundo del arte puede ser muy enrevesado. Se mueven grandes cantidades de dinero y en ocasiones intereses oscuros. Es un microcosmos con un idioma propio, con vencedores y vencidos. Pero en ese mundo, como en todos, si no te ven no existes.

Cyntia lo miró horrorizada. Había empujado a Larry, un joven de buen corazón, hacía las entrañas de un escenario siniestro. Iba a formar parte del eje del mal.

—Me está asustando. Ya no sé si ha hecho lo correcto. —Apoyó los codos sobre la mesa y dejó descansar su cara entre las manos—. Quiero que cumpla sus sueños, no que el mundo que ha pintado lo corrompa y se convierta en un ser frívolo.

Mijail sonrió al notar su incertidumbre.

—No te preocupes, seguro que es un chico inteligente, se desenvolverá bien.

—Sí, es muy inteligente. Tiene una carrera y un máster. Es muy observador y muy cauto. Cae bien hasta a sus enemigos, pero es menos social de lo que debería. Se pone nervioso en los eventos con demasiado público. Que la gente ensalce sus virtudes lo ruboriza. Prefiere la soledad frente a un lienzo. No soy muy objetiva, pero para mí es un artista con mayúsculas. Creo en él.

—¿Y él? ¿Cree en su talento?

—Ni idea, pero como pierda la confianza lo perderá todo. De nada servirá que le anime o que le dé los mejores consejos que se me ocurran. Necesita un golpe de inspiración. No sé si tiene que venir de dentro o puede encontrarlo fuera, pero lo necesita.

—Los artistas viven momentos de desesperación o de inconsciencia. Las pasiones pueden ser fascinantes, pero en ocasiones se convierten en cargas pesadas. ¿Sabes lo que significa la palabra «inspiración»?

—No.

—Recibir el aliento —explicó Mijail.

—Suena lógico.

—Cuando menos lo imagine recibirá el aliento. Los pequeños detalles cambian el destino y las obras de las personas. ¿Qué edad tiene?

—Ahora veinticuatro, cumple años en noviembre. ¿Por qué? —preguntó Cyntia ante la mirada escrutadora de Mijail.

—Es un niño. No será su primera crisis artística.

—Bueno, ¿y usted? ¿Qué tal su familia?

Cyntia necesitaba cambiar el rumbo de la conversación, hablar más de diez minutos seguidos de Larry la inquietaba.

—Genial, pero hay un tema que me preocupa.

El ruso cambió su expresión tranquila por una de visible congoja.

—¿Su nieta? ¿Seguimos así?

Cyntia sabía de qué se trataba, no era la primera vez que Mijail mostraba antipatía por Yuri, el recién estrenado novio de su nieta.

—Sí. No es el chico apropiado para ella.

—¿Y alguno lo es? Seguro que le ocurrió lo mismo cuando sus hijas empezaron a salir con chicos.

—Sí, me costó que se comprometieran. Que se hicieran adultas. Pero con este es diferente. No lo soporto. —Hizo un gesto como si quisiera estrangular a alguien.

—¿Tiene dinero?

—Su padre es el director de una exitosa cadena de televisión, además de accionista mayoritario de un par de empresas tecnológicas. He investigado a la familia. Están bien situados y gozan de buena reputación.

—¿Ha investigado a la familia? —preguntó Cyntia, anonadada—. Está peor de lo que pensaba. Quería descartar que el tal Yuri no se hubiera encaprichado de su nieta por el interés económico. Descartar que sea un parásito. Aunque visto lo visto, va a salir ganando igualmente. ¿Quiere que le ayude?

El magnate asintió.

—Pues aquí va mi teoría. Si le niega verlo, de inmediato duplicará su atractivo. Nada de negativas y malas caras. Su nieta pensará que Yuri está en desventaja y aún se enamorará más de él. Como consecuencia directa usted se sentirá desarmado. Lo prohibido atrae, eso es así aquí y en Rusia. Cuanto más le diga «él no», más dirá ella «él sí». Borrará de un plumazo sus defectos, incluso inventará virtudes si es necesario. Será el más guapo, el más listo, el más gracioso.

Cyntia hizo un descanso y bebió un sorbo de vino. Mijail la escuchaba con la atención afinada del que copia un dictado.

—Si de verdad piensa que no es el apropiado haga lo siguiente. Tiene que invitarle a las fiestas familiares. A todas: cumpleaños, aniversarios, vacaciones. A todo —recalcó—. Que el chico sienta que es de la familia. Involúcrelo. Esto tiene dos fines. Que su nieta perciba que usted es el mejor abuelo del mundo y que él perciba las invitaciones como una obligación. Las obligaciones para un joven son como el repelente para los mosquitos. Huirá. ¿Me sigue?

—Te sigo.

Su gesto se había relajado.

—Genial, porque ahora viene lo más importante. Cuando hable con él, hable del futuro, de un futuro no lejano. Dígale frases tipo: «Cuando te cases con mi nieta…», «cuando viváis juntos…», «cuando tengáis hijos…».

El futuro puede asustar mucho. Me apuesto mi mano derecha a que saldrá corriendo. A su nieta le dirá que la quiere, pero que no está preparado para una relación seria. Y fin de la historia.

Mijail adoraba los consejos de Cyntia. Claros, directos y con un alto grado de efectividad. Ni su amigo íntimo le hubiera recomendado actuar de una manera tan convincente.

—¿Cuánto tiempo llevan juntos?

—Tres meses tonteando y dos de novio formal, según dice ella.

—Bah, mi táctica no va a fallar —afirmó orgullosa—. Jamás le diga a su nieta que le he instruido en la disciplina de romper parejas a conciencia. Me hará vudú, y no quiero ganarme una enemiga rusa y multimillonaria rodeada de hombres de negro. No sé de qué son capaces esos seres enigmáticos.

—Puedes estar tranquila, señorita, mi boca está sellada y los hombres de negro no moverán ni un dedo. Te conocen.

—Me quedo mucho más tranquila, sí.

—A Olga suelo decirle que eres una chica encantadora —añadió Mijail —. Incluso me ha comentado que le encantaría conocerte. Deberías animarte y venir a Moscú.

—No sé si estoy preparada emocionalmente para tanto lujo. Necesitaría un curso preparatorio. Y por favor, que no cambie el concepto que tiene de mí. Si veo a Olga no quiero inspirarle deseos de matar.

—Es muy pacífica y muy buena niña —aclaró entre risas.

Cyntia se hundió en la silla y sonrió. Mijail le despertaba un punto de incredulidad rayano en el desconcierto.

—Cyntia, ¿por qué me miras así?

—Porque su ventana da a otro mundo, muy distinto al mío, pero hay preocupaciones que no cambian.

—Tengo las mismas preocupaciones que un hombre de mi edad con una mujer obsesionada con la perfección, dos hijas que a veces no saben por dónde van y una nieta enamorada del chico inapropiado. Pero ya que hablas de mundos te voy a regalar una cosita.

—No, no, no… Ni se le ocurra. Con los regalos de mi cumpleaños y de Navidad tengo bastante, y no me haga hablar del caviar porque aún sigo

enfadada.

—Calla, pesada. Eres la única que se enfada al recibir regalos. Es una tontería sin importancia.

Mijail se incorporó y escarbó en el bolsillo del vaquero. Sacó algo que manipuló cuidadosamente bajo el mantel y a los pocos segundos le mostró un llavero que colgaba de su dedo corazón.

—Este es nuestro mundo, señorita.

El ruso dejó el llavero sobre la mano de Cyntia. Era la reproducción de un globo terráqueo. Una diminuta obra de arte bañada en oro.

—Recuerda que el mundo da vueltas, muchos no lo tienen en cuenta. Una esfera donde millones de vidas no paran de caminar, de cambiar de dirección y de seguir trayectorias distintas. Todos estamos ahí dentro, podemos cruzarnos en cualquier momento. El mundo gira y es posible volver al punto de partida.

La joven apartó sus ojos de la mirada inmóvil de Mijail. Empujó el globo con un dedo y el mundo empezó a rodar hasta que los continentes se convirtieron en una huella borrosa.

OceanofPDF.com

7

Cuando mi mente dejó de saltar en la cama elástica de la memoria, advertí que seguía en la consulta de la doctora Pozo. La sala me pareció asfixiante. Bajé la vista. En la mano sostenía un vaso de plástico medio vacío y mis lloros dirigían un relato que se había encallado.

—Es más duro recitarlo en voz alta que recordarlo en silencio —me incorporé y dejé el vaso en la mesa.

—Escucharte te ayuda a encontrar elementos en tu historia que de otra forma pasarían desapercibidos. Y a mí me ayuda a interpretar tu visión de la relación; qué detalles recalcas y qué gestos no te interesa contar. En tu cabeza solo hay espacio para los capítulos preciosos con Paolo. Y aunque no te des cuenta, es justo lo que quieres hacer: recordar los capítulos idílicos y románticos y desterrar los demás al olvido. No dudo que fuera fantástico y que vivieras una experiencia novedosa. Pero lo sobrevaloras, lo has subido a un pedestal y ahora tienes la ardua tarea de bajarlo. —Apoyó los codos en la mesa—. Es complicado, pero con tiempo lo conseguirás.

Lo que consiguió fue dejarme estática. Me hubiera encantado enzarzarme en una disputa con ella, contestarle de forma altiva que en mi historia no había pedestales ni momentos que no me interesara contar porque simplemente fue perfecta hasta el final. Que no me apetecía explicarle mi vida ni perder el tiempo en una habitación de tortura. Que si no creía en el amor y era tan desgraciada como yo, no era mi culpa. Me hubiera gustado levantarme e irme y no volver a verla, pero no lo hice. No tenía fuerzas para alzar la voz e imponerme, estaba rota y angustiada. Resoplé, resoplé con tanto brío que un folio aparcado en su mesa planeó hasta el suelo.

—¿Cómo terminó el primer fin de semana con Paolo?

—Muy bien.

—Muy bien y qué más.

Suspiré.

—Paolo me pidió que nos fuéramos a vivir juntos. Le dije que no. Estaba enamorada pero no podía ir a 120 en segunda.

Hice una pausa y me concentré en mis uñas. El esmalte rojo empezaba a desconcharse dando una imagen descuidada. Lucía me había pintado las uñas tres o cuatro días antes. Cuando terminó de trabajar en el periódico se pasó por casa y se metió directamente en mi cama, lo hacía casi todos los días. Yo dormitaba hundida como de costumbre. Mientras me contaba que había quedado para cenar con Mila, una antigua compañera de clase, Lucía sacó de su bolso un *set* de manicura e hizo con mis manos muertas la obra que se le antojó. Yo me dejaba hacer. No estaba con ánimos para entablar ninguna conversación. Al igual que un pájaro triste no canta, yo no hablaba demasiado, pero durante aquellos meses de declive esperpéntico nunca dejé de escuchar.

—Le prometí que me iría a vivir con él si en unos meses todo funcionaba bien —proseguí—. Él aceptó conforme. Paolo es muy paciente y comprensivo. O lo era, ya no sé cómo es. Me resultaba complicado discutir con él, las peleas no formaron parte de nuestra relación. El lunes llegué al trabajo exultante, no podía disimular mi entusiasmo. Sobre las once bajé a almorzar y cuando volví a la oficina había un hermoso ramo de rosas en un jarrón, junto a mi ordenador. «Lo han traído hace cinco minutos, me he tomado la libertad de ponerlo en agua. ¿No habrá sido Vasíliev?», preguntó Gloria. Le agradecí el detalle a mi compañera y me acerqué al ramo. Abrí el pequeño sobre que había entre las flores y en la tarjeta leí: «Empecé a creer el día que te conocí. Feliz San Valentín. Paolo. *Ti amo*».

—No te culpes por haberte enamorado.

Por fin la doctora Pozo parecía recobrar el sentido. Incluso parecía humana al mostrar una pizca de empatía por mi persona, una escombrera saturada.

—No me culpo. Paolo hubiera enamorado a cualquiera con ganas de enamorarse. Y resultó que la cualquiera con ganas fui yo. Hay hombres que

te hacen caer en picado tan rápido como te ascendieron al cielo. Lo siento, pero no quiero recordar más ni hablar de él. Se acabó.

—Está bien.

Incliné la barbilla y me percaté de que tenía pelos arraigados al algodón de la camiseta. Había salido de casa de forma atolondrada y había olvidado deslizar el *rulo mágico* por la ropa. La falda vaquera deshilachada, las uñas desconchadas y la camiseta llena de pelos. Espectacular.

—Sí, ahora es mi gato —murmuré ante la mirada escrutadora de la doctora—. Paolo perdió su paternidad cuando se fue y lo abandonó, igual que a mí. Soy madre soltera.

—Como tu madre —afirmó.

La sonrisa no me duró mucho. Apreté los labios con fuerza.

—Sí, como mi madre. Vuestra conversación fue más larga de lo que pensaba.

—Duró lo tenía que durar.

Y una mierda, pensé. Las conversaciones con mi madre nunca duraban lo que tenían que durar. Se eternizaban como una obra de teatro y ella era la encargada jefa de la tramoya.

—¿Vives con tu abuelo y con tu madre?

—Si sabes la respuesta ¿para qué me preguntas?

—¿Cómo es la relación con ellos?

No necesitaba cavilar demasiado para contestar.

—Con mi abuelo de maravilla. Es bueno, dulce, generoso. Sería capaz de disfrazarse de astronauta si eso me hiciera feliz. No lo cambiaría por nadie aunque naciera mil veces. Él me quiere y yo lo adoro.

—¿Y con tu madre?

Miré hacia la pintura del artista Selleck.

—¿Te has montado alguna vez en un coche de choque?

—Claro —dijo convencida, como si tuviera toda la pinta de ser una fanática de la feria.

—Pues mi madre y yo vivimos subidas en un coche de choque de forma permanente e indefinida. Ella en el más bonito, por supuesto. Nos estrellamos una contra la otra. Damos una vuelta por la pista, nos desafiamos, nos volvemos a buscar y chocamos. Así continuamente.

—Muy visual tu ejemplo. ¿En quién más te apoyas?

—En Lucía, es la hermana que nunca tuve, un pilar que me sostiene. Aunque mi vida esté en ruinas, ella está ahí. Atravesaría a nado el Mediterráneo para ir a buscarme con solo hacerle una llamada.

Era verdad. Excepto el puente que se fue a Teruel y la semana que viajó a Canarias con Mario, Lucía llamó al timbre de mi casa cada día. Se hacía un hueco en la cama, apretaba mi mano y hablaba, hablaba sin control. Me contaba lo que pasaba en un exterior que yo ni siquiera olfateaba. A veces cogía las novelas tiradas por el suelo y leía con la entonación desgarrada de un poeta para hacerme reír. A veces se sentaba en la silla y me miraba sin hablar, intentando asimilar qué locura implacable se había asentado en mi cabeza y en mi corazón. Pero nunca olvidaba insultar a Paolo. Empezaba a injuriarlo en un murmullo casi imperceptible, y luego se calentaba hasta que en su boca bullían las maldiciones más viles y surrealistas que he escuchado. Pensaba lo mismo que ella, pero no tenía fuerzas para materializar los pensamientos con palabras, por eso en alguna ocasión esbocé una ligera sonrisa por la abnegación de mi amiga.

—¿Alguien más aparte de Lucía? —preguntó la doctora mientras seguía tomando notas.

—Sí —reflexioné—. Tengo un amigo especial que se llama Monti.

—¿Por qué es especial?

—Porque es mi único amigo que tiene casi sesenta años. Es un encanto. Muy sabio y muy terco. Da buenos consejos y siempre dice que con la luz apagada se escucha mejor. Tiene unas ideas…

—¿Es amigo de tu abuelo?

—Sí, ahora sí. Mi abuelo conoció a Monti porque yo les presenté e hicieron muy buenas migas. Lo conozco desde hace ocho años. Es el hombre que anda por el centro haciendo ceniceros y cachivaches con latas. También domina el alambre. Hace bicicletas y motos, entre otras cosas. Seguro que sabes quién es.

La doctora Pozo enarcó las cejas y abrió sus grandes ojos azules con suspicacia.

—¿El hombre de las latas es tu amigo?

—¿No puedo ser su amiga? ¡Oh, Dios mío! Las personas como tú, que juzgan a otras por su imagen o por el trabajo que desempeñan como pueden, deberían ser multadas. Pues para que los sepas, ahí donde lo ves con sus latitas y sus tenazas, Monti se licenció en Ciencias Económicas y durante años fue profesor de Dirección Financiera en una universidad privada. Es más listo que tú y yo juntas. Pero mira, el camino a veces se tuerce de tal manera que el pasado se olvida y el futuro no existe.

—Yo no he juzgado a tu amigo.

—Sí lo has hecho. Tu actitud es clasista.

—No tengo una actitud clasista, Vera, pero me ha sorprendido. Si te ha molestado mi expresión, lo siento —contestó con una mueca contrita de la que me sentí satisfecha.

—Vale. Me quiero ir ya, estoy cansada.

—Cinco minutos y te vas. ¿Cómo ha sido volver a casa después de un año?

—Una pesadilla. Antes vivía muy bien y estaba tranquila. —Observé una bola de cristal sobre el escritorio, de las que se agitan y aparece nieve de la nada. La torre Eiffel flotaba en el agua—. Ahora estoy dentro de una esfera. Un escenario del que no puedo escapar y solo hay nieve si mi madre quiere.

—¿Cómo es ella?

—¿Mi madre? De espíritu posesivo y dominante. Es desesperante la mayor parte del tiempo y una adicta al trabajo. Si te quiere joder puede conseguirlo en un segundo. Y si quiere lo contrario, también. Es luchadora y dinámica.

—¿Crees que te quiere?

—Soy lo que más quiere en este mundo. Aunque no sepa demostrarlo —añadí en un susurro.

Una cosa era que algún ente superior hubiera encomendado a mi madre la misión de amargarme la existencia. Y otra muy distinta era imaginar que no me quisiera. ¿Cómo una madre no iba a querer a su hija?

Había pasado más de una hora y media. Quería desaparecer. Deambular con rumbo o sin él. El tedio descendía como una niebla opaca sobre mí y la silla menguaba a medida que la doctora disparaba preguntas sin cesar.

—¿Qué te gusta hacer? ¿Aficiones?

—Ahora paso de aficiones, pero cuando no estoy trastornada me encanta escribir, leer a Jodorowsky, los pianos y… me gusta el chocolate. ¿Sirve como afición?

—Has sido bailarina, ¿no te gusta el deporte?

—No.

—A partir de hoy vas a practicar uno. Elige el que quieras y diséñate una rutina. No puedes seguir metida en la cama. Y vas a aceptar los planes que te propongan, aunque no te apetezca. Son tus tareas de la semana.

Mientras ella sacaba un recetario del cajón, puse los ojos en blanco y respiré hondo. No sería yo la que hiciera sus tareas recomendadas y menos si implicaban movimiento físico. Me limitaba a parpadear y a respirar, el resto de actividades me resultaban espinosas.

—Te voy a recetar unas pastillas, Cymbalta. Te tomas una cápsula por las noches, e intenta que sea a la misma hora. Al principio sentirás algún mareo y quizás somnolencia, hasta que tu cuerpo se habitúe a la medicación.

—¿Y para qué es?

—Para aumentar un poco tu serotonina. Y no tomes Orfidal, por favor. Si te pones muy nerviosa te vas a la calle a dar un paseo y observas el cielo un rato.

Me levanté y metí la receta en el bolso sin mucho mimo.

—Dile a Sandra que te dé cita para el lunes que viene. A la misma hora.

Qué aburrida era la doctora con las horas exactas y el tiempo establecido. Por lo menos me había dado una pequeña tregua de seis días para asimilar que volvería a encerrarme en su consulta. Una semana para repetir el ritual de llorar, para recordar episodios que saturaban mi insomnio.

Acepté conforme y cuando estaba a punto de abandonar la habitación, le pregunté.

—¿No te da miedo que te lo roben?

—¿Qué me roben el qué?

—El cuadro, el punto de Selleck. Podrían robarlo y venderlo en el mercado negro por más de quince mil dólares. Y seguro que tiene un alto

valor sentimental para ti.

Me observó desconcertada.

—El 90% de pacientes que entra en la consulta ni lo mira. Y quien lo hace, no pregunta.

—Pues deberían, las paredes hablan. Tranquila, mi boca está sellada. Información confidencial.

Salí y vi que mi abuelo leía una revista de ciencia e investigación. Cerró la publicación y se levantó de inmediato. Se colocó su sombrero y le estrechó la mano a un caballero de mediana edad. Otro triste como yo, pensé. El hombre se despidió de nosotros amablemente y salimos hacia el pasillo en silencio.

—¿Qué tal, Vera? —preguntó Sandra muy sonriente. La secretaria desayunaba pastillas de la felicidad. Esperaba que las Cymbalta fueran, como poco, parecidas a los comprimidos que tomaba ella.

—Bien.

Estaba genial. Los párpados hinchados como los de un sapo pisado y los ojos encarnados por los sollozos tétricos. Me sentía exhausta. Recordar resultaba más agotador que correr veinte kilómetros.

—Me ha dicho la doctora que me des cita para el lunes que viene, a la misma hora.

—Sí. —Sandra cogió un calendario piramidal y lo observó—. El 1 de octubre a las diez y media. Te lo voy a escribir en esta tarjetita. También tienes el teléfono apuntado. Si nos llamas y no estamos deja un mensaje en el contestador.

—Muchas gracias.

Nos despedimos y abandonamos el piso con diligencia. El portazo sonó a libertad.

—¿Cómo ha ido, Corderilla?

—Horrible, horrible. Me ha mandado unas pastillas, me tengo que tomar una por las noches. Y venga a recordar… ¡Qué cansina, Dios! ¡Pero si yo lo que quiero es olvidar, no recordar!

—Recordar es la pena que pagamos por vivir momentos bellos y experiencias horrendas. No te empeñes en olvidar, Vera. Cohabitar con tus

recuerdos puede ser un trampolín o una fosa abismal. Y no sé tú, pero yo prefiero vivir en las alturas antes que seis metros bajos tierra.

—Puff pareces Monti. La doctora tiene unos prejuicios que no me acaban de gustar y se cree muy lista, pero parece buena gente.

—Y desde luego es una belleza —afirmó mi abuelo, que raramente le otorgaba el rango de belleza suprema a una señora.

—Yayo, ¿tú sabes quién es Larry Selleck?

—¿El artista de Estados Unidos? ¿El de los puntos?

—Sí.

—¿Por?

—Nada, tonterías.

Salimos del patio jaspeado. La afluencia de viandantes que iban y venían por la avenida Barón de Cárcer me sobrepasó de inmediato. Casi rozábamos octubre pero el día medio veraniego que había amanecido invitaba a dar paseos. Saqué las gafas de sol para ocultar el quebranto y desaparecer en la medida de lo posible.

—¿Qué planes tienes, hija?

—He quedado con Lucía para tomar un café.

—¿Te acompaño?

Moví la cabeza de izquierda a derecha.

—Como quieras. —Me besó en el moflete.

—¿Te vas a casa?

—No, he quedado con los chicos en el Nereida, para tomar el aperitivo.

Acaricié su barba blanca. Mi abuelo envejecía rápido y me atormentaba pensar que más pronto que tarde se iría para no volver. Recorrí con los dedos sus mejillas surcadas de arrugas y le di un abrazo.

—Gracias por acompañarme.

—Gracias por venir —contestó.

Los *chicos* eran Lolo y Nando, que junto a mi abuelo Román formaban el frente de juventudes. Entre los tres rebasaban la redonda cifra de doscientos años. No eran abuelos de mirar obras a medio terminar y zanjas de tres metros. Ni siquiera recordaban los campos de cacahuetes y de naranjos arados donde ahora había edificios sembrados. Cada uno rememoraba lo que le habían arrebatado de las manos. Mi abuelo evocaba a

su mujer fallecida en un accidente. Lolo a su hijo de diez años, una enfermedad hepática se lo llevó de este mundo a saber dónde. Y Nando, viudo como mi abuelo, extrañaba tanto su trabajo de ferroviario que se le oscurecía el semblante al pasar frente a la estación, un espectro del pasado que le robaba la alegría. Los tres alejados de la vida laboral, cercanos a los desengaños y a un fin próximo, arreglaban los problemas frente a tintos y aceitunas sin hueso. La amistad que se profesaban era igualable a la de los Tres Mosqueteros. Sin jubón, sombrero de ala ancha ni mosquete, pero con el mismo espíritu arraigado de unión y compañerismo.

Habían sufrido demasiados tropiezos a lo largo del trayecto y ya no se rompían ni los huesos ni los sueños traspapelados. Eran tres únicos que nunca dejarían de estar juntos. Su alianza de vivencias me seguía asombrando. Me hacía sonreír. Eran mis líderes. Lolo y Nando, mis abuelos suplentes, me habían visto nacer y yo a ellos envejecer, dándome unas lecciones de vida que ni la vida se hubiera atrevido a darme. Quedaron hasta el fin de sus días para verificar que seguían con la cabeza en orden. ¡Qué hombres más extraordinarios, más esquivos al desaliento, más valientes! Sus bonanzas se resaltaban en peana. Incluso acogieron a Monti como al Hijo Pródigo.

Una mañana de verano mi abuelo condujo a Lolo y a Nando hasta la plaza del Ayuntamiento, junto al teatro Rialto. Los plantó frente a un hombre enjuto y demacrado sentado en una banqueta, que espiaba una fina manta con bicicletas y flores. Y les presentó a Monti, mi amigo. Imagino la escena: los tres caballeros, bien vestidos y mejor avenidos, observando al señor de las manos curtidas y cortadas. Nando, quisquilloso y excéntrico, golpeando levemente su bastón de madera con empuñadura de plata labrada. Y Lolo, de semblante compasivo y carácter magnánimo, con ganas de cobijar al hombre de biografía difícil en el calor de su hogar, vacío desde que se separó de su mujer.

Unos meses después de aquella extraña presentación, ambos le ofrecieron a Monti una habitación en sus casas. Recibieron la misma negativa que recibí yo. Cuando mi madre se enteró de que le había aconsejado al hombre de las latas vivir en nuestro piso… encolerizó de tal manera que de sus ojos color miel salieron destellos del demonio.

Enmudecí ante su ataque de locura y mi abuelo sonrió bajo el bigote, cómplice de mis ideas atolondradas. Por una parte, agradecí que Monti me dijera que no, porque no sé qué hubiera hecho con él. El caso es que prefirió seguir viviendo en el barrio de Totana, en un pequeño piso que compartía con otros dos descarriados que se encontró por el camino. Lo alquilaban por cuatrocientos euros. Él decía que sus compañeros buscavidas eran renglones torcidos pero decentes. No sé, yo dudaba de la decencia que proclamaba porque nunca me dejó subir a su apartamento.

Lo que aceptó de mala gana, tras horas de lucha encarnizada, fue un sencillo móvil de prepago que le compré en su cincuenta y seis aniversario. Cuando se lo regalé me miró como si en su mano hubiera posado un arma cargada con seis balas. No era amigo de las nuevas tecnologías ni de las ondas magnéticas. Pero a mí me daba miedo que le pasara una desgracia y que el hombre de aspecto débil y de fuerte palabra muriera solo entre latas recortadas. Me inspiraba ternura y también pena. A veces los fallos se pagan tan, tan caros…

* * *

Dejé atrás la calle Les Garrigues sin levantar la vista del suelo. No me entraron ganas de estudiar los escaparates o los puestos ambulantes del mercadillo de los lunes.

Totalmente ajena al barullo que desprendía la cotidianidad de una jornada laborable, me guarecí en mis pensamientos sin detenerme al caminar. Quizás me había sobrepasado al llamar «clasista» a la doctora Pozo, pero es lo que pensé. Cuando conocí a Monti no me pregunté si era una persona de un estatus social distinto al mío con el que no podía conversar. No enarqué las cejas como signo de interrogación. Le traté como a un ser humano sin percatarme de su apariencia caduca y vivida. Él me quiso ayudar y yo acepté la ayuda. Él hablaba, con su voz de tertuliano de radio, y a mí me gustaba la sinfonía de sus reflexiones. Él me recetaba advertencias y yo aplicaba sus fórmulas. Me miró a los ojos y, más allá de los esqueletos de bicicletas tirados por el suelo, descubrí que era un hombre de buen corazón, antagonista de peleas. ¿Por qué los demás no lo veían como yo? ¿Por qué lo insultaron en múltiples ocasiones? ¿Por qué le dieron

una brutal paliza? Nunca lo entendí. Cuanto más crecía, menos entendía a una sociedad que se perfilaba déspota y vacía de valores.

Tampoco comprendía a Paolo. Joder, ¿cómo no podía importarle a un chico que me había demostrado un amor incondicional? Me negaba a creer que no me quisiera o que pesara menos que nada en la balanza que Cristina me había mostrado. Estaba claro que ni un puto gramo debí de pesar en la decisión que tomó, porque el equilibrio se esfumó como la luz de una bombilla agotada. No entraba en mi cabeza que me hubiera arruinado el presente con un adiós repentino que me dejó tiritando. Llegó a mirarme con tanta veneración que ahogué mis dudas en el intenso océano que me dibujó. En el mismo mar en el que más tarde me ahogué. No sé qué ocurrió, pero mientras Paolo le cantaba al aire canciones en italiano, alguien empezó a robarnos los días y las lunas del verano que se asomaban en el calendario. Él se fue y yo me quedé perdida entre las oquedades de un firmamento turbio. Con él descubrí lo que era sentirse plena y protegida. Cómo no iba a estar triste…

Cuando encaminé mis pasos por el principio de la calle de la Sangre, divisé a Lucía esbozando círculos con el humo de un cigarrillo que fumaba a las puertas del periódico *La Voz de Valencia*, donde era redactora desde hacía un par de años. Su lapsus en televisión le sirvió para darse cuenta de que ya no quería perseguir la noticia, dejaron de atraerle los directos frente a una cámara. Prefería que la noticia la alcanzara a ella detrás de un ordenador, despegar desde la pista de un teclado sin las presiones de un público con ansias de juzgar errores.

—¡Mi chica guapa a plena luz! —dijo ilusionada al verme llegar—. Qué blanca estás, hija. No sé si pareces una guiri que acaba de aterrizar o un *Cullen*. ¿Te sientes como un *Cullen*?

—Sí, siento que voy a morir. Lucía, mi vida se ha ido a la mierda —afirmé en un llanto amargo y me derrumbé sobre su hombro.

—No digas estupideces —suplicó—. Tu vida acaba de empezar, amiga, acaba de empezar. ¿Tan mal ha ido? Al menos hablas y caminas. Has dado un gran paso.

Me retiré las gafas de sol y me sequé las lágrimas con fuerza.

—No sé. Me ha hecho recordar cómo conocí a Paolo. Ha hablado con mi madre por teléfono, a saber qué le ha contado… La psiquiatra es muy hábil y yo estoy demasiado débil.

—Terapia de choque. Ya verás como la próxima sesión va mejor.

—¿Terapia de choque? A mí lo único que me apetece es darme *chocazos* contra la pared.

—Anda, vamos, a ver si consigo animar tu cara de seta.

Lucía entrelazó su brazo en el mío y me arrastró entre el gentío, en dirección a la calle San Vicente Mártir.

—¿Tú sabes quién es Larry Selleck?

—¿El de los puntos? Sí, se está haciendo de oro. Tiene nuestra edad; no, quizá más joven, no sé, no lo recuerdo. Los puntitos *de los huevos* qué lejos te pueden llevar. Mira que te dije que estudiáramos Bellas Artes, convertirnos en grandes artistas.

—Lucía —pronuncié, incrédula—. Tú nunca me dijiste eso.

—Pero lo pensé, lo pensé cientos de veces. Pintar cuerpos desnudos, miembros erectos, experimentar con los pinceles y los colores. Moldear con las manos. Crear. Es lo que teníamos que haber hecho, pero no, tú te empeñaste en la mierda del periodismo. Y yo que estaba un poco dispersa pues accedí, por estar contigo, que conste.

—Ahora será mi culpa. Nuestra profesión es preciosa, quizás antes lo era más, pero no te quejes tanto. Eres una buena periodista.

—Pero nunca seremos ricas como Larry Selleck. A no ser que te pongas a escribir la jodida novela que nunca terminas y te conviertas en una escritora de éxito internacional. Aún confío en ti, Calabacita. Sácanos de la pobreza.

—No confíes. No estoy inspirada y no tengo nada que contar.

—Tú siempre tienes historias que contar y las cuentas bien.

—¿Estabas haciendo algo importante en la Redacción? —pregunté sin hacerle caso.

—Sí, estaba documentándome sobre un tema muy importante. Resulta que a primera hora de la mañana un técnico ha ido a arreglar unos calentadores al convento de Santa Clara y cuando salía por la puerta, en uno de los bancos, se ha encontrado un sobre con ¡doce mil euros! ¡Y lo ha

devuelto, el tío! Las Clarisas Capuchinas están consternadas por el hallazgo. He hablado con la madre superiora y también con el buen samaritano. Estaba redactando la información. Como ves, estoy sentada en la cima del periodismo.

Mi amiga creía que las noticias protagonizadas por seres bondadosos eran de cuarta división. Yo pensaba lo contrario.

—Pero hoy estoy muy contenta —siguió—. Tengo dos buenas noticias que darte.

Lucía me frenó, cogió mis manos y me miró fijamente. El labio le temblaba y sus ojos desprendían chispas.

—¡Oh, Dios mío! —dije—. ¿Estás embarazada?

—Lo que me faltaba, estar más redonda de lo que me estoy poniendo. No estoy embarazada… ¡estoy comprometida!

Ilusionada me mostró el anillo y la abracé mientras dábamos saltitos entorpeciendo el paso de la gente, que nos miraba estupefacta. Hacía tres meses que no tenía una actitud tan efusiva como la que brotó de mí en aquel instante. La psiquiatra me había hecho hablar y Lucía había conseguido que saltara de emoción. No sé por qué nos pusimos así. En nuestra lista de deseos lo de casarnos ni siquiera aparecía en último lugar. Era un deseo que no existía entre nuestros objetivos.

—Pero ¿cuándo te lo ha pedido?

—Ayer, antes de cenar.

—¿Y por qué no me llamaste?

—No sé, prefería decírtelo en persona. Además, no sabía cómo contártelo. Estás muy baja de moral y a lo mejor te entristecía.

—¡Lucía, por Dios! Porque mi vida sea un desastre no quiere decir que la tuya lo tenga que ser. Estoy muy feliz por ti. —Le di un beso y de nuevo comencé a llorar.

—No llores, que me lo contagias.

—Vale. Pero cuéntame, dime cómo fue.

—Surrealista. Llegué a casa y tenía tanto sueño que me fui a dormir un rato. Me levanté un poco antes de las nueve hecha un asco, con la máscara de pestañas emborronada, y para más INRI llevaba un pijama de Mickey Mouse. Salí a la terraza para buscar a Mario y menuda sorpresa, ¡la había

llenado de velas! Estaba sentado en una silla, esperándome. Se me cortó el bostezo de súbito y cuando me vio aparecer hincó la rodilla en el suelo, casi tartamudeaba. Pensé que estaba soñando. Y atenta, porque me dijo: «Amarte es tan sencillo como respirar». ¿De dónde habrá sacado esa cursilería?

—¡Qué escena más romántica!

—Vera… no te confundas, iba medio disfrazada de Mickey Mouse.

Entre sonrisas y lágrimas llegamos a Las Tres Moiras, las tres hilanderas del destino. Era una cafetería con más de treinta años en cartel y más de treinta mesas en una terraza cuadrada, en la que tenías que pedir la vez con tanta devoción como los fieles que iban a Santa Gema. A media mañana los rayos del sol caían de forma sesgada hasta desmayarse sobre la pequeña estatua de Zeus, de piedra blanca, que protegía el local desde el centro de la terraza. Al público le entusiasmaba contemplar el encuentro entre los dioses. A mí simplemente beber algo.

—¿Y para cuándo nos vamos de boda? ¿Y dónde?

—En junio. Y si no hay fecha para junio, será en septiembre. A él le hace ilusión en la iglesia de San Agustín. Tienes nueve meses para buscar chico e ir acompañada porque te pienso dar el ramo. Y tenemos que buscar el vestido y organizar lo del banquete, los regalos…

—Sí —contesté con una sonrisa—. ¿Qué han dicho tus padres?

—Todavía no lo saben. Eres la primera. He convocado reunión extraordinaria a la hora de comer para anunciarlo. ¿En esta cafetería no atienden a las guapas o qué? —Apuntó con la cabeza hacia la puerta del establecimiento—. Voy a ir a pedir dentro. *Brownies*, café y dos copitas de champán, para celebrarlo.

—¿*Brownies* y champán a las doce del mediodía?

—Sí, ¿está prohibido?

Negué. Sabía que iba a pedir lo que le diera la gana sin tener en cuenta mi opinión. Ya se levantaba cuando le pregunté.

—¿Y la otra buena noticia? Has dicho que tenías dos.

—Te he encontrado un trabajo, el martes de la semana que viene tienes la entrevista. Para aclararte las condiciones y explicarte un poco. Madre

mía, Vera, ¿recuerdas aquel día que teníamos un examen y llegamos tarde porque las vías del metro estaban inundadas?

Asentí, acobardada. Tenía claro que no quería trabajar. No estaba preparada.

—Pues te has puesto igual de blanca, Calabacita. La misma expresión de agobio. No te asustes. Ahora te cuento.

* * *

Recordaba el examen a la perfección. Me desperté sobresaltada pensando que me había dormido. Una pesadilla recurrente en mi expediente de sueños borrascosos. A oscuras palpé la mesita hasta que encontré el móvil. 04: 16. Exhalé, aliviada. Había puesto la alarma para las cuatro y media, pero como quince minutos no iban a solucionar nada, la desactivé y me levanté.

Las bajas temperaturas zarpeaban mi aliento. Hacía más frío que cualquier otro año. Aunque a decir verdad, todos los inviernos me despiertan la misma sensación. Anduve acurrucada al baño y luego me dirigí al comedor. Encendí la luz de la lámpara de pie y la calefacción. Libros, apuntes y recortes de noticias, actuales y de antaño, seguían desperdigados sobre la mesa del salón. Tal y como los había dejado unas horas antes.

Durante la madrugada había repasado mentalmente el temario, camuflada hasta la nariz, con los brazos pegados al tronco, escuchando la tempestad. «No, esto no era así, esto es del tema tres, ¿qué periódico fundó Fernando de Corradi? ¿Fue en el 1844 o en el 54? Joder, no lo recuerdo. Mierda, mierda, mierda». Después de un millón de mierdas, una amnesia notable y contar cinco mil ovejas balando, me dormí.

Empezaban los exámenes y sentía una angustia insoportable. Para mí un examen era más duro que ir a una guerra y esperar en una trinchera bajo el estruendo de los proyectiles. Y también era peor que asistir a un discurso de mi madre sobre anticonceptivos. Desde que descubrió que Lucía mantenía relaciones sexuales me bombardeaba con charlas intempestivas, que se acababan convirtiendo en un fatigoso zumbido.

Hasta las siete deambulé por el salón bajo la mirada hipnótica de mi abuelo. La secuencia no tenía nada de especial. Se repetía cada enero y cada

junio. Mi abuelo, que de madrugada contaba el doble de ovejas que yo, se levantó cuando mis pasos torpes y el paso de las hojas lo desvelaron aún más. Preparó café muy caliente y después, cuando me vio al borde del colapso, optó por prepararme una tila. Interpretamos el ritual sin hablar.

No pude soportar más la inquietud y me vestí; cargué con los apuntes, las dudas, el paraguas, un abrigo que me impedía moverme con facilidad, un gorro de punto verde, y me dirigí hacia la puerta. Giraba la llave y descorría la cadenilla cuando mi abuelo gritó desde el salón y un gesto delineó mi rostro.

—¿Te sabes la historia de Kathrine Switzer? En 1967 se inscribió en un maratón como *KV Switzer* y cruzó la línea de salida con el dorsal 261 como si fuera un corredor más. Pero a mitad de la carrera uno de los jueces se dio cuenta de que era una mujer y saltó tras ella para detenerla.

Dejé el paraguas y los apuntes en el suelo y fui hacia el salón.

—¿Y qué ocurrió?

—Que el resto de compañeros de carrera se lo impidieron y la acompañaron para que pudiera terminar. Fue una valiente, una luchadora, seguro que tenía miedo, pero…

—No miró atrás ni se detuvo —terminé la frase.

—Exacto, Corderilla —contestó él.

Siempre me relataba la misma historia antes de un examen. Me invadió la tranquilad. Él se quedó satisfecho, por decir lo que yo esperaba escuchar. Al cerrar la puerta pensé que nunca, nunca, podría querer a un hombre más que a él.

Cuando salí del patio una sábana blanca de gotas pesadas danzaba de un lado a otro frente a mis retinas. Una coreografía acompasada y virulenta. El vendaval me trasladó unos centímetros a la derecha. Un pasito adelante, uno atrás. Un pasito adelante, uno atrás. Maldije la jodida *Historia del Periodismo*. Retiré el paraguas, miré el edificio de enfrente y observé que las luces del cuarto piso del número 93 ya estaban encendidas. Recorrí la calle encorvada, empuñando el paraguas con fuerza. Crucé corriendo, saltando de charco en charco, como si el agua quemara como brasas bajo mis pies. En menos de un minuto estaba en el portal de Lucía.

—Te vas a morir, loca.

Apunté con el paraguas al cigarro y cerré con cuidado la puerta del ascensor.

—No presiones, Vera. Me acabo de levantar. Qué mierda de invierno, de lluvia y de sueño. ¡Madre mía, estás empapada! ¿Has venido cantando bajo la lluvia o qué? ¡Y estás blanca! Muy, muy blanca, Calabacita. —Me analizó de arriba abajo—. Hoy pasamos del metro, iremos en coche.

Las dos sonreímos y entramos. No teníamos coche. Por no tener, no teníamos ni carné ni intención de tenerlo. Ella solo sabía conducir ponis, yo ni eso. Cada día hacíamos como mínimo dos viajes en metro para ir y volver de la universidad, que estaba a doce kilómetros de Valencia.

Olía a café de Nicaragua, un café ecológico orgánico que le encantaba a Petra, la madre de Lucía. En su casa se hacían desayunos dignos de un monarca. Tostadas recién hechas, bollitos dulces, mermeladas de cítricos, lonchas de pavo fresco, cereales con miel… Aunque no tuvieras hambre se te abría el apetito. Excepto los días de examen.

—Buenos días, cariño —me saludó la madre de Lucía—. Estás como una sopa y muy pálida. Corre, dame el paraguas y quítate el abrigo.

Hice lo que me ordenó. Colgó el chaquetón en el respaldo de una silla. Y estrelló mi paraguas en el fondo del cubo de fregar.

—¿Has desayunado? —preguntó Millán.

—Sí. ¿Dónde está Roque? Le tenía que dejar este libro.

—Hoy se ha ido muy temprano. Ha dicho que debía preparar unos documentos para una reunión…

—¿*El Secreto*? —preguntó Lucía con el libro entre las manos—. Mi hermano está peor de lo que pensaba. Desde que discute con su novia está insoportable. Venga, vamos a la habitación.

—Antes de iros, coméis algo —gritó el padre de Lucía.

Lucía ocupaba la última habitación del piso. Decía que era una repudiada porque su cuarto daba al patio interior del edificio. Una situación que la privaba de las vistas luminosas y entretenidas de la avenida. «No tengo autoridad en mi hogar, soy un cero a la izquierda», afirmaba. La misma cantinela de saldo que ningún miembro de su familia atendía.

Por el pasillo, un larguirucho en calzoncillos me asaltó y me abrazó con un ímpetu que me levantó hasta el techo.

—¡Bájame, Toni! —le ordené entre risas.

—¿Cómo está la periodista más bonita del barrio?

—Nerviosa. ¡Bájame y deja de darme besos!

Me bajó de las alturas y me estiré el suéter de cuello alto.

—Seguro que apruebas —afirmó—. Me cambio y voy a desayunar. Hasta luego.

Descargué los bártulos en el escritorio de mi amiga, me quité a presión las botas de agua y las dejé frente al calefactor. Miré de reojo la foto del *pony*, se negaba a guardarla en un cajón. Lucía se metió en la cama y se ocultó bajo el nórdico.

—¿Cómo lo lleva tu padre?

—Mejor que al principio. En serio, no sé de qué se queja. Tiene un hijo mayor comprometido, una loca mediana y un pequeño gay. ¿Se puede tener una familia más completa?

Toni era el benjamín y unos meses atrás había convocado a los miembros de la familia para salir de un armario al que nunca entró. Ni escatimó en plumas ni la noticia fue una novedad para nadie. Éramos conscientes de su homosexualidad desde que tenía tres años, cuando se negaba a ir al colegio sin pintarse los labios como su hermana. Millán también lo era, pero prefería mirar hacia otra parte y no prestar atención a pequeños detalles sin sentido, hasta que su hijo de dieciséis años se colgó con orgullo y naturalidad la etiqueta de gay. Y así, todo recobró el sentido que siempre tuvo.

—Tenemos que repasar, ¡sal de ahí! —La destapé—. El examen lo tenemos en tres horas y estoy muy nerviosa, Lucía. Creo que voy a vomitar.

—Me da igual el examen —dijo, y se tapó de nuevo—, pero como vomites en mi habitación será lo último que hagas. Por favor, dormimos un poquito y repasamos.

No se podía luchar contra ella. Al segundo estaba debajo del nórdico.

—Voy a suspender y mi madre me matará.

—Vera, tú no has suspendido en la puta vida. ¿El señor Román le ha puesto velas a Santa Gema?

—Sí.

—Pues ya está, seguro que aprobamos.

Mi abuelo era devoto de Santa Gema Galgani. A menudo iba paseando a la parroquia de La Pasión del Señor, donde pasaba horas. En especial los días catorce de cada mes, cuando decenas de fieles hacían cola para venerar la reliquia y para ofrecerle ramos de flores, promesas, oraciones y donativos. Acompañé a mi abuelo en alguna ocasión y contemplar semejante cuadro de fe me enseñó que, como bien dice mi nombre, necesitamos creer: en lo visible o en lo invisible. No descubrí si la fe mueve montañas, pero sí que mueve a muchas personas, a tantas que entre todas podrían levantar una montaña.

—¿Por qué a ti no te preocupa suspender? Te odio.

—Porque es transitorio. Si no lo apruebo ahora, lo aprobaré en septiembre. Tarde o temprano seremos periodistas, seguramente yo más tarde que tú, pero ¿y qué?

—No puedo permitirme el lujo de suspender. A mi madre le daría un amago de infarto.

—Deja de pensar en tu madre y piensa en ti.

Nos quedamos en silencio.

—Vera, ¿crees en la reencarnación?

—¿Y esa pregunta a qué viene?

—Ayer por la noche vi un reportaje. ¿Te imaginas que es verdad? ¿Que después de esto hay más?

—Sí, me lo imagino. Pero ahora solo puedo pensar en los periódicos más importantes del Carlismo y en que me están entrando taquicardias.

—Qué dramática eres.

—Lucía, te he dicho mil veces que dejes de ver programas de fenómenos paranormales y sucesos extraños.

—Es que me gustan —dijo, apesadumbrada.

—¿Qué serías? ¿En qué te gustaría reencarnarte?

—Me reencarnaré en un cisne negro. —Desplegó sus brazos como si fueran alas gigantes—. Total, ya soy la oveja negra, así que un cisne es perfecto. Además, los cisnes son criaturas fantásticas. No emiten muchos sonidos, son como mudos ¿sabes? Excepto cuando van a morir. Ellos lo perciben y cuando se acerca el momento empiezan a cantar de una forma

mágica. Como los niños del coro de la iglesia de San Rafael a la que íbamos de pequeñas, ¿te acuerdas?

—Me acuerdo. Pero no te imagino muda y dando paseos por el agua en un mismo lago. No va contigo.

—Es verdad. Vale, lo retiro. No quiero ser un cisne negro. Déjame pensar… —Se mordió el labio inferior—. ¡Lo sé, lo sé! ¡Tengo claro en qué quiero reencarnarme!

—Sorpréndeme.

—Seré una mariposa blanca.

—El caso es tener alas.

—Sí, volar de aquí para allá. ¿Conoces lo del efecto mariposa?

—«El aleteo de las alas de una mariposa puede provocar un *tsunami* al otro lado del mundo».

—Un pequeño cambio puede provocar algo tan grande que ni imaginas. Sí señor, seré la reina de las mariposas blancas. Adjudicado.

—Amén, mariposa.

Encogida bajo el nórdico miraba a Lucía y reía su agudeza. Dos jóvenes estudiantes escondidas en una cama, rodeadas de hojas desordenadas y de reencarnaciones futuras. Envueltas por un fuerte olor a tabaco. Escondidas de la virulencia exterior y de lo que nos esperaba a la vuelta de la esquina.

—¿Le echas de menos? —preguntó de repente.

—¿A quién?

—A tu padre.

—No. No necesito un padre, ya tengo a mi abuelo. Su presencia hace que las ausencias no se noten. Pero hay una parte de mi historia que está en blanco y me gustaría saber de dónde vengo. No sé, saber qué cara tiene y si tengo hermanos. Desapareció cuando mi madre le dijo que estaba embarazada, así que un padre que no quiere ser padre… no merece ser buscado por una hija.

—Vale, pero si te decides y quieres buscarlo me lo dirás, ¿verdad? Yo te ayudaré.

—Por supuesto. ¿A quién se lo iba a decir si no?

Se levantó de un salto y me tendió su mano para firmar la promesa. Yo se la estreché haciendo ligeros movimientos de acuerdo entre las dos partes.

De nuevo permanecimos en silencio. Hoy puedo adivinar lo que pensó mi amiga en aquel instante.

—*La Esperanza* —dijo Lucía en un arrebato, señalándome con el dedo índice.

—¿Qué?

—De Pedro de la Hoz, la cabecera más importante del Carlismo, ocho mil ejemplares.

—¡Has estudiado, cabrona! —grité y la empujé sobre la cama.

Dos horas después salimos de su habitación y nos dirigimos a la estación de metro. Nos encontramos las vías anegadas de ríos de agua y la parada clausurada hasta nuevo aviso. El diluvio puso la ciudad patas arriba e hizo diana en mi cara descompuesta. Nadie pudo acercarnos a la universidad y tuvimos que coger un taxi hasta Moncada. El taxista mascullaba palabras desagradables por la inclemencia temporal. Los apuntes temblaban sobre mis rodillas y Lucía, con la cabeza apoyada en el respaldo del copiloto, se reía del taxista y de mi palidez angustiada. Llegamos quince minutos tarde al examen, me faltó poco para derramar unas lágrimas de alivio al pisar el Aula Magna. No sé si fue Santa Gema, el recuerdo de Kathrine Switzer o las noches en vela, pero aprobamos *Historia del Periodismo*.

* * *

—¿Dónde estabas? ¿Pidiendo los almuerzos de los próximos quince años?

—Lo siento, lo siento —dijo Lucía y se sentó—. Es que me he encontrado con un colega de *Las Provincias*, me ha visto pedir dos copas de champán y no quería que pensara que soy una excéntrica o una alcohólica, le he tenido que contar que me caso. Como tú ya lo sabes me da igual ir diciéndolo por ahí.

—Que sepas que te lo agradezco, pero no voy a ir a la entrevista ni al trabajo. Ni a nada.

—Vale, ahora lo hablamos. Pero antes quiero proponerte algo. Este miércoles cuando Mario salga de trabajar nos vamos a Teruel; bueno a Sarrión, para visitar a sus abuelos y decirles que nos casamos. El sábado

estamos de vuelta, quiero que vengas, así te das un paseo, respiras otro aire y sales del zulo.

—¿Tienes vacaciones?

—Llevo dos semanas trabajando sin librar y me deben días. Me he puesto seria. Entonces ¿qué?

—¿Qué pinto yo en el pueblo? Debéis ir los dos.

—Pintas lo que yo quiero y quiero que me acompañes. La abuela de Mario es una señora estupenda y tiene *gallinicas* —explicó con una sonrisa.

La imagen de la doctora Pozo y su frase: «Vas a aceptar los planes que te propongan, aunque no te apetezca», se clavaron en mi frente como una daga. Verme rodeada de gallinas, pollos y una pareja enamorada en el pueblo donde se conocieron, me hacía tanta ilusión como ir a picar piedra a una cantera, pero debía dar un paso adelante o la meta de la superación quedaría en un lugar intransitable.

—Está bien, iré con vosotros —le dije con una desidia inmortal—, pero no quiero que me presentes a sus amigos, que te conozco. Y el fin de semana, aquí.

—No, solo daremos una vuelta por las cuadras y por el corral. ¿Caballos y aves sí, no? Muchas gracias por aceptar. ¡Estoy tan feliz, Calabacita! ¿Cómo lo hace la psiquiatra? En una sesión ha conseguido que salgas de casa, que hables y que aceptes mi plan. Me gusta esa tía.

A mí no tanto, pensé.

—Explícame lo del trabajo, pero no voy a ir.

—¿Te acuerdas que quedé con Mila para cenar? Pues resulta que necesitan una periodista para la página web. Y creo que para la revista en papel también porque en unos meses saldrá a la venta —comentó de forma distraída.

—No me digas que estás hablando del ser déspota y creído que imagino. ¿Quieres que un capullo integral sea mi jefe? —le pregunté, consciente de que no aparecería por la oficina ningún martes, de ningún mes, de ningún año.

Borja María Rocamora Ponce de León, director y alma pensante de la página y revista cultural *Merjet*, era hijo de Eugenio Rocamora, periodista y empresario corrupto que creó una estructura mercantil para blanquear

capitales. No lo detestaba por el nombre pomposo del que hacía gala o porque su padre le había abierto puertas que ni siquiera existían. Odiaba su sonrisa de postín, mujeriego disfrazado de señorito. Un insípido insolente que me hacía fumar en pipa con solo mirarlo. Cuando nosotras empezamos la carrera, él ya estaba en quinto e hizo amistad con Lucía, pero no conmigo.

—No es tan malo, Vera, pero le cogiste manía. Eres muy radical, no le has dado ni una oportunidad —dijo, hablando del impresentable con un cariño que me desbordada.

—No fastidies, me he cruzado con él un millón veces y evita mirarme. Mejor, porque no me apetece saludarle. Te cae bien porque te acostaste con él y te bailó el agua. Pero yo no le bailé ni una jota y le toqué su orgullo de macho irresistible. Menudo gilipollas. Podría colocar una figurita del Belén en el mentón prominente que tiene. Antes de trabajar con ese me tiro a un acantilado, Lucía.

Me miró nerviosa y se encendió un cigarrillo.

—Me cae bien porque es buen tío. Detrás de la imagen que muestra hay una persona generosa. Y es atractivo, tiene buena planta. No te estoy diciendo que comáis juntos o que te vayas de copas con él. Es un trabajo y estarías con Mila, que es una niña genial. ¿Piensas que a mí me gusta mi jefe? ¿Un cabrón que a veces ni me habla? No, Vera, no todo es fantástico ni idílico pero hay que hacer sacrificios.

—Pues no voy a hacer ningún sacrificio porque no me gusta Borja y porque no estoy preparada. ¡No voy a ir a la entrevista y punto!

—Escúchame bien —anunció Lucía con un genio irreconocible, apuntándome con el dedo índice—. Vas a ir a la entrevista y vas a aceptar el trabajo porque lo digo yo y porque lo necesitas. Porque tienes que volver a levantarte de la puta cama y mantener la mente ocupada. Pero ¿tú qué te crees? ¿Qué él está metido en una habitación veinticuatro horas al día pensando en ti? ¿Interrumpiendo su rutina y sus ratos de fiesta por un recuerdo? Paolo se fue, ¡se fue! Y lo siento mucho pero tú estás aquí. ¿No entiendes que sufrimos viéndote así? Los demás también tenemos problemas y no nos escondemos en una habitación. Hace tres meses que mi mejor amiga desapareció, y ¡aún estoy esperando que vuelva!

Las dos callamos. Un enjambre de abejas había salido de su boca para picarme. Se vació del lastre que yo, su amiga, le había colocado a las espaldas. Explotó ante mi desconcierto y escupió verdades sin anestesia.

—¿Por qué me haces esto? —le pregunté en un suspiro hipado.

—Porque te quiero —afirmó y se limpió el carrillo—. Un día no muy lejano me lo agradecerás.

El mutismo y las lágrimas empantanaron la cálida atmósfera.

—Por cierto —apostilló, rompiendo el silencio doloroso—, esta mañana bien temprano he visto a Monti. Estaba haciendo un barco enorme. Le he invitado a un café.

—¿Y qué te ha contado?

—Que hace dos semanas fue a verte. Ya lo sabía, pero le he dejado que se explayara. Me ha dicho que te vio borrosa. Cito: «Sumida en un galimatías propio de las horas bajas y el desencanto». Alucina. Ha sonado hasta bonito. Y me ha contado una historia de unos peces, jureles creo que se llaman. ¿Tú sabes de qué habla?

—Sí —contesté con media sonrisa—. ¿Dónde estaba?

—Cerca de la Lonja.

—¿Y qué hacías tú por la Lonja? —Fruncí el ceño, confusa.

—Tenía que hacer una entrevista.

OceanofPDF.com

8

Valencia, 23 de agosto de 2011

Al ritmo de *Twist and shout* de The Beatles, Cyntia gritó: «¡Vamos allá!» y se secó las manos con un trapo que lanzó sobre el carrito de la fruta. La euforia de la primera vez no le duró mucho. Cuando el proceso de elaboración empezó a complicarse quiso abortar la operación y escudriñar en los cajones en busca de la salvación inminente. Publicidad de comida a domicilio, asiática, italiana o turca, cualquiera hubiera servido. Pero ya estaba demasiado implicada, el aceite hervía y contra viento y marea su plan de una cena *Made in Spain* seguiría adelante.

Echó un vistazo al calendario suspendido en la pared. Una gran ola de enorme belleza rompía formando un túnel de agua. Era la imagen que presidía los meses de julio y agosto. Un círculo rojo enmarcaba el número 23. Y eso significaba dos cosas: primero, día muy importante; segundo, día muy importante en el que no debes desafiar al destino ni intentar ser lo que no eres. Por ejemplo, una experta cocinera. Pero Cyntia vivía en el mundo al revés, experimentar le resultaba terapéutico y desafiar al destino, gratamente estimulante.

Miró a su alrededor. La cocina era un campo de batalla que aterraba. Se deprimió. Ni siquiera sus padres utilizaban tanto instrumental para operar a un paciente en estado crítico. La encimera lucía copada y a duras penas se distinguía su color granate. A Cyntia se le había antojado utilizar todo lo que iba encontrando para intensificar el caos que estaba creando. Y nada de ensuciar y limpiar, una premisa que le había indicado Antonia, ordenada y pulcra, el día que la enseñó. Ella ensuciaba y seguía, seguía y ensuciaba.

«¡Esto es muy duro!», bramó en un arranque de sinceridad y contempló exhausta cómo el huevo se acomodaba entre las patatas. Cyntia había batido al enemigo y observaba el desenlace del arduo combate. «¿Por qué estoy complicando algo tan sencillo?», se preguntó al separar los bordes de la tortilla de principiante con un tenedor. Agarró con fuerza el mango pegajoso de la sartén y ocultó la tortilla bajo un plato llano. «Puedo hacerlo, ahora o nunca», se convenció flexionando las piernas. Con la concentración del que enhebra una aguja y con la lengua asomando por los labios volteó la tortilla. Al separar la sartén y ver que su obra de arte no se había convertido en un consistente puré, saltó de emoción.

Minutos después apagó el fuego, se lavó las manos con prisas, las restregó por su camiseta talla XXL y corrió hacia el salón a por su iPhone.

Regresó a la cocina con una sonrisa de orgullo tatuada en la cara. Iba a inmortalizar el resultado de la hazaña. Cyntia Robles se movía entre los fogones con la destreza de una fotógrafa del *National Geographic* en el bosque de Bambú. Sacó instantáneas desde tres ángulos distintos y descansó. Necesitaba paralizar su adrenalina en el taburete. Empezó a dar toques rápidos en la pantalla táctil. «El éxito sabe mejor si se comparte», pensó al enviar una de las fotografías a Antonia.

¡Cómo la hubiera necesitado en su paréntesis culinario, en una jornada tan importante de desvaríos varios y palabras pendientes! Pero la tata no se encontraba en la ciudad, disfrutaba de sus vacaciones estivales en Moral de Calatrava, un pequeño municipio de la provincia de Ciudad Real. Aquel era el pueblo de sus antepasados y de su niñez perdida. Le encantaba subirse a un tren y escaparse al pueblo. Ver como la urbe se iba alejando le proporcionaba un estado *Zen* permanente. El silbato del tren y su lenta puesta en marcha la despojaban de las prisas, de su afán cotidiano y de una lista garabateada con responsabilidades. Se acomodaba en el asiento, vislumbraba cómo los paisajes desaparecían antes de que sus ojos pudieran alcanzarlos y estudiaba los gestos del resto de viajeros. Sonreían de la misma manera que ella. «También vuelven al pueblo», confirmaba en silencio. Era la sonrisa calmada del regreso.

La vuelta a los orígenes le provocaba sentimientos encontrados. El abrazo cariñoso del pasado y el punzante dolor del recuerdo. Un regusto

agridulce que saboreaba rememorando el dulzor de sus primeros veinte años.

Antonia había perdido a su padre cuando era una niña, pero tuvo una infancia feliz. Montaba en las mulas y paseaba por el camino de almendros que comunicaba su casa con el río Jabalón. Recordaba cómo bajaba a trotes con sus hermanos, estampaba sus rodillas huesudas sobre la vega y se entretenía pescando renacuajos. Recordaba cómo en primavera el agua se llenaba de berros y el estanque de piedra parecía una sábana insumergible. Le relataba a Cyntia esas historias para no olvidarlas.

Pero no era lo único que Antonia rememoraba con fuerza, también recordaba el momento en el que las ranas dieron paso a los amores. El hijo de un jornalero se enamoró perdidamente de ella. Era un joven lánguido y apuesto. Se llamaba Emiliano y la espiaba cuando iba al lavadero. «Tú y yo nos casaremos, lozana», proclamaba convencido cuando la veía pasar airosa. Sus afirmaciones ruborizaban la inocencia de Antonia, que corría para desaparecer en el interior del caserón.

La pretendió durante años hasta que tuvo que marchar a Melilla para cumplir el servicio militar. Antonia supuso que la distancia emborronaría su imagen, pero no fue así. El tiempo acentuó sus ganas de poseerla y cada lunes le escribía palabras de amor y propuestas de matrimonio. Tumbada en la cama de la alcoba principal contestaba a sus misivas, pero nunca le dijo que sí y nunca le dijo que no. Le escribía evasivas para mantener el contacto. Una ristra de respuestas opacas para esquivar más preguntas comprometidas. No sabía si estaba enamorada porque nadie le había explicado qué era el amor. Pero no tardaría demasiado en descubrir cómo era el sentimiento del que nadie hablaba. La revelación llegó de la mano de un locuelo de un pueblo cercano.

El nuevo pretendiente ganaba a Emiliano en obstinación. Cuando Antonia abría el portón de madera, aún con el rocío acariciando los despertares, ahí estaba él con la soberbia de un conquistador nato.

—¡Que tengo novio, pesado! —exclamaba Antonia sin mirarlo, con el cántaro en la cintura.

—¿El de Bilbao? Si no va a volver, tonta, se va a quedar con los africanos tostándose al sol —aseguraba, caminando junto a ella calle abajo.

—En ocho meses estará aquí y como se entere de que me acechas te va a matar. Si no te matan antes mis hermanos.

—Temblando espero. A todos —añadía—. Dime que nos vemos esta tarde y no aparezco más por aquí.

—Te digo que me hagas un favor y no vuelvas.

El joven hizo oídos sordos a las garbosas palabras que Antonia le profería a diario y volvió al alba durante un mes. Ella resoplaba al verlo y, aunque no era ninguna belleza, le empezó a hacer gracia su entrega desmedida. Fue así como comenzó a enamorarse.

Antonia olvidó a su pretendiente de Melilla y se comprometió con él. Cuando Emiliano volvió a La Mancha y las lenguas de doble filo le comunicaron la noticia, corrió furioso a buscarla. La encontró en la calle Real hablando con una vecina anciana. Poseído por una cólera incontrolable se interpuso entre ambas y mirándola fijamente, proclamó: «Tanto como te he querido, así de desgraciada tienes que ser».

Debió de quererla mucho porque la profecía se cumplió. El mes antes de celebrar su primer año de casados ya había recibido la segunda paliza. Su crueldad con Emiliano había desatado la ira de Dios. Eso pensaba ella.

Antonia vivía entre tinieblas. Cuando oía que la puerta se abría, inhalaba un miedo que se colaba por todas las rendijas. Sabía que los pasos tambaleantes no eran de su marido, sino de un extraño alcoholizado, un enloquecido capaz de cometer cualquier brutalidad. Sus ausencias eran continuas, marchaba y tardaba semanas en volver, «pero el monstruo siempre volvía». Así lo llamaba cuando le contaba a Cyntia la hiriente pesadilla que vivió durante dieciocho meses.

Antonia no se conformó con la vida que parecía haberle tocado en una tómbola de pueblo. Se desprendió de los grilletes y subió a un tren que la llevó lejos del miedo, lejos de la indecisión, incluso lejos de ella misma. Y así es como la pueblerina de mirada de escarcha apareció una tarde de otoño en Valencia. La última parada de un peregrinaje buscado. Con un papel resquebrajado en las manos y un sentimiento de desahuciada a las espaldas llamó al timbre de Amparo. Haciendo honor a su nombre, la abuela de Cyntia se volcó con la joven desdichada que huyó por valentía a una ciudad desconocida. «Bienvenida, tu hermano me ha dicho que venías de camino»,

anunció al encontrarla en el portal. Amparo la aupó a un nuevo destino y Antonia se instaló. No le pesaba haber cambiado las calles de piedra y los arroyos helados por interminables avenidas y centros comerciales. Pero la pérdida de lo esencial la inquietaba y necesitaba volver al pueblo. A las gachas de pitos, al mostillo, a los encajes de bolillos y a las reuniones vespertinas a la fresca.

* * *

Cyntia fumaba un cigarro y contemplaba hipnotizada su creación cuando el móvil vibró. Era la respuesta de Antonia al recibir la fotografía: «Enhorabuena, dormiré más tranquila pensando que no morirás de hambre. Tiene buena pinta, ya me contarás. Cyntia, por Dios, ¡recoge la cocina!». La exclamación accionó el interruptor de cámara rápida. Apagó el cigarro sin consumir, dio un salto del taburete y empezó a limpiar sin demasiada delicadeza. Después del baile de bayetas y un resbalón que hizo temblar sus cimientos, subió veloz hasta el segundo piso del dúplex.

Salió de la ducha, se secó a golpes y se untó con una crema hidratante de vainilla. Embadurnada, golpeó con el puño cerrado el tocador. «¡Maldita sea!», gritó. No estaba previsto que oliera a helado de vainilla, como siempre. Días atrás había comprado un exfoliante y una crema corporal de arándanos. El tiempo apremiaba, cogió la toalla y se limpió con la fuerza del que lija un objeto redondeado. Su piel se enrojeció. Alcanzó con la punta de los dedos la crema de arándanos situada en la última balda de la estantería, que se estampó contra el suelo y se desparramó por las baldosas. Cyntia bufó. De nuevo impregnó su cuerpo de arriba abajo. Llevó el brazo hacia su nariz, olía a mezcla de pastel de arándanos y galletas de vainilla. Corrió desnuda hacia su habitación. Cyntia era víctima del estrés propio que provoca un reencuentro planeado mil veces entre caladas de añoranza y mucho alquitrán.

Enmarañar la misma idea la había trastornado. Sacaba fuego de cualquier chispazo y la culpa de su irascibilidad la tenía un mensaje que había recibido en el mes de junio, en el que Larry le anunciaba que el 23 de agosto volaría hasta Valencia para pasar una semana con ella.

Ansiaba su llegada, pero el acontecimiento la sobrepasaba. De manera clandestina subía y bajaba los escalones del dúplex a altas horas de la madrugada, y frente al calendario contaba sus temores al compás del segundero del reloj.

Durante dos meses su mente paseó sin correa por parques verdes y parajes intransitables. Después de cada caminata mental, un pensamiento volvía con algo entre los dientes. Un posible recibimiento para Larry. Había coleccionado recibimientos hasta aburrirse. Pero todos se resumían en dos claras opciones. Podría ser parca en sus gestos; ser prudente; restarle importancia a la situación y aparcar las emociones en segunda fila a la espera de la reacción de Larry. O sencillamente podría estallar como un cielo encapotado. Podría, sin duda, aparcar sus emociones en los labios del americano, justo en la primera fila del espectáculo.

Con la plancha a pleno rendimiento repasó su lacia melena. Se pintó los labios con un brillo rosáceo. Se moldeó las cejas con los dedos y salió corriendo escalones abajo. Cerró la puerta de casa y espiró lentamente, concentrada en que la próxima vez que introdujera la llave estaría acompañada de Larry. Se estremeció.

Salió del ascensor obnubilada, montada en un carrusel de sentimientos. Un carrusel que dejó de dar vueltas cuando se topó con la inesperada presencia de Julio en la portería, su hábitat natural.

—¿Julio, qué haces aquí?

—Ganarme el pan, tesoro —afirmó con el tono propio del que vuelve al trabajo después de veinte días.

—¿Ya? Pensaba que volvías en septiembre.

Cyntia lo abrazó y le estampó dos besos en su cara rechoncha.

—No, empecé ayer.

—¿Ayer?

—Sí, ayer lunes.

—¿Llevo dos días sin salir de casa?

—Pues si no lo sabes tú… Te aseguro que estuve aquí y no te vi. Y mira que pensé subir y saludar, pero luego imaginé que estabais en Altea.

—Las *marquesas* están allí, pero yo he pasado casi todo el verano en la *city*, cuidando del edificio en tu ausencia. Por cierto, la semana pasada

cuando bajé a comprar, vi al niño de la repipi del segundo subido en tu mostrador y después empezó a dar bandazos en la silla como un descerebrado. Ya que la madre estaba muy ocupada contándole su veraneo a la del cuarto, la de las minifaldas, me acerqué al enano y le susurré: «Como no salgas de la garita, Julio aparecerá por la puerta, te meterá en un saco y te dejará en la sala de contadores. Y allí hay ratas tan grandes como gatos».

El portero la miraba atento.

—Julio, puedes estar tranquilo. Velo por la seguridad de tu garita.

Cyntia se golpeó dos veces el pecho con el puño cerrado.

—Estás como un cencerro.

—Le faltó tiempo para salir corriendo.

—Cyntia, hija, ¿no te aburres aquí sola?

—A veces —admitió—. Acabo de cocinar mi primera tortilla de patatas. Valora tú mi nivel de aburrimiento.

—¿Y cómo ha salido?

—De concurso. He tenido una buena maestra.

Los ojos del portero hicieron chiribitas.

—Pero estoy muy bien, Julio —continuó—, tú no te preocupes que a mí no me importa estar sola. Vivo como una reina. Sin horarios. Sin alarmas. Cojo el coche y a la playa. Cuando estoy al borde de la asfixia vuelvo, como y a dormir. Así todo el mes de agosto. ¿Y tú? ¿Qué tal por el Norte?

Julio sonrió con poco entusiasmo al escuchar la rutina de la joven del ático.

—Una gozada. ¿Cuándo vas a venir? Mira que te lo repito veces y tú como quien oye llover. Elorrio es una maravilla y te lo estás perdiendo.

El portero, vasco de nacimiento y valenciano de adopción, hacía el idéntico recorrido de ida y vuelta cada verano. Y siempre le cantaba a Cyntia la misma canción, elogiando en el estribillo los encantos de su tierra.

—Iré, iré. Te lo prometo. ¿Tus sobrinos bien?

—Dejándome atrás. Gigantes como jugadores de baloncesto, me sacan tres palmos.

—¿Y la nena?

—¡Ay Cyntia! Una princesa. Qué sobrina más hermosa tengo, graciosa y lista como ella sola. Vale un Potosí, la criatura. Ya te enseñaré unas

fotografías que me ha dado mi hermana.

—Sí, mañana las traes. Julio, son casi las nueve, ¿piensas hacer noche aquí?

—No, me marcho ya. Estaba leyendo y se me ha ido el santo al cielo.

Julio le mostró la portada del libro.

—*El asombroso viaje de Pomponio Flato* —leyó Cyntia—. ¿Un viaje entretenido?

—Muy divertido. Oye, ¿qué tal la Antonia? —preguntó con fingido desinterés.

—De maravilla. Hoy he hablado con ella, ahora está en Almagro con su hermano.

—¿Y cuándo vuelve?

—El *vieeeernes* —contestó hastiada—. ¿Por qué no le escribes un mensaje? Parecéis tontos con las preguntitas. Me siento como una paloma mensajera. No, mejor, ¿por qué no la invitas a salir? Llévala al baile o no sé, donde quieras.

—¿Al baile?

—Sí, los *machuchillos* como vosotros vais a bailes y cosas así, ¿no? Que se lo digan a los de Benidorm.

Cyntia no pudo contener la carcajada al observar la mueca vacilante de Julio.

—¡Pero si tengo sesenta años!

—Perdone usted, jovenzuelo. Entonces te reservaré unas entradas VIP para una discoteca donde pinchen música electrónica. Unos chupitos de absenta y a volar.

—No me tomes el pelo, Cyntia, esto es serio —afirmó con la preocupación con la que se trata un tema de estado.

—Es que me aburrís —resopló—. Llévala el cine, le gustan las comedias románticas y los *thrillers*. Y luego la llevas a Trois Fleurs, es su cafetería preferida. Pero bueno, ya lo sabes, la conoces tan bien como yo. Julio, me da la sensación de que tenemos esta charla con demasiada frecuencia y nunca me haces caso.

—Bueno, bueno, ya veremos qué pasa —titubeó—. ¿Y tú adónde vas?

—A jugármela.

—¿Al casino?

—Sí, algo parecido. Mañana hablamos un ratito y me enseñas las fotos, que ahora tengo prisa.

—Está bien, tesoro, anda con cuidado que las prisas no son buenas. Y a ver si está de Dios que ganes.

—¡Vale! —gritó Cyntia desde la puerta.

Antonia y Julio habían nacido para encontrarse. Eran faros que no se apagaban, serviciales hasta decir basta y en el 80% de las conversaciones nombraban a Dios, un aval inexcusable del que se nutrían a diario. Se conocieron veintiún años atrás, cuando los padres de Cyntia compraron el ático dúplex del edificio. Antonia, fiel como un lazarillo, los acompañaba a unos metros de distancia con una criatura de meses entre los brazos. «¿Es suya?», le preguntó Julio, asomando la cabeza en la mantilla blanca. «No, no, la niña es de los señores», Antonia señaló a los progenitores y besó la rugosa frente de Cyntia.

La cuidó y la quiso como si fuera su propia hija. Y al ritmo que cuidaba de la niña del ático fue forjando una amistad con el portero de naturaleza simpática. Una llana y profunda amistad donde no había cabida para insinuaciones desmedidas. Hasta que a Julio se le encendió una llamita en su interior y años atrás empezó a sentir una agitación que se le antojaba olvidada. Como si la posibilidad de enamorarse la hubiera dejado abandonada en un banco de estación y muchos, muchísimos años después, aquel que la encontró la hubiera dejado en la portería. Antonia, sin saber cómo, había prendido una tea en la mirada del portero. «No me puede estar pasando esto», se decía Julio al finalizar su jornada de trabajo. Y cavilando como un poseso emprendía el camino hacia su casa.

Tendría que ingeniárselas bien para conquistarla. Quería hacerlo de una manera tan elegante y discreta, que el ingenio se había dilatado en el tiempo. No era presa fácil la manchega. Cuando por fin Julio se levantaba con el ánimo que necesitaba para intentar el triple salto mortal sin red, ella se escabullía entre las bolsas de la compra, empujaba a Cyntia y entraban veloces en el ascensor. Se movía rápida como las aspas de un ventilador. Tanto que Julio acababa mareado.

Al llegar por la noche a su apartamento, se sentaba frente a Cristóbal, un yaco de cuerpo gris y cola roja. «¿Se conquista igual a los veinte que a los sesenta? ¿Puedo sentir el amor a esta edad? ¿Qué hago Cristóbal? ¿Me estoy volviendo loco?». Después de unos segundos de concentración animal, el loro recitaba con la voz de su dueño: «Loco. Loco. Loco». Julio suspiraba y se hundía en la mecedora, esperando que el crujir de las astillas le trajera una respuesta.

El portero no había perdido la cabeza ni era como los demás hombres. Era único. Julio era un sensiblero que se emocionaba al escuchar los primeros acordes de *Memorias de África* y un erudito en historia. Le atraía más el pasado de la Humanidad que el futuro. Cyntia estaba convencida de que en otra vida fue Julio César y que una vez amó a una mujer, solo a una. Pero se fue, con Dios. Ingresó en el noviciado después de confesarle su voluntad. Julio aceptó la decisión sin rencor, desalentado, pero con el firme propósito de continuar su travesía. «Mejor en los brazos del Señor, que en los brazos de un señor cualquiera», se repitió hasta que acabó creyéndolo.

* * *

Cyntia andaba calmada. Había corrido demasiado y ahora le sobraban minutos. Procuró relajarse y puso su atención en el cielo, que se teñía con brochazos de tonos rojizos y destellos ámbar. Los últimos rayos de sol huían sin prisa entre los edificios, y la calina ofuscaba los sentidos.

Tras unos metros de vacilación y malestar, Cyntia divisó la estación del AVE Joaquín Sorolla. Un gran edificio rectangular dividido en módulos grisáceos como una vieja fábrica reconstruida por operarios desganados. Era evidente que la estación era provisional. Pasó de largo una extensa hilera de luces verdes y pisó el gran vestíbulo de estilo futurista. Levantó la vista hacia los paneles luminosos y se concentró en el de llegadas. Las letras amarillas y cambiantes le anunciaban que lo real estaba a punto de suceder, que durante una semana se acababan las suposiciones, los desvelos a media noche y la agotadora diferencia horaria.

HORA. 21: 30. PROCEDENCIA. MADRID PTA ATOCHA.
TREN. AVE 05090. VÍA 3

En la vía número tres finalizaba un viaje que se había eternizado. Un vuelo Detroit-Madrid, cuatro horas de espera en Atocha y un tren dirección Valencia remataban un largo camino de gravilla y socavones del que habían salido victoriosos. Cyntia respiró hondo y se situó frente a las puertas acristaladas de la salida. Así visualizaba la vía a la perfección. Cuando el AVE hizo entrada en la estación, sus piernas iniciaron un baile nervioso y su rostro se cubrió de sudores fríos, impasible por la tensión.

En menos de dos minutos el andén se inundó de personas que lo abandonaban en tropel. Mientras la gente escapaba armando jaleo, ella luchaba por encontrar una cara que no le resultara desconocida. Se puso de puntillas pero no veía a Larry. Otra bandada de pasajeros salió por la puerta, una veintena de adolescentes con gorros de paja, mochilas a cuestas y ganas de fiesta. Pero él no estaba. La masa se iba disgregando. Aparecían grupos reducidos, viajeros en cuentagotas y, en el preciso instante en el que Cyntia empezó a mascar la tragedia, lo vio. Selleck arrastraba una maleta negra y toqueteaba el móvil, que guardó en el bolsillo de sus vaqueros desgastados. Se buscaron y cuando sus miradas se encontraron, el corazón de Larry palpitó eufórico como en la madrugada que arrulló a Cyntia y la condujo por su torso desnudo.

Cyntia alzó la mano tímidamente. Al tiempo que saludó a Larry se despidió de Santa Prudencia y corrió hacia el joven americano que esperaba el choque con las piernas firmes y los brazos abiertos. De un salto se subió a su cintura y se abrazaron hasta que se entremezclaron como hiedras sedientas de luz, como dos piezas creadas para encajar. Con la cabeza sobre su hombro, apretó la piel de Larry bajo sus dedos. Desprendían tanta fuerza que el mundo empezó a orbitar a su alrededor.

Segundos después, despegó la cara de la camiseta de Larry. Se miraron sin parpadear. «¿Estás bien?», le preguntó en un susurro. Ella asintió con los ojos emborronados de negro. Y sin más preámbulo que una respiración irregular, se besaron con el deseo que arrastra el tiempo perdido y la complicidad que regala el tiempo pasado. Los dos conectaban en la misma frecuencia. Hubieran esperado una eternidad si la recompensa final era la plenitud que estaban sintiendo.

Larry limpió con sus pulgares los manchurrones de rímel en los ojos de Cyntia. Y acarició las puntas de su larga melena. Sonrió.

—¿Y esto? —preguntó con un mechón del cabello en la mano.

—Un flequillo nuevo. Lo he cortado yo misma esta mañana, ¿me queda mal?

—Estás guapísima.

Lo miró sin acabar de creer que lo estaba viendo. Había estado más perdida de lo que intuía y lo estaba descubriendo al vislumbrar la senda correcta. Ahí estaba el reencuentro del que hablaba Mijail en el avión. No había sido fortuito, no se habían cruzado por casualidad en una sala del Museo del Louvre de París. No había sido tan novelesco ni enigmático, pero sí igual de mágico. «Es el destino el que mueve los hilos», le había dicho el magnate. La maquinaria estaba en marcha y los hilos invisibles que impelían los pasos de los jóvenes iban a moverse más rápido de lo que imaginaban.

Se tendieron la mano, como llevaban haciendo cuatro años, y se dirigieron a la salida de la estación.

—¿Tenemos que coger uno?

Larry señaló la fila de taxis.

—No, vivo aquí al lado, calle San Vicente junto a plaza España. Apréndetelo, no vaya a ser que te pierdas.

—Estoy contigo, ya no me puedo perder.

Un gesto de asombro apareció en el rostro de Cyntia. No sabía quién invadía el cuerpo de Larry, pero rogó que no se fuera.

—¿Qué? —preguntó incómodo—. Me siento observado.

—Nada, es que me resulta extraño tenerte aquí, que estemos cogidos de la mano.

—Lo sé. También es extraño para mí.

—Es raro. Como si el tiempo no hubiera avanzado, pero también parece que han pasado un millón de años. ¿Por qué ahora, Larry?

—Porque te necesito. Y porque te quiero —respondió sin pensar, consciente de sus miedos más profundos. Abrazó el cuello de Cyntia y la besó con ternura. No era la primera vez que se lo decía, pero sí la primera que lo confesaba mirándola a los ojos—. Y porque he leído que en Nueva

York se avecinaba una gran tormenta de verano, con muchos rayos —añadió y le guiñó un ojo.

—Imbécil.

Al llegar a la portería los tonos ámbar que pintaban el horizonte habían sido reemplazados por un negro impenetrable, pero el aire de poniente seguía colmando con ahínco la atmósfera pesada. «Hoy es el tercer día, mañana se acabará», le había explicado a Larry ante su queja climática. En el más amplio sentido de la palabra el americano estaba incendiado. Ni la tormenta de verano de la que hablaba hubiera extinguido las lenguas de fuego que recorrían su interior.

—*Welcome home*.

Larry aparcó la maleta frente la puerta. Se quedó plantado en el centro del salón, como hacía en las galerías del Detroit Institute of Arts. Recorrió con la mirada las escaleras que conducían al segundo piso, el grandioso salón de techos espigados. La cocina, a su espalda, con una isla central y taburetes negros de diseño. Miró al frente. El salón invitaba a salir a una gran terraza con cuatro sofás de mimbre y dos tumbonas custodiadas por dos palmeras de tamaño mediano.

—Es preciosa.

—Sí —afirmó Cyntia a la vez que activaba el aire acondicionado—. Hace unos años mis padres decidieron reformarla. El decorador cobraba más que un ministro, pero quedó muy bien.

—¿Estamos solos?

—Más solos que nunca.

—¿Hasta cuándo?

—Toda la semana. A mi padre le ha surgido un congreso de batas verdes en Francia. ¡Ah! Pero el viernes tendrás aquí al trío de ases. Antonia, mi madre y mi abuela. —Se encogió de hombros—. ¿Qué quieres que haga? Quieren conocerte. Les hablo tanto de ti que es como si vivieras en el edificio de enfrente y jamás pudieran verte. Están emocionadas.

—Tres mujeres que me analizarán y me acribillarán con preguntas, me encanta el plan…

—No te preocupes, la única que habla inglés es mi madre y su estilo no se basa en la intimidación. Sobrevivirás, es una comida y no se te

atragantará. Te lo prometo. Luego Antonia se irá a su casa y las *marquesas* volverán a la playa. Te libras de mi padre… —dijo, y se dirigió hacia las escaleras.

—Creo que prefiero a tu padre antes que a tres mujeres.

Con la mano apoyada en la barandilla y el pie en el primer escalón, Cyntia contempló cómo Larry, más atractivo que cuando lo conoció, caminaba hacia un punto concreto.

—Un paisaje al óleo sobre lienzo, arte realista. —Se aproximó al cuadro —. La profundidad y el contraste entre luces y sombras son magníficas —afirmó al contemplar la quietud del agua.

—¿Sí?

—Sí, ¿de quién es? —preguntó sin separar sus ojos de la obra.

—Mío.

—Tuyo.

El americano se giró y mostró sus hoyuelos.

—¿Qué pasa? ¿No me ves capaz de pintar un cuadro?

Larry se dirigió hacia ella lentamente.

—No un cuadro de estas características, españolita.

—Te sorprendería saber todo lo que se puede aprender en cuatro años —explicó en un susurró y retrocedió un par de pasos.

—¿Así que ahora te llamas J. L?

—Solo cuando pinto —murmuró.

Cyntia pegó su espalda a la pared y atrajo a Larry con una mirada magnética.

—Cómo cambian las cosas. La aprendiza va a tener que enseñarme. —Le rozó los labios.

—¿Dónde te has dejado la responsabilidad, Larry? —preguntó con voz trémula.

—Te la llevaste tú hace cuatro años.

No la besó con cariño sino con ira, con una virulencia que ella no esperaba. Ambos tenían nublada la mente. Cyntia se sentía arrastrada por una corriente imparable y no podía tomar el control. No podía pensar. Lo despojó de la camiseta y la lanzó al sofá. Larry le desabrochó el botón de los *shorts*, que cayeron al suelo, y sus manos fueron ascendiendo por los

muslos firmes de la joven. Cyntia clavó las uñas en la espalda desnuda del americano, que la besó con más vehemencia. Parecían dos salvajes que se encuentran por casualidad y hacen el amor hasta confundir los cuerpos. Desnudaron sus instintos más profundos hasta llegar al segundo piso. Totalmente exhausto, Larry se dejó caer sobre el colchón. Con la respiración aún acelerada y la luz de la habitación apagada buscó la mano de Cyntia.

Pasaron minutos en silencio.

—¿Por qué lo hacemos todo al revés?

—No lo sé.

—Lo había planeado de una forma distinta.

—¿Tenías algo planeado?

—Sí, entrar en casa y enseñarte las habitaciones. Cenar con un vino carísimo que he comprado, emborracharnos y acostarnos. Es lo típico. Pero he pasado del primer paso al último casi sin darme cuenta.

—Tú eres así, Cyntia. No te importan demasiado los pasos intermedios.

—Ya.

—Tu cuerpo ha cambiado —afirmó Larry—. Tu cuerpo y tu forma de… ¿Es obra de ese tal Carlos con el que estuviste? —añadió.

Cyntia no pudo evitar sonreír la evidente muestra de celos. Ladeó su figura y enlazó su pierna con la de Larry.

—Y de alguno más.

—Tenía que haber venido antes —masculló, afligido.

Cyntia soltó una carcajada.

—Y encima te ríes.

—No voy a llorar por ser una máquina sexual. —Alargó el brazo y encendió la luz de la mesilla de noche—. Mira, esta es mi habitación.

Selleck maldijo a Carlos y a los que le habían seguido. Dio una ojeada rápida. Frente a ellos, una enorme mesa cargada con mil trastos y un Mac. Un vinilo de pájaros alzando el vuelo decoraba la pared, y por encima de las aves colgaba una repisa repleta de portarretratos. Le llamó la atención una escultura de los «tres monos sabios». A la derecha vio un elegante tocador de líneas rectas con un inmenso espejo ovalado donde se miraba. Y más allá del escritorio observó dos puertas correderas de gran tamaño.

—¿Qué hay allí?

—El cuarto de tortura. Esposas, látigos, fustas… ya sabes.

Larry la miró incrédulo.

—Un vestidor, tonto. No podría vivir sin uno.

—Un vestidor —repitió Selleck y se levantó de la cama, totalmente desnudo.

Cyntia se sonrojó. Mientras Larry observaba con detenimiento la primera fotografía de la repisa, ella se secó el sudor de la frente y estudió la perfección de sus músculos.

—Es la foto que te regalé el día que te fuiste —afirmó entusiasmado al ver que ocupaba un lugar preferente.

—Sí.

—No he vuelto al Hitsville U.S.A. —dijo Larry.

—¿No has llevado a ninguna estudiante de las que han estado en tu casa? No me lo creo.

Con la fotografía entre las manos Selleck se volteó. Cyntia enmudeció sin saber hacia dónde mirar.

—Te lo juro —afirmó con gesto solvente—, no las he llevado a ningún sitio. Seguro que han llegado a sus países pensando que soy un estúpido.

Ver a un hombre desnudo hacer un juramento le pareció desconcertante e inverosímil. Larry cogió el siguiente portarretrato.

—Mi abuela y Antonia —se apresuró a decir.

—Lo sé. No es la primera foto que veo de ellas. Seré vuestra víctima el viernes.

—Si no quieres, puedo anular la comida.

Larry se giró de nuevo. La imagen la volvió a turbar. «No estoy preparada para un tercer giro, no hoy por favor», pensó.

—¿Eres tonta? Yo también las quiero conocer. Seré el chico más encantador que han conocido. ¿Te crees que eres la única que puede conquistar a una familia?

Dio media vuelta y agarró un portarretratos de brillantitos de colores.

—Y aquí está la familia a la que me refiero, falta mi sobrino. ¡Mierda! —exclamó y tumbó la fotografía sobre el escritorio—. Espera.

—¿Qué?

Salió del dormitorio y bajó los escalones de tres en tres, como siempre hacía cuando tenía prisa o sentía miedo. Por el camino encontró sus calzoncillos. Cogió los vaqueros del suelo, la camiseta del sillón y se vistió. Arrastró la maleta hasta la escalera, pero antes de subir se agachó y cogió el tanga, el sujetador y las pertenencias de Cyntia. Examinó el minúsculo trozo de tela que colgaba de su dedo índice y sonrió. Nada tenía que ver con las braguitas de algodón que lucía cuando lo visitó a medianoche.

—Tus cosas. —Lanzó la ropa sobre la cama—. Mi madre me ha dado un regalito para ti.

—Hablé ayer con ella y no me dijo nada.

—¿Ayer?

—Sí, cuando nosotros terminamos y saliste de la habitación. Al rato entró ella y me llamó por *Skype*.

—No me di cuenta. ¿Por qué hablas más con mi madre que conmigo?

—Porque me quiere más que tú.

—Eso es imposible —afirmó.

Cyntia sonrió de forma triunfal y se arrodilló junto a Larry, que escarbaba entre la ropa.

—Aquí está. —Cogió una bolsa y sacó un sobre que dejó sobre el suelo. Después extrajo un *tupper* de gran tamaño—. Aquí tienes el recordatorio de mi querida madre.

Cyntia se echó a reír al destapar el recipiente.

—Ohhh —exclamó emocionada—. Son *brownies* y ¡tarta de calabaza! ¿Ves? Por eso la adoro. Mañana la llamamos y le doy las gracias.

—Pensaba que iban a llegar peor. Y esto también es para ti. —Señaló el sobre.

—¿Qué tal las vacaciones en Detroit?

—Reconfortantes. Nuestra vida gira en torno al pequeño, pero estoy encantado. Mira a ver qué hay.

Cyntia extrajo un folio. Una línea vertical, más o menos recta, sujetaba un círculo amorfo y grande. Y una curva a modo de sonrisa se salía de lo que se suponía que era su cara. Cyntia le echó imaginación y vio un árbol y un sol espléndido. Los garabatos de Joseph Jr. se mezclaban creando una nueva gama cromática.

—Te hace infinidad de dibujos. No nos ha dejado doblarlo para que no se arrugue. Es un cabezón perfeccionista.

—Como su tío —le interrumpió Cyntia.

—Tiene los juguetes que le has mandado apilados en un rincón y a veces no nos deja ni tocarlos. No para de hablar y te llama tía. La tía de España.

—Sí —dijo Cyntia con los ojos vidriosos—. Tu hermano y Eli lo sientan delante de la *webcam* y mantenemos largas conversaciones sobre un gatito que no tiene y sobre su amigo Paul. Me río mucho con sus anécdotas.

—No entiende que yo sea su tío, tú su tía y no vernos juntos. Yo tampoco lo entiendo.

Larry miró a Cyntia y ella se sentó en el suelo y se estremeció ante el vértigo de la novedad. El suspense que se dibujó en la cara del chico olía a inquietud. ¿Se sentía preparada? Sí. Estaba a punto de sacar a flote los amarres de atraque. Ya no quería despertar en camas ajenas ni sentir el peso de otro hombre sobre su equilibrio imperfecto. Estaba cansada de suplicar a escondidas que Larry no sucumbiera ante los encantos de otra. Cansada de la misma cantinela; de caminar sin melodía con la letra aprendida de memoria y, en definitiva, agotada de intentar confundir sus sentimientos a golpe de cubata entre bailes desordenados.

Estaba más que preparada.

—¿Qué quieres decir?

—¿Qué quiero decir, Cyntia? Lo sabes perfectamente. Estamos juntos o no lo estamos, pero no quiero continuar con esta situación. Bueno —hizo una pausa—, no es que no quiera, es que no puedo. Se me hace pesado verte a través de una cámara. No me apetece darle vueltas a la cabeza días enteros y visitarte una vez cada dos, tres o cuatro años. Disfrutar juntos una semana y luego adiós. Porque es lo que ocurrirá si no mantenemos esta conversación. Tienes más facilidad que yo para mostrar tus sentimientos y eres la chica más decidida que conozco, pero ahora no estás decidiendo nada y me vuelves loco. Lo llevo pensando desde hace mucho tiempo.

—¿Desde cuándo?

—Desde que empecé la relación con Olivia. Cuando la dejé tú volviste a ser la misma y yo volví a ser feliz. Mi felicidad depende de ti. No me siento

orgulloso de ello porque no es sano, pero es así. No puedo ser más franco. ¿Tú no lo piensas?

—Estoy agotada de pensarlo. Tengo las ideas claras desde hace cuatro años, solo he esperado a que tú las tuvieras igual de claras que yo. Veo que por fin ha llegado el momento.

Larry inspiró, sereno. Abrir su corazón le resultaba tan duro como adentrarse en un terreno pantanoso y mancharse de barro hasta el pecho. Pero las palabras de Cyntia tenían el efecto tranquilizador que ofrece un acuse de recibo.

—¿Y qué hacemos? —añadió Larry.

—Casarnos.

La mirada estática del americano hizo una pirueta sobre la cuerda floja. Le faltó el aire.

—Es broma, Larry, ¡respira! —Lo agarró entre risas y lo movió—. Si alguien tiene que ceder soy yo. Estoy dispuesta a irme a Nueva York o donde estés, pero antes tengo que acabar la carrera. ¿Podrás esperarme un año?

Selleck fijó la vista en el entarimado.

—Podría esperarte más tiempo del que imaginas.

Cyntia se lanzó sobre él con los brazos abiertos. El abrazo desmedido que regala la furia del «sí». Tumbada sobre él, llenó su cara de besos.

—¿Somos novios? —le preguntó en la comisura de los labios.

—Como tú dirías… más novios que nunca.

—¿No vas a volver con Olivia?

Larry empezó a reír y Cyntia comenzó a temblar sobre su tórax por el efecto de las carcajadas.

—¡Que me contestes!

—¡Que no! Estaba con ella porque no podía estar contigo.

—Vale.

—Coge el sobre, anda, junto al dibujo hay otra sorpresa.

Cyntia descendió del cuerpo de Larry. Este se incorporó y miró cómo su novia gateaba hacia el sobre.

—¡Es una fotografía!

La acarició como si pudiera notar las texturas de la hoja lisa. Las arrugas de la señora Rose y la piel tenue de Joseph Jr. Ambos estaban en el salón de los Selleck. La anciana, sentada en una silla, sostenía en su regazo al pequeño. Rose señalaba a la cámara. Su rostro, colmado de vivencias, se mantenía unido al del niño, que enseñaba los dientes de leche al sonreír. Sobre ellos sobrevolaba una tela negra que atravesaba el comedor de pared a pared. En ella se leía: «Vuelve pronto. Te queremos, Cyntia». Los mismos retales, los mismos colores. Era la tela que dejó olvidaba por los nervios y por las prisas de la despedida cuatro años atrás.

—Tu presencia siempre en el aire.

—¿Qué quieres decir?

—Que tienen ganas de verte. Quieren hacerse fotos contigo, no con tu nombre.

Un sentimiento de culpabilidad se disparó en el estómago de Cyntia.

—Recuperaré el tiempo perdido —afirmó y miró el gran reloj *vintage* sobre la cabecera de su cama—. ¿Tienes hambre?

Larry asintió. Cyntia guardó el dibujo, sin doblarlo, y la fotografía generacional en el sobre viajero. Se vistió, cogió el *tupper* y bajaron las escaleras. Al entrar a la cocina Larry miró el calendario. La gran ola.

—¿Soy un círculo con el número 23?

—Sí —contestó mientras ponía la mesa—. Un círculo perfecto en apariencia pero con altibajos en el contenido. Eso eres tú, Larry, un círculo que rebota y circula perdido. Pero tranquilo, voy a ayudarte.

Selleck mostró una sonrisa confusa. Después de la explicación, ser un círculo le gustaba tanto como que le dieran una patada en el culo. Se sentó en un taburete y apoyó los codos en la isla.

—Ya hay demasiada comida —dijo, al ver que Cyntia desvalijaba el frigorífico.

—No te lo tienes que comer todo, no soy tu madre. ¿Qué quieres beber?

—Agua.

Cyntia sacó la botella del frigorífico y se sentó frente a Larry en otro taburete.

—¿Preparado? —preguntó con la mano sobre un plato, a punto de destapar su obra maestra.

—¿Para qué?

—¡Para probar mi primera tortilla de patata!

Larry sonrió al observar la ilusión desbordante en los ojos de la novata cocinera.

—¿Quieres experimentar conmigo?

—Sin descanso —pronunció Cyntia de forma sensual—. ¿Quieres que la caliente?

—No, ya estoy bastante caliente. La prefiero así. La madre de Edward también cocina tortilla.

—Genial. Había olvidado que vives con un compatriota y encima restaurador. Joder, ahora no tiene gracia.

—Sí, sí la tiene. Descubrir qué tal cocina mi novia es un acontecimiento importante.

—Pues ten cuidado con el veredicto o cuando vivamos juntos te mandaré a comer con la madre de *Edward*, como tú le llamas.

—Es que se llama Edward. ¡Y me estás coaccionando!

—Se llama Edu, a lo español. No te coacciono, te advierto. Bueno, pruébala, y por favor dime que no soy la vergüenza de mi país.

Larry troceó con el tenedor un pedazo de tortilla. Se metió el bocado en la boca y prorrogó la masticación hasta sacarla de sus casillas.

—Está buena —resolvió.

—¿De verdad?

—Sí. Se puede comer.

—¿Se puede comer? ¡Serás desgraciado! —Cyntia cogió el trapo que estaba en la encimera y se lo lanzó.

—Está casi tan buena como tú.

—Arréglalo, maldito guiri. Tú qué sabrás.

—Vale, ya paro —aseguró entre risas—. Me encanta esta cocina.

—¿Te encanta esta cocina? Me lo dice uno que vive en un apartamento de ensueño. Tu casa es increíble. No me canso de ver fotos. Es como un catálogo de diseño y últimas novedades.

«Mi casa», pensó Larry. Echando cálculos necesitaría tres vidas y media para conseguir que un *loft* como el de su amigo fuera *su* casa. Eduardo vivía en el edificio residencial *Resiltland*, en el bohemio y explotado barrio del

SoHo, en Downtown Manhattan. Poco quedaba de la antigua fábrica textil que aquellas paredes albergaron hasta principios de los setenta. Pero la fachada de terracota, decorada por amplios ventanales y columnas pintadas, aún recordaba los ecos metálicos del pasado.

—No es mi casa, solo vivo allí. Antes de Navidad quiere inaugurar otro restaurante en Brooklyn. ¿Te lo había dicho?

—Sí.

—Sí, claro que sí… El muy cabrón tiene una puntería que asusta, ha conseguido un lugar increíble y el local tiene unas vistas espectaculares a Manhattan. Me llevó a verlo, lo ha reformado entero pero ya están a punto de terminar las obras. No lo ha inaugurado y tiene lista de espera, ¿te lo puedes creer? Los neoyorquinos siempre van un paso por delante. Y como él se considera hijo adoptivo de la ciudad, va por delante de todos ellos.

—No me digas que le tienes envidia.

—No, qué va… Su peor coche es un Lincoln MKZ y mi único transporte una bicicleta, ¿por qué le tendría que tener envidia?

—Pero os lleváis muy bien, ¿no?

—Sí, es un tío genial. Me acogió como si fuera su hermano pequeño y me da facilidades para trabajar y para hacer lo que quiera.

—Normal, es español, nos caracterizamos por ser abiertos y hospitalarios. Y además, es muy guapo.

Larry arqueó las cejas. Le hubiera gustado decir: «¡Te prohíbo ver sus fotografías!», pero empezar una relación con prohibiciones era mandarla al infierno.

—Sí, él es muy abierto —explicó—, sobre todo con las mujeres. En una semana puede presentarme tres o cuatro chicas distintas y me las presenta como: «Una amiga muy especial». Cuando ellas creen que de verdad son tan especiales como él dice… es el principio del fin, porque luego me toca coger el teléfono y dar excusas en su nombre hasta que se cansan de llamar. Pero es un tío muy discreto. Nunca quiere hablar de su pasado.

—Así que no sabes nada de él.

—Sé lo que te he contado. Que es de Madrid; que llegó a Nueva York hace ocho o nueve años totalmente solo; que su sueño era abrir un restaurante *cool* de comida española y que la jugada le salió redonda. Me

explicó que cuando abrió el primer restaurante se trajo a su hermana y a su madre para que lo ayudaran. La hermana es relaciones públicas del local y sale con uno de los actores de *Tell Me How*, ¿te suena?

—No me suena.

—Una serie de mucho éxito, estilo *Friends*. Ella también se ha hecho famosa y de rebote el restaurante del hermano ha conseguido multiplicar la clientela.

—Pues qué maravilloso. Y tú, ¿estás contento con tu nueva vida?

—Sí… bueno… no sé.

—¿No sabes?

—Sí, estoy bien. Gordon es un hombre muy amable y bastante legal, antes de llegar ya me había buscado alojamiento en casa de Edward y ni me conocía. Mis compañeros van a lo suyo, hay dos o tres que son intratables, se creen superiores por haber participado en más exposiciones o por haber vendido más que yo. Se me hace raro trabajar a diario con gente tan oscura. Sin embargo, algunos artistas de más nivel son accesibles y están dispuestos a ayudar al último de la fila. Pocos en realidad… Y Diana es una olla a presión. A menudo nos toca aguantar sus delirios de grandeza. Estoy bien…

—Pero… —apostilló Cyntia.

—Pero así no voy a alcanzar el éxito. No quiero llegar a los cincuenta y trabajar impartiendo clases. Ni siquiera sé si sirvo para dar clases —afirmó desolado.

—Sirves. La academia tiene una reputación excelente, es una de las mejores de Nueva York. ¿En serio piensas que Gordon y Diana te tendrían en plantilla si no tuvieras las capacidades necesarias para el trabajo?

—No.

—Pues no hay más que hablar. Larry, tu primer problema es que eres muy pesimista, no te das cuenta de la suerte que tienes al estar allí, al tener un trabajo relacionado con tu formación. ¿Imaginas cuántos artistas con un potencial increíble están sirviendo cafés o paseando perros?

Larry negó.

—Muchísimos —prosiguió Cyntia— y seguro que confían en su talento más que tú en el tuyo. Seguro que se sientan y dicen: «¡Joder! Lo voy a conseguir, no importa lo que cueste, conseguiré mi sueño aunque me deje el

último aliento en ello». Pero tú te empeñas en ser negativo y te regodeas en la misma mierda una y otra vez. Y por supuesto, consigues más de lo mismo: nada. Tienes miedo y el miedo solo sirve para maniatarte, así que deshazte de las cadenas que te has colocado. Larry, si tienes miedo a volar no mires hacia el cielo.

—¿Y mi segundo problema?

—Te concentras demasiado en el éxito. No lo vas a encontrar al girar la esquina si antes no lo has buscado donde realmente está. Lo que importa está en ti.

Larry, extasiado y atropellado, miró la tortilla en su plato. Tenía más problemas de los que pensaba.

—Dame tu mano —añadió Cyntia y desplazó los platos hacia la derecha, dejando un espacio donde entrelazaron sus manos—. Cierra los ojos.

—¿Qué vas a hacer?

—Cierra los ojos y visualiza una librería enorme repleta de ejemplares de distintos tamaños, ¿los ves?

—Sí.

—Es tan grande que no puedes contar los estantes que la forman, y es tan alta que tienes que levantar la cabeza y dar un paso hacia atrás para ver el final. ¿Ahora tu vista puede alcanzar las últimas repisas?

Larry asintió.

—¿Puedes ver que en un lateral de la librería hay una escalera igual de alta que el último estante?

—Sí.

—Tú eres un libro que espera ahí, en lo alto, junto a muchos otros. Pero algún día alguien subirá las escaleras y te elegirá a ti. Te sostendrá, ojeará las líneas que has dibujado y dirá: «Aquí está lo que andaba buscando».

—¿Y si no sube nadie?

—Un terremoto te hará caer al suelo.

—Júralo.

Aún con los ojos cerrados, Larry apretó con fuerza la mano de Cyntia.

—Lo juro —dijo ella.

OceanofPDF.com

9

La vida de Monti fue una extensa llanura hasta que cumplió los cuarenta y cinco. Luego se convirtió en un despeñadero. Cada mañana apagaba el despertador, se desperezaba en pleno letargo matutino, se recostaba y atisbaba a su mujer, aún dormida. Recorría su figura con la mirada, desde el pelo rubio hasta sus pies delicados. Se detenía en la cumbre que dibujaba la exquisita cadera de Ana, una cuesta que se iniciaba en las piernas hasta alcanzar una curva divina que desembocaba en su pecho voluminoso, visible bajo el *negligé*.

Así empezaba las jornadas Teo Montilla, admirando el cuerpo de la que era su mujer desde hacía doce años. La naturaleza le había otorgado una fisonomía envidiable y gracias a la ausencia de hijos la había conservado. Besaba el hombro de Ana y se levantaba. Con buen humor y sin sueño acumulado, se duchaba, desayunada y se dirigía al vestidor. Elegía uno de sus trajes de chaqueta de marca, una corbata que nunca desentonaba y se calzaba unos zapatos impolutos. Bajaba al garaje de su edificio, se miraba en el retrovisor y arrancaba el Mazda blanco, dirección al Parque Empresarial La Moraleja.

Mi amigo Monti no vivía momentos de felicidad: él creía que experimentaba una felicidad permanente. Lo que aún no sabía era que la fortuna suele hacer apuestas en una rueda efímera que no se detiene, y que a veces se pierde el doble de lo que se ha ganado. Pero ese pensamiento no le turbaba. Tenía una mujer a la que amaba, disfrutaba de una buena relación con su familia y ostentaba un alto cargo en una multinacional de servicios, en la que era admirado por sus amigos y enemigos. Los miércoles y los sábados impartía dos horas magistrales de Dirección Financiera a dieciocho alumnos de un máster privado; discípulos con aspiraciones de convertirse

en un Teo Montilla o con la idea, al menos, de trabajar con un maestro experimentado.

«La culpa fue de una llamada», me explicó mientras comía un bocadillo. Una tarde cualquiera, sin que yo le preguntara, desenterró sus secretos. Observé cómo sus mordidas se fueron ralentizando y sus ojos se clavaron en la acera.

La llamada procedía del director de la Escuela. Le cancelaban la clase del máster. A los alumnos les había surgido una visita de última hora a una empresa de diseño e innovación. Apagó el ordenador de su despacho y descolgó el auricular del teléfono. Iba a llamar a su mujer para proponerle algún plan romántico, pero entonces pensó que tenía turno de tarde en la tienda de vestidos de novia donde trabajaba. Monti salió de la oficina y se propuso volver a casa y leer un rato hasta que llegara Ana. Le prepararía la cena y un espumoso baño en el que se sumergirían juntos.

Monti vivía en el centro de Madrid desde que tenía quince años. Antes había vivido en Parla, hasta que su madre murió. Después de la tragedia, el padre decidió trasladarse al centro con Monti y sus dos hermanas mayores. Vivirían en casa de la abuela paterna. Teo era el niño consentido y tuvo todo lo que pudo imaginar. Nada hacía presagiar que las líneas de su mano se desviarían de manera cruel y destructiva.

Aquel miércoles, Monti aparcó el coche en su plaza de garaje, ascendió por las escaleras hasta el patio y se dirigió al panel de buzones. Extrajo del suyo una factura de la compañía de teléfono y publicidad de un centro comercial. Con la correspondencia y las llaves en la mano marcó la quinta planta. Acarició el relieve de los puntos en los botones, gracias al ascensor había aprendido hasta el número diez en el sistema Braille. Introdujo la llave en la cerradura y mientras realizaba el movimiento rotatorio, su vida tal y como la conocía, comenzó a esfumarse.

La escena con la que se topó sesgó en dos el castillo que había levantado. En su cama, entre sus sábanas, vio a su mujer con un desconocido. Ana gozaba con un hombre que no era él. «Lo peor de la traición es la sorpresa fustigante que provoca, que te quema el alma como ácido corrosivo». Me explicó Monti. Más tarde descubrí que así era la

paralizante sensación que causaba el perjurio, el tormento y a fin de cuentas, el engaño.

La culpa no fue de una llamada que no llegó a realizar, fue de una mentira engordada día tras día. La culpa fue de la confianza ciega que él había depositado en una persona que encubría sentimientos en cada desayuno. Un segundo bastó para que se cayeran las caretas, para que dolieran las falsas palabras de amor articuladas con caricias. Ana era una farsante y Monti, un ingenuo enamorado. Siempre hay alguien que se disfraza. Siempre hay alguien que pierde y que se pierde. Teo Montilla descubrió que su mujer llevaba cinco meses viéndose con un joven fotógrafo que hacía algo más que fotos. No era una simple aventura que reavivara el éxtasis de lo desviado. Pero sí era el primer encuentro sexual que mantenían en su casa. Un detalle que poco alivió el dolor. Una vez descubierta, Ana confesó entre lágrimas culpables que quería el divorcio.

Puedo imaginar el desconsuelo y el drama que padeció Monti. Lo que no esperaba es que tal escena fuera el desencadenante del resto de su existencia. Según él, su universo se desvaneció hasta desaparecer por las alcantarillas. Y viéndole ahí, tirado en el suelo con un bocadillo entre las manos, no me costó creerle.

El divorcio se le clavó en la yugular. Después de estampar una firma desvinculante en un papel y de vender un piso que compraron con fantasías adolescentes, después del después… Monti no quiso saber nada de su amor bebedizo. Ya no les unían ni los buenos recuerdos, borrados de un zarpazo demoledor.

Qué duro es el camino cuando transitas a contracorriente. Monti alquiló un piso de cincuenta metros cuadrados en el Paseo de las Delicias, muy cerca de Atocha, pero las cosas no fueron bien, nada bien. Sumido en una profunda depresión comenzó a faltar al trabajo, su aspecto desaliñado incitó habladurías y el olor a alcohol tumbó la ayuda que sus superiores quisieron ofrecerle. Todo fue en vano. Monti no quería ningún apoyo. Fuera caridad. Adiós protección. Al final decidieron prescindir de sus servicios, de las buenas ideas que ya no procesaba, prescindir de la mala imagen. Adiós a diez años de trabajo. Encontrarían a otro Monti mientras el original se extraviaba por las calles. De las clases del máster se despidió él mismo, no

quería sufrir otro cese bochornoso. Aunque a decir verdad, Teo ya no sentía ni siquiera vergüenza.

En las madrugadas deambulaba por ambientes sucios, con malas compañías que buscó a conciencia. Maleantes, golfos y adictos a todo menos a la vida. Se convirtió en un mísero espectro, curado de espanto y empantanado por la marginalidad.

Su familia se dejó las fuerzas en el intento de sacarlo a flote. También Ana, que azogada por la mala conciencia se puso en contacto con él. Monti me contó que su exmujer lloró al reencontrarse con un hombre que no reconoció. Y él lloró por rememorar un tiempo pasado. Pero ningún esfuerzo sirvió para la cura, porque no quería curarse. En menos de dos años se fundió sus ahorros en antros perniciosos. Su hermana mayor le cobijó en su hogar, donde aguantó menos de tres días. Incluso se mostró agresivo, algo que nunca se perdonaría.

Mi amigo Monti emigró, por los mismos motivos por los que emigra todo el mundo… por desazón, por obligación, para olvidar. Dejó atrás la Puerta de Alcalá y se dirigió a Barcelona, donde abrió puertas que le mostraron más de lo que ya había visto. Su familia le perdió la pista, hasta que les llamaron del Hospital Universitario de Bellvitge. Cuando la muerte te da la mano, los orgullos y los remilgos se quedan afónicos, y solo alzan la voz las ganas de una mirada comprensiva. Teodoro Montilla había intentado suicidarse. Se había cortado las venas para acabar con la agonía de un nuevo amanecer opaco. Su padre y sus hermanas acudieron al rescate y partieron en busca de lo que quedaba del pequeño risueño que algún día correteó entre sus faldas. Hallaron a un saco de huesos con las cuencas de los ojos hundidas. Los goteros le ataban a un hilo de vida y las vendas cubrían sus errores.

El traslado a la ciudad que lo vio crecer, sonreír y caer, fue duro. Tras guardar reposo bajo vigilancia extrema, sus familiares decidieron ingresarlo en el centro de rehabilitación de adicciones La Misericordia. Él dio el consentimiento. Aceptó el trato de hacer un boquete en la muralla de acero que había construido.

Monti pasó más de seis meses internado, rodeado de naturaleza y de aire puro. Controlado por un equipo de profesionales, capaces y humanos, que

lo trataron como a una persona con posibilidades, un hombre con un gran corazón. Se desintoxicó y se rehabilitó. Con mucho sacrificio modificó su comportamiento, hizo terapia, participó en decenas de talleres que lo mantuvieron ocupado y lo más importante, tomó el control de sus ilusiones y de su dolor.

«En el centro aprendí a reír de nuevo. Somos fragilidad, Vera, seres quebradizos, más inestables de lo que imaginamos», dijo con los ojos fijos en la nada. Su estancia en el centro le dio pulso; hizo grandes amistades que aún conservaba cuando yo le conocí y le cambió la percepción de la vida. Cuando salió de La Misericordia sentenció que su escala de valores había sido modificada para siempre. No quería un trabajo de ejecutivo, no quería un coche, no quería una situación económica boyante. Solo aspiraba a ser feliz y a respirar tranquilo. Cuanto menos tuviera, menos problemas arrastraría.

Y así comenzó su andadura hasta Valencia, ya recuperado.

—¿Cuándo empezaste a hacer estas figuritas? —le pregunté al contemplar sus obras de arte.

—Un día que tenía mucha hambre y decenas de latas alrededor. Vera, el canturreo de un estómago vacío agudiza el ingenio y lo que no es el ingenio.

Me sentí como una niña tonta. Porque nunca he sabido lo que es pasar hambre, nunca he sabido lo que es dormir en la calle y nunca he sabido lo que es recibir palizas por estar donde no debes.

Para mí, Monti fue y será un artista allá donde vaya. Hacía virguerías con latas y alambres, materializaba lo que su mente inquieta imaginaba. Podía pasarme horas viendo cómo trabajaba, disfrutaba mirando a un artista que tenía pinta de artista, nunca de vagabundo.

Teo Montilla atendía su negocio ambulante con ropa limpia y aroma a colonia de bebé. Le daba conversación a todo aquel que se plantaba frente a él y conseguía engatusar al personal con apenas cuatro palabras. Recuerdo que, excepto algunos descerebrados, la gente le quería, le respetaba y compraba sus creaciones. Así hacía frente al alquiler y a las facturas, aunque su hermana mayor, que gozaba de una buena economía, nunca olvidaba ingresarle dinero en su cuenta de ahorro.

A lo largo de ocho años, desde que cumplí los veinte y le conocí hasta que tuve veintiocho y Paolo me dejó, Monti pisó el suelo de mi casa en tres ocasiones. La primera de ellas nos visitó porque mi abuelo se hizo un esguince en el pie. La segunda vino para hacer unas chapuzas en la cocina. Y la tercera vez… Mi declive y hundimiento fueron la razón de que Teo abandonara durante un rato su puesto de trabajo para visitarme. Fue la primera semana de septiembre cuando Monti entró en mi habitación y me vio tirada en la cama, con ganas de tirarme por el balcón.

—Camarada, aquí tienes a la *Macarena doliente* —anunció mi abuelo, señalándome—. Cuando terminéis de charlar te vienes a la cocina y nos bebemos unos vinos.

La habitación estaba en penumbra. Monti asintió y me miró desde el umbral de la puerta, ideando cómo levantar una moral imposible.

—Estás muy flaca —dijo al arrastrar la silla y colocarla frente a la cama.

—Y tú has venido muy elegante, como si fueras a un funeral. Aunque a decir verdad, no vas desencaminado. —Le eché un vistazo con un ojo, el otro lo ocultaba la almohada—. Los pantalones te quedan un poco grandes, pero la camisa está genial.

—La camisa es de un servidor y los pantalones me los ha cedido Lolo. Le hace ilusión verlos andar aunque sea en el cuerpo de otro.

—Estás muy guapo. ¿Cómo va el negocio?

—No va mal. Este verano ha habido mucho crucero y mucho turista que se ha dejado los cuartos. Ahora estoy diseñando un bolsito la mar de práctico y una especie de posavelas que son fantásticos.

—Eres un genio, amigo.

—Un genio sin lámpara. Te he traído algo.

Monti abrió una bolsa de plástico y me estrechó una flor, creación propia.

—Es preciosa —dije, posándola sobre el colchón—, sin espinas y nunca morirá.

—Es el don de lo artificial, nunca se gasta y siempre perdura. En cambio, lo que es de verdad tiene el destino escrito. De aquí a la tierra.

—Como mi relación, era tan de verdad que murió antes de tiempo. Me animas una barbaridad, Monti. ¡Qué cruz! ¡Qué cruz me ha caído! —grité y comencé a llorar.

—Saca tu cruz a la calle y verás otras más grandes —contestó—. Nadie mejor que yo sabe por lo que estás pasando. Un sentimiento fangoso que te atrapa y no te deja ver más allá de tu parálisis emocional. Pero nada es en vano, Vera, son infortunios que el sino coloca frente a ti para ver cómo eres capaz de saltarlos. De igual manera que somos débiles, también somos seres bizarros.

Después del suplicio que había pasado aquel hombre, quejarme de mi situación delante de Monti me parecía un acto vergonzoso, un atentado contra la razón. Y sin embargo, su teoría sobre la fortaleza no me inspiraba lo más mínimo. Sabía que si él había salido de un pozo bastante más negro y oscuro que el mío, en algún momento yo vería la luz y una cuerda tambaleante me sacaría de la angustia profunda, pero aún no divisaba la maldita cuerda.

—¿Por qué me ha hecho esto? Joder, nos queríamos.

—No busques los motivos, ninguna respuesta te va a reconfortar. Te ha hecho esto porque a veces lo que caracteriza al hombre es la inconsciencia. Tomamos decisiones irreflexivas sin pensar en el mañana, sin tener en cuenta el trastorno que causamos a los demás. Su arrepentimiento correrá como un reguero de pólvora. Al italiano aún le quedan muchas tazas de caldo por beber. Vaya que sí. En cuanto pruebe otra mujer se percatará del error que ha cometido. Porque solo hay una Vera, buenísima persona, con sentimientos sinceros y bella como un atardecer dorado.

Me pareció un comentario tan franco que me incorporé en la cama y me lancé a darle un abrazo.

—Te quiero, Monti.

—Y yo, preciosa. Volverá, todos vuelven. Con el tiempo maduran las uvas.

—¿Tú volviste? —le pregunté, retirándome y restregándome la nariz con la mano.

—Por supuesto que volví, pero era demasiado tarde. Igual que le pasará a Paolo. Cuando el inconsciente regrese ya no dormirás en este catre

llorando por él. Las lágrimas serán un recuerdo y de recuerdos no se puede vivir, ni de los bonitos ni de los feos.

—No sabía que volviste a buscar a Ana.

—Ah, no… no volví a por Ana, ella no merece ni que pronuncie su nombre. Volví a por mi primer amor, aún no olvidado. Victoria, *la Pinta* —dijo con aire melancólico—. La llamaban así porque tenía un lunar más que seductor a orillas del labio. Pero esa es una historia muy lejana y larga de contar.

—Tengo tiempo, ¿no me ves? Respirar es mi máxima ocupación. Resume.

Monti me miró temeroso y entrelazó las manos.

—Cuando me trasladé al centro de Madrid dejé mi Parla querida, pero no a los chavales con los que había crecido. Los sábados iba a hacerles una visitilla y fumábamos cigarros, que encendíamos con un chisquero que Eugenio le robaba a su padre para enfuruñarlo. Una tarde se les cruzó la idea de ir al prostíbulo Las Alegrías, que quedaba entre Parla y Fuenlabrada. ¡Qué gansos! Intenté quitarles el pensamiento de la cabeza, pero las feromonas de unos críos de quince, dieciséis y diecisiete años… bah, imagínate la revolución hormonal a qué velocidad marchaba. El Manolillo ya había estado con una mujer, una vecina suya que era un poco suelta de marras, y nos contaba maravillas. Entonces yo era un españolito con más vergüenza que ganas de tener una fémina encima, pero ante mis amigotes debía mantener la hombría. Y allá que nos fuimos *la banda del Mirlitón*.

—¿Era la primera vez que te ibas de putas?

—Vaya que sí y, por Dios, que esperaba que fuera la última. Era un crío muy tímido y lo de desvirgarme con una puta me desconcertaba. Quería una novia formal o no formal, pero una muchacha como yo. Por el camino pensé en mi padre, en la manta de palos que me iba a caer si alguno del barrio nos veía allí a los cinco.

—¿Y la conociste allí? ¿Era puta?

—Sí, una puta muy distinta. Ya me lo pareció cuando la vi, aunque mis dotes sobre putillas eran escasas. Entramos al lugar y lo analicé por si no volvía más, quería recordar a la perfección el *atrezzo* para poder chulear en

alguna conversación. Observé como si fuera un investigador. El escaso mobiliario rasgado por los malos vientos. Las cortinas pesadas en colores oscuros, las luces chillonas, alguna que otra mesa coja y el terciopelo rojo que forraba las paredes. No me gustaba estar allí, reíamos con nerviosismo, menos Manolillo que parecía el más ducho en el tema sexual y llevaba la voz cantante. Pedimos unas copas y las chicas, de distintas alturas y volúmenes, se empezaron a acercar —explicó con una sonrisa que dibujó la nostalgia de la ingenuidad y las primeras veces.

—¿Y qué te dijo?

—Bueno, mis amigos se fueron dispersando entre las sombras del placer. Y yo, como un pipiolo desarmado, clavé la vista en la barra donde estaba sentado. Hasta que se me acercó ella, una morenaza de clavel y mantón que quitaba el hipo y hacía temblar las canillas. «¿Tú no tienes ganas de fiesta?», me preguntó en un tono experimentado que me sonrojó. Le contesté que solo había ido a acompañar a mis amigos, y me soltó: «Vaya, hoy ha aparecido el Lucero del Alba en un cielo sin estrellas».

—¿Cómo era? —pregunté animada, y Monti perfiló una expresión que habló por sí sola.

—La mujer más atractiva y pasional que he visto —afirmó—. La cabellera oscura y rizada le caía hasta la cintura. Espesa y brillante como la tuya. El cutis terso, una cara de gitana guapa y fina que robaba las palabras que pensabas. Y unos ojos negros que abanicaban cuando parpadeaba. Una maravilla de criatura. Conversamos un rato y desapareció escaleras arriba. Cuando le pregunté cómo se llamaba me dijo que las putas solo conservan puro su nombre y malgastan el apodo. Susurró que a ella la conocían como la Pinta.

—Y te enamoraste de la Pinta —apunté.

—Como un principiante, que es lo que era. Me constaba que partía corazones a diario. Volví al prostíbulo Las Alegrías casi todas las semanas durante dos años. No mancillé mi fama de paradito porque no me acostaba con ninguna. Únicamente quería verla, charlar con la Pinta aunque fuera cinco minutos y observar cómo se contorneaba. Me bastaba saber que estaba bien.

—¿No te insinuaba que tuvierais relaciones?

—Al principio sí, me achuchaba a subir con ella. Al fin y al cabo era su trabajo. Pero luego desistió. Conversábamos a escondidas. Descubrí que tenía ocho años más que yo, que era andaluza, de Vélez-Málaga. Le gustaba soñar y ansiaba salir de allí. Yo le decía: «Pero ¿por qué no te vas?». Y me contestaba que no podía, los ojos se le llenaban de lágrimas. De ahí no la sacabas. Nunca me confesó el motivo que le impedía cerrar la puerta e irse lejos. Incluso le dije que yo la ayudaría, que pensaría la forma, pero se negaba a escuchar mis planes aventureros. La quería tanto que se me llevaban los demonios al pensar que otros hombres la manoseaban. Qué pena verla en aquel lugar perenne para ella y de paso para los demás.

—¿Dos años visitándola, Monti? Sí la querías, sí…

—El amor y el tiempo no tienen nada que ver. El amor se mueve en otra escala. Si no se hubiera ido sé que hubiera acabado mis lunas con ella.

—¿Se fue?

—Cuando empecé Económicas me acerqué al antro y se lo conté. Se puso contentísima, me dijo que se sentía muy orgullosa de mis logros y me plantó un inesperado beso en la boca. Un beso casto, de novia. Mi corazón se envalentonó como un toro bravo. Una eternidad observando sus labios y al final sentía su textura. Fue tan extraño y bonito —afirmó Monti, y suspiró—. Al entrar me lanzó una mirada que distaba de las que conocía. Sus ojos despedían misterio, una mezcla de pena y alegría que no supe descifrar. Después del beso, tiró de mi brazo y me llevó a un cuchitril que tenía por habitación, pero que a mí me pareció el mejor aposento que había visto. Me enfiló en silencio entre sus pechos, por sus piernas y a mí se me escapó un *te quiero* que fue correspondido. No me cobró el servicio, aunque tampoco le pensaba pagar, para mí no era una putilla de tres al cuarto, era una señora hembra que me tenía obnubilado.

—Alucino. ¿Y no la volviste a ver?

—Pasé la semana divagando por la gloria bendita. Victoria, Victoria… me repetía mañana, tarde y noche. Después de tres o cuatro días volví con la firme determinación de decirle que la iba a sacar de la covacha infernal. Pero cuando llegué no la encontré. Se me acercó la Remi, una compañera de adversidad, y me susurró: «Vete y no vuelvas, que las cosas por aquí están caldeadas y te quemarás con tanta visita. La Pinta se ha escapado y

tampoco va a volver, estará bien». Me asió el antebrazo y me guiñó un ojo. Pensé morir cuando escuché que no iba a volver, y por otra parte me sentí eufórico al imaginarla libre.

—Qué pena, Monti. ¿Y no supiste nada más de Victoria?

—Nada. Pero me fui hasta Málaga a buscarla.

—¿¡Te fuiste a Málaga!?

—Sí, ejercí de detective pardillo, pregunté a diestro y siniestro, busqué a su familia, pero de poco sirvieron mis arrebatos. Ni siquiera tenía una foto y no la volví a ver. Pasado un tiempo regresé al burdel. Las chicas debieron de hacer un juramento sagrado porque no me dijeron ni *mu*. Pero la Remi me dio algo que Victoria había dejado para mí, lo encontró bajo el somier. Era una cadenita con un colgante, la que ella siempre llevaba, medio corazón pequeño y dorado. Mira que he perdido objetos y batallas pero conservo su cadena como un tesoro. Ay, Vera, no quisiera yo morirme sin saber que fue feliz lejos de aquellas alegrías matadoras.

Me desplomé sobre la cama y contemplé el techo.

—Joder, qué dos, pero ¡qué desafortunados somos! Queda claro que el amor no es nuestra baza ganadora… Mira, Monti, piensa que fue feliz. Seguro que conoció a un hombre bueno, se casó y tuvo unos hijos estupendos. Y seguro que nunca se olvidó de ti —resoplé—. Qué gran mierda. No sé cómo voy a salir de esto. Tengo su recuerdo todo el puto día en mi cabeza.

—Saldrás como lo hacemos el resto, a trancas y barrancas. No hagas tonterías, Vera, que eres muy joven. Y no pierdas la ilusión aquí escondida en esta habitación oscura. Las cosas pasan por alguna razón. Ya encontrarás el sentido a esta jugarreta. ¿Sabes qué tienes que hacer?

—No.

—Tienes que hacer como los jureles.

—¿Y esos quiénes son?

—Son peces que cuando se ven amenazados por otras especies se aglutinan y se mueven en el agua como una piña fuerte e inaccesible. Miles de peces juntos, protegiéndose unos a otros contra los depredadores. Sienten la amenaza y buscan el refugio entre ellos. Pide ayuda como un

jurel. Si te aíslas te acabarán mordiendo las nostalgias y la mordedura deja cicatriz.

* * *

Iba pensando en la visita que me regaló Monti cuando llegué a casa. El primer lunes de otoño me estaba desbordando. Primero, la visita a la doctora Pozo, que me había pinchado hasta enervarme como si yo fuera su única misión de la mañana. Segundo, el exasperante rapapolvo de Lucía. Y tercero, Borja María Rocamora Ponce de León y su maldita revista cultural *Merjet*. Quedarme en la cama, acurrucada, pensando en mis lagunas, no me traía ningún problema. Salir a la calle era una trampa mortal, los obstáculos hacían cola para atacarme.

Abrí y Bolita salió a recibirme haciéndome alegrías. Adoraba al *minino*, su fidelidad y persecución sin descanso. Pero me recordaba tanto a su dueño que se me encogía el corazón cuando me miraba a los ojos.

—Qué bien huele —dije y me dejé caer en la silla.

—Lasaña de hortalizas asadas. Faltan diez minutos y listo. —Mi abuelo se sentó junto a mí. Era un excelente cocinero. Era excelente.

—Ya me he comprado las pastillas. ¿Le has dado de comer a Bolita?

—Sí, y le he puesto agua. Este gato bebe como un condenado. He hablado con tu madre, me ha dicho que te ha llamado pero que no se lo has cogido.

—No me habré enterado. ¿Qué quería? ¿Saber si me he fugado y no me he presentado en la consulta de la doctora?

—No seas así, Corderilla. Lo hace por tu bien y está preocupada.

—Pues más le valdría estarse quietecita. Solo sabe meterme en berenjenales, como Lucía. Parece que ella sea su hija en vez de yo.

—¿Qué tal con Lucía? ¿La has visto?

—Se va a casar.

—¿Qué me dices?

—Lo que oyes. Se casa el año que viene, quiere que la boda sea en junio. Ahora se lo debe de estar diciendo a su familia. Y como es lógico, quiere que le ayude a organizar, pero ya veremos cuántas ganas tengo… Siento no estar demasiado operativa para disfrutar plenamente de su

felicidad. ¿Por qué a algunas personas le sale todo bien y a otras todo mal? Y no me digas que no estoy contenta por Lucía, que te conozco y sí que lo estoy.

—Sé que te alegras. Te iba a decir que ni todo es blanco ni todo es negro. Vivimos entre grises. Pero hay quien pintan los grises más claros y otros más oscuros.

—Ya —dije, pensando que mis grises eran de un negro que estremecía —. También me ha dicho que el miércoles me vaya con ella a Sarrión, a dar la buena nueva a los abuelos de Mario. Me apetece tanto ir al pueblo como hacer *puenting*. Y para colmo, la traca final, es que Lucía me ha conseguido un trabajo. Un trabajo al que no me voy a presentar porque odio al que podría ser mi jefe.

Mi abuelo se acarició la barba y llenó su vaso de vino.

—Haz lo que quieras, lo que creas conveniente.

—¿No me vas a obligar?

—¿Yo? —Se llevó la mano al pecho—. Tienes veintiocho años. Te has sacado una carrera, eres buena profesional, has sido independiente, has vivido con tu novio y… aunque ahora parezca que estás metida en una celda que hace de nido, eres una joven muy avispada. No será tu abuelo el que te obligue a hacer una cosa u otra. Puedo recomendarte y decirte que cuando cambias de aires, tus pensamientos se oxigenan. Y que cuando trabajas, tu mente se expande y dejas espacio para que entren nuevas personas y retos. Pero si no quieres irte y desconectar, no vayas. Si no quieres trabajar, no trabajes. Los años pasan tan veloces que cuando menos te lo esperes abrirás los ojos y te asustarás, Corderilla, te asustarás — sentenció.

Mi abuelo utilizaba táctica de no forzar e imponer, justo la que empleaba mi madre. Él hablaba calmado, quitándole importancia a algo que lo tenía, dando una libertad de decisión travestida de claro mandato. Hacía lo mismo desde que era una niña obstinada. A veces le funcionaba y otras no. Y en ese caso, por mucho que trabajar ampliara horizontes, enriqueciera los sentidos o aplacara inquietudes, yo me mantenía en mis trece.

Después de comer y de desobedecer las instrucciones de la doctora Pozo (no esperé a la noche e ingerí la pastilla milagrosa), me fui a la habitación y

me acomodé bajo las sábanas. La siesta fue de tres horas. Cuando desperté el mundo había cambiado de posición, mi habitación había adoptado la cualidad de la ingravidez. Las Cymbalta no eran las pastillas de la felicidad, las que tomaba Sandra, eran las del efecto barco en alta mar con oleaje de categoría cinco. Había notado el violento vaivén de la cama.

Apoyé la espalda en el cabezal y contemplé mis rodillas, más huesudas que de costumbre. Resoplé. Me quedé así, quieta, sin pensar. Luego, como pude, estiré el brazo y recuperé el portátil del suelo. Quería saber quién era el famoso Larry Selleck, por qué mi psiquiatra tenía una obra suya, por qué todo ser viviente sabía de su existencia menos yo. El paso previo, una manía de mis primeros años de periodismo que pervive hasta hoy, fue introducir su nombre en el buscador y pulsar *imágenes*. Antes de leer información de una persona concreta me gusta ponerle rostro, saber qué dibuja su expresión, si tiene pinta de anacoreta, de tabernero o de antiguo monje de Chamberí. En el caso de Selleck tuve que conformarme con cuatro o cinco fotografías suyas y muchísimas de sus obras, sobre todo de la colección de puntos.

Me llevé una grata sorpresa. Era un chico muy atractivo, con el pelo rubio, de unos veinticinco o veintiséis años. En una de las imágenes sonreía, el gesto le provocaba dos hoyuelos graciosos. En el resto aparecía con semblante retraído, sin saber cómo posar. Me gustó. Después me informé sobre su trayectoria profesional. Mi mareo seguía creciendo como la espuma del detergente.

La primera búsqueda me condujo a una galería de arte de Chelsea, Nueva York. Su página oficial. El diseñador merecía un aplauso. Después de una bienvenida que invitaba a pasear por galerías interactivas, leí:

Los puntos de Selleck

Si un punto fuera tan insignificante como su tamaño, los sueños sestearían en el poso de lo imposible. Selleck marca las pausas en sus lienzos. Inicia una historia que envuelve los sentidos. Concluye el cuento con un punto y seguido, porque el resplandor de los colores no rubrica un desenlace intempestivo. El fin da la mano al principio de una leyenda en el que tú eres el protagonista.

Cada uno de sus puntos cierra heridas, sutura un ayer en el que no amaneció. El poder de lo minúsculo mueve mundos de agua y arena, surca tempestades, propaga el brillo de la novedad hasta el infinito. El artista dibuja puntos en un

mapa diseñado para codiciar la verdad, donde los puntos cardinales se desorientan para mostrar la senda acertada. Cada uno de sus puntos viaja para frenarse en la tierra y revolotear entre nubes.

Los números son moralejas que avivan el deseo de creer. Los puntos de Selleck esconden más de lo que se ve a simple vista; así es el arte, así son los artistas que invitan a navegar en sus obras, a despertar sentimientos desatendidos. La colección nace con vocación de ser eterna en los lienzos y en la memoria del que lo adquiera, porque los puntos se unirán igual que estrellas creando una constelación descollante.

Si quiere formar parte de un todo. Si quiere formar parte de la magia pulse aquí.

T. Russell

Se me erizó el vello. «Los puntos se unirán igual que estrellas», repetí. Incluso con un mareo acusado, pulsé, pulsé, pulsé. Quería formar parte de un todo, quería formar parte de la magia, quería un punto de Selleck como el que tenía la doctora. Quería quince mil dólares para pagarlo. Y cuando pulsé, resoplé. La colección estaba agotada, los puntos vendidos. Me lo merecía, por vivir deprimida y ajena al exterior. Pero descubrí algo interesante que *a priori* no entendí. La nueva página, la que indicaba amablemente que había llegado tarde a la fiesta, mostraba treinta y ocho imágenes, treinta y ocho puntos. Los colores de los cuadros eran idénticos, como el de Cristina Pozo, sin embargo el punto, el círculo, aparecía en una posición distinta en cada lienzo, moviendo la pintura tras de él. Al final de la última imagen leí: *continuará*. Y me pregunté: ¿cuántos puntos piensa pintar este loco?

Volví al inicio. Estaba muy mareada y me encontraba fatal. Pinché en *El Primer punto de Selleck* y la imagen se amplió quedando a la izquierda de la pantalla. Larry Selleck había plasmado el primer punto en la parte superior derecha del lienzo, casi rozando el centro. Al lado de la imagen apareció una frase:

El punto número uno encabeza una carrera de suspiros. Es el cuco que hay colgado en la pared, expectante por si recibe una visita inesperada. Es el peligro de caerse haciendo piruetas.

Releí la frase varias veces. Fruncí el ceño. Me despedí de la fotografía entre bostezos y un cansancio demoledor. Pulsé sobre *El Segundo punto de*

Selleck. En esta ocasión encontré el punto en la parte inferior, a la izquierda. Y de nuevo una frase acompañaba la obra.

> *El punto número dos anda por las ramas de un suspense que evita contundencias y afirmaciones. Es la manera de colgarse en un llavero que guarda historias de noches sin soles*.

Selleck no solo vendía arte, vendía mensajes únicos, como sus puntos. Me pareció original. Tuve la sensación de que abría una galleta de la fortuna con cada clic. Una lástima que no tuviera los sentidos a pleno rendimiento, hubiera comprendido de forma completa el alma y el objetivo que movía la colección. Rápidamente dirigí el cursor hasta *El Séptimo punto de Selleck*. Me emocionó ver la fotografía de una obra de arte que había contemplado a dos centímetros. La pintura sobre la que había conversado, con la que me había identificado sin mucho esfuerzo. La sentía un poco mía. Pulsé sobre la imagen para descubrir qué mensaje en forma de regalo le pertenecía a la doctora Pozo. El cuadro se amplió y a la derecha leí:

> *El punto número siete es un impulso kamikaze, secretos desvelados que se esconden debajo de la almohada. Es la maleta vacía que se perdió en el aeropuerto porque no le convenció el destino elegido. Es el empujón que invita a saltar*.

¿Tendría muchos secretos la doctora Pozo? ¿Necesitaba un empujón? ¿Por qué le habían regalado ese punto? Seguí haciéndome preguntas mientras los ojos se me iban entornando a golpes irregulares, hasta que desistí y me abandoné a los efectos relajantes de la pastilla. Fue la primera noche en tres meses que dormí de un tirón y lo hice sin pensar en Paolo. Ahí residía la magia del medicamento, en caer rendida y no reflexionar. Narcotizar las pesadillas creando una balsa protectora.

Imagino que mi abuelo se asomó y miró cómo dormía ausente a la realidad. Seguro que fue él el que apagó el ordenador, el que bajó la persiana y el que me llamó «Corderilla».

El amanecer no pidió permiso y entró con mi madre en la habitación.

—Vera —llamó, despertándome—, he llegado de Barcelona. ¿Cómo estás?

—Muy mareada —musité sin pronunciar todas las sílabas.

—No te preocupes. Se te pasará el efecto. Me voy a la oficina, nos vemos esta tarde. Cuando te levantes échale un ojo al abuelo, está tosiendo muchísimo.

Gruñí sin afirmar. Me dio un beso y salió en dirección a su primer hogar, el trabajo. Aquella noche no soñé con Paolo, aparecía en mis sueños tan a menudo que me daba miedo dormirme y volver a sentirle, pero la escena con mi madre me condujo a él, solo a él.

* * *

—Vera —susurró Paolo a la vez que me besaba—, ya es sábado, *principessa*. ¿Cómo estás?

—Muy mareada —contesté.

—Si no hubieras bebido tanto no estarías así. No te preocupes, duerme un poco más y en un rato vengo a despertarte. Tenemos que ir a un sitio.

La noche anterior habíamos celebrado mi cumpleaños. Había sido el 10 de junio más feliz que recordaba. Mi primer cumpleaños con novio, con cena romántica y con demasiada bebida. Llevábamos juntos cuatro meses que habían transcurrido como dos minutos. La complicidad que emanábamos me sorprendía de igual manera que me enamoraba. Un desconocido se había convertido en mi piedra angular. Me sobraba el aire si Paolo me esperaba a la salida del trabajo con una sonrisa. Me dolía no escuchar su voz. Lo necesitaba junto a mí. Era una peligrosa necesidad mirar sus ojos negros. Sí, el amor me había cegado, dejando una ranura por la que solo veía a Paolo Orsini.

Bajé de su casa sin saber a dónde me dirigía. Le encantaba idear sorpresas, ver mi rostro inmerso en la confusión. Cruzamos la gran vía Germanías y nos dirigimos hacia la calle Castellón. La mañana rezumaba la alegría de un verano próximo. El cielo raso aumentaba las ganas de no encerrarse entre cuatro paredes, y el bullicio de la gente colmaba el centro de la ciudad.

Guiada de su mano y con preguntas sin claras respuestas subimos los escalones de la Lonja. Un joven desaliñado tocaba la guitarra y cantaba la canción *Let it be*. Esperaba que su mano fuera aflojando, que parara frente a un restaurante o una tienda de moda y complementos como señal

inequívoca de que mi regalo estaba allí, detrás del escaparate, esperándome. Pero durante el recorrido mantuvo el mismo ritmo. Me miraba y sonreía como si él también fuera a recibir una sorpresa.

—Hemos llegado —anunció.

Paolo me colocó bajo un olivo y me miró ilusionado.

—¿La sorpresa era enseñarme el viejo olivo?

—No, ¿sabes dónde estamos?

Callé un instante. Conocía aquella plaza perfectamente, un rincón idílico detrás de la Lonja. Mi abuelo me llevaba de niña y nos sentábamos en el café Lisboa, a la sombra del olivo.

—Sí —le dije a Paolo—, estamos en la plaza del Doctor Collado.

—¿Te gusta?

Hice un barrido. Los recuerdos brotaban de las paredes. Me parecía que nada había cambiado. Los edificios de no más de cuatro alturas, algunos renovados, otros sin disimular las embestidas de las estaciones, pintados en tonos distintos: beige, terracota, azul pastel. Observé los establecimientos centenarios, supervivientes de distintas épocas. La mítica ferretería de Blas Luna, la horchatería, el horno, la relojería más tarde convertida en numismática La Lonja.

Ahora estoy muy lejos de la plaza, pero aún visualizo el legendario reloj sobre el dintel que decoraba la fachada del establecimiento. Era enorme, redondo, de madera tallada. Mi abuelo repetía que era el reloj más antiguo de Valencia, incluso más que el del Ayuntamiento, y yo le creía fascinada. Un reloj que un día se paró a las cuatro y veintiocho minutos, de un año cualquiera, pero un año muy lejano. «¿Por qué se paró?» le preguntaba, y él me explicaba que era un reloj delicado, que necesitaba ayuda para caminar, darle cuerda, ajustarlo. Alguien se olvidó de él. Y a mí me daba pena el precioso reloj abandonado. Cuando crecí intuí que la historia no era así. Lo más seguro es que una pareja de enamorados, en una desierta madrugada, se besara bajo el reloj. Una historia que paró el tiempo dentro de un cristal.

—¿Me has comprado una plaza con un árbol? —pregunté irónica—. Claro que me gusta. ¿Qué estás tramando? ¡Me pones nerviosa!

Paolo sacó del bolsillo de sus vaqueros una cinta de raso roja y la puso sobre mis ojos. Ató una lazada resistente detrás de mi cabeza.

—Te voy a dar la sorpresa, ¿preparada?

—¡Sí! ¡Pero no veo y me voy a caer!

—No te vas a caer porque te voy a llevar de la mano.

Paolo me cogió fuerte. Apenas dimos diez pasos cuando nos paramos. Escuché el ligero crujir de una puerta y volvimos a avanzar. Estaba bajo techo, sentí un ligero frescor reconfortante y un sutil olor a naranjas. No paraba de sonreír, amaba formar parte de sus días. Ser la protagonista de sus locuras.

—Súbete a caballito, en mi espalda —dijo, situándome tras de él.

—¿Dónde estamos? ¡Pero si no veo! —exclamé en una carcajada nerviosa.

—Pega un salto —ordenó, posando sus manos en mis piernas—. Has sido bailarina, no te costará demasiado.

Di un pequeño salto y me acomodé en su fornida espalda. Empezamos a subir o a bajar, no lo tenía muy claro, pero nos movíamos mucho. Me abracé a su cuello y le susurré en francés *Le plus beau du quartier*, una canción de Carla Bruni. Le encantaba que le cantara en francés. Sujetó con fuerza mis muslos y me entraron ganas de que me desnudara allá donde estuviéramos.

—Baja —afirmó. Me dejó en el suelo. Escuché unas llaves. Percibí un nuevo ambiente.

—¿Dónde estamos? ¡Quítame la venda ya!

—Espera.

Caminamos unos metros y volví a sentir el calor. Escuché bullicio.

—Ya puedes quitártela.

Retiré la cinta de los ojos. Después de estar a oscuras la luz inundó mis retinas. Me restregué los párpados. Miré a Paolo sin entender. Me apoyé en un muro de metro y medio decorado con decenas de macetas con flores de colores y miré hacia abajo. Estaba en el balcón de un tercero. Veía la plaza, los monumentos. La vista era inolvidable.

—¡Oh, Dios mío! ¿Qué es esto? —Me llevé las manos a la boca.

—Tu sorpresa, nuestro apartamento desde hoy. Sin ascensor pero con una gran terraza. Dijiste que si lo nuestro iba bien nos iríamos a vivir juntos y… va muy bien. Quiero dormir contigo todas las noches, sin excepción.

Enmudecí. Ciertamente estaba en *shock*. Medio ciega y en *shock*. Lloré y le abracé tan fuerte que me dolieron los brazos. No hubo una chica en el planeta que estuviera más feliz que yo.

—Dormir conmigo todas las noches ¿eh? Solo me quieres por mi cuerpo.

—Y por el francés y tus ondas pelirrojas. ¿Te gusta? —preguntó y me besó.

—Me encanta. ¿Podemos pagar el alquiler?

—Tú trabajas y yo también. Podemos de sobra. Pero hay alguien que se va a venir a vivir con nosotros.

—¿Quién?

—Valen, nuestra bolita.

Hicimos el amor sobre las baldosas de gres de un apartamento reformado de sesenta metros. Jugando con la cinta de seda roja, sin fijarnos en el sofá oscuro de tres plazas ni en los modernos detalles de la cocina abierta. Vivimos un año en el piso de la calle de los Cambios, qué ironía.

* * *

Sentía debilidad y la cabeza me pesaba cien kilos. Me levanté oscilando de un lado a otro. La casa estaba en silencio, ni la radio ni la televisión emitían voz alguna. Apenas se oía el tráfico desde la avenida.

—¡Yayo! —grité por el pasillo.

Nadie contestó. Bostecé. Llegué a la habitación de mi abuelo, abrí sin titubeos y encendí la luz. Estaba hecho un ovillo bajo la sábana.

—Yayo, ¿qué te pasa? —pregunté, y él me contestó con una tos infernal —. ¡Oh, Dios mío! Estás enfermo. —Le toqué la frente, tenía fiebre—. Voy a llamar al médico de urgencia y a mamá.

—No —contestó y tosió—. No molestes a tu madre, que está trabajando.

—Pues si está trabajando que se joda, su familia es más importante que el trabajo.

Mi abuelo no discutió el comentario. Aún con el peso de cien kilos de arena sobre mí, hice las gestiones necesarias. Me acurruqué en el regazo de mi abuelo, sobre su abultada barriga. Respiraba con dificultad. Sentí miedo.

—¿No te vas a ir, verdad?

—Creo que hoy no, Corderilla, creo que hoy no.

Pasamos la tarde en Urgencias. El doctor que vino a casa dijo que era una bronquitis aguda, pero recomendó que, a esas edades avanzadas, mejor fuésemos al hospital para que le hicieran placas, análisis y descartar que padeciera de algo más complejo.

Me senté en la sala de espera, yo era la única que iba drogada y con gafas de sol. La política de Urgencias imponía que solo un acompañante por enfermo. Así que esperé gran parte de la tarde hasta que mi madre apareció por unas puertas correderas. Empujaba una silla de ruedas en la que estaba sentado mi abuelo con un broncodilatador verde en la mano. Me sonrió y yo lloré.

Al día siguiente por la mañana llamé a Lucía. Debía empezar mi incursión al mundo real, el viaje a Sarrión para proclamar la boda de mi amiga a bombo y platillo. Pero sin sentirlo absolutamente nada, no iba a ir. No quería dejar a mi abuelo medio abandonado mientras mi madre trabajaba. La bronquitis me daba una tregua para escaparme de la promesa que le había hecho y me alegré.

—Dime, Calabacita, ¿preparada para la escapada? Llévate ropa de abrigo que por la noche hace frío.

—No, Lucía. No voy a poder ir.

—¿Cómo que no?

—Ayer por la tarde estuvimos en Urgencias con mi abuelo, tiene bronquitis. Me asusté muchísimo.

—¿Por qué no me lo dijiste? Hubiera ido a acompañarte.

—Porque estoy medio drogada, me cuesta hablar y mantener la cabeza en su sitio. Duermo veinte horas al día, las pastillas son matadoras.

Se hizo un silencio.

—Vera, ¿no habrás tenido la tentación de maquinar el cuento del hospital para no venir?

—Pero ¿qué clase de individuo crees que soy? ¿Piensas que me inventaría una enfermedad para no ir de viaje?

—Qué quieres que te diga, últimamente estás un poco desequilibrada y haces cosas que se escapan a la razón.

—Estaré desequilibrada pero no miento. El pobre está fastidiado.

—Vale, pues entonces no me voy, a ver si se va a poner peor y estoy lejos. Me quedo con vosotros.

—¿Cómo te vas a quedar aquí? Son tus únicos días de vacaciones y Mario no te lo perdonaría, se va a enfadar. Además, mi madre está en Valencia y me quedo yo.

—Pero tú no eres de gran ayuda y lo sabes. Vives dopada y triste y… ¿Está ahí tu abuelo?

—Estoy en la cama con él.

—Pásamelo.

Mi abuelo sonrió y puso los ojos en blanco, intuyendo la conversación que estaba manteniendo con Lucía.

—Toma, la futura novia quiere hablar contigo.

—Hola, cielo. —Escuché decir a mi abuelo entre toses—. Enhorabuena por el enlace, vas a ser una novia preciosa. Sí, es verdad que estoy enfermo… Un poco, en una semana estoy corriendo… No, no se lo está inventando… Sí, quizás más. Así va la sanidad pública, Lucia, deberías escribir un artículo… No, bronquitis aguda… No digas bobadas, hija… Sí, tú vete y disfruta que de esta no creo que estire la pata… No te sientas mal, a la vuelta… El sábado… Yo también te quiero… Te la paso, besos.

Lucía no tenía abuelos y pensaba que el mío también era el suyo, pero no me importaba.

—¿Conforme? —le pregunté.

—Conforme, no te has inventado una tarde de hospital, a lo mejor no estás tan loca. Pero me preocupa que se ponga peor.

—Joder, Lucía, no lo repitas más.

—Yo qué sé… tiene una tos muy fea. Quizás se transforme en una neumonía.

—Que no, que se va a recuperar. —Me mordí el pulgar.

—Vale, pero si empeora de repente o me necesitas para lo que sea me llamas, que nos bajamos del pueblo corriendo y que Mario diga misa en latín, me da igual. Me pasaría antes de irme pero voy apuradísima. Me he traído la maleta al trabajo y si no tengo que recogerte nos iremos directos.

—No te preocupes. Voy a poner unas películas y así nos vamos a distraer.

—Vale. Otra cosa. Imagino que te estás preparando mentalmente para lo del martes.

—¿Qué pasa el martes? —le pregunté, consciente del tema.

—¡Vera! ¡La entrevista!

—¡Ah, sí, sí! —contesté sin darle importancia. Si se la daba… enloquecía—. Estoy muy concienciada. Oye, ¿tú sabías que Larry Selleck le asigna un mensaje a cada punto?

—Sí, leí en el periódico que una chica de Wisconsin se ha tatuado la espalda de arriba abajo con un puñado de sus frases y se siente más orgullosa que una recién parida. La gente está muy mal… Rezo para que no se te ocurra algo semejante. ¿Y a ti por qué te ha dado ahora con Larry Selleck?

—Por nada.

—Pues te dejo, que tengo un lío de artículos y de llamadas que no es normal. Esta me la guardo, el próximo viaje no será de tres días, será de seis para recuperar.

—A tus órdenes.

—Luego te llamo. Te quiero, Calabacita.

—Y yo —le dije.

Tal y como tenía previsto nos entretuvimos viendo películas de los ochenta tirados en la cama de matrimonio. Yo vi un tercio de cada film, el resto lo pasé durmiendo, que era lo único que podía hacer aquellos días que parecían domingos. Mi abuelo tosía y se mecía en un duermevela. Y Bolita ronroneaba a nuestro alrededor. Mi madre llegó antes del trabajo. Seguramente tenía remordimientos de conciencia por tener a dos convalecientes postrados en un colchón. A que mala hora le entró el ataque de buena samaritana. Al llegar se deshizo en cuidados y buenas maneras. «Papá, ¿te traigo agua? Hija, ¿sigues mareada? Papá… Hija… Papá… Hija…». Como advirtió que no necesitábamos nada que ella nos pudiera dar —un corazón nuevo para mí y juventud para él—, mi madre se remangó y preparó la cena, nunca cocinaba porque el *chef* oficial era mi abuelo. Tenía tiempo, ganas y buen gusto, por lo que no competíamos por el puesto.

Cenamos en silencio, lanzándonos miradas cómplices que iban desde el plato hasta nuestros ojos. El hervido estaba insípido y el puré de zanahorias con unos grumos que me provocaban arcadas. «¿Está bueno?», preguntaba mi madre con un tono que desprendía demasiada ilusión como para contestar la verdad. Los dos asentíamos conformes, aunque mis asentimientos se confundían con cabezadas inconscientes.

Los dejé en la cocina tomando el postre y me fui a la habitación perseguida por el gato. Encendí el televisor, me metí en la cama y seleccioné una serie de detectives en Nueva York. El efecto de la pastilla me hizo abandonar el misterio y las grandes avenidas.

Imagino que no soñaba nada especial cuando empecé a escuchar el móvil. Un nuevo caso de policías y detectives apareció en la televisión. Miré hacia la derecha. Alguien había apagado la luz de la mesita de noche. Me senté en el borde de la cama y contesté.

—Hola, *reina mora* —le dije—, ¿me llamas para ver que se siente al vivir montada en una noria?

No, nadie me llamaba para eso. Fruncí el ceño, me costaba entender, asimilar con claridad qué intentaba decirme la persona que estaba al otro lado del teléfono. Tras unos minutos en los que no esbocé ni una palabra, despegué el móvil de la oreja y cayó al suelo. Un zumbido se instaló en mis oídos. Salí del cuarto a oscuras y me dirigí a la habitación de mi madre. No fui a la de mi abuelo, fui a ver a mi madre.

—¿Qué pasa, Vera? —Me miró por encima de las gafas de lectura. Se incorporó en la cama y abandonó el libro sobre la almohada—. ¡Vera! —gritó al ver que no reaccionaba.

Me sentía mareada y apenas podía respirar. Temblaba.

—¡Vera! —grito de nuevo, poniéndose en pie.

—Me ha llamado Toni —dije en un suspiro, completamente blanca.

—¿Y qué pasa?

—Lu… Lu… Lucía. —Hice aspavientos para indicarle que me faltaba el aire.

—¿Qué, Vera, qué? —preguntó mi madre.

—Un accidente de tráfico —contesté y perdí parcialmente la visión—. Ha muerto.

Mis rodillas se estamparon contra el suelo, apreté los puños hasta clavarme las uñas en las palmas de las manos y grité. Chillé y lloré como jamás lo había hecho. Un chorro de cólera, pena e impotencia salió de mis entrañas. Ella intentaba sujetarme por la espalda, actuando como una camisa de fuerza.

Lo último que recuerdo es la voz de mi madre que, a mi lado y entre lágrimas, gritó: «¡Papá!».

OceanofPDF.com

10

Nueva York, 14 de noviembre de 2011

J. Gordon colgó el auricular del teléfono de dial giratorio, crujió los dedos de su mano izquierda y se acarició la incipiente calva que le torturaba la existencia a diario. Imitó a *El pensador* de Rodin, después abrió el segundo cajón de su escritorio y extrajo una llave minúscula. Se levantó con aire meditativo y se dirigió hacia la estantería acristalada.

En la academia Wells, con nueve años de actividad a sus espaldas, cualquier dato se informatizaba al segundo de nacer. Para Diana, una artista que alcanzó cierto reconocimiento en la década de los noventa, la exquisitez aderezada con un punto de funcionalidad era la máxima que guiaba su negocio. Un negocio que arrancó gracias al dinero de su marido, diecinueve años mayor que ella. A Gordon le agradaba que la señora Wells fuera sistemática y obsesiva con el orden, las fichas, los registros y lo que se le antojaba conservar en carpetas digitales. Pero él prefería sostener el peso de lo que andaba buscando, sentir la solidez de la documentación y no desesperarse con las subcarpetas, bautizadas con títulos en clave como: «XMir», «TQsub» o «FitR». Descifrar enigmas, despejar incógnitas y sentarse frente al ordenador sin éxito alguno le resultaba tan perturbador como entablar conversaciones banales con Ayumi Sasaki, la recepcionista de la academia.

La vieja escuela sería tan vieja como él, pero sus métodos eran infalibles. Con un mimo malcriado y una calma envidiable había impreso la información que le parecía más relevante y la había archivado. Ladeó la cabeza bruscamente y con el dedo índice empezó a acariciar los lomos de las carpetas. Leyó en voz alta: «R. Sallow, T. Sander, M. Seaton, L. Selleck.

¡Ajá! Aquí estás, chico». Cogió la carpeta que le interesaba, la dejó sobre el escritorio y empezó a revisar la obra y milagros del joven artista.

* * *

A medio mundo de distancia, Mijail Vasíliev yacía adormilado cuando oyó un portazo que lo desveló. Katia, tumbada junto a él y enredada entre las sábanas de seda, murmuraba palabras inconexas y entrecortadas. Mijail se incorporó y adivinó que su mujer se había convertido en la protagonista de su propio delirio.

—Cariño, despierta, estás soñando. ¡Katia!

Abrió los ojos consternada, como si hubiera despertado de un trance maquinado por el péndulo burlón de un hipnotizador.

—Me estaban atracando en unos grandes almacenes —afirmó y se llevó la mano a la frente.

Ni un ápice de sobresalto se dibujó en la mirada de Mijail. Desde hacía semanas su mujer padecía pesadillas surrealistas. Una noche pasó de ser una gallina a punto de ser sacrificada a encarnarse en la figura de un sicario que mataba por ingentes cantidades de dinero. Nunca le había ocurrido algo así. La ausencia de preocupaciones reales le permitía dormir sin interrupciones, hasta que su hija mayor les confesó que pensaba separarse de su marido porque el amor se había volatilizado. Con la revelación llegó la carrera de traumas nocturnos.

—Debería verte un médico. —Mijail cogió el vaso de agua de la mesita y lo encajó en las manos de Katia—. A lo mejor te manda unas pastillas y se te pasa. Mañana hablaré con el doctor Serkin, le diré que venga y le cuentas lo de la gallina, lo de la burbuja que explota y te quedas sin oxígeno, y lo que quieras. Pero no puedes seguir con estos sustos a medianoche.

—¿Serkin sigue vivo? Debe de tener doscientos años.

—Sigue vivo, pero te hablo de Serkin hijo.

—Si te quedas más tranquilo, que venga, pero esto es del estrés.

Mijail le ofreció una expresión que aunaba un poco sorpresa y otro poco de burla.

—Sí, sí, del estrés. Estoy que no vivo por culpa de tu hija. No sé si es lo correcto, si es una crisis pasajera o cómo va a reaccionar tu nieta. Y el acto de beneficencia que tengo que presentar… El discurso no me gusta, es aburrido y lento, y la gala es el sábado. Además, el vestido que encargué en Chassier aún no me lo han enviado y puede que necesite algún arreglo.

Katia se hundió en la cama como una piedra en un estanque. Aunque Mijail no podía entender cómo minuciosidades tontas la aturdían hasta enloquecer, lo hacían. Si tenía que dar un discurso quería que las palabras ocuparan su lugar exacto. Quería brillar. Y si tenía que lucir un vestido, quería que se ajustara a su figura como una segunda piel. Quería brillar.

Luchaba por no apagarse al ritmo de una vela de las que compraba en Dyptique y por mantener la unidad familiar como una auténtica *mamma* siciliana. Esas despuntaban como sus máximas inquietudes. El fruto de sus profundos delirios.

—Escucha, tu hija sabe lo que es correcto y lo que no, es mayorcita para tomar sus propias decisiones. Y la separación no le creará ningún trauma a Olga. Le crearía más trauma prescindir de algunos bolsos que tiene en su armario. El discurso… yo mismo me encargaré de que redacten uno nuevo, mañana por la tarde te lo enviarán y le echas un vistazo. Sobre el vestido, a primera hora Alin te llevará a Chassier, te lo pruebas y fin de la historia. ¿Todo en orden?

Katia asintió. Su marido había ordenado en un santiamén la angustia que ella intentaba estructurar. La besó y se levantó.

—¿Dónde vas, Mijail?

—Tengo que hacer una llamada a Nueva York —le explicó. Se anudó la bata de cachemira y se dirigió hacia la puerta.

—No tardes.

Mijail atravesó el pasillo hasta llegar al ascensor. Sonrió. Katia lo seguía viendo como un valeroso salvador que la rescataba de la torre más alta y sombría cuando se aturullaba. Y a Mijail le encantaba apropiarse del papel de denodado caballero, dispuesto y armado para la batalla, para despojarla de los agobios traicioneros. Le entretenía solventar minucias. Era una ocupación tan asequible y placentera como completar un crucigrama mientras desayunaba.

Marcó el número cuatro. El número de la estabilidad, la lógica y el esfuerzo. La cuarta planta era la menos transitada, la que gozaba de las mejores vistas y su favorita. Las puertas se abrieron.

—Señor —dijo Anastasia, que a duras penas podía verlo porque cargaba con una torre de toallas sobre sus antebrazos.

—Anastasia, ¿qué haces despierta?

—Terminar unas tareas.

—Olvida las tareas, termínalas mañana. Es hora de irse a dormir.

—Sí, señor —contestó y desapareció en el ascensor.

Tres décadas de interna y seguía igual de entregada y eficiente que el primer día. Por más que Mijail le ordenara que no se acostase después de las once, ella hacía y deshacía a sus anchas. El ruso sacudió la cabeza y se dirigió al despacho. Abrió la agenda de piel, encontró el número que buscaba lo marcó en el teléfono. Después del tercer tono una voz solemne contestó.

—J. Gordon, ¿quién es?

—¿J. Gordon? ¿El mayor cabronazo de Nueva York?

—¡Mijail! Tú si qué eres un gran cabronazo ruso —protestó entre risas —, dijiste que ibas a venir el mes pasado y sigo esperando. ¡No me digas que estás aquí!

—No, no, estoy en Moscú. Tenía la firme intención de ir, pero entre reuniones y viajes se me ha complicado.

Gordon elevó el reloj digital. Si allí era las cinco menos cuarto de la tarde, en Moscú debería ser aproximadamente la una menos cuarto de la madrugada.

—Lo imagino, ¿qué tal Katia y las chicas?

—Muy bien, Gordon, con sus líos y sus compromisos, pero están bien. Mi nieta por fin dejó al pelele con el que estaba, ese maldito chaval… Se me estaba agotando la paciencia con tanta invitación desmedida.

—No… lo puedo… creer —afirmó con voz pausada—. ¡Te has convertido en un abuelo inflexible y reaccionario! Peor que con tus hijas, compañero.

—Tú porque no has tenido hijas, pero cuando tu nieta cumpla veintiún años y salga con un mequetrefe que solo piensa en llevarla a la cama, ya me

contarás en qué te conviertes.

—Le cortaré los huevos y los enterraré en mi jardín.

Gordon encendió un cigarrillo mientras imaginaba a su dulce nieta preadolescente en el catre con un cualquiera. Se le encogió el estómago.

—No te rías, desgraciado —añadió Gordon con una sonrisa.

—Es ley de vida, aún te quedan unos años de tranquilidad. ¿Qué tal va por allí? ¿Todo en orden? —Mijail levantó las piernas y las cruzó sobre la mesa de secuoya.

—Sí. Los chicos al timón del negocio, sorteando olas gigantes pero con el rumbo bien pillado. Sin problemas. Y yo aquí, creando futuros genios —contestó—. Sentado en el despacho de una academia de arte. Cómo cambian las cosas…

—Una mujer con ganas de transformar el presente y el futuro puede cambiar hasta el rumbo de un misil.

—Ni que lo digas. Diana sería capaz de convertir al budismo al ejército más fiero y viceversa. Pero bueno, vamos al tema que nos incumbe. Larry Selleck.

—Exacto.

—Me ha llamado hace un rato la mismísima Donna Parkman. ¿La has visto últimamente?

—No, hace casi dos años que no coincidimos —recordó Mijail.

—Pues tendrías que verla. No sé cuál es su salón de belleza o qué manitas expertas la moldean con el bisturí pero, amigo, despierta envidias allá donde va. Está mejor que cuando la conocimos hace un siglo. Ha vendido su alma al diablo.

—Donna siempre ha sido muy atractiva, pero no sería el primer pacto que firma. Es su especialidad.

—Lo sé. Me ha dicho que ha hablado contigo, así que no te voy a mentir, esperaba ansioso tu llamada.

Los dos sonrieron.

—Sí, hemos charlado. Ya te habrá contado. El año que viene la galería celebra su 30 aniversario y va a organizar un sinfín de actos. La parafernalia que es capaz de montar esta mujer si quiere darle bombo al asunto…

—En eso también es especialista —constató Gordon y acarició su calva.

Donna era la reina del espectáculo, del arte y del papel *couché*.

—El primer acto es el sábado 14 de enero, es el que nos interesa. A mí, a ti y a Selleck. En la Galería A, la principal, expondrá un artista de prestigio, que de momento no me ha desvelado. Y en la Galería B, la del primer piso, quiere que expongan treinta jóvenes menores de treinta años. En la segunda planta hay esculturas de no sé quién…

—Es lo que me ha explicado.

—Me ha preguntado si tenía alguna recomendación. Ya sabes cómo funciona esto. Si quería que alguien de mi confianza formara parte en la exposición de artistas noveles. Mi respuesta ha sido afirmativa, por supuesto. Pero le he aconsejado que te llamara a ti. Tú eres el que tiene la información del chico y trabajas con él a diario. He considerado que era lo correcto. Además, te hago un favor si uno de tus profesores expone en la galería de Donna Parkman, es un tanto que te anotas.

—No lo dudes, amigo, Diana se va a poner como loca cuando se entere.

Mijail apretó las mandíbulas hasta que en su cara afloró un incordio trinante. Le repateaba las tripas que Diana bailara a media luz la danza de los siete velos gracias a él. Cuando Gordon se separó de su primera mujer se convirtió en uno de los divorciados más cotizados y Diana lo pescó sin cebo. Cuatro palabras bien estudiadas y el vigor de su juventud bastaron. Aunque ella aseguraba, con voz dulce y convincente, que se había enamorado del color amelado de los ojos de su marido, Mijail pensaba que se había enamorado del verde de la fortuna que amasaba su fiel amigo. La trataba con respeto y cariño, pero Gordon era consciente de la animadversión que Mijail experimentaba hacia su mujer, aunque eso no había resquebrajado su amistad ni un centímetro.

—A Diana cuéntale lo que quieras, pero no le digas que Larry va a exponer porque yo he intervenido. Así se lo he aclarado a Donna. Yo no existo en este tema.

—Así será, confía en mí. Ni siquiera sabe que Selleck imparte clases en la academia gracias a ti. Le dije que me lo había recomendado alguien del Detroit Institut of Arts y no preguntó demasiado. En realidad no mentí, tuve que urdir el plan y llamar a un tal Tommy Jackson del museo para que el chaval no sospechara.

Mijail esbozó una sonrisa al escuchar el arduo trabajo que había llevado a cabo su amigo.

—Aquí delante tengo su trayectoria profesional —añadió Gordon—. Tiene un talento bestial y calidad de sobra para exponer con Donna. Sin desmerecer la academia de mi mujer, a veces me pregunto qué hace aquí.

—Seguro que eso va a cambiar muy pronto.

—¿Qué tienes pensado? —preguntó Gordon, consciente del poder de Mijail.

—Nada. Que exponga en enero y ya veremos por dónde van los tiros.

—¿Te puedo hacer una pregunta?

—¿A estas alturas me pides permiso?

—Bueno, es que… Mijail, no conoces a Larry, nunca has hablado con él, ¿por qué lo has convertido en tu protegido?

—No es mi protegido, pero le quiero echar una mano. Aunque no lo recuerdes, tú y yo también hemos sido jóvenes y tuvimos un mentor que nos ayudó. El chaval es bueno y a nosotros no nos cuesta mover algunos hilos. Además, su novia es una vieja amiga y…

—¿Tiene novia? —lo interrumpió Gordon con visible curiosidad.

—Sí, es española, el año que viene se trasladará a Nueva York para vivir con él.

—¿Te ha pedido ella que lo ayudes?

Mijail sonrió. Se notaba que Gordon ignoraba que Cyntia era autosuficiente y fuerte como una planta que crece y se abre camino sobre una roca.

—No. Es muy testaruda, no me pediría ayuda a no ser que se viera contra las cuerdas y sin respiración. Si supiera que ando detrás de los posibles logros de Larry me mataría. Ella sí que me cortaría los huevos.

—Amigo, tú no te preocupes, hoy mismo si es posible hablaré con el chico y le explicaré lo que me ha dicho Donna. Y que las aguas sigan su cauce.

—Perfecto. ¡Ah! Se me olvidaba —afirmó en medio bostezo—, ¿cómo le va con el compañero de piso que le buscaste?

—¿Con Edward? Genial, es un *crack*, un tío serio. Precisamente ayer cené en su restaurante y le pregunté. Se entienden a la perfección. Ni una

queja por parte de uno y de otro.

—Pues nada más, Gordon, me voy a la cama, que un anciano como yo debería estar durmiendo.

Gordon soltó tal carcajada que le hizo toser.

—Entonces ¿cuándo te veo?

—Dentro de dos meses —afirmó Mijail.

—¿Vendrás a la exposición?

—Después del favor que me ha hecho Donna no me queda otra que hacer acto de presencia. Además, tengo ganas de verte y de charlar de negocios. Me acompañará Katia, así que intentaremos ir unos días antes, nos reunimos con calma y nos pegamos un buen homenaje.

—Me alegran tus palabras. Así será, Mijail. Vamos hablando, amigo. Cuídate.

Gordon y Mijail, el hambre y las ganas de comer. La amistad entre ellos nació a finales de los setenta, cuando Mijail pisó la ciudad con ansias de comerse la Gran Manzana y Gordon se la sirvió en bandeja de plata. El ruso comenzó a hacer negocios de gran calado con sus empresas. Gordon estaba metido de lleno en materiales de construcción y en la experimentación con nuevos sistemas de edificación que patentó años después, y a Mijail le vino de perlas contar con sus directrices acertadas. Por aquel entonces, Gordon seguía casado con su primera mujer, Alisa, con la que tuvo tres hijos varones. Sus tres vástagos eran los que en la actualidad llevaban las riendas del imperio que su padre había forjado con paciencia de oro y tenacidad extenuante. Su actividad en la empresa había menguado, seguía como presidente general, pero solo asistía a juntas y destacados encuentros con empresarios. Su imagen seguía cotizando al alza.

Mijail apagó la luz del despacho, se ajustó la bata e hizo el camino de vuelta al dormitorio pensando en Cyntia. Había recibido su último email a principios de septiembre y en comparación con otros mensajes que ocupaban folios, este era escueto y clarificador.

Para: Mijail Vasíliev
Asunto: Feliz

¡Hola, Mijail!

¿Cómo está? Yo muy bien, ¡muy feliz! He vivido una semana increíble con Larry. Volvió a NY y estoy un poco agobiada porque no sé si podré visitarle a lo largo del año. Larry y yo hemos hablado sobre nuestra relación y hemos decidido estar juntos, ¡somos novios! El verano que viene, cuando acabe la carrera, me iré a vivir con él.

Espero que le vaya bien. Sigue en el mismo puesto en la lista Forbes. ¿Qué pasa? ¿No quiere superar su marca personal?

Besos,

Cyntia

Le hizo gracia la sutil bufonada. Nadie le gastaba bromas de ese tipo. El concienzudo seguimiento que hacía de sus subidas y bajadas en el *ranking* lo cautivaba y entretenía más que una película de Charles Chaplin. La española le había contagiado su felicidad, y él se sentía pletórico al ver que los acontecimientos se desarrollaban como deseaba. Pero debía definir bien la táctica del siguiente movimiento para conseguir la estrategia perfecta y alcanzar el objetivo. Los próximos días, Cyntia le enviaría un mensaje desbordante de emoción. Le anunciaría la exclusiva, la exposición de Larry con *la más grande*. Y él debería fingir un entusiasmo real pero tardío; equilibrar las fuerzas para no pasarse de la raya e indagar en los planes que rondaban la cabeza de Cyntia. Si los dos chocaran de bruces en la exhibición se irían al traste futuras intervenciones de Mijail en el caso Larry. Cyntia, observadora y sagaz, ataría cabos. Al armar el rompecabezas pondría el grito en el cielo, y encolerizada se enfrentaría a él sin ningún reparo ni contención. No por apoyar a Larry, sino por mentirle a ella. Mijail se estremeció al pensarlo. «Pero eso no va a ocurrir», se autoconvenció antes de meterse en la cama y abrazar a su mujer, vencida por el sueño.

* * *

Gordon se levantó con el portafolio de Larry. Depositó la carpeta en la estantería, que cerró de inmediato. Se detuvo y se descubrió en el cristal. El reflejo le devolvió lo que era, un golpe súbito, una crítica demoledora a mano alzada. Se acarició las mejillas. La vida pasaba. No era un cuento de viejos del que se mofan los jóvenes, no. Era un corto suspiro jugando a eternizarse.

Mijail estaba en lo cierto: luchar contra las manijas era una batalla perdida. Eran unos aspirantes a ancianos que únicamente tenían la opción de negociar. Añoraba a su viejo amigo, las fiestas de escándalo cuando los años no pesaban tanto y las confidencias sabían a champán.

Volvió a la mesa y estudió el folio con los apuntes anárquicos que había tomado al conversar con Donna. Incluso su letra había cambiado: su trazo ya no era diáfano. Ahora de su pluma se escapaban letras dispersas que danzaban de forma irregular. Algunas palabras se perfilaban inacabadas y otras querían iniciar el vuelo. Dobló la hoja y la guardó en el tercer cajón del escritorio. Se dirigió al armario y descolgó su abrigo. Mientras enrollaba una gran bufanda alrededor de su cuello, escuchó una algarabía que procedía del exterior. Los alumnos eran bastante civilizados, pero había dos o tres que revolucionaban a la masa sosegada.

Se apresuró a salir del despacho. Tenía una cita con su hijo y no podía retrasarse. El pequeño de la familia era un virgo puntual, capaz de desesperarse si su padre llegaba tarde. Gordon se asomó desde el primer piso y divisó en la planta baja a cuatro guerreros que reían, gritaban y se empujaban. Peleaban furibundos y caían al suelo como bolos. Los miró con ternura, parecían sus hijos cuando eran pequeños, siempre pleiteando y zafándose de sus castigos.

«Eh», espetó con fuerza. Los niños frenaron sus juegos e inmovilizados dirigieron sus cabezas hacia el cielo. Miraron con miedo la enorme figura de Gordon, su redonda barriga, su bigote magnífico. El susto acalló el griterío y salieron disparados hacia las clases. Gordon atravesó el pasillo central y bajó a la recepción. Observó a Ayumi, su pelo negro lacio y decorado con mechas de color fucsia. Y su collar: una gran nota musical adornada con brillantitos que cegaban. Hablaba con un par de madres a las que despachó pronto. Gordon se acercó al mostrador.

—Es un collar de *Hatsune Miku* —explicó la recepcionista—. He visto que lo estaba mirando.

—Es que es un collar muy… bonito, Ayumi. No pasa desapercibido.

Gordon no podía con ella ni con sus códigos indescifrables.

—Lo sé —afirmo sonriente.

—¿Está Larry?

—No.

—¿Y dónde está?

—Ni idea, señor Gordon, no llevo un radar que me indique las coordenadas de Larry.

Gordon la fulminó con la mirada.

—Pero tiene clase a las seis —añadió—, no tardará. Larry es tan puntual y perfecto… —apostilló Ayumi con cierto retintín.

Desde que Selleck había llegado a la academia se sentía desplazada. El joven era el que recibía los elogios y eso la mataba.

—Cuando llegue le dices que quiero hablar con él. Voy a salir pero volveré en un rato. Cuando acabe la clase que espere.

—Sí, señor Gordon —afirmó con voz cansina.

—Vaya, está chispeando —anunció al mirar hacia la calle—. ¿No tendrás por ahí un paraguas?

—Sí, sí. El mío. —Ayumi corrió al paragüero—. Lo voy a abrir para que lo vea bien.

Gordon ancló la mirada en el paraguas rosa con dibujos manga.

—No, déjalo. Gracias.

La recepcionista observó cómo Gordon se perdía encogido bajo las gotas de lluvia y sonrió maliciosa.

* * *

A cuatro manzanas de la academia Wells, Larry dormía en su habitación. Soñaba que entraba en casa cargado de lienzos y bolsas de la compra. Era un escenario que no conseguía reconocer, los espacios eran amplios y los techos altos. Hacía calor. Una niña de corta edad corría hacia sus brazos. Lo llamaba «papá». Un lazo decoraba su escasa melena.

Eduardo pasó frente a la habitación de Larry, la puerta estaba abierta. El español lo vio y se extrañó. Se detuvo y le pegó un bocado a la manzana. Los lunes Larry salía antes de las cinco.

—¡Chaval! ¿Tú no tienes clase? —le gritó.

—¿Qué?

—Despierta, creo que llegas tarde.

—¿Qué hora es? —vociferó con los ojos muy abiertos.

—Seis menos diez.

—¡Mierda! ¡Mierda! ¡Mierda!

Larry miró nervioso hacia todos los rincones sin dirigirse a ninguno. Finalmente corrió hacia su raído maletín tirado en el suelo como una alfombra. Se lo colgó a modo de bandolera. Se palpó los bolsillos.

—No ha sonado la puta alarma. ¿Y mi cartera? —Volvió a mirar a su alrededor.

Eduardo se apoyó en el marco de la puerta.

—Ahí —señaló—, en tu mesita. Desde que has vuelto de España estás *agilipollao*.

Larry asintió. Guardó la cartera con veinte dólares en el bolsillo trasero del pantalón y salió de la habitación.

—¡Coge la bici!

—¡Se le ha salido la cadena! —dijo antes del portazo.

Eduardo tenía razón. No sabía a qué clase de hechizo lo había sometido esa tal Cyntia, pero el conjuro había funcionado. Larry vivía embobado, absorto en un futuro que veía tan lejano como el último libro de la estantería que había inventado gracias a la española. Cuatro años habían pasado volando porque no la esperaba. Pero ahora que guardaba una promesa, un círculo rojo en el calendario, el tiempo era un busto de yeso duro e intratable.

La lluvia débil pero constante se estampaba contra Larry, que abandonó su acera para enfilar la infinita Greene Street. Corrió bajó los imponentes bloques de hierro forjado. El paso del tiempo no había anulado la solidez y la esencia del distrito de Cast Iron.

Cegado por las prisas esquivó paraguas y viandantes como conos en un entrenamiento de fútbol. Larry se confundía con un rayo del superhéroe *Static Shock*. Cuando llegó al final de la calle giró a la izquierda y voló por Spring Street, dejó atrás The Evolution Store, el esqueleto que decoraba el escaparate se convirtió en una imagen fugaz y confusa. Pero sabía que estaba ahí porque lo veía cuando iba y volvía del trabajo. «Seré hombre muerto si llego tarde», es lo que pensó al divisar el Starbucks del cruce de Spring con Crosby. Hubiera matado por detenerse y beber relajado un *latte*

macchiato como hacía varias veces al día. Exhausto, circuló unos metros más hasta que llegó a la galería Wells.

Ayumi repasaba, con su larga uña pintada de negro, una lista repleta de nombres. La puerta se abrió y la uña de la oriental se detuvo en T. Wilson.

—Llegas tarde. Hace media hora que debías estar aquí. ¿No sabes lo exigente que es Diana con la puntualidad? Y soy la recepcionista, no la niñera de los engreídos que están en tu clase.

—Eres… —Larry, fatigado, apoyó las manos sobre las rodillas— odiosa —concluyó.

—Te podían expedientar por esto —afirmó.

—Sí y a ti —hizo una pausa y respiró—, por mascar chicle, ¿o es que no has leído el contrato?

Ayumi, aparentemente crispada, lo escupió y el chicle aterrizó en el zapato de Larry. Conservar su trabajo era el logro más notable que había conseguido y no lo iba a perder por un chicle, y menos por una acusación de Selleck.

—Te lo haría tragar, imbécil —dijo al sacudir su pie.

—¿Tragarme el qué, Larry?

«El chicle y un puñetazo», pensó. No la hubiera tocado ni en un millón de vidas, pero lo pensó. Imitando a Gordon la fulminó con la mirada.

—¿Está Diana? —preguntó al descender los escalones que conducían a la planta baja.

—No, está reunida con unos galeristas. ¡Ah! Gordon quiere hablar contigo.

Larry se paró en seco.

—¿Sobre qué?

—No lo sé. A lo mejor quiere despedirte. Me ha dicho que es muy importante y que esperes al terminar la clase.

Selleck le dio la espalda y no hizo comentario al respecto.

—Recoge el chicle y no me mires tanto el culo, que tengo novia —dijo y desapareció por el pasillo.

Larry, el ser más pacífico y paciente sobre la faz de la Tierra, luchaba contra las artimañas de Ayumi sin poder remediarlo. Lo exasperaba de forma cruel y en muchas ocasiones contenerse era una misión imposible.

Ayumi dio un zapatazo. Estaba ruborizada e irritada. Parecía que aquel maldito tenía ojos en la nunca, y encima ¿el chico que más le gustaba del universo tenía novia? La desolación que sintió fue brutal. Le entraron ganas de llorar y de esconderse debajo del mostrador.

De nuevo las dudas bullían en la cabeza de Larry. Llegó al aula haciendo volteretas mentales. Lo felicitaban y las madres aplaudían el trabajo que hacía con sus hijos… era imposible que lo despidieran. Sería la banderilla que le faltaba, la gota que colmaría el vaso de su frustración. Respiró fuerte frente a la puerta y la abrió.

—¡*Stop*! —gritó con semblante serio al ver el descontrol de los cinco artistas.

Los niños, enfrascados en sus minibatas blancas de pintor profesional, paralizaron sus fechorías y se quedaron petrificados. Excepto Mery, una niña rubia de ojos claros que corrió a abrazarlo. Rodeó la cintura del profesor y le sonrió con devoción. Estaba igual de enamorada que Ayumi, pero Mery era un dulce ángel y Ayumi una víbora ácida y despiadada. Larry le acarició el pelo y la alumna volvió a su lugar en la bancada. Selleck se aproximó a Max y le desencajó de las manos una botella de pintura acrílica que dejó en la mesa.

—A los armarios —ordenó—. Coged el bloc, los lápices, el carboncillo, la goma moldeable y la foto de la casa.

Cada alumno tenía un armario asignado con su nombre escrito en letras de colores, donde guardaban los pinceles, la bata y los lienzos en blanco.

—¿Otra vez la casa? —preguntó Max, asqueado.

—¿Tú la has terminado? —le recriminó Larry.

—No.

—Lo que se empieza se termina. La disciplina te guiará al éxito.

Max no replicó. Lo hubiera hecho su gemelo, pero no estaba en clase.

—¿Por qué no ha venido Michael?

—Está en el médico —contestó Max con el bloc bajo la axila y las manos repletas de material—. El jueves traerá el justificante.

—¿Está enfermo?

—Sí, de la pilila —aclaró.

Los niños empezaron a reír de forma estrepitosa. Las carcajadas de Claire aterrizaban en el suelo. Mery se sonrojó, corrió hacia su sitio y se escondió entre las hojas del bloc. Tommy y Steven le seguían la gracia con burradas carentes de sentido que aún les causaban más risa. Así eran los niños de ocho años: indiscretos, espontáneos e imprevisibles.

—¡Vale! —Larry dio unas palmadas—. Otra broma y aquí hoy nadie sale antes de las nueve.

—Pero Larry, no es una broma. Es verdad —afirmó Max, excusándose —, está malo de ahí. —Señaló su pene.

—Todos sentados. ¡Ya! —gritó Selleck, que ahogó la risa para seguir serio.

—Larry, ¿el 3B también? —preguntó Steven, el niño más lento del mundo, con la puerta del armario abierta.

—Ese el primero.

Los artistas rebajaron su agitación y se relajaron. Claire se sentó en la primera mesa, de tres metros de largo, a la derecha de Mery. Tommy y Steven en la segunda. Y Max, acusando la ausencia de su gemelo, se sentó solo en la última bancada. La sala era amplia y confortable, las paredes estaban decoradas con sus propias obras, algunas de ellas lucían enmarcadas. Cuando se trataba de las clases de los más pequeños, Diana lo calculaba todo al milímetro. Las aulas estaban acondicionadas con mobiliario de diseño, funcional y de primera calidad. Además, Diana organizaba excursiones a galerías reconocidas con las que firmaba convenios. Y en ocasiones, artistas de éxito visitaban la academia Wells e impartían una *master class*.

—Estoy harto de esta casa y de las sombras —afirmó Tommy, concentrándose en la ventana de la fotografía.

«Yo también estoy harto de las sombras», pensó Selleck.

—Quiero pintar sobre lienzo —apostilló Claire.

—Antes de pintar debemos dibujar —explicó el profesor.

—Y fijarse en los detalles —añadió Mery.

Larry le guiñó un ojo a la niña por su acertada respuesta. El gesto la sonrojó más que la mención a la pilila de Michael.

—No te quejes tanto, Claire —dijo Larry y se asomó al dibujo de la niña—. A lo mejor eres una futura Linda Huber.

Claire tenía un potencial arrollador. Una sensibilidad y talento especiales. Le atraía un lienzo más que un lápiz pero aun así su trazo era limpio y preciso. Tumbaba el lápiz de igual manera que un campeón de carreras inclina su moto.

—Linda Huber dibuja retratos, no casas —apuntó Max.

—No es verdad. —Mery se giró—. También dibuja caballos, bombillas y gotas de agua. ¿No recuerdas los dibujos que nos enseñó Larry?

Max le regaló una expresión burlona.

—Yo prefiero los tiburones de Robert Longo —afirmó Tommy.

—Yo prefiero que os concentréis y os esmeréis porque estas casas se exhibirán en la exposición de Navidad —avisó Selleck.

Steven se hundió en la silla. Para el imberbe artista, las exposiciones eran sinónimo de angustia y presión. Su madre, una incisiva abogada especializada en fusiones y adquisiciones del bufete internacional Cassady&Egoyan, perdía la razón si veía que otro niño se llevaba más galones que el suyo. Steven miró la casa inacabada con desazón.

Larry sentía aridez en la garganta cuando veía que el niño se desinflaba a las puertas de una exposición. Diana pintaba aquellos actos a base de pinceladas de diversión y enriquecimiento. No los organizaba para que las madres asfixiaran los posibles sueños de sus hijos ni para sembrar traumas entre el alumnado.

Intuyendo los miedos de Steven, Selleck se acercó a él, se inclinó y apoyó los codos sobre la mesa. Los brazos del niño, con la goma en una mano y el lápiz en la otra, colgaban inertes hacia el suelo.

—Nos lo pasaremos bien. Tú hazlo lo mejor que puedas. Le diré a tu madre que la obra es perfecta —le susurró al oído.

Steven le contestó con una media sonrisa cómplice.

Siguieron trabajando sobre el dibujo, trazando líneas horizontales y perpendiculares. Aplicaron el claroscuro y dieron profundidad a la habitación gracias a un sombreado rayado. Por suerte no quedaba mucho para terminar y cambiarían a la técnica de la acuarela. Larry, al igual que

Max y Tommy, estaba aburrido de la casa, de sus sombras y de sus ventanas.

Al acabar la clase los alumnos guardaron su material, colgaron las batas y se lanzaron a las pilas para lavarse. Al grito de: «¡Adiós, Larry!», salieron del aula montando jarana.

Selleck terminó de recoger, abrió el armario de Claire y analizó su pintura: era un calco de la fotografía. Un reflejo. No parecía el dibujo de una niña de nueve años, sino de un artista de primera. Larry no conocía a sus padres, la recogía el chófer de la familia, e ignoraba si sus progenitores eran conscientes del prodigio que tenían. Debía hablar con Diana. Sentía la obligación moral de tratar el caso antes de celebrar la reunión del claustro de profesores.

Apagó la luz y se dirigió al *hall*. Desde la planta baja observó cómo Ayumi conversaba con las madres y camuflaba su desdén tras una ficticia sonrisa. Triunfaba porque mentía. Sin mirarla, dejó atrás el mostrador de la nipona. Subió hasta el primer piso, el de los despachos y la sala de profesores. Golpeó con los nudillos la puerta de la oficina de Gordon.

—Adelante.

Gordon guardó unos informes que le había dado su hijo, y Selleck entró en el despacho. Los niños tenían el poder de difuminar dibujos y problemas. Durante la clase había olvidado ese asunto *importante*, pero ahora sus temores avanzaban fortalecidos.

—Hombre, Larry, contigo quería hablar.

Gordon se levantó del sillón rotatorio y le indicó al joven que se acomodara en una de las sillas situadas al otro lado del escritorio.

—Me lo ha dicho Ayumi cuando he llegado.

—Por lo menos hace bien su trabajo —comentó en un susurro y puso los ojos en blanco.

Larry sonrió.

—Yo también quería hablar con usted, señor Gordon, o con Diana.

—¿Sí? —preguntó Gordon, extrañado—. ¿Sobre qué?

—Sobre una alumna del grupo de ocho a diez años. Claire Sullivan.

—Te escucho. ¿Qué le pasa?

—Solo llevo tres meses dándole clases porque empezó en la academia el pasado septiembre. He esperado un tiempo para ver su técnica, capacidad creativa y el ritmo de trabajo. Y desde mi humilde opinión… la niña tiene un talento extraordinario.

Gordon enarcó las cejas, sorprendido. Una «fuera de serie» en la academia Wells. Después de bailar la danza de los siete velos, Diana se marcaría un baile al estilo *Bollywood* para celebrar tanto éxito desmedido.

—Una niña prodigio —afirmó Gordon.

—Es mi opinión personal. He visto obras de arte desde que tengo uso de razón y, por decirlo de alguna manera, Claire es especial. Tiene más inquietudes, destreza y valores que el resto, incluso supera a alumnos de cursos superiores. Me he tomado la libertad de revisar su ficha de ingreso. Con nueve años ya ha pasado por cuatro academias. Creo que llega un punto en el que se aburre y con cualquier excusa pide a los padres que la cambien de centro. Pero el problema no son los centros, el problema radica en su talento. Puede que nadie se haya preocupado en hablar de esto y abordar el tema. Dudo que no se vaya a aburrir de mí y sería una pena que fuera dando tumbos si en un futuro no continuara con nosotros. No sé, señor Gordon, quizás deberíamos llamar a los padres y concertar una cita con ellos.

Gordon se estiró sobre el respaldo y colocó sus manos sobre la nuca.

—Los llamaremos, chico. Has hecho lo correcto, esta noche trataré el asunto con Diana y mañana hablará contigo. ¿Mañana tienes clase?

—Sí, por la tarde.

—¿A qué se dedican los padres?

—En la ficha consta que el padre es productor ejecutivo de televisión y la madre enfermera anestesista. Viven en Park Slope. No los conozco, siempre viene el chófer a por la niña.

—Bien. Ahora es mi turno.

El corazón de Larry se contrajo como una uva pasa.

—¿Sabes quién es Donna Parkman?

Larry se mantuvo en silencio. ¿Cómo no iba a saber quién era la señora Parkman? ¿Era una pregunta trampa?

—Sí. Hace unos meses fui a su galería, a la inauguración de la exposición de Twain. A Edward le regalaron unas invitaciones.

—Pues… Larry —dijo Gordon y se inclinó hacia delante—, vas a exponer una de tus obras en la galería de Donna Parkman.

Selleck no movió ni un músculo, procesaba la información. Se había quedado petrificado como Steven, pero sin el sentimiento dañino que provoca el miedo. Albergaba un desconcierto que le causaba cosquilleo.

—¿Es broma?

—¿Bromearía con algo así?

—No —contestó Larry, apesadumbrado por su pregunta.

—¿Te explico?

—Por favor.

—Donna Parkman. El próximo marzo su galería cumple el 30 aniversario. Piensa organizar distintas fiestas y exposiciones para celebrarlo y para que Nueva York la ovacione. Me ha comentado lo siguiente: el sábado 14 de enero celebrará el primer evento. En la planta baja, la Galería A, expondrá un artista reconocido, aún no sabemos quién, pero no tardaremos en descubrirlo. Y en la Galería B, la del primer piso, va a organizar una exposición de artistas noveles. Participarán treinta artistas menores de treinta años. Y uno de ellos serás tú.

Gordon esperaba una respuesta pero no la encontró. Selleck apoyó la espalda contra el respaldo y sus manos se agarraron al reposabrazos como si estuviera sentado en un cohete a punto de despegar.

—Lo he consultado con Diana y creemos que eres la mejor opción. Tienes talento y menos de treinta años. Estamos seguros de que aprovecharás la oportunidad. Confiamos en ti.

Larry se acarició el pelo.

—Muchas gracias, señor Gordon. Es que no sé… no sé qué decir. Muchas gracias, no me lo esperaba. ¿Y ahora qué procedimiento sigo?

—He presentado tu portafolio, con tus obras, técnicas, participación en exposiciones… Lo que me enviaste la primera vez que hablamos. No te preocupes. Ponte en contacto con Ashley Blanc, es la comisaria de exposiciones, o habla con Bonnie… Bonnie…

—¿Melter? —respondió Larry.

—Sí, muy bien, creo que ese es su apellido. ¿La conoces?

—No, pero he leído su nombre por ahí. La entrevistan a menudo.

—Es la encargada del registro —contestó Gordon—. Si no es una será otra, pero ellas te aclararan las condiciones.

—Ok, ¿Donna no le ha adelantado nada?

—Sí.

Gordon abrió el tercer cajón del escritorio y sacó un folio doblado.

—A ver —dijo, intentando descifrar su propia letra—. Los artistas presentarán una obra inédita y esta no formará parte de ninguna colección. La técnica es libre, la dimensión mínima será de 50×60 cm y las piezas no deberán exceder de los 90×100 cm. Pero como te digo —afirmó—: ellas te explicarán los detalles y requisitos, seguro que no son pocos.

—¿Sabe cuándo debo presentarla?

—A ver. —Miró el folio—. Sí, el 23 de noviembre la obra se presentará físicamente en las oficinas centrales ubicadas…

—¿El 23? —le interrumpió—. Señor Gordon, ¡es la semana que viene! ¿Tan pronto?

—Eso parece. Donna es así: o planifica una exposición con un año de antelación o la organiza a la carrera. Imagino que tendrán que hacer una revisión administrativa y técnica, sin olvidar el papeleo que te hará rellenar. Es una obsesiva. Lo hace con todos, tranquilo. Y tendrá que mandar a imprimir la publicidad, donde irá incluido tu nombre; convocar a los medios; desplegar su seducción en una rueda de prensa… Siento las prisas, pero me han comunicado la noticia hace unas horas.

—No, no se preocupe. Estoy muy ilusionado. Muchas gracias por pensar en mí.

—De nada, chico —contestó y juntó sus manos—. La exposición será un éxito y comprarán tu obra.

Larry se levantó de la silla fluctuando y le mostró un leve asentimiento. Salió del despachó subido en una densa nube blanca. Iba a exponer en la galería de Donna Parkman, un gerifalte del mundo del arte que cuando quería posaba su barita en el hombro de un artista y lo catapultaba a la estratosfera. Claro que eran treinta los artistas que compartirían espacio y suerte. Pero no le importaba demasiado. El hecho de participar en una

colectiva de la galería Parkman ya era un milagro en movimiento, una lluvia de confeti. Era parar a repostar en una gasolinera erigida en una ciudad de oro y diamantes.

Selleck sobrevoló el pasillo y entró en la sala de profesores. Una estancia sencilla y simétrica. El aula estaba desierta y ordenada. Miró indeciso el teléfono rojo sobre la mesa. La norma era que el claustro no debía hacer llamadas de índole personal, pero todos la ignoraban. Cuando los profesores casi se tumbaban sobre el teléfono era la seña evidente de que estaban haciendo una llamada internacional. El tono débil y sosegado lo confirmaba. Y no se delataban. En la sala imperaba un pacto de silencio implícito.

* * *

En Valencia, en un dúplex cerca de la plaza de España, el móvil de Cyntia vibró. Los párpados le pesaban. Se incorporó en la silla y cogió el Iphone. El número le pareció marciano.

—¿Sí? —preguntó en un bostezo.

—Cyntia, soy yo —contestó en un susurro.

—¿Estás bien? ¿Desde dónde llamas?

—Estoy muy bien. Desde la academia. ¿Estás despierta? ¿Qué haces despierta a las dos y veinte de la madrugada?

—Ver una porno.

Larry puso cara de póquer.

—¿Es broma?

—Por supuesto que es broma, Larry. Estoy terminando un trabajo sobre el impacto de las marcas en la economía —explicó. Y estampó su cara sobre el teclado—. ¿Qué pasa?

—Acaban de decirme que soy el elegido para participar en una exposición colectiva. ¡En la galería de Donna Parkman!

—¿De verdad? —preguntó Cyntia, eufórica. Tanto que se levantó de la silla.

—No sabes quién es, ¿no?

—Ni idea, pero debe de ser muy importante.

—Donna es una de las mejores galeristas de Nueva York, inaccesible como un búnker. La exposición es en enero. Participamos treinta jóvenes menores de treinta años. Es increíble, Cyntia. Me ha llamado Gordon y me lo ha explicado.

—Lo sabía, te lo dije. Sabía que tarde o temprano llegaría la suerte.

—¿Venderé la obra?

Cyntia resopló. Era imposible que por un segundo su novio disfrutara de su trabajo y olvidara la cara B de la vida.

—Larry, ¡no empieces con la negatividad! —gritó—. ¿Cuántas personas asistirán al evento?

—No lo sé, Cyntia. Nunca he participado en una exposición de este calibre. Trescientas o cuatrocientas.

—¿Y no vas a vender la obra? Se venderán todas. La tuya, la primera. No sé quién es Donna Parkman, pero si es tan afamada y reconocida, bajo su cadáver quedará una obra sin vender. Sería una mancha en su expediente. Te imaginas algún titular que dijera: la exposición de Parkman un fiasco, diez de las obras se quedan sin dueño —le preguntó.

—No.

—Claro que no. ¿Cuántos años tiene?

—Mmm… Rozará los setenta o quizás tenga más.

Cyntia sonrió.

—Cariño, se venderán hasta los carteles de publicidad.

—Eso espero.

—¿Ya sabes qué pintura presentarás?

—Sí, una obra que aún no he pintado. Voy a plasmar una idea que tengo en mente desde hace un siglo. No dispongo de mucho tiempo, pero lo voy a intentar —afirmó.

—No lo intentes, ¡hazlo! —contestó a Larry con tono dictatorial.

—Cyntia, mañana te llamo y te cuento. Me da miedo que me pillen aquí.

—Vale.

—Te quiero.

—Y yo.

Iba a colgar cuando escuchó que salía del auricular un «¡Larry!» lejano.

—¿Cyntia? ¿Qué?
—No lo hagas con la cabeza, hazlo con el corazón.

OceanofPDF.com

11

Aprieto las mandíbulas con rabia e imagino que podía haber sido yo. Podía haber estado sentada en el coche de Mario, charlando sobre detalles de la boda. Podía haber muerto junto a mi amiga y su novio el 26 de septiembre de 2012. Pero algo me frenó y decidió que aquella noche no debía despedirme. La bronquitis de mi abuelo, el sopor de la medicación y mis nulas ganas de arrancar me dejaron en la cama; cambiaron unos planes de futuro que ni siquiera sospechaba.

En la A3, en el término municipal de Barracas, un conductor que triplicaba la tasa de alcohol invadió los carriles de sentido contrario impactando contra dos personas que empezaban a vivir. Maldito asesino ebrio y miserable que me arrebató a mi leal compañera de aventuras y dramas. Asqueroso capricho del destino que tuvieran que cruzarse ese día, a esa hora. El hombre solo sufrió diversos traumatismos y roturas que pronto soldarían. No me honra reconocerlo, pero durante mucho tiempo le deseé la muerte.

Tal repercusión tuvo el accidente que incluso mi amiga y su novio fueron noticia. Los dos jóvenes muertos con planes de matrimonio protagonizaron espacios en los telediarios y periódicos. E incluso fue noticia en su propio diario. No me atreví a buscar las informaciones hasta casi un año después de la tragedia.

La muerte de Lucía ha sido el golpe más duro y fulminante que he recibido. Una conmoción tan profunda que te arranca las ganas de seguir creyendo. Me culpé y lloré por haber desaprovechado mis horas con ella; por estar sin estar; por no prestarle atención cuando durante el verano se sentó a mi lado y me cogió de la mano. Me arrepentí porque no organizamos un último viaje que poder recordar. Me arrepentí porque no

reímos a carcajadas, no reímos, y porque no me arrastró a hacer ninguna locura de las suyas, excentricidades que quedarán en mi memoria. Las mismas que ahora evoco y me hacen suspirar mientras tecleo en el portátil.

No llegó a cumplir los treinta. Le quedaba tanto por hacer… Pero en una décima de segundo sus ilusiones se quedaron tiradas en una carretera, se le apagó la luz y nosotros empezamos a sobrevivir entre tinieblas porque Lucía dejó de lucir. La muerte no entiende de edades, de injusticias ni sueños por cumplir. La muerte no entiende el peso del dolor que deja cuando aparece de repente y se va arrasándolo todo.

El día del entierro el cielo amaneció cubierto con jirones de nubes a la deriva y una brisa liviana acariciaba los soportales. Me entregué a los narcóticos. Estaba fuera de mí. Seguía pensando que aquello no estaba ocurriendo. Que era un mal sueño que se perfilaba real en otra dimensión. Deseaba creer que el choque, la sangre y los gritos solo existían en mi imaginación enferma. No recuerdo prácticamente nada del sepelio. Las pocas imágenes que venían a mi cabeza las borré sin dilación.

De madrugada imploré que deseaba quedarme en casa. Tirada en el sofá lloré y pataleé desesperada porque no quería presenciar el horrendo escenario del adiós. No estaba preparada para ese instante donde te rompes por dentro y el horror te golpea como la sacudida de un temblor de ocho grados; ni para quedarme arrodillada entre ruinas contemplando el desastre, el punto final, y preguntarme el porqué de la desgracia. No sabía por dónde comenzar a construir un nuevo capítulo sin su amor y su apoyo. Estar preparada significaba tomar consciencia de lo que había ocurrido.

Al final fui al entierro, imagino que no podía faltar. Con suma paciencia y un cariño monumental mi madre entró en la habitación y me ayudó a vestirme. Los pantalones oscuros, una blusa que no me volví a poner y la americana negra. Fue al abotonarme la camisa cuando la vi llorar, le levanté la cara y nuestros ojos, oscurecidos por la pena, se encontraron.

Mi madre adoraba a Lucía. La había visto nacer, madurar, se había reído con sus gamberradas… y también la había castigado de igual manera que hacía conmigo. Cuando fui madre comprendí que no solo lloraba por Lucía, lloraba por lo que podía haber ocurrido. Egoístamente derramaba lágrimas porque yo seguía allí, viva.

Terminé de cambiarme y acudí a buscar a mi abuelo. Rememorando la niñez me senté frente al espejo de su armario empotrado, le alargué el cepillo y él empezó a cepillarme el pelo con delicadeza, sin preguntar. Recogió mi melena en una coleta rebosante de ondas pelirrojas. Tuvo que aprender a peinarme cuando era una niña. Antes de asentarse y hacer carrera en TeDor, mi madre trabajó en distintas empresas. Muchas de ellas ubicadas en pueblos de las afueras, a treinta o cuarenta kilómetros de Valencia. No podía levantarse más tarde de las seis de la mañana y pocas veces me acompañaba al colegio. La ardua labor de despertarme, asearme, vestirme y darme el desayuno la aprendió mi abuelo sobre la marcha. Desde que nací se preparó para ser la Santísima Trinidad. Después de beberme el vaso de leche y de poner en orden el uniforme del colegio de monjas, me cogía de la mano y me llevaba a su habitación. Me aupaba a una silla frente al armario para comenzar el ritual. Yo le miraba absorta, sin comprender demasiado bien el motivo por el que mi abuelo Román penaba tanto para recogerme el pelo cuando mi madre lo hacía en menos de un minuto. Veía que se ponía nervioso, espiaba el reloj, resoplaba. Deshacía el trabajo que llevaba hecho y volvía a empezar.

—Corderilla, es que tienes mucho pelo —decía apurado.

—Da igual, yayo, si me dejas bollos no pasa nada —contestaba y me tocaba la cabeza.

—¿Y si te hago una trenza y te pongo el gancho de la flor?

Las trenzas siempre se le dieron mejor que las coletas altas.

Antes del entierro nos miramos en el espejo sin hablar, intuyendo qué pensábamos.

El terrible suceso corrió de boca en boca. Centenares de personas acudieron a despedir a Lucía. Sé que la gente se aturullaba para besarme y me profería abrazos consistentes. Me daban el pésame como si fuera un familiar directo. No sé quién se acercó a mí. Apenas recuerdo la procesión de llantos e incredulidad como una banda sonora. Si tuviera que hacer una lista de, al menos, veinte personas que me saludaron no sería capaz de hacerla. Los distintos escenarios me parecían difusos y las voces lejanas.

Cuando llegamos al Cementerio General, en la plaza de Santo Domingo de Guzmán, empezó a chispear, pero se vieron pocos paraguas dando la

nota de color que sobraba. Anduve entre mi madre y mi abuelo, que casi me llevaban en volandas, clavando la vista en las zonas verdes, en las grandes copas de los árboles que los días soleados daban sombra a decenas tumbas. Para mí, los días soleados no existen en los cementerios. Me concentré en recordar las últimas palabras que me dedicó Lucía, pero no las encontraba. La angustia que sentía al no poder recapitular su mensaje me mantenía al margen del entierro y me obsesionaba. ¿Qué me dijo? ¿Qué me dijo? Parece un absurdo, pero cuando perdemos a alguien importante el recuerdo de las últimas palabras, su olor, el simple sonido de su voz se convierte en el mejor legado, en un ancla que te conduce al pasado, el único lugar donde te puedes reunir con ellos y sonreír.

Dos operarios del cementerio se disponían a meter el féretro de madera maciza en el nicho. Me apoyé sobre el hombro de mi abuelo, y mi madre apretó con fuerza mi brazo. Miré a través de las gafas de sol cómo la máquina elevadora se movía. Sufrí con los gritos desgarrados de Petra, el lamento de una madre destrozada para lo que le quedaba de vida. Fue entonces cuando la escuché. «Te quiero, Calabacita», es lo último que me dijo Lucía a través del teléfono. Y me desmayé.

* * *

Permanecí diez días enclaustrada en casa. A veces pensaba que nada de lo que había ocurrido desde junio era verdad. Que mi novio italiano no había desaparecido para dejarme sola; que no había ido a una psiquiatra porque el verano me había devorado y sumido en una profunda oscuridad; que mi mejor amiga no había muerto. A veces pensaba, a veces olvidaba y a veces, solo respiraba.

Me levanté un 8 de octubre. Al sol le costaba salir de entre las nubes que valsaban a ritmo precipitado. En la cama ya no aguantaba más, las sábanas me irritaban los sentidos. Una cosa era llorar por un desamor, sentirse humillada. Y otra muy distinta e insufrible era intentar convencerte de que tu amiga fallecida seguía viva. Lo segundo era inhumano. Sentía punzadas de dolor en la musculatura, y el murmullo de la irrealidad me asfixiaba.

—Yayo —pronuncié desde el marco de la puerta de la cocina.

—Vera, hija —contestó entusiasmado. Se acercó y me abrazó—. Qué bien que te hayas levantado, Corderilla. Sé que es durísimo, pero hay que seguir adelante. Hay que seguir.

—¿Puedes hacerme un favor?

—Un favor y un castillo de naipes si tú quieres. Lo que me pidas.

—¿Mientras me ducho podrías llamar a la doctora Pozo? Tenía cita con ella el lunes pasado, pero dados los acontecimientos, no fui. Pregúntale si puede atenderme hoy, quiero verla.

—Sí, ahora mismo la llamo.

No me entretuve demasiado en la ducha. Dejé la cama sin hacer, con Bolita dentro. Me vestí bajo su observación gatuna. Vaqueros, una camiseta, la americana azul marino, y fui a desayunar. Mi abuelo había preparado café con leche y un cruasán con mantequilla. Había olvidado a qué sabía la comida.

—He hablado con su secretaria, Sandra. Puede verte a las doce.

—Gracias, yayo. Me voy.

—¿Ya? Pero si es muy pronto.

—Tengo que ir a hacer unas cosas.

—¿Te acompaño?

—No.

Una vez en la calle no miré hacia arriba. Abrí el bolso, saqué las grandes gafas de sol de pasta y leí una tarjeta de visita que guardaba en el bolsillo de los vaqueros. Rogué al cielo no encontrarme con nadie conocido y eché a andar con el rumbo fijo y la cabeza en un millón de sitios.

Los comercios permanecían cerrados y los bares abiertos. Con lágrimas que no podía contener, me crucé con decenas de personas que se dirigían al trabajo, a llevar a los niños al colegio, a perder el día que creen eterno o a lograr oportunidades ansiadas. Tiendo a imaginar, a inventar, la vida de las personas que veo por la calle. Un juego tonto que ideé a muy corta edad, cuando las letras iban naciendo y enredándome como una madreselva. Pero aquel día solo imaginé mi vida; dos semanas, dos años o dos décadas después. ¿A quién perdería? ¿A quién conocería? ¿Dónde estaría? Si me lo hubieran dicho, no lo hubiera creído. Pensé que si la vida eran experiencias, yo ya había vivido demasiado.

Bajé por la inmensa calle Colón, atestada con tiendas de marca, hasta que llegué a la esquina de la calle Hernán Cortés. Miré hacia arriba y comprobé las letras en blanco sobre una placa azul. Me acerqué hasta un edificio de cinco plantas, junto a una tienda de alta costura, y apoyé las manos en una primera reja oscura y fría que hacía de puerta. Sujeté los barrotes y me asomé entre los huecos. Dentro del patio había una mujer de mediana edad, morena y menuda. Sudamericana, intuí. Vestía ropa de trabajo y de su cintura colgaban dos trapos. Llevaba los cascos puestos. Con las manos enfundadas en unos gruesos guantes de látex azules y amarillos movía la fregona a bandazos. Parecía feliz, mucho más que cualquiera, mucho más que yo.

—¡Señora! —exclamé y acompañé la llamada con aspavientos—. ¡Señora! —volví a gritar y llamé su atención. Su rostro era tierno, tranquilizador—. ¿Me puede abrir? —Señalé la cerradura.

—Buenos días.

—Buenos días, gracias por abrirme. Le voy a pisar lo fregado —afirmé e inhalé un fuerte olor a lejía.

—No se preocupe. Si lo único que se pisara fueran suelos mojados… qué bien nos iría, chiquita.

—Sí.

Subí por las escaleras, aún resbaladizas, hasta el tercero y me dirigí hacia la puerta diez. Inspiré hondo, me mordí el pulgar, pensé si realmente quería hacerlo. Estuve a punto de dar media vuelta y volver a casa, pero de nuevo una fuerza extraña me frenó. Bajé la vista y leí el mensaje del felpudo: Bienvenido al lado oscuro. En el rellano no se oía ni un ruido elocuente. Era como un edificio fantasma demasiado limpio para serlo. Toqué al timbre.

—Hola, no compramos nada ni contratamos ningún servicio —dijo el chico que abrió.

—Qué bien amaestrados os tiene —murmuré—, ¿tengo pinta de vendedora?

—Puede ser.

—No vendo nada, pero si vendiera algo lo comprarías.

—Puede ser —replicó con una sonrisa pícara—. ¿Entonces quién eres?

—Soy Vera. Vengo a una entrevista de trabajo.

—Pasa y suerte.

El joven cerró haciéndome un escaneo de arriba abajo. Igual que hice yo con él. Pelo castaño de punta, gafas con montura invisible, pendiente en la ceja. Cara que gritaba que era un golfo pasota y seguramente un genio en el trabajo. Llevaba una camiseta de manga corta y unos vaqueros que le caían por las caderas y dejaban a la vista diez centímetros de calzoncillos negros.

—Aún no ha venido la gente. Es temprano pero el jefe está. Raro, porque no para —explicó mientras le seguía por un pasillo decorado con litografías enmarcadas en marcos dorados. El piso no era demasiado grande, pero al fondo divisé parte de lo que parecía una sala bastante amplia, la Redacción. El chico se paró delante de una puerta blanca, como todas las que estaban a la vista.

—¿Aquí está encerrado tu jefe?

—Sí —contestó. Golpeó un par de veces con los nudillos, abrió la puerta y se asomó. Yo le miraba la parte trasera. Los pantalones se le iban a caer—. Hay una chica que viene a una entrevista —murmuró, y luego una pausa y luego mi nombre—. Adelante.

Al verle me arrepentí de haber pisado el edificio. Borja María Rocamora Ponce de León se levantó del sillón giratorio y me dedicó un gesto afectuoso y ensayado que me enervó. Con la indumentaria que mostraba daba la impresión de querer parecer el director del *New York Times* o de la BBC. Observé el traje de chaqueta de marca, muy ajustado, la camisa rosa de cuello blanco y la corbata que hacía aguas. Se veía orgulloso de lucir esa facha. Cómo me irritaba.

—Vera, no te esperaba hoy. —Me dio dos besos—. No he escuchado el telefonillo.

—Porque no he tocado. Soy una adicta al factor sorpresa.

—¿Cómo estás? —preguntó con semblante serio y metió las manos en los bolsillos.

—Imagínate, hecha una mierda.

—Normal. Siéntate y hablamos.

Casi todo el espacio del despacho lo ocupaba una mesa negra con tapa de cristal y cajonera a juego. Y dos Troncos de Brasil, bastante cuidados,

animaban la estancia.

—Debería haber avisado —confesé, tomando asiento—, pero yo tampoco tenía muy claro que iba a venir.

—No te preocupes, estás aquí y hemos coincidido, así que al lío. ¿Te puedes quitar las gafas de sol? Me gustaría mirarte a los ojos.

—Pues muchas veces nos hemos cruzado y has evitado mirarme.

No sé cómo pude decirlo. Cuando estaba frente a Borja Rocamora no podía controlar lo que salía de mi boca. Él enrojeció.

—No es verdad.

—Vale —contesté y me quité las gafas.

Apenas se apreciaba la tonalidad de mis ojos, estaban exageradamente hinchados y me dolían.

—¿Has mirado la página?

—No.

—¿Al menos sabrás cómo se llama la revista?

—Revista Cultural *Merjet*. Hay una placa en la puerta y otra en el patio. Pero lo sabía de antes.

—Mira los contenidos, por favor. Quiero que te empapes bien de la línea editorial. El tono, extensión, entrevistados. Tocamos gran variedad de temas: música, literatura, pintura, cine, museos… Lo irás viendo. También dedicamos una sección a noticias y reportajes curiosos. Somos una revista seria, estamos posicionados en la parte alta del *ranking* de mejores webs culturales. El próximo enero sacaremos la publicación en papel a nivel nacional. Voy a necesitar redactores y colaboradores. ¿Qué más? —Desvió la mirada—. Sí, el horario es flexible, puedes venir a las nueve, a las diez, a las once. Organízate como quieras, pero debo saber cómo lo piensas hacer. Cualquier contenido pasa por mis manos. Queda prohibido publicar una información que yo no haya revisado. Nos ajustamos a la actualidad, y los temas los puedes proponer tú, tus compañeros o yo mismo. Pero que sean interesantes y atractivos, buscamos exclusivas. Y no lo olvides, en mente la rigurosidad y la clase.

«La clase», repetí en silencio. Sonaba tan altivo. Tan Rocamora. El descendiente del Rey Midas corrupto imponiendo sus leyes al pueblo.

—Me parece perfecto. ¿Tienes por ahí escondido a un bedel que vaya a controlarme si voy al baño?

—Al baño ve cuando quieras.

—¿Me das el trabajo solo porque me recomendó Lucía? —articular su nombre me hizo temblar.

—No, me gusta cómo trabajas, tu forma de enfocar los artículos. No contrato a alguien que no me interesa por mucho que venga recomendado. Y fuiste la única periodista de Valencia que consiguió hablar con Mijail Vasíliev. Algún don o gracia especial debes poseer.

—¿No estarás insinuando algún don de índole sexual con los entrevistados?

—Vera —pronunció, muy serio—, ni se me había ocurrido pensar algo así. Siempre a la defensiva. ¿Y tú estás aquí solo por ella?

—Sí. Estoy aquí porque el último deseo de mi amiga muerta fue que trabajara, que intentara salir de donde estoy metida. Si Lucía estuviera correteando por ahí, te aseguro que no estaría sentada en esta silla.

—Gracias por tu sinceridad, pero fuera de este despacho no la utilices tanto. Y no actúes como si me estuvieras haciendo un favor.

Tragué saliva.

—¿Cuándo empiezo?

—Por mí mañana, pero si no te ves con fuerzas o no estás segura, prefiero que vengas dentro de unas semanas, cuando veas que puedes seguir el ritmo de trabajo estando concentrada al cien por cien.

—Mañana estaré aquí. Gracias por la oportunidad. Ya iremos aclarando cuestiones en el día a día —concluí.

La conversación había finalizado, no quería estar allí. Me entraba ansiedad. Me levanté de la silla y Borja me imitó.

—¿No te interesa el sueldo?

—No.

—Mañana trae tu número de cuenta y la documentación necesaria para firmar el contrato.

Avancé hasta la puerta y la abrí unos centímetros. Borja me miraba desde detrás de la mesa, firme como un soldado.

—Oye —le dije antes de salir—, sé que no nos caemos muy bien, pero cuando me comprometo a trabajar, no defraudo a nadie.

—Vera.

—¿Qué? —pregunté, con un pie en el pasillo.

—A mí sí me caes bien.

Moví los labios pero no llegué a articular ni una palabra. Así que cerré la boca, la puerta y salí del apartamento sin acercarme a la sala de redacción para saludar a Mila, a la única que conocía. Me puse las gafas de sol y bajé corriendo del que iba a ser el primer reto de mi nueva vida sin él y sin ella.

Eché a andar sin saber adónde ir, perdida entre reflexiones banales. Faltaban dos horas para la cita con la doctora y no quería volver a casa. Me mezclé entre el gentío; anduve por callejuelas y rincones con tiendas que nunca había visto; crucé entre coches que pitaban furiosos por las grandes avenidas y escruté el suelo bajo la silueta del imponente edificio de La Unión y el Fénix, en pleno centro.

Mis pasos sin rumbo me guiaron hasta la cafetería Las Tres Moiras, donde me senté en una mesa y contemplé la estatua de Zeus de piedra blanca. Donde pedí un *brownie*, un café y una copa de champán. Donde lloré desconsolada y brindé con el viento por mi amiga Lucía.

* * *

Sandra, la chica simpática de pelo corto y cara de muñequita, hablaba por teléfono, sentada tras el mostrador. «No, lo siento pero es imposible, caballero. Lo que podemos hacer es avisarle de inmediato si alguien no puede asistir a su sesión. Ajá… Sí… Perfecto, el lunes que viene a las once. Que pase un buen día, gracias».

Me aproximé con calma y me guiñó un ojo. Llevaba unas lentes fucsias, preciosas. Al despojarme de mis gafas de sol dejó de sonreír. Debía de estar horrible para que la joven que irradiaba una felicidad escandalosa abandonara su perpetua sonrisa sobre la mesa.

—Lo siento mucho, Vera —afirmó con un pesar evidente.

—Gracias.

—Puedes pasar.

Hacía un par de semanas que había estado allí y la sala de espera parecía cambiada, incluso el silencio sonaba de forma distinta. Me quedé inmóvil. Observé el jarrón de cristal sobre la mesa, repleto de tulipanes blancos. Los toqué. Eran de verdad. Todo era verdad. La última vez que me había sentado en una de las sillas mi mayor desconsuelo era que mi novio, del que estaba locamente enamorada, me había dejado de la noche a la mañana sin dar demasiadas explicaciones. La doctora Pozo tenía razón cuando me confesó que unos problemas arrinconan a otros.

Entré en la consulta sin llamar y de inmediato la doctora se puso en pie. Cristina vestía un traje de chaqueta y pantalón color perla. Y el pelo lo llevaba recogido en un sencillo moño.

—¿Por qué? ¿Por qué? —sollocé frente a ella—. ¿Por qué me pasa esto? —grité sin dejar de observarla—. ¡Pienso en Paolo y en Lucía y me ahogo! ¡No están y no lo puedo creer!

La doctora se acercó y me derrumbé entre sus brazos. «Saca el dolor», susurró y me acunó como una madre hace con un bebé que se ha lastimado. Con suavidad me acompañó a la rinconera. Apoyé la cabeza sobre sus rodillas, las apreté con fuerza y lloré atormentada por lo que había perdido en tan poco tiempo. Cristina me habló de un periodo de negación, confusión, aceptación y no sé cuántas fases más. Oraciones estudiadas y consejos eficaces que se ofrecen como píldoras a los que se quedan en tierra con la esperanza absurda de esperar a los que no volverán. Con la voz hipada le hablé de mis miedos, de la nostalgia y del vacío. Recordé a Lucía, sus ideas disparatadas, lo que nos queríamos. Le conté que si el destino no me lo hubiera impedido hubiera estado con ella en el coche. Y le expliqué la historia del trabajo y de la revista *Merjet*, mi particular punto de partida, mi volver a empezar.

—Es muy duro, Cristina. No puedo —exclamé y me senté en la silla frente a su escritorio.

—Lo sé, este tiempo de transición va a estar lleno de altibajos. Pero tú sigues aquí, Vera. Toma. —Me dio un vaso de agua—. Bebe y respira. No olvides que tienes ayuda. Me tienes a mí. A tu familia. A tus amigos.

—Gracias por haberme hecho un hueco hoy.

—No tienes que agradecérmelo. Hablando de amigos… Me ha llamado Monti.

—Y a mí Paolo.

—¿Qué? —preguntamos al unísono.

—¡Debes contarme esas cosas, Vera!

—Espera, espera —repetí, limpiándome las lágrimas con uno de los clínex de la dichosa cajita—. ¿Para qué te ha llamado Monti?

—Se interesa por ti y quiere que estés bien. Es un buen amigo, como me dijiste. Se ha encontrado con tu abuelo, le ha comentado que te has levantado y que ibas a venir a verme. Le ha pedido mi número de teléfono. Es un hombre encantador, muy educado y con una voz muy…

—Radiofónica.

—Sí.

—¿Y de qué habéis… charlado?

—Hemos hablado un poco de la vida.

—Genial, en eso Monti es catedrático.

—Me he dado cuenta. Me ha contado lo que ocurrió en el entierro, y lo débil que te encuentra. Ahora, por favor, explícame la llamada de Paolo. —Miró el ordenador. Intuí que estaba buscando mi ficha de colgada, donde había escrito mis miserias.

—Hay poco que explicar. Las malas noticias… que sobrevuelan océanos. Me llamó, no se lo cogí. Me mandó dos mensajes y no le he contestado. —Observé *El Séptimo punto de Selleck*, pensé en la página oficial donde estaban expuestos los puntos—. Dice que siente muchísimo la muerte de Lucía, que imagina cómo lo estoy pasando… Qué coño sabrá él. Y que lo hizo muy mal conmigo, que entiende que no quiera hablarle pero que está preocupado. Poco se preocupó cuando no le importé una mierda y me dejó en la estacada.

—Si dice que está preocupado, es que lo está, Vera. De no ser así te aseguro que no te lo diría.

—Si está tan preocupado por mí que hubiera cogido un puto avión y hubiera estado conmigo. Hablar es lo más sencillo y lo que menos cuesta.

—¿Por qué no le has contestado?

—Porque no se lo merece. No quiero sentir más dolor del que estoy sintiendo. Es suficiente.

Me quedé pensativa. Albergaba un miedo cerval a intercambiar unas palabras con él. Aún sentía demasiado rencor. Le quería demasiado.

—¿Es tu hijo? —Señalé las fotos de la estantería.

—Ya empezamos… —exclamó con desgana—. No tengo hijos. Es mi sobrino.

—Es muy guapo. ¿Y estás casada?

—Vera, soy tu psiquiatra. No debería contarte mi vida privada y tú no deberías preguntarme.

—Y mi novio no debería haberme dejado y mi amiga no debería haber muerto —suspiré—. Solo es curiosidad.

—Lo estuve, durante quince años. Me casé cuando era una *caperucita* inconsciente y creía que el bosque me pertenecía.

—El bosque es de todos.

—Sí, y de todas.

Después de la declaración, escruté el cuadro de Selleck. Ella empezó a ordenar unos papeles. Se había puesto nerviosa pero lo disimulaba ensimismada en su propia concentración.

—*El punto número siete es un impulso kamikaze, secretos desvelados que se esconden debajo de la almohada. Es la maleta vacía que se perdió en el aeropuerto porque no le convenció el destino elegido. Es el empujón que invita a saltar*. Le ha tocado un mensaje bueno.

—Muy bueno. Veo que has buscado información.

—Tampoco mucha, la medicación que me recetaste detuvo mi investigación. Larry es muy mono y muy joven. Su madre es profesora y su padre era cartero, en Detroit. Trabajó en un museo como voluntario. También es profesor de niños. Y ahora sus cuadros valen un pastón. ¿Redacta él los mensajes de cada punto?

—No. Los escribe Tora Russell, una afamada escritora afincada en Manhattan. Él los supervisa, si no le gusta el mensaje del punto se redacta otro.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque tengo un punto de Selleck y estoy al tanto.

—Yo quiero uno. Me gusta la colección pero ya está agotada. No lo entiendo, porque en su página pone *continuará*. Está haciendo más puntos. ¿Cuántos piensa pintar?

La doctora sonrió con disimulo.

—Los que necesite para lograr su objetivo.

—¿Hay un objetivo?

—Siempre hay un objetivo, Vera. Nos movemos por metas, por retos. Sin sueños no se puede avanzar. Dime, ¿cuál es el tuyo?

—Ser feliz, algún día —contesté—. ¿Y el tuyo?

—Que tú lo seas.

Volví a mirar el cuadro con atención. Ni siquiera sentí que era un punto negro en medio de la nada, sentí que era *la nada*.

—¿Crees que Larry Selleck ha llegado a ser un artista de éxito por méritos propios? Ha tenido mucha suerte.

—La suerte se encuentra si se trabaja de forma constante. Es un artista con un largo camino por delante. Yo tuve una chica en prácticas que había acabado la carrera. Era la hija de unos amigos de mi padre. Podía haber hecho un par de llamadas y escribir una estupenda carta de recomendación. Y no lo hice. Si no hay materia prima, disposición y talento, el enchufe no funciona.

—¿No me lo quieres vender?

—No.

—Te doy veinte mil dólares.

—Puestos a imaginar podías haberme ofrecido, como mínimo, el doble. No te ganarías la vida haciendo tratos. Además, tú no tienes veinte mil dólares.

—¿Y tú qué sabes?

—Sé más de lo que imaginas.

—¿Quién te lo regaló?

—Se acabaron las preguntas.

Y como lo decía ella, pues se acababan. Hablar de Selleck y de la doctora me distraía, y necesitaba distracción. Pero después de aquella pregunta volvimos a mi vida coja. Debía seguir con las pastillas, que por lo menos ya no tenían efecto noria.

Cuando llegué a la recepción, Sandra salió de detrás del mostrador y me abrazó con cariño. Se me saltaron las lágrimas. «Dolor entendido» llamo a esos abrazos sinceros. Luego me enteré de que había perdido a su madre cuando tenía quince años. Ya lo decía Monti: «Saca tu cruz a la calle y verás otras más grandes…»

* * *

Releí los dos mensajes de Paolo veinte veces. ¿Cómo estaría? ¿Sería feliz? ¿Estaría con alguna? ¿Se acordaría de mí? Yo lo hacía a cada minuto. Sentía su torso en mi espalda. El murmullo de su risa. La complicidad eterna.

Cené pronto, rápido y poco bajo el desconcierto de mi abuelo, que sospechaba de mi repentina disposición para trabajar. Y de reojo miraba la exultante felicidad de mi madre. Estaba loca de contenta porque había conseguido un puesto de trabajo ¡en una revista, como periodista! Mi euforia se la había llevado ella. Seguro que sería lo primero que contaría al llegar a la oficina. Mi madre seguía sin entender que no todo el mundo sentía plenitud y dicha al ir a trabajar. Para mí, el trabajo solo era un escollo. Uno más. Pero era el deseo de Lucía y lo iba a cumplir aunque me costara levantarme, concentrarme y verle la cara a Borja Rocamora.

A las diez estaba en el portal grisáceo con rejas. La señora de la limpieza también. Vestía como el día anterior y mostraba la misma alegría. La mujer menudita seguía contenta por seguir respirando, y limpiaba con afán las pisadas de otros hasta que las baldosas de mármol brillaban.

—Otra vez me va a estropear usted el suelo. —Sonrió al abrir la reja.

—De verdad que lo siento —afirmé apurada y me pegué a la pared para no pasar por en medio.

—¿Se ha mudado usted aquí?

—No. Hoy empiezo a trabajar en la revista, la del tercero.

—Mis bendiciones, hija. —Me agarró las manos con sus guantes de goma—. ¡Qué alegría! Tener un trabajo es como si te tocara la mayor de las loterías.

—Sí, estoy muy emocionada… ¿Cómo se llama usted?

—Mari.

Mi Mari, otra luchadora que cuántos más palos le daba la vida, ella más le sonreía.

Subí y toqué al timbre sin pensar.

—La que no vende nada, ¿te hemos gustado?

—Mucho, ¿eres el portero de la Redacción?

—No, soy Maxim, me encargo de la edición gráfica y soy el jefe de maquetación, porque de momento no hay otro. ¿Te han contratado? —preguntó al cerrar.

—Ya estaba contratada.

—Entonces bienvenida al lado oscuro.

—¿Idea tuya?

—Sí, mola.

Seguí a Maxim hasta que llegamos a una sala con grandes ventanales. Era un espacio diáfano, grande pero acogedor. Las ocho mesas estaban dispuestas en forma de F, cada una con su propio ordenador. Junto a un perchero había un banco, como los que encontramos en la calle, pero pintado en verde pastel envejecido. Y sobre el banco observé una gran y famosa foto enmarcada. Eran los once obreros almorzando sobre un rascacielos en construcción, en el cielo de Nueva York, de Charles Ebbets. Lo consideré un rincón perfecto.

Me adentré en la Redacción, estudiando el espacio donde invertiría la mayor parte del día. Iba a cambiar la cama por aquella sala de construcción de información. En la pared descubrí dos corchos con papeles pinchados, entradas a eventos, recortes de artículos… Y entre los corchos observé una pizarra blanca garabateada con apuntes, algunos superpuestos. Pude leer: Exposición Casa Solar (noticia Marta) Museo Etnológico (Gabi) Visita muestra Andy Warhol (Mila).

—¿No está Mila? —le pregunté al amante del lado oscuro.

—Hablando del rey de Roma, por la puerta asoma. Ahí la tienes.

—¡Vera! —gritó entusiasmada—. ¡Cuando ayer me dijo Borja que habías venido no me lo podía creer!

—Yo tampoco. Habrá que hacer un esfuerzo.

—No puedo hacerme una idea de lo jodida que estás, pero voy a ayudarte en lo que necesites ¿vale?

Le di las gracias y ella sonrió mostrando sus paletas superiores ligeramente separadas. Mila era una catalana atractiva, muy aguda y directa. Su flequillo era recto y perfecto, porque tenía el pelo liso como una tacha, y su grito de guerra decía: «Al final todo acabará bien y si no acaba bien, es que aún no es el final». Seguro que escuchó la frase en una película, nunca me he topado con nadie más cinéfilo que ella.

—¿Os conocéis de antes?

—Sí —contestó Mila—, compartíamos optativas en la carrera. Así que trátala con cariño.

—No me costará mucho.

A la oficina fue llegando el equipo de combate, y tal como llegaban me iba presentando. Marta, Selma, Gabi, Vanesa… y un becario que pululaba tan desorientado como yo. Se mostraron muy agradables y atentos, excepto Selma, una rubia con aires de reina de Saba, menos guapa de lo que se creía, que me saludó con tono aséptico y desde el primer minuto me vio como una enemiga a batir. Después de que se bebieran el segundo café de la mañana, el equipo *Merjet* empezó a trabajar de forma mecánica. Se abalanzaron sobre los teclados, continuaron con sus noticias, sonaron los teléfonos y escuché un apresurado pasar de hojas. La melodía excitante que creaban aquellos sonidos me recordó de inmediato en qué clase de navío había embarcado.

Mila, que ejercía de redactora jefe, borró el mezcladillo de palabras que mostraba la pizarra y escribió los temas que había que tratar. Con miedo de tocar lo que no debía y sin saber qué hacer, observé lo que escribía. Su letra era redondita y bastante legible. Los demás no la miraban, tenían muy claro cuál era su cometido.

Me sentía como un perrillo recién adoptado: desorientado y confundido, pero Mila se sentó junto a mí y comenzó a darme directrices para que pudiera adaptarme bien en el departamento. Me explicó el funcionamiento, la repartición de temas, las extensiones de los reportajes y dos o tres recomendaciones básicas para no encallar. Juntas navegamos por la web, que conocía al dedillo porque había mentido a Borja Rocamora y sí le había echado un ojo. Mi jefe era un dandi estúpido si pensaba creer todo lo que le iba a decir.

Redacté una noticia sobre el Festival Flamenco que tenía lugar en el Palacio de la Música. Cuando hube terminado escribí un par de *breves* y organicé la agenda cultural para la siguiente semana. Se me hacía raro estar rodeada de periodistas, sentada frente a un ordenador, concentrada en algo que no eran mis desgracias. Era extraño disfrazarse de persona normal.

—Buenos días —escuché a mis espaldas—. ¿Qué tenemos?

Borja, vestido con otro traje de chaqueta igual de sobrecogedor, había irrumpido como un vendaval. Selma se adelantó y de forma sexy, chupando el caperuzón de un bolígrafo, le asedió con preguntas y una exposición aturullada de sus logros. Hay personas que se retratan de forma tan simple que sobran las especulaciones. El discurso de: «El concepto de *clase* siempre en mente», parecía que a ella no se lo habían dado. Maxim y Mila, tras esperar el fin del aburrido monólogo de Selma, también consiguieron hablar con él. Yo me mantuve al margen hasta que me nombró.

—Imagino que habéis conocido a Vera, vuestra nueva compañera —dijo, y mis compañeros asintieron a lo absurdo de su imaginación. Borja desapareció y volvió con unos folios. Tomó asiento en el banco, abriendo las piernas en exceso, e instó a que le miráramos—. Ahora que somos más vamos a hacer excursiones.

—¿Excursiones adónde? —preguntó Vanesa.

—La pregunta sería excursiones por qué. Ya nos conocen bastante fuera de la Comunidad Valenciana. Me encargo personalmente del tema, por eso estos últimos meses he estado ausente —se dirigió a mí—, pero antes de sacar la publicación en papel nos tienen que conocer más. Viajaremos a Madrid y a Barcelona. A cubrir eventos, a hacer entrevistas interesantes y a ampliar contactos. Nunca viene mal sumar números.

Todos parecían emocionados con la idea menos yo.

—Mila, aprovechando que el viernes te vas a Barcelona, asistirás a la presentación de la novela *El jugo de las tres frutas*, de Maca Ruiz del Hoyo. Y el sábado a una exposición bastante peculiar que luego te explicaré.

Contemplé a Mila, que apuntaba sin rechistar en una pequeña libreta negra Moleskine.

—Vera, Gabi y Mila, prestad atención porque esto va dirigido a los tres —continuó—. Pretendo iniciar una sección donde publicaremos reportajes

sobre establecimientos, en concreto cafeterías y restaurantes con solera. Que detrás de las paredes donde reciben a cientos de personas haya una historia que contar. Lugares con encanto, que formen parte de la evolución cultural de los barrios donde se encuentran, como el Café Gijón en Madrid, por ejemplo. Y que el enfoque sea novedoso y original —hizo una pausa, me miró y continuó—. Os daré cinco nombres de cafés y restaurantes donde se puede rascar mucho, con direcciones y horarios. Elegid el que más os motive. Mila, tu trabajo será hacer esto en Barcelona. Vera, tú te vas a Madrid el jueves.

—¿Yo? —pregunté demasiado efusiva.

—Sí, tú, ¿hay algún problema?

—No.

—Perfecto, porque tendrás más cosas que hacer. Irás al Reina Sofía a una muestra, una exposición de acuarelas y carboncillo. No recuerdo el nombre del autor, luego te pasaré la información. Quiero declaraciones del artista. Y si no me equivoco, el grupo inglés Magical Step presenta disco en Madrid. Ahora lo comprobaré.

Me quedé blanca y me entraron taquicardias. ¿Me tomaba el pelo? ¿Todo lo que decía tenía que hacerlo yo? No, no, no… No estaba preparada para tanto trajín.

—Por cierto —prosiguió—, ¿tienes alojamiento en Madrid? Por abaratar costes. Si tienes donde quedarte un par de días te compró un billete de AVE, si no, tendrás que irte en autobús.

—No te preocupes —contesté, nerviosa—. Puedo quedarme en casa de una amiga de la universidad que trabaja en Madrid.

—¿Sí? ¿Quién?

—Blanca. Blanca Bensa, iba a un curso más que yo.

—Sí, sí, la recuerdo. ¿Trabajó en la radio?

—Sí.

—¿Está en Madrid?

—Desde hace tres años. Dejó aparcado el periodismo y se metió de lleno en el *marketing*. Consiguió trabajo enseguida.

—Chica lista. Viajarás en AVE el jueves a primera hora y vuelves sábado por la mañana. Luego hablaremos. Vale, Gabi, voy contigo…

Borja Rocamora dejó de enfocarme con su mirada mandataria y yo evité escuchar los perversos planes que tenía para Gabi. ¿Magical Step? ¿Quién coño eran esos? ¿Acuarela en el Reina Sofía? ¡Si no sabía ni quién era Larry Selleck! Me aturullé. No quería documentarme ni correr de una parte de Madrid a otra… Madrid solo me servía para hacer escala y para salir de fiesta por los garitos de moda. Borja me la había jugado, me preguntó si estaba preparada y yo, muy envalentonada, le dije que sí. Me ponía a prueba. Cretino arrogante.

* * *

El trayecto fue un visto y no visto. Cuando me di cuenta ya había llegado a mi destino impuesto por sorpresa. Fue más rápido el viaje que buscar mi vagón. Me tocó el último coche del tren y tuve la sensación de que llevaba caminando por el andén desde el 2010. Mi abuelo se había despedido de mí con preocupación, vi una duda en su rostro consumido. Como si intuyera algo que no sabía explicar. No le convencía la idea de que me fuera sola con una maleta repleta de desdicha. Intenté tranquilizarle pero no lo conseguí. Aun así me despedí y emprendí mi camino. Era mi primer viaje en AVE y me pareció un rayo. En una hora y media recorrí trescientos sesenta kilómetros. Invertí ese tiempo en organizar la información que había impreso en la oficina. Leí entrevistas y redacté mis propias preguntas. Nadie me molestó. El aislante para cotillas y aburridos son unas buenas gafas de sol y unos cascos, aunque no escuches nada, ni siquiera tus pensamientos.

Salí de la estación poniendo atención en los espacios que me rodeaban, como si fuera una turista al uso: los techos abovedados, el gran vergel en el centro, las cafeterías. Incluso hice alguna fotografía, pero no me molesté en mirar las líneas de metro. No sabía dónde quedaba el piso de Blanca. Lo fácil era coger un taxi y es lo que hice.

—A la calle Amaniel, por favor. —Leí en un papel escrito con las señas que me había dado mi amiga. Por motivos laborales, Blanca no asistió al entierro de Lucía pero me llamó una docena de veces. No contesté ninguna de sus llamadas. Sin embargo, ella contestó la mía al segundo tono. Le

expliqué mi decadencia y le resumí por qué necesitaba su ayuda. La pésima elección que había tomado respecto al trabajo.

—Muy bien. ¿Visita la capital por turismo?

—No. Trabajo.

Y no conversamos más. Tenía que pensar y ordenar mis ideas. El colmo de mi desgracia era que Blanca no estaba en Madrid. Viajaba a un congreso y volvería el viernes de madrugada. Me dijo que su ausencia no importaba, que antes de marcharse a Málaga dejaría las llaves del piso a sus vecinas de confianza, unas hermanas que vivían en la puerta 25. Solo tenía que llamar y ellas me darían la llave de su apartamento. Lo vi como otra complicación. Insistí en que no importaba, que me buscaría un hotel, pero se negó con una furia a la que no pude hacer frente.

—Aquí es —avisó el taxista, escuálido como un espagueti y con un hachazo en la cabeza que desplazaba su pelo negro engominado hacia la derecha. Miré el taxímetro; casi diecinueve euros.

—No me devuelva el cambio.

—Gracias, joven, buena suerte.

Eso necesitaba, una dosis de suerte en vena. Después de derramar tantas lágrimas amargas no recordaba qué pinta tenía la buena fortuna, no recordaba ni que existía.

Era temprano y lo último que deseaba era despertar a sus vecinas. Dudé, me mordí el pulgar, pero llamé. A las once debía estar en un hotel de cuatro estrellas, cerca de la Gran Vía, para entrevistar a una banda inglesa que no había escuchado en la vida.

—¿Sí? —preguntó una voz grave a través del telefonillo.

—Hola, soy Vera —le dije a la pared—, la amiga de Blanca. ¿Me puede abrir?

Salí del ascensor en el séptimo piso. La puerta esperaba entreabierta.

—¿Hola?

—Hola —respondió una señora de edad avanzada, pintarrajeada en exceso. La raya negra del ojo era tan larga como una autopista. Aunque su atuendo tampoco pasaba desapercibido… Un vestido largo de muselina, vaporoso, con las mangas oscuras transparentes. Y un collar de perlas que

la daba dos vueltas a su cuello arrugado. No sabía si parecía una *madame* de prostíbulo de película o una artista encallada en otro tiempo.

—Es usted…

—Mercedes, como el coche —afirmó. Le dio una calada absorbente al fino cigarrillo que sostenía entre sus dedos, dejando impregnado el carmín rojo. Al expulsar el humo me analizó.

—Soy la amiga de Blanca. Me llamo Vera, como el pueblo de Almería.

—Nunca he estado.

—Y yo nunca he tenido un Mercedes —repliqué, y ella esbozó una carcajada que se quedó en nada—. ¿Podría darme las llaves? Tengo que trabajar y no puedo entretenerme.

—¿Cómo te llamas de apellido, pelirroja?

—Belin. Vera Belin.

—Espera aquí —ordenó y entró en casa. El piso estaba umbroso. Los escasos rayos de sol luchaban por colarse entre los espacios de una cortina. Miré lo que me quedaba más próximo, un aparador colonial. Sobre él había un centro de flores, un reloj en bronce dorado demasiado rococó y ¿un Belén?

—¿Ya ha puesto el Nacimiento? Quedan dos meses para Navidades.

—No lo quité el año pasado. Me gusta como queda. Si algo encuentra su sitio, ¿para qué cambiarlo? Aquí tienes las llaves, ni una fiesta loca en el apartamento de Blanca, le tengo mucho aprecio. Si escucho ruidos llamaré a la policía.

—Le aseguro que no estoy para fiestas —dije con las llaves en la mano —. Yo también le tengo aprecio, la conozco desde hace diez años. Gracias.

Mientras introducía la llave, sentí en mi nuca la escrutadora mirada de la vecina excéntrica. Solo hace falta conocer a una señora Mercedes para descubrir que eres demasiado sosa y estándar.

Me retoqué el maquillaje frente al espejo del cuarto de baño y pensé que si la vecina se exhibía de esa guisa a las nueve de la mañana, no quería imaginar cómo pisaría la calle… Con sombrero o tocado, como si se fuera a las carreras de Ascot.

Salí al comedor, adornado con velas de distintas clases y cojines enormes. Arreglé el bolso y metí lo necesario para pasar la jornada sin

sobresaltos: la grabadora, la libreta, bolígrafos, cámara de fotos… No tenía pensado volver hasta la noche. El piso de Blanca estaba decorado con muebles de Ikea, sencillo pero con estilo. La mezcla de colores que había utilizado hacía de aquella casa un lugar afable. Dos habitaciones, comedor, amplia cocina, baño y terraza. Seguro que pagaba más de novecientos euros de alquiler. ¿Cuánto cobraría?

* * *

Decenas de fans, con pancartas y megáfonos, se agolpaban a las puertas del hotel. Los Magical Step resultaron ser una banda encantadora, tres chicos y una chica que no superaban los veintiocho años y mezclaban el pop con el *Indie rock*. Hablamos sobre expectativas, canciones, encuentros y sobre mi inglés chapucero pero entendible. Y uno de ellos, Erik *no sé que*, me dio su número privado… Presentaban su segundo disco y les deseé mucha suerte.

Incluso sin ganas, trabajar no era una acción tan aterradora. Me ayudaba a contener la tristeza y a mostrar mi mejor sonrisa a desconocidos que esperaban mi ayuda. Hacer preguntas a artistas hacía que olvidara mis propios interrogantes, que se derrumbaban en mi cabeza como si fueran empujados por un ariete que no podía detener.

Entré en una cafetería cercana y pedí un sándwich mixto y una botella de agua. Debía preparar mi siguiente paso. Me sentía capaz, había vuelto a recobrar la adrenalina que reporta el estrés laboral, la agitación interior del compromiso. Saqué de una carpeta los apuntes que me había entregado Borja, tenía que elegir a qué restaurante o café ir para hacer una entrevista *especial*. «Elegid el que más os motive», nos había dicho. Leí los nombres: Cuando cuentes hasta tres (calle Galileo). Bájate en la próxima estación (calle Tribulete). En blanco y negro (calle Bustamante). El desmayo de la bailarina (calle Estrella). El salto de la pluma (calle Argumosa).

Me motivaban todos y no había buscado información sobre ninguno. Ni siquiera los ubicaba. Había invertido demasiado tiempo en la entrevista del grupo y en el pintor, y pensé que los restaurantes no requerían de una preparación exhaustiva. Quizás estaba equivocada. Repasé los nombres sin saber cuál escoger e imaginé una historia hechizante para cada uno de ellos.

—Perdona —le dije al camarero adolescente, que traía el sándwich y unas patatas—, ¿sabes dónde queda la calle Estrella?

—¿De dónde eres? —preguntó con una sonrisa.

—De Valencia.

—Está muy cerca, cruzas Gran Vía, bajas por la calle San Bernardo y la segunda o la tercera a la derecha.

Le agradecí la explicación y comí ausente, sin detenerme a examinar la gente que entraba y salía de la cafetería. Estaba sola y me sentía sola. Pero mi elección, El desmayo de la bailarina, estaba al lado y no tendría que gastar dinero en otro taxi.

Emprendí el camino a mi nueva entrevista pensando el porqué de la elección. Creo que fue la nostalgia de mis años de bailarina, recordé a la profesora Mariana Torres exclamando que tenía una línea perfecta, conmocionada cuando le confesé que dejaba la danza. Y el desmayo… También dominaba el arte de los desvanecimientos.

Abandoné los hoteles descomunales y el bullicio de la mezcolanza para explorar la quietud de una calle estrecha, un submundo menos transitado con edificios de tres alturas y pequeños balcones decorados con macetas. Olvidé los ruidos y busqué número por número el ganador. Los grandes tesoros siempre están escondidos pero el mapa dio las señas correctas. El desmayo de la bailarina no pasaba desapercibido. Su fachada granate recordaba a las famosas tabernas irlandesas. Dos farolillos apagados escoltaban el cartel con el nombre en letras cursivas y negras, las *eles* vestían tutú. Una vidriera de colores decoraba la puerta principal impidiendo ver el interior, y una tradicional pizarra había cambiado el menú del día por la frase: «En este local ni se fía ni se hacen promesas que no se puedan cumplir». No podía estar más de acuerdo, tenía que haber visitado aquel café con Paolo. Nosotros íbamos a sitios donde las mentiras tenían barra libre.

Empujé la puerta con celo y la fascinación se convirtió en mi segundo traje. *Oh la lá*, murmuré. Sentí lo mismo que cuando pisé el suelo de la tienda Disney de París. Un estancamiento pasajero. Desbordada por la novedad y la magia. El desmayo de la bailarina era un establecimiento grande, luminoso, diseñado en madera. Un quinqué con la base metálica en

azul cielo reposaba en las mesas. El marchamo del creador aleteaba sutilmente a lo largo y ancho del recinto. Del techo colgaban decenas de jaulas antiguas lacadas en blanco y dentro solo había flores. La pared de la derecha estaba forrada con fotos a color. Y la de la izquierda con imágenes en blanco y negro, con motivos tan dispares como librerías antiguas, personas o calles abandonadas. Entre ellas se intercalaban pinturas al óleo de bailarinas. Al final de la sala divisé la barra.

—Hola, ¿podrías avisar al dueño o al responsable del local?

—Un momento —respondió un joven con barba estilo *hipster*. Debajo de tanto pelo imaginé un rostro demasiado bonito como para permanecer oculto.

El chico desapareció y esperé contemplando que a unos pasos se abría un pasillo por donde entraba un chorro de luz que parecía un túnel celestial.

—Buenas —dijo un caballero cincuentón, alto y fibroso. De sus ojos brotó una chispa de asombro al verme—. ¿En qué puedo ayudarte?

—Soy Vera Belin, de la revista cultural *Merjet*, de Valencia.

—¡Ah, sí, sí! Ayer por la noche mi hermano me comentó que a lo mejor vendría una chica de Valencia para hacer una entrevista.

—¿Sí?

—Sí. Imagino que llamó alguien de la revista.

¿De la revista? ¡Pero si ni siquiera yo sabía que iba a ir! A mil por hora pensé en Mila, qué mujer más profesional, se concentraba en todos los detalles. Había llamado a los cinco restaurantes avisando de mi posible visita. Justo lo que yo no había hecho.

—Claro, habrá sido mi compañera.

—Tenemos un problemilla. No soy el dueño del *Desmayo*, soy Juan Carlos, el hermano de Javier, el artífice de este digno templo. Hoy se ha levantado con un constipado tremendo y le he recomendado que se quedara en casa, aunque puede que aparezca por aquí. No aguantaría un día en cama ni por una apuesta.

—Vaya, qué mala suerte, mañana tengo un poco de lío. ¿Tendría usted unos minutos para adelantarme algo?

—No me llames de usted, que soy un chaval. Tengo tiempo, pero no sé si podré ayudarte demasiado. Pasa al jardín. —Señaló el pasillo de luz. Juan

Carlos salió de la barra e indicó que pasara delante. Anduve por un corredor no muy largo y cuando llegué al final de la claridad me quedé boquiabierta.

—¡Guau!

Un jardín cuadrado, con una docena de mesas colocadas estratégicamente bajo un árbol inmenso, solitario, de belleza exuberante. Las ramas flexibles y largas caían hacia abajo como si desearan acariciar el suelo.

—Es un sauce llorón, también conocido como «desmayo». Un desmayo de ocho metros de altura.

—Es espectacular.

—Estos árboles son muy vistosos. Siéntate…

—Vera.

—Exacto, Vera.

Abrí el bolso y coloqué la grabadora junto al quinqué azul. También libreta y bolígrafo. Estaba embelesada. Quería saber, saber y saber.

—¿Cuándo se inauguró el local?

—Puff, hace más de veinticinco años. Mi hermano se empeñó en comprar el solar, y eso que aquí no había nada, bueno… el árbol. Cuando se le mete una idea entre ceja y ceja… Mi padre murió joven y nos dejó un buen pellizco. Yo era una cabra loca, un vago de siete suelas. Utilicé el dinero para recorrer mundo. De París a Argentina, de Argentina a la India, de ahí a Australia, me buscaba la vida como podía. Sin embargo, mi hermano era y es todo lo contrario. Muy sentimental, emprendedor, constante. Invirtió la parte del dinero que le correspondía en lo que ves.

—¿A tu hermano le interesaba la restauración?

—No. Mi familia jamás se ha dedicado al negocio de la restauración. Javier iba para notario, o eso quería mi padre. Si levantara la cabeza…

—Seguro que se sentiría orgulloso —dije para consolar—. ¿Cómo nació El desmayo de la bailarina?

—Nació de una historia de amor. Una historia que se convirtió en una obsesión.

OceanofPDF.com

12

Nueva York, 14 de enero de 2012

El chófer de la familia Vannay aparcó el coche en la calle Willow, en el simétrico barrio de Brooklyn Height's. Acalló el rugir del Rolls-Royce *Phantom* y se inclinó sobre el fino volante revestido en cuero. La plata del *Espíritu del Éxtasis* relucía en el capó como un astro pulido. Nadie lo sabía, pero la dama de plata presagiaba que aquella noche más de uno alzaría el vuelo sin ayuda del viento.

Simon levantó la vista y miró a través de la luna del coche. Las copas de los árboles, alineados a ambas partes de la calle, se entremezclaban en un unificado e inconstante techo de hojas embravecidas. La bóveda de hojarasca casi impedía ver la oscuridad de una ciudad que se preparaba para vivir un crepúsculo festivo.

El conductor de barba blanca y piel curtida se deshizo de los guantes y bajó del coche color antracita. Estiró con sus manos desnudas el traje de chaqueta impoluto y se ajustó el nudo de la corbata. Llevar corbata le encrespaba pero adoraba conducir el *Phantom* del señor. No era el *Corniche* de Miss Rosenberg, la anciana para la que trabajó dos décadas atrás, pero era igual de gratificante. Incluso hubiera aceptado, una vez más, llevar la gorra de plato si la retribución inmediata fuera pilotar un sueño con ruedas. Pero por suerte, a Werner no le seducía ese tipo de complemento y no exigía que Simon la llevara.

Miró a su alrededor y sacó un cigarrillo mentolado de la pitillera metálica. La calle Willow reposaba tranquila. Simon contempló distraído una sombra varada en uno de los salones que se adivinaba a través del

ventanal. En pocos segundos Werner se asomaría para refrendar que Simon lo esperaba al otro lado, como siempre hacía.

Los Vannay habían pasado la Navidad más triste que podían imaginar. Ni un villancico martirizante ni una sonrisa empaquetada. Werner era un reo y la tristeza que arrastraba era tan pesada como una bola de acero. Se dirigió hacia la ventana con aire envilecido y lento. Retiró la cortina y levantó el brazo a modo de saludo. El chófer le respondió con una inclinación de cabeza. Pero no tiró el pitillo. Ya era lo suficientemente mayor para esconder vicios y pedir permiso.

—¡Nora! ¡Baja! ¡Ha llegado Simon!

—¡Voy! ¡Dame un minuto, papá!

—Un minuto, sí. ¿Cuándo es un minuto? —murmuró—. ¡Date prisa que está fumando y se va a helar!

—¡Ay! ¡Papá! ¡Pues dile que entre! —vociferó desde el primer piso—. O que no fume —susurró mientras intentaba calzarse unos Manolos de tacón desafiante.

«Nunca quiere entrar», pensó Werner y se hundió en el sofá orejero *pull up*, que por cuestiones estéticas rompía el equilibrio del mobiliario de la estancia.

Simon evitaba entrar en casa del jefe. Y el jefe evitaba donar, subastar o, en cualquier caso, desterrar al olvido una reliquia familiar de más de cien años y un billón de sentadas. Notaba sus latidos, las ausencias de los que jamás volvieron y los que no partieron. Todos yacían en el sofá. En los muelles, en el estampado floral y en las horas perdidas.

—Ya estoy, ya estoy —dijo Nora.

Werner se levantó del sofá, que estaba a punto de engullirlo, y se puso el abrigo. Habían transcurrido diez minutos desde el «ya voy». Llegarían tarde y aunque no le importaba demasiado, padecía por la congelación de Simon.

Se detuvo y observó cómo su hija bajaba cogida de la barandilla.

—¿Qué me miras, papá?

—El pelo. No me acostumbro a verte con el pelo así.

—No te acostumbras porque llevo este *look* menos de veinticuatro horas. Corte estilo *pixie*.

—Lo sé. ¿Quién te lo cortó?

—Katie.

—Este mes le pagaré la mitad —afirmó Werner con tono serio.

—Papá, por favor. Hace lo que le pido, me lo hubiera teñido de rosa chillón si yo hubiera querido. Además, se va a poner de moda otra vez.

—Ya estaba de moda.

—No, ahora más. Para la fiesta de fin de año, Thelma Terrasse fue al salón y se lo cortó así, por exigencias del guion para la nueva temporada. Y le queda de lujo.

Werner le lanzó una mirada interrogante.

—¡Papá! La actriz de la serie *Tell Me How*. Te sacan de las viejas glorias y te pierdes.

—¿De qué hablas? Si me las conozco a todas —afirmó molesto—. Es que salen actrices de debajo de las piedras. *Tell Me How…* Sí, le pongo cara. ¿Y qué se hizo?

—*Peeling* químico, baño de diamante y el corte. Katie y Noa dicen que quedó encantada.

—Ese es el fin —concluyó—. Que antes de irse ya tengan ganas de volver. Anda, vámonos, que yo también estoy deseando regresar.

Padre e hija salieron al vestíbulo enfundados en sus abrigos. Nora no contestó, pero su cara era el reflejo de la preocupación. Werner estaba haciendo un sacrificio colosal por ella, no por él. Nora había pergeñado el plan por su bien, lo había azuzado para salir de casa y ahora lo veía mal. A lo mejor no era el momento para reaparecer; a lo mejor el jolgorio del esnobismo y el burbujeo de la opulencia le iban a venir grande. Quizás no era el día idóneo para que su padre volviera a ser la persona que había sido.

Werner, cabizbajo, posó la mano sobre el pomo cromado de la puerta. Cuando iba a abrir, se detuvo. Nora resopló.

—¿Ahora qué, papá? ¡Tenemos prisa!

—Que pensaba que te ibas a poner un vestido, no unos *jeans*.

—Mi culo está adquiriendo la dimensión de Central Park, no apto para vestidos. Y perdona, pero esto no son unos *jeans*, son unos APO que me han costado una fortuna. Bueno a mí no, a ti —explicó con una amplia sonrisa—. ¿Ves el botón? Es de oro. Y los remaches también. Y…

—Vale, no quiero saber más.

Simon se irguió al verlos salir del edificio de tres plantas y abrió la puerta trasera del coche.

—¿No te has helado?

—No, señor, esto no es frío. De joven trabajé en Alaska, en un par de barcos pesqueros como marino de cubierta. Aquello era frío.

—No lo sabía. Nunca dejarás de sorprenderme, Simon.

El chófer no contestó y Werner entró en el coche.

—Hola, Simon —dijo Nora y le dio un beso—. ¿Y qué pescabas?

—Salmón, cangrejos, peligros…

—¡Guau! Me lo tienes que contar —afirmó con admiración.

Una ola del mar de Bering salpicó los recuerdos de Simon.

—Algún día —dijo—. Qué guapa está, me gusta el pelo, es perfecto para su cara redondita.

—Ves, papá. —Se inclinó y encañonó a su padre acomodado en el Rolls Royce—. Simon sí sabe halagar a una mujer, no como tú que solo me lanzas miradas de desaprobación.

Aunque Werner no era aficionado al mutismo, giró la cabeza y miró por la ventana el edificio rojizo de enfrente. Su vecina, una anciana silente y discreta, había adornado la puerta con cuatro maceteros de flores. Dos a cada lado del portón negro. Eran violetas persas. Tampoco era un experto en floricultura, simplemente lo sabía porque una semana atrás, la señora Meyer había cruzado los escasos metros que separaban sus viviendas con una maceta entre las manos y había tocado a su puerta.

Martha, el ama de llaves, se acercó al sillón orejero donde reposaba Werner.

—Señor, su vecina Agnes Meyer pregunta por usted.

—¿Ella en persona? ¿Le ocurre algo?

—Ella en persona, señor. No lo sé, yo la veo bien.

Las visitas de la señora Meyer eran infrecuentes. No era una vecina amante del comadreo. Casi ninguno lo era, pero ella mucho menos. El servicio de la anciana se encargaba de hacerle los recados y las tareas que ella consideraba tediosas. Sus incursiones a la superficie eran contadas y suscitaban expectación.

Werner, haciendo un esfuerzo sobrenatural, abandonó el *Times* sobre la mesa y dejó las gafas sobre el periódico. Se dirigió hacia la entrada. Vio la silueta de la anciana como una aparición mariana. La luz del sol le impedía distinguir los detalles, apenas veía una pequeña silueta estática y el vaivén de unas faldas anchas movidas por la corriente de aire.

A medida que se acercaba apreció a su vecina sujetando un tiesto de terracota. Ocultaba su ropaje tras un delantal verde atado al cuello y espalda.

—Buenos días, señora Meyer. ¿Se encuentra bien?

—Me encuentro muy bien, y hace un día precioso. Parece mentira que hayamos entrado en enero… He venido para traerle estas flores, son violetas persas. Resistentes al frío y frágiles si las expone al calor.

Aún aturdido por la visita y el presente, Werner cogió el tiesto.

—Gracias. Es un gesto muy bonito.

—A mí me gusta la forma acorazonada que tienen las hojas. Es curioso que siendo tan frágil resista las bajas temperaturas… Cada ser vivo se nutre de unas necesidades distintas y en ocasiones incomprensibles —dijo Agnes con serenidad e hizo una pausa—. Es normal que tenga miedo, yo también lo tuve. El miedo es una emoción natural, un invitado al que no llamamos y que se cuela entre la multitud con disimulo. Pero aunque no lo crea, es indispensable. Le servirá de mucho si lo sabe utilizar.

Werner la observó fijamente.

—¿Qué hago?

La anciana esbozó una sonrisa amable.

—Le aconsejo que no le dé la bienvenida, si se acomoda le resultará más doloroso. Se lo dice una vieja que vivió durante años a su merced. —Agnes le dio dos palmaditas en el hombro—. Y cuídela, que solo tiene una —sentenció.

Con los ojos brillantes, Werner asintió y cerró la puerta. Permaneció ensimismado un largo rato frente a la maceta. Se habían dicho tanto en tan poco que le costó asimilar la visita.

El coche atravesaba el puente de Brooklyn cuando Nora rompió el violento silencio que inundaba el vehículo.

—¿Qué me cuentas, Simon?

—Nada nuevo, señorita, que traigo mal cuerpo. He visto un accidente múltiple en el cruce de la calle 1 con la 33. Media vida conduciendo y no me acostumbro a ver cosas así.

—Es difícil acostumbrarse a las cosas feas —afirmó Werner.

Simon lo miró por el retrovisor. El silencio volvió a colmar el ambiente.

—Papá, ¿has cogido la invitación?

—No.

—¡Papá!

—Que sí. Hija, entramos igual, con o sin invitación.

—Pero a Donna le gusta que la llevemos. Simon, ¿sabes que Lily expone una de sus obras en la galería? Estoy muy contenta.

—Me alegro. Es una buena noticia.

—Papá, ¿comprarás su obra? —preguntó ilusionada.

Werner contempló a su hija con expresión seria.

—Por supuesto que no. Ni la de Lily ni la de Lilo. No voy a comprar nada. Gracias a mí la han incluido en la exposición. ¿Te parece poco?

—No.

—Lily es una chica encantadora y le tengo cariño, pero no por ello voy a adquirir todas las pinturas que haga. Que vuele sola y se la compre otro. No creas que por comprar sus obras le hacemos un favor.

Nora puso los ojos en blanco. No comprendía la radicalidad que en ocasiones dominaba a su padre.

—De hecho —añadió—, no estaré mucho tiempo. Saludo a Donna, le doy las gracias y me vuelvo. Tú quédate el rato que quieras, después Simon irá a por ti.

—Vale, a lo mejor salimos a tomar algo Lily, su cuadro y yo —afirmó irónica.

—¿Y Brandon?

—Ya te lo dije, se ha ido a Washington a visitar a sus tíos. Volverá el lunes.

El coche dejó atrás la mítica fachada del que fue el gran hotel Chelsea. Estaban a punto de llegar a la galería Parkman cuando Nora observó cómo su padre, concentrado en algún punto fugaz, estudiaba los edificios a través de los cristales. Le apretó la mano con fuerza.

—¿Estás preparado, papá?

* * *

Al este de Central Park, en una elegante sala de estar, Mijail deambulaba frente a la chimenea de madera tallada. La tardanza de Katia lo estaba malhumorando. Gordon había llamado y le había dicho que ya salía para la galería. Y él seguía allí, en el salón, irritado y con ganas de mandar a su mujer al cuerno.

El mayordomo abrió las puertas francesas y se aproximó a Mijail.

—Señor, la señora Katia quiere que suba al dormitorio.

—¡Mijail!

Un alarido procedió de las alturas. Katia tenía una garganta prodigiosa y un timbre fastidioso cuando alzaba la voz. El ruso respiró hondo.

—La oigo. Gracias, Peter.

Mijail ascendió por la escalera semicircular de mármol de Carrara. Su enfado también iba en ascenso. Sospechaba que su mujer estaba prolongando la tardanza y esa actitud infantil lo exasperaba el doble. Entró al dormitorio, apretó los labios para que no se le escapara ningún improperio e intentó mantener la compostura. Katia analizaba las composturas de su vestido azul noche en un espejo de cuerpo entero.

—Llegamos tarde. Y como pillemos atasco, que por supuesto lo vamos a pillar, llegaremos dentro de una hora. Gordon y Diana ya están allí.

—Me da igual —contestó airosa—, presenciar el fariseísmo de Donna Parkman me apetece tanto como que me acribillen a palos. ¿Voy bien?

—Espectacular. Glamorosa y elegante.

—Es un Valentino precioso. Me gustan estas formas redondeadas. —Señaló sus hombros—. Aunque seguro que ella va más guapa que yo.

—Ella es la anfitriona de la fiesta. Llevará meses preparando su vestuario. Además, no lo creo, tú eres única. No tenéis nada que ver.

—Claro que no —afirmó al abrir la caja fuerte—. Me saca unos quince años. Y Donna es una buscona y yo no. Partiendo de esa premisa podría sacar las siete diferencias y si me apuras llego a la docena.

—Katia… ¿No lo vas a olvidar nunca?

—Mijail, ¡te besó!

—¡Pasó hace una eternidad! Me besó, la retiré y te lo conté. ¿Qué más quieres?

—¡Que no hubiera pasado! —gritó.

Katia lo miró irritada, con la yugular a punto de explotar. Dio media vuelta y entró en el aseo. Confiaba en él, pero las dudas no desaparecían con una declaración jurada y una insistencia convincente. Si los hombres mentían con tanta pasión como mantenían aventuras extramatrimoniales, ¿por qué el suyo no lo iba a hacer? Mijail la quería, pero ¿era el amor un aval que lo eximía de romances furtivos? Era un hombre con escalas que conocía a mujeres bellas y admiradas, no un santo de escayola en una hornacina. Un santo al que se puede mirar pero no tocar.

Katia le hacía repetir la historia una y otra vez. No quería pillarlo en un renuncio, pero lo intentaba desaforadamente. Constataba que no cambiaba los hechos y la memoria no le traicionaba. Su marido nunca mentía, no empequeñecía los acontecimientos y no se saltaba ni un detalle.

En la primavera del 92, al finalizar un acto benéfico de recaudación de fondos, Donna se abalanzó sobre él. Al ver la negativa del ruso, la prestigiosa galerista se disculpó apesadumbrada. Se descompuso. Y acusó el arranque imprudente al fragor del momento y a los efectos del alcohol. Mijail le quitó hierro al asunto y Donna jamás lo volvió a intentar. Así era el relato que su mujer escuchaba sin poder rebatir.

Aunque llevaba cuarenta años casada con un banquero de Wall Street, Donna había perseguido a Mijail desde el inicio de los tiempos. Estaba enquistada en un matrimonio que le servía para aparentar un estado de felicidad más que alterado. Las apariciones del matrimonio en actos públicos sosegaban las habladurías y las infidelidades consentidas por ambos. Pero era *vox populi* que cada uno miraba hacia un lado y que vivían vidas antagónicas. Donna Parkman creía que todos los matrimonios eran como el suyo, fraudulentos y moribundos.

—No quiero hablar del episodio maldito, Mijail, que se me irrita el cutis. ¿Cuál? —Katia le mostró dos cajitas abiertas—. ¿Los de forma de orquídea con incrustaciones de zafiros y diamantes?, ¿o las amatistas en forma de corazón?

Mijail, resignado, cruzó los brazos y analizó los dos pares de pendientes.

—Estos. Las orquídeas resaltan tus ojos.

—Sí, y tengo el anillo a juego. Me encanta esta casa, cariño, pero odio tus manías. Lo de las cuatro plantas no me convence.

—Me gusta el número cuatro. Pero no todas tienen cuatro plantas, la casa de Suiza tiene tres.

—Bueno, da igual, esta es fantástica, muy acogedora. Y tenías razón, mejor que en Manhattan Beach. Aunque me hubiera gustado estar cerca de Sacha y Alia…

—Me alegra que te guste, porque es nuestra.

El ruso se acomodó en la cama y contempló embelesado cómo su mujer se retocaba y caminaba de un lado a otro de la habitación.

—Ya lo sé, tonto. Lo que no sé es por qué no venimos más.

—Yo no vengo por falta de tiempo. Tú, ni idea. Katia, he pensado que podríamos ir al Guggenheim antes de volver a Moscú. Quiero ver las obras de Kandinsky y he leído en el periódico que hay una exposición de Mauricio Cattelan. He visto una fotografía, la obra cuelga de cuerdas desde diferentes alturas.

—¿Cómo?

—Está suspendida en el aire, en el hueco de la rotonda, como uno de esos móviles de los que cuelgan objetos. Vas ascendiendo y ves la obra desde distintas perspectivas.

—Qué… original.

—Sí.

—Iremos, cariño, iremos justo después de pasar por Madison Avenue. Quiero dar una vueltecita por allí. He quedado con Orianne, y de paso recogeré las botas que me ha diseñado Vanesa. Son preciosas, Mijail, están decoradas con cristales de Swarovski.

—¿Otras botas? Pero si tienes mil.

—¿Y qué?

—Nada. Creo que iré solo. Estarás muy entretenida en Madison Avenue con tu amiga Orianne, vuestro parque de atracciones favorito —afirmó.

—Confía en mí. Comemos juntos y luego vamos al Guggenheim.

Katia se acercó hasta la cama, se inclinó y apoyó las manos sobre las rodillas de su marido.

—Estoy lista. ¿Preparado para conocer a Larry Selleck?

* * *

Eduardo y Selleck entraron en la galería Parkman. Un grandioso edificio con espacios diferenciados y capacidad para albergar a ochocientas personas.

Donna había enviado trescientas invitaciones dobles, no quería sobrecargar el ambiente. Había planificado desde los detalles más visibles hasta los imperceptibles. La intensidad de la luz, la ubicación de las obras, un servicio de *catering* entrenado para actos de alto *standing* y la banda sonora. Donna afirmaba que la música era inspiradora, que el ritmo lo marcaba todo, y había puesto el mundo al revés para encontrar el mejor dúo de violín y piano de la ciudad.

Antes de dejarse arrastrar por la multitud y los rostros triunfantes, Larry miró hacia la derecha. El pianista y una violinista, joven y etérea, interpretaban una pieza de Johannes Brahms. La acústica del edificio era perfecta y la melodía traspasaba hasta la última pared del edificio.

Envuelto por la Sonata Número 3, Larry recordó que meses atrás en aquel lugar había unos sofás color chocolate. Sentía que las cosas habían cambiado desde que fue a ver la exposición de Twain. Los sofás habían sido desplazados por los músicos y su calma arrasada por los nervios. Notó un nudo en la boca del estómago. Durante el camino, el español había intentado aplacar su inquietud con inocentes bromas, pero él necesitaba a Cyntia. A su novia susurrándole al oído que estaba más elegante que nunca, salpicando de seguridad su vacilación y dotando de sentido el espectáculo abrumador.

—Larry.

—¿Qué? —Selleck apartó la mirada del dúo de profesionales y observó el centelleo pícaro de Eduardo.

—¿Ves a la chica que hay allí, la del pelo cortito y americana negra, al lado de una rubia rolliza? Las que nos miran.

Las saludó con la cabeza y les hizo un discreto gesto con la mano que significaba «luego hablamos».

—Es la hija de un multimillonario —añadió—. Se llama Nora, viene a menudo por el restaurante. Porque es muy joven y tiene novio que si no…

—¿Desde cuándo te importa que sean jóvenes y tengan novio? —preguntó Larry, desconcertado.

—Sí que me importa, le saco doce años. Joder, me encanta el concepto que tienes de mí… Conozco a su novio y es buen tío. El padre de la criatura tiene un Rolls Royce increíble.

—La primera vez que vi un Rolls Royce fue en el Salón Internacional del Automóvil de Detroit. Mi hermano y yo fuimos con mi padre. Nos quedamos fascinados.

Uno de los camareros, con traje de chaqueta y pajarita, pasó frente a ellos con una bandeja repleta de copas de champán burbujeantes. Eduardo cogió dos.

—Toma, bebe. Lo que faltaba es que te pusieras nostálgico. Entre los recuerdos y los nervios… Qué día llevas, chaval. Espero que muy pronto te hagas famoso y me tengas en consideración por aguantarte.

—Tienes tres obras mías. Si me hago famoso imagínate el caché que le voy a dar a tus restaurantes. Harán cola para ver mis cuadros.

Los dos sonrieron. Las pinturas de Larry decoraban las paredes de los dos restaurantes de Eduardo y este había sido extremadamente generoso a la hora de pagárselas.

—Aquí hay muchísima gente. Tengo que encontrar a Gordon y a Diana.

—Tranquilo, ahora los buscamos. Ven —ordenó, agarrándolo del codo —. Voy a presentarte a alguien.

Eduardo se había propuesto saludar a todos los asistentes. Pasaron la siguiente media hora intercambiando apretones de mano y sonrisas *estrella*. El español conocía a la gran mayoría y presentaba a Larry como a un portento. Les explicaba que trabajaba con Diana y que una de sus obras estaba expuesta en el primer piso. Larry asentía, daba conversación a sus nuevos conocidos. Saludó a empresarios, abogados, actrices, periodistas y a un amplio elenco de profesionales que parecía no tener fin.

A Eduardo le encantaba el artificial protocolo de saludos. Se frotaba las manos mentalmente al ver a sus clientes potenciales y le divertía *venderse* porque era lo que mejor sabía hacer. A Selleck, no. Le incomodaba hablar de él; le provocaba un estrés que le tensaba los músculos y sufría bruscos cambios de temperatura que pasaban de los escalofríos incómodos al sudor agobiante.

Mantenían una interesante charla con el directivo de una discográfica cuando las luces cambiaron de tonalidad creando un ambiente más íntimo. El dúo acalló sus instrumentos. Los camareros desaparecieron sigilosos de la sala. Un sutil murmullo paseó por el recinto envolviendo el momento que se avecinaba.

Donna Parkman pisó la escalinata central que daba acceso al primer piso y el auditorio estalló en un aplauso. La presencia de cientos de personas no la acoquinaban. Era una *delicatessen* de la que se alimentaba. Subió con firmeza hasta el ecuador de la escalera y sonrió a la multitud. Hacía ademanes con la cabeza y se llevaba la mano al pecho en señal de agradecimiento por el cariño y la ovación colosal.

«Lo que hay que aguantar», murmuró Katia y, al igual que el resto, le hizo un exhaustivo repaso a su estilismo.

A Katia le costaba reconocerlo, pero Donna estaba espléndida. Vestía un exclusivo traje de chaqueta Chanel, en tonos grisáceos y un rosa palo elegante. La falda le llegaba hasta las rodillas y sus tacones superaban los quince centímetros. La sombra metálica resaltaba el fulgor de su verde mirada. Irradiaba un temple difícil de superar. Era la inimitable Donna Parkman y quería dejarlo claro.

Uno de sus ayudantes le entregó un micrófono. Los aplausos cesaron.

> «Bienvenidos y muchas gracias por acompañarme en esta noche tan importante.
>
> Parece que fue ayer cuando abrí las puertas del edificio que hoy nos acoge. Las columnas aún no se habían levantado. Recuerdo las paredes desnudas que me recibieron y la sensación de alivio y respeto que me recorrió al ver que mi sueño se iba a hacer realidad.
>
> Han pasado treinta años desde que volqué mi entusiasmo y mi esfuerzo en este proyecto: la galería Parkman. Los inicios no fueron fáciles, pero sí gratificantes e instructivos. Aquí he crecido a nivel personal y profesional, y ha sido gracias a ellos: a los artistas. A la materia prima de personas que no entenderían sus vidas si

no pudieran crear. Lo que he aprendido de sus obras, de su ímpetu y de su lucha diaria no puedo expresarlo en unos minutos. El ejemplo de cada uno de ellos me guía. Sencillamente son genios hechos de otra materia.

Ellos han apuntalado mi carrera y nuestros logros. Y digo *nuestros* porque este sueño no es solo mío: decenas de profesionales me ayudan de manera incondicional; me empujan si flaquean las fuerzas y aplauden al unísono cuando ven que su empeño tiene sus frutos. Cuento con un equipo incombustible al desaliento.

Por nuestra galería han pasado artistas consagrados y talentos emergentes. Este trabajo no tendría sentido si no brindáramos oportunidades a nuevos pintores, fotógrafos o escultores que, con sus obras y sensibilidad, atraviesan nuestros sentidos. Luchamos por ellos y no dejaremos de hacerlo, nunca. Su entusiasmo nos contagia y sus distintos estilos abren nuestro campo de visión.

En la galería Parkman nos dejamos arrastrar por las corrientes pero no nos engullen. Damos cabida a diferentes técnicas innovadoras y a cualquier expresión artística que contribuya a seguir desarrollando la encomiable labor cultural que difundimos. La experiencia nos avala, una vida dedicada al arte nos avala, el trabajo bien hecho nos avala.

No quiero alargarme. Solo darles las gracias a todos. A nuestros amigos, a los visitantes enamorados del arte, a los coleccionistas, a los artistas, a mi equipo. Y donde quiera que esté, gracias a Victoria Huber, una mujer inigualable que me enseñó la belleza de esta profesión.

Para finalizar, y parafraseando a la gran Georgia O’Keeffe, puedo decir: ‘Descubrí que con colores y formas podía decir cosas que no podía decir de ninguna forma… cosas para las que no tenía palabras.’ Gracias».

No leyó ni una coma. Lo relató de forma pausada, con la frente bien alta. El micrófono no le tembló y la solidez de su voz no decayó en ninguna afirmación. Apenas se le quebró un instante al nombrar a Victoria, una galerista para la que trabajó como asistente. A ella le debía su perspicacia crónica y la avidez de poder que la caracterizaba. Su discurso había resultado maléficamente embriagador. Marca de la casa.

«Por fin se ha callado», pensó Katia, aliviada, mientras los invitados aclamaban a Parkman. Miró a la anfitriona sobre las escaleras, su porte y su sonrisa complaciente. Que Donna era una puta con una memoria privilegiada y que mantenía un *affaire* con el atractivo joven que le había acercado el micrófono, fueron los pensamientos que despuntaron en la cabeza de Katia.

Mijail observó cómo su mujer palmoteaba con poco énfasis. Sonrió. La conocía y podía navegar por su mente sin impedimentos.

Los aplausos disminuyeron. Donna se acercó el micrófono y continuó.

—Espero que las exposiciones os deleiten y cumplan sus expectativas. En esta planta podemos disfrutar de la excelente muestra del consagrado artista estadounidense Tim Karlam. Hemos seleccionado treinta y seis obras de su colección *Time*, bohemia y estructural, con matices novedosos y radicales. En el segundo piso contamos con las esculturas del famoso artista inglés Tisdale. Una exposición de piezas únicas que goza del favor de crítica y público. Aprovechen la ocasión, permanecerá en la galería las próximas dos semanas. Y para conmemorar nuestro esperado aniversario, en el primer piso hemos reunido treinta obras de treinta artistas menores de treinta años, a los que brindamos esta oportunidad para exhibir su potencial. La calidad de las obras es suprema, la oferta amplia y los precios son más que asequibles, señores. —Hizo un guiño a su fiel público.

La gente sonrió su invitación. Por mucha palabra bonita que Donna hubiera proferido, el arte era un negocio y había que venderlo.

Las luces recobraron su intensidad y el dúo empezó a interpretar *El Danubio Azul* de Johann Strauss. El servicio de *catering* volvió a desplegarse como un abanico por las salas. Los invitados se movían y conversaban en grupos que se creaban de forma espontánea.

En un despiste, Larry había perdido a Eduardo y no encontraba a Gordon. Conocía a algunos artistas y galeristas pero no le apetecía hablar con ellos. Subió a la primera planta y tras un exhaustivo repaso a las pinturas de sus compañeros, buscó la suya. No estaba impresionado por la calidad de las obras. Eran buenas, pero no deslumbrantes. Destacaban por llamativas, los colores vistosos predominaban en la sala, pero no le acababa de seducir ninguna. Eran chicas del montón que en su intento por llamar la atención perdían el interés al tercer parpadeo.

La galería Parkman era tan amplia como laberíntica. Si la conocías resultaba sencillo localizar lo que buscabas. Si no, entrabas en un bucle artístico del que era difícil escapar.

El Primer punto de Selleck ocupaba el lugar número doce. Cyntia cumplía años el 12 de octubre. No era supersticioso pero la coincidencia le hizo sonreír. Nadie había comprado su pintura. Aun así la contempló con cariño y se sintió satisfecho. A lo mejor Cyntia no estaba en lo cierto y algunas obras se quedarían sin vender. Pero las ideas negativas ya ni

siquiera le aturdían. La mezcla de champán, vino y sentido común le había redimido de la ofuscación dando paso a un estado certero de calma.

Durante treinta minutos se dejó cautivar por la obra de Tim Karlam. No entendía cómo Donna había conseguido reunir tantas pinturas del autor. Era un artista reacio a exponer las maravillas que salían de su pincel. Un genio con rarezas y obsesiones. Selleck había estudiado su obra y sentía una profunda admiración por su trabajo.

—Chico, ¡por fin te encuentro!

Larry se volvió y vio la expresión orgullosa de Gordon. Él también se alegraba de verle. Tenía ganas de encontrar una cara que le inspirase confianza. El chico miró a las personas que lo acompañaban.

—Yo también le estaba buscando. Y a Diana, pero ha sido imposible. No nos hemos cruzado.

—Diana estará por ahí, publicitando la academia.

Selleck sonrió.

—Mira, Larry, quiero presentarte a Katia y a su marido, un experto coleccionista de arte. Son grandes y viejos amigos.

—Muy viejos —afirmó Mijail.

—Qué exagerado eres, cariño; si no hicieras esas bromas nadie pensaría que pasamos de los cincuenta —contestó Katia.

Los cuatro rieron el comentario.

—Un placer.

Selleck estrechó la mano al matrimonio. Hacían una pareja perfecta, emanaban complicidad y un contrapunto embelesador. Larry se sintió cohibido. A lo largo de la noche había conocido a muchas personas, pero con nadie había sentido aquella especie de suntuosidad medida que lo deslumbraba.

—Nos ha comentado Gordon que eres un magnífico pintor y muy buen profesor —afirmó Mijail.

—Bueno… —dijo, ruborizado— Gordon es muy generoso. Mi vida siempre ha girado en torno al arte pero lo de ser profesor es algo que aún estoy aprendiendo.

—Ni caso, también es un excelente profesor y repito, un magnífico artista. Larry es muy modesto. Lleva a los chicos firmes como una vela, han

mejorado muchísimo. Incluso ha descubierto que una de sus alumnas es un prodigio de la naturaleza. —A Gordon se le iluminó el semblante—. Solo un genio puede descubrir a otro genio. Subid y podréis ver su obra.

—Por supuesto, no nos iremos sin verla —apostilló Mijail.

—Larry, ¿te gusta Nueva York? Nos ha dicho Diana que eres de Michigan.

Selleck observó a Katia. Sus ojos claros eran tan sugestivos que no podía sostenerle la mirada.

—Sí, es una ciudad única y un gran mercado de arte, un referente. Todo artista debería hacer un alto aquí. El aire que se respira es distinto y no te cansas de caminar por galerías, museos y conocer artistas peculiares. Nueva York me ha dado más de lo que esperaba. La verdad es que exponer en esta galería es muy importante para mi carrera, y lo he conseguido gracias a Gordon.

Mijail le lanzó un guiño cómplice a su amigo y comenzaron a charlar con Larry sobre impresionistas. Un tema que bifurcó en Claire Sullivan, la técnica de Pollock y los talleres de la ciudad.

Mientras conversaban en la planta baja, Werner paseaba de forma reservada por los pasillos del primer piso. También se había desorientado y en un despiste había perdido de vista a Nora. Intentaba no llamar la atención, pero cuanto más rezaba: «Que no me vean, que no me vean», más captaba el interés de los presentes. Atraía a los asistentes como si decenas de imanes inundaran sus bolsillos, magnetizando la mirada de aquel con el que se cruzaba.

La presión lo azogaba y se sentía mareado. Ya pretendía marcharse cuando pensó en Lily, no había visto su obra. Quizá no le costaba tanto desembolsar unos cuantos miles de dólares y así hacer felices a dos jovencitas.

Perdido entre cuadros y recovecos, Werner sacó de su bolsillo el tríptico que le habían entregado a la entrada. En él se explicaba la obra de Tim Karlam y Tisdale. Además, recogía el título de la obra, artista y posición que ocupaba cada una de las pinturas de los treinta noveles. En el papel arrugado buscó la pintura de Lily. Le habían adjudicado el número trece y su obra se titulaba *El misterio del volcán*. Miró a su alrededor. La obra que

quedaba a su espalda llevaba el número veintitrés. Estaba en el ala equivocaba. Las primeras quince obras colgaban a la izquierda de la escalera. Con paso ligero se dirigió hacia la sala opuesta. Parecía un milagro pero en su huida nadie lo había detenido.

Cuando llegó a la pintura número trece, de la artista Lily Herrington, Werner analizó la obra sin pestañear. Su cara era un poema desconcertante. Las comisuras de sus labios se dibujaron alicaídas y sus cejas se levantaron en una mueca de incredulidad. El misterio del volcán era la ausencia de misterio. Un unificado fondo en tono bermellón, con tres gruesas pinceladas rojas verticales. Una a la derecha, otra central y otra a la izquierda. El volcán de Lily.

Se acercó a la ficha y leyó el precio. Cinco mil dólares. Se alejó y se acarició la perilla. ¿Cuánto tiempo habría tardado en pintarlo? ¿Una hora? Él tardaba más en tintar y diseñar un exclusivo corte de pelo. Y seguro que corría más riesgos.

Apreciaba a Lily, pero debía pensar seriamente si quería adquirir la pintura. No por el dinero, por supuesto, pero no le gustaba invertir cuando el objeto en cuestión no le atraía. Los tonos le parecían cargantes. La pintura no podría presidir uno de sus salones: le provocaría un trastorno de ansiedad y no podía permitírselo.

Salió de aquel cubículo de lava ardiente y anduvo unos metros hasta que algo llamó su atención. Retrocedió y se detuvo frente a la obra número doce.

Un pequeño círculo negro actuaba como una onda expansiva que movía una pintura sublime. La obra nacía a partir del círculo: los colores orbitaban a su alrededor al son de una nebulosa acompasada. Primero, un ocre brillante como la arena cuando recibe la luz del sol, que mutaba a un tostado vivo. Los últimos tonos se mezclaban con rojos óxidos. Los colores tierra se fundían con un azul ultramarino que de forma circular se combinaba con otros azules que Werner jamás había imaginado. Todos sucumbían en un sutil tono pastel, dulce y pacificador. En una calma adormecida.

La belleza y la tensión acumulada hicieron que Werner sintiera la necesidad de llorar. Jamás se había emocionado así al contemplar una obra

de arte. Ni siquiera con un Rembrandt o un Van Gogh, artistas que idolatraba. Estremecido, sintió que hubiera pasado el resto de su vida mirando el cuadro. El contraste armónico, la profundidad de lo simple y lo bello. La soledad. El romanticismo del movimiento sutil. Werner estaba cautivado.

Se acercó a la ficha. El autor era un tal Larry Selleck y su obra *El Primer punto de Selleck*. Acrílico y óleo sobre lienzo, la técnica utilizada. Sin precio. Observó la rúbrica en la esquina inferior. ¿De qué le sonaba el nombre de Selleck? Lo había escuchado antes pero no lo ubicaba en ningún contexto.

Werner se giró en busca de ayuda y alcanzó al vuelo a la comisaria de la exposición.

—Ashley, Ashley, espera —exclamó para que no se le escapara.

—Dígame, señor Vannay.

—¿Me podrías decir quién es Larry Selleck? Me gustaría hablar con él.

—Por supuesto. Usted espere aquí. Es la mejor, se lo dije a Donna nada más verla, una calidad y un gusto envidiable —le advirtió mirando la pintura.

Tal como le había ordenado, Werner permaneció de pie frente a la obra, dándole la espalda al resto de la Humanidad.

Ashley Blanc bajó a toda prisa y buscó a Larry. Minutos antes lo había visto hablando con Gordon y con el magnate ruso. Seguían en el mismo lugar y, por los aspavientos de Mijail, mantenían una conversación entretenida.

—Perdone que les moleste —interrumpió la señorita Blanc con sutileza —. Larry, alguien pregunta por ti.

—¿Por mí?

—Sí, arriba.

La comisaria de la exposición le ofreció un expresivo gesto que los tres interpretaron como un asunto importante.

—Ve, ve, chico. Luego nos vemos —le aconsejó Gordon.

—Sí, no te preocupes por nosotros —añadió Mijail.

Selleck asintió y abandonó la amigable charla junto a Ashley, una afroamericana que después de licenciarse en Bellas Artes había

inspeccionado los cinco continentes. Era una *wannabe* con ansias de aprender para enseñar. Su agudeza era inexcusable. A Donna le costó tres reuniones y un sueldo descomunal ver su firma estampada en un contrato. Su inteligencia y su brillantez hacían de Ashley una joya única.

Ambos se dirigieron hacia las escaleras centrales.

—¿Quién pregunta por mí?

—Se trata del señor Werner Vannay. No estoy segura, porque no me lo ha dicho, pero creo que está interesado en tu obra. Te está esperando frente a ella.

—¿Y quién es?

—Un importante empresario. El dueño de los salones de belleza Vannay, los más elitistas de la ciudad. Una eminencia en el sector. No está pasando por un buen momento, pensaba que no vendría a la exposición, así que no le hagas esperar.

Ashley desapareció y Selleck subió la escalinata. Su ignorancia le hacía sentir ridículo. Debía salir más con el español y hacer un máster intensivo llamado *Beautiful People. Vida, obra y miserias de la jet set de la Gran Manzana*.

Selleck lo divisó desde lejos. Estaba a punto de tocar la pintura con la yema de su dedo índice cuando Larry se acercó y sonrió.

—Señor Vannay.

Werner se sobresaltó, como si lo hubieran pillado haciendo una travesura inexplicable. Larry se encontró cara a cara con un hombre de pelo al rape, perilla, ojos grandes y sonrisa forzada. Le transmitió ternura y, sobre todo, una profunda tristeza.

—No lo he tocado, en serio. ¿Eres Larry?

—Sí. Larry Selleck.

—Encantado. —Le estrechó la mano—. Soy Werner.

El señor Vannay miró la obra con atención.

—Me gusta —añadió—. Las texturas que has conseguido son tan reales… Es una tormenta de arena. Y el azul parece flotar. Como si los colores dieran vueltas alrededor del círculo. Es una obra muy…

—¿Dinámica?

—Sí.

—Gracias. Bueno, hay un sinfín de técnicas y materiales para crear efectos de luz y texturas. Le puedo explicar cómo he…

—No, no te esfuerces —negó, cortándolo—, no lo acabaría de entender. Aunque el circulito es perfecto.

Selleck sonrió mostrando sus hoyuelos. Las personas que no querían explicaciones pero las forzaban le causaban curiosidad.

—Necesitaba y quería que fuese perfecto. Utilicé el estarcido.

—¿El qué?

—Una plantilla con la forma del círculo.

—Sí, sí. En realidad no me importa demasiado qué técnicas hayas empleado. Lo que importa es que me he enamorado de ella. No sé por qué, pero esta obra expresa a la perfección lo que siento, observándola me he quedado literalmente sin palabras.

Era la primera vez que alguien le decía que se había enamorado de su pintura. Solían hablarle de su calidad, del don que tenía para hacer que los colores vivieran, pero nada de amor. Sintió un fogonazo en su interior. Como cuando Cyntia le confesó que nunca encontraría a nadie mejor que él.

—Me halaga, señor Vannay. Gracias.

—¿Qué significa para ti? Quiero decir, los artistas os movéis mucho por los estados de ánimo y cosas así para crear, ¿no? Quiero que me expliques de dónde nace esta obra.

—Del corazón, imagino. —Calló un instante—. Ha sonado cursi.

—Bastante —contestó Werner.

Selleck dirigió la vista hacia su primer punto.

—Mi novia diría que es mi alma, que soy un punto perdido en la inmensidad. Pero lo cierto es que esta obra es ella. Su esencia. Un punto que estalla y remueve cielo y tierra cambiando tu mundo. Así es. Un punto que no pone fin porque en ella empieza todo. No sé, podrá gustar más o menos, a algunos le parecerá bello y a otros no, pero eso —dijo y señaló la pintura—, es verdad.

Werner enmudeció, tragó saliva.

—Se te enciende la mirada.

—Y a usted se le apaga. ¿He dicho algo que le ha ofendido?

—No. Has definido a mi mujer.

Los ojos de Werner Vannay claudicaron. Larry sacó un paquete de clínex del pantalón negro de vestir y le tendió uno.

—Los he traído por si nadie me compraba la obra.

Werner esbozó media sonrisa.

—Perdí a mi mujer hace unos meses. Murió de cáncer, fue tan rápido que no asimilo cómo pasó. La última imagen que tengo de ella es devastadora. —Cerró los ojos, afligido—. He estado encerrado en mi casa hasta hoy. No te voy a mentir, se me caen las paredes encima, pero salir es peor. Las palabras de ánimo me recuerdan con más fuerza que la he perdido. Preferiría que actuaran con normalidad pero nunca lo hacen. No me dicen: «¡Qué putada, Werner! ¡Húndete en la mierda si quieres! ¡Tienes todo el derecho a hacerlo!» —dijo e hizo una pausa—. Lo siento, no sé por qué te lo estoy contando.

Larry lo observó con amargura, congelado como un bloque de hielo.

—Porque necesita contarlo —contestó—. Señor Vannay, yo no he perdido a nadie importante y no puedo imaginar el dolor que se siente. Pero le aseguro que somos más fuertes de lo que imaginamos, por lo menos es lo que dice Cyntia. Y si lo dice ella es que es verdad.

—¿Quién es Cyntia?

—Mi novia.

—Ya.

—Puede sufrir y encerrarse. Es comprensible e incluso aceptable, pero por mucho que se encierre, ella no va a volver —sentenció Selleck, y Werner lo encañonó con la mirada.

—Lo sé —contestó de manera rotunda.

—Tendrá que aprender a vivir de otra manera. No se sienta culpable por seguir adelante, no significa que se vaya a olvidar de su mujer. ¿Tiene hijos?

—Una hija. Anda por aquí. Lo está pasando fatal pero ella es más fuerte que yo. Tiene el carácter de su madre.

—Piense que ella es su nuevo punto de partida.

—Es lo único que me queda.

—Pues demuéstreselo y no sea egoísta.

Larry contuvo la respiración y apretó los labios. ¿Le había llamado egoísta? ¿Quién era él para sermonear a un pobre hombre que vivía su duelo como podía? No había tenido valor para reprender a su padre en sus horas bajas y ahora se descargaba con Werner, un individuo blindado que intentaba saltar las barricadas.

—Tienes razón. Por muy fuerte que se muestre, no está bien.

—Cambie su actitud y empezará a cambiar lo que le rodea.

—¿También lo dice Cyntia?

—Sí —contestó Larry entre risas.

—¿Es psicóloga?

—Un poco… Es publicista pero utiliza la psicología para provocar y sacar lo mejor de las personas. Inventa tonterías para hacerme sentir bien. Y no sé cómo lo hace pero lo consigue.

Werner sonrió. Sonrió de verdad.

—¿Está aquí?

—No, vive en España, pero este año se mudará a Nueva York. Hoy me ha llamado veinte veces. Se siente culpable por no haber venido. Está estudiando para los exámenes finales y es tan constante que da miedo.

—Mi mujer también lo era. Gracias a ella abrí el primer salón de belleza y el segundo y el tercero. Sin el empuje que me dio hubiera sido imposible. En fin, dime antes de que se me olvide, ¿qué significa el *uno* debajo de la firma?

—Es el primer punto de una colección.

—Creía que no podían participar obras que formarán parte de una colección.

—Y no se puede, por ahora mi colección está aquí. —Señaló su cabeza —. La semana que viene empezaré el segundo punto y cada semana haré uno, hasta llegar a doscientos.

Werner le profirió una mueca incrédula.

—¿Estás loco?

—Sí. A ver cómo se lo explico. ¿Ve este punto? Si dividiéramos la pintura en cuatro cuadrantes, el punto quedaría en el superior derecho, casi rozando el centro. Voy a pintar puntos de manera estratégica. Arriba, abajo, más a la derecha o a la izquierda. El círculo moverá el resto de los colores.

Si está abajo, los colores tierra se moverán a su alrededor y luego los azules, exactamente como este, pero cambiándolo de posición.

—¿Y por qué doscientos?

—Lo he calculado. Necesito doscientos puntos para la obra final. Todos los puntos se unirán en un lienzo.

Werner reflexionó en silencio.

—Quieres decir que cada punto que pintes de forma individual lo plasmarás en otro cuadro donde estarán los doscientos círculos juntos.

—Es lo que quiero decir.

—¿Este punto ya está en otro lienzo?

—Sí.

—Algunos artistas sois tan extravagantes… ¿Con quién has compartido tu idea?

—Con mi novia y con usted. ¿Va a comprarlo?

—Por supuesto. Quiero tener uno de los doscientos puntos de Selleck. ¡Y encima el primero!

El señor Werner mostró una chispa de ilusión ante la idea de hacerse con uno de sus cuadros, y Larry lo miró confundido.

—¿Los puntos tendrán el mismo tamaño?

—Claro. Y los mismos colores, la misma técnica. Me alegra saber que no le parezca descabellado.

—No te confundas, es algo extremadamente descabellado, pero me gusta. Doscientas personas formando parte de una pintura —afirmó—. Es evidente que ya sabes lo que saldrá de la unión de los puntos.

—Sí. Cada punto tiene su lugar exacto.

—Y no me lo vas a decir.

—No —contestó Larry.

—Me gusta. ¿Cuándo terminarás el último?

—A finales del 2015.

—¡Qué locura! ¿Lo vas a hacer en serio?

—Sí. Locuras más grandes he visto. Pero señor Vannay, no soy un artista reconocido, no se van a pegar por comprar mis obras. Lo digo porque le noto entusiasmado.

—Nunca se sabe. Tampoco yo era conocido cuando empecé y mira, no me va nada mal. Tranquilo, yo haré que te conozcan —dijo con seguridad —. Me caes bien y tu disparatada idea me convence.

—No sé qué decirle… Muchísimas gracias.

Desconocía las artimañas que iba a emplear Werner Vannay para que supieran de su existencia. Pero estaba tan nervioso que no le importaba.

—Ahora tenemos un problema —afirmó Werner.

—¿Cuál?

—El precio. ¿Por qué no está escrito en la ficha?

—Era opcional. Me daba vergüenza ponerlo, el equipo de Donna me asesoró y me aconsejó que el precio no bajara de los nueve mil dólares. Ninguna de las obras que hay en esta planta se está vendiendo por más de seis mil. No quiero ganarme enemigos antes de empezar.

Werner arqueó las cejas y posó su mano en el antebrazo del chico.

—No seas iluso, que así no vas a llegar muy lejos. Enemigos y críticas tendrás siempre. Lo hagas bien, mal o regular, intentarán hundirte. Hay cretinos que se dedican a acabar con los sueños de los demás, ¿y qué? Forma parte del éxito. Si te odian es la señal indiscutible de que la cosa va bien. Algunas críticas te harán crecer, otras te harán reír y otras las olvidarás. Tan pronto como las leas o las escuches, las olvidarás. Es lo que harás.

El chico asintió. No sabía si había sonado a un consejo paternal o a una orden dictatorial. Pero en cualquier caso la negativa no era una opción.

—Creo que pagaré quince mil dólares por *El Primer punto de Selleck*. Sí.

—¿Cómo? No puede.

—Puedo hacer lo que quiera, Larry Selleck. Voy a buscar a Ashley. Quédate aquí.

Larry notó la efervescencia en su pecho. Un llanto a punto de explotar gracias a una alegría nómada por fin asentada; el orgullo que da el reconocimiento buscado. Werner le parecía un buen hombre, nada altivo y sin rincones. Era el comprador perfecto.

* * *

A unos metros de distancia de Selleck, Mijail dio media vuelta y subió a buscar a su esposa al piso que albergaba la obra de Tisdale. Pero le frenó el paso Henry Ubban, el mayor comerciante de diamantes de Nueva York. Este también se frotaba las manos al ver a Mijail.

En el piso de arriba, Katia bebía una copa de champán y estudiaba la crin de una de las piezas.

—¿Interesada en el arte equino?

—Más interesada en los caballos que en los maridos de otras —contestó.

—Yo también me alegro de verte, Katia.

—Enhorabuena, señora Parkman, el discurso ha sido enternecedor, nunca defraudas a tu público. Con tanto aplauso me ha entrado un ligero dolor de cabeza.

Donna sonrió ante su ironía pero sentía la aspereza en su mirada.

—En ocasiones hay que decir lo que quieren escuchar.

—Lo sé. No he visto a Matthew por aquí —dijo con aire despistado.

—¿No decías que no te interesaban los maridos de otras?

—Sabes que si pregunto por Matt es por cortesía.

—Es una pena pero no ha podido venir. Está enfermo.

—Déjame adivinar, ¿indigestión?

—Algo parecido.

—Normal. —Katia bebió un sorbo de champán—. Muchas fiestas y comidas copiosas.

—¿Tú cómo estás? ¿Qué tal las niñas? Olga debe de estar muy mayor.

—Están genial. Olga ya es una preciosa mujer de veintiún años. Y como ves, yo también estoy muy bien. Por suerte no estoy enferma y he podido venir para celebrar el aniversario de tu gran galería. No me lo habría perdido por nada del mundo.

—¿Seguimos a la defensiva?

—No me exijas más de lo que puedo ofrecer. Soy correcta dentro de mis posibilidades, que es bastante.

—Me tratas como si fuera una asesina. No he matado a nadie, Katia. Hace años cogiste un teléfono, me llamaste y aguanté la humillación y la bochornosa conversación que mantuvimos. Piensa lo que quieras, te pedí

disculpas y no lo volveré a hacer. Mi relación de amistad con Mijail no se va a ver truncada por mucho que te empeñes. Me gustaría mantener una relación cordial contigo, aunque no lo creas os tengo aprecio.

—¿Una relación cordial? ¡Qué cínica eres, Donna Parkman! Puedes engañar a los que están aquí y aplauden tus palabras estudiadas, pero a mí, no. Estoy tan de vuelta como tú. A ti te resulta bochornoso no conseguir lo que quieres. Dar explicaciones y una disculpa contada no te supone un gran esfuerzo, y mentir mucho menos. Pasarías un polígrafo sin demasiados sofocos.

—Querida, eres muy propensa a la exageración.

—Llamaré a tu psicoanalista, a ver qué me aconseja para solventar mis excesos. —Katia se acercó y murmuró—: Tranquila, no te lo quitaré.

Donna le regaló un gesto hosco.

—Estás muy guapa, Katia. No tanto como yo, pero muy guapa. Nos vemos.

Antes de que tuviera opción a réplica, la galerista le dio la espalda y se ocultó entre el gentío. El rumor de que Parkman mantenía una relación con su terapeuta, veinticinco años menor que ella, viajaba por la ciudad en limusina. Sus amigas neoyorquinas no habían tardado en descolgar el teléfono y calentar los motores de una maquinaria ansiosa de escupir cotilleos que llegaban a sus oídos o leían en el *Post*.

Mijail consiguió zafarse de Henry y subió para rescatar a su mujer. Cuando la encontró la bordeó por detrás y le dio un beso en la mejilla.

—Ya nos podemos ir —le susurró.

—Gracias a Dios. Me he encontrado hace un rato a la señora Seagel y no he podido evitarla. Haría buena pareja con Serkin. Tiene cerca de cien años y está espléndida. Luego dicen que el frío siberiano conserva… ¿Dónde estabas?

—Estaba escuchando conversaciones ajenas. No he podido captarlo todo, pero sí lo importante. Selleck cada vez me gusta más.

—¡Mijail! ¿Por qué haces esas cosas?

—Muy sencillo, porque quería enterarme. Ni siquiera se han percatado de mi presencia, estaban a la suyo.

—¿Y de qué te has enterado?

—Ah, mucha riña pero somos iguales.

—No me gusta ser cómplice pero sí receptora de la información.

Mijail se hizo el interesante.

—Han comprado la obra de Larry, por quince mil dólares.

—¿Has tenido algo que ver? —dijo Katia con tono acusador.

—No. Absolutamente nada. —Mijail levantó su mano derecha—. La ha comprado Werner Vannay.

—También he visto a Werner. Está tan hundido que no sabía ni qué decirle. Me alegro por Larry. Es un joven educado, culto, con buena planta. Y muy humilde. Me gusta para tu nieta. ¿No podríamos presentarles y…? —preguntó con media sonrisa maliciosa.

El *no* de Mijail fue rotundo y sonoro. Por su nieta mataría, pero la felicidad de Cyntia era innegociable.

—Así me gusta, fiel a tus principios.

—Siempre.

—Cariño —dijo Katia—, intuyo que tu trabajo con Larry ha terminado. ¿Qué piensas hacer ahora?

—Amor. —Mijail abrazó el cuello de su mujer—. Esto acaba de empezar. Y yo voy a disfrutar del espectáculo.

OceanofPDF.com

13

Juan Carlos, el hombre que había accedido a darme las primeras pinceladas sobre El desmayo de la bailarina, era totalmente embaucador. No me parecía guapo ni aparentaba serlo, pero poseía ese *algo* que tienen algunos individuos que te emboban al narrar una historia cualquiera. Gozaba de un aire de bohemio despreocupado, de rompecorazones entrenado y viajero con escalas que te dejaba inmóvil.

—¿Entonces se vieron un par de veces?

—Creo que sí. ¿Qué quieres que te diga? —Encendió un pitillo—. Nosotros nos queremos mucho, pero no somos de los que se sientan y se cuentan sus vidas hasta gastarlas. A la jovencita catalana la conoció en la calle de los Libreros, aquí al lado. Dijo que en cuanto la vio andando entre la gente se enamoró de ella y supo que lo estaría siempre. Qué le vamos a hacer… Javier es muy moñas, se deja llevar por el corazón y lo acaba jodiendo todo, metiéndose en unos líos… Este fue su lío más grande.

—¿Cómo se llamaba la chica?

—Tesa, tenía dieciséis o diecisiete años. Era bailarina profesional y le habían otorgado una beca de una semana en el Conservatorio Profesional de Danza. Se ve que la chiquita era una gran promesa del *ballet* y la becaron para dar clases con Thelma Clevier; una americana que ya triunfaba en la otra parte del charco y visitaba Madrid para dar alguna *master class* y cursos especiales. El caso es que las bailarinas afortunadas tenían tres horas libres al mediodía y ahí es cuando mi hermano la conoció. Hablaron, tomaron algo, se enamoraron y lo de siempre.

—¿Qué es lo de siempre? Podría inventar mil finales para la historia.

—Pues invéntatelo porque aún no se ha escrito el final. O eso piensa mi hermano, que el muy inútil sigue esperando. Tiene la paciencia del Santo

Job. —Puso los ojos en blanco—. En uno de los encuentros fugaces dieron un paseo por el barrio. Pararon frente al solar, contemplaron el *desmayo* y a saber qué se dijeron… Lo único que sé es que ella le prometió que volvería, que estaba loca por él. Incluso hablaron de iniciar una relación seria. Es surrealista, ¿cómo puede suceder algo así en unos días?

No sé si fue una pregunta lanzada al aire o un interrogante dirigido a mí, pero cogí la pregunta al vuelo y respondí.

—Sucede en un segundo. Es un temblor que te ciega, así es el amor. Sucede.

—¡Qué tonterías os inventáis para justificar comportamientos irracionales! Nunca me ha pasado. Afortunadamente tengo los pies en el suelo.

—Ojalá algún día te pase. El aterrizaje es jodido pero volar es increíble.

Juan Carlos me dedicó una sonrisilla escéptica y compasiva, como si su hermano y yo perteneciéramos a otra galaxia, la de los capullos integrales.

—Qué imaginación tenéis…

—La mía es desbordante. ¿Tesa se fue?

—Claro. Venir a Madrid era un paréntesis emocionante en su rutina. Al séptimo día arrancó y Javier no la volvió a ver. Pero es muy testarudo y no desistió en su búsqueda. Cuando pasaron unos meses y no supo de ella, cogió un tren y viajó a Tarragona.

—¿En serio?

Me recordó a Monti y su peregrinación a Málaga en busca de la prostituta Victoria, *la Pinta*. Todos iban a buscar a sus amores menos el miserable de Paolo, que solo había dado señales de vida porque mi amiga había muerto.

—Sí, pero no la encontró —explicó Juan Carlos—. Recorrió Tarragona de punta a punta preguntando en las academias de danza y conservatorios. Yo vivía en Alemania, pero cuando llamaba a casa notaba que mi hermano estaba peor. Abandonó la carrera y encima nuestro padre falleció. Volví a Madrid para estar con mi familia y ahí es cuando empezó a gestarse la historia de lo que estás viendo. Javier venía aquí, se apoyaba en las rejas que cercaban el terreno y pasaba horas contemplando el árbol. Mi madre temió que se estuviera volviendo loco. ¿Qué te pasa, Vera?

Alargó su mano y la puso sobre la mía.

—Nada. —Negué con la cabeza y me sequé las lágrimas—. Siento el numerito de periodista trastornada. Es que estoy muy sensible y las historias de amor me afectan. Sigue, por favor.

—Ya veo, cuánta sensibilidad… Ocho meses después de las visitas al solar en venta y de la ausencia de la catalana, mi hermano decidió comprar el terreno. Pusimos el grito en el cielo, pero ya te he dicho que es muy terco y gastó la herencia de mi padre. Él decidió la decoración, los colores, el nombre. Y lo hizo solo. Lo tenía tan claro que parecía un visionario poseído. Levantó El desmayo de la bailarina por si ella volvía.

—Oye —dije, frunciendo el ceño—, ¿y por qué no fue al conservatorio de Madrid para pedir su dirección?

—Sí, sí, fue… pero no se la quisieron dar. Protección de datos. Se comportó como un energúmeno y ahí se acabaron sus posibilidades de éxito. Con lo buena gente que es y lo tomaron por un paranoico. ¿Sabes lo que vamos a hacer? Te voy a enseñar fotos antiguas, así podrás ver la transformación que ha sufrido a lo largo de los años. Y también algunos artículos que han escrito otros periodistas.

Acepté encantada. Quizás ver el pasado me ayudaba a comprender el presente. Nos levantamos y entramos al local. Cinco o seis mesas estaban ocupadas y sonaba un bolero. Pensé en Lucía, no sé de dónde sacaría el dato pero siempre decía que el bolero aumentaba las posibilidades de ligar en un 12%. Se lo inventaría. Era propensa a inventar estadísticas curiosas. Juan Carlos se dirigió al camarero, que limpiaba vasos tras la barra de madera, y yo me adelanté hasta la pared donde colgaban las fotografías en blanco y negro.

Más de treinta imágenes, intercaladas con pinturas de bailarinas, comenzaron a desvelarme cómo había brotado de una idea una realidad maravillosa. Me detuve frente a una fotografía de gran tamaño. Un terreno con una valla enorme. Por lo que veía podía ser cualquier terreno de Madrid, de Portugal o de la China. Pero si te fijabas, en el fondo de la imagen danzaban las ramas de un sauce llorón. Era El desmayo de la bailarina. Sonreí. Me desplacé unos metros y contemplé otra imagen de menor tamaño. Bajo el árbol, en primer plano, había tres personas. Dos

hombres y una mujer alta con buenos brazos. Uno de ellos se reía y el otro miraba hacia la copa del sauce.

—Somos nosotros, con mi madre. Un par de días después empezaron las obras.

—Qué joven estás.

—Qué desfachatez, ¡sigo siendo joven!

—¿Desfachatez? Menuda palabra de viejos. Es broma, sé que eres joven, pero en la foto no superas los veinticinco y ahora tienes unos pocos más.

—Cierto, pero sigo siendo joven. Que conste.

—En el artículo nombraré que el dueño tiene un hermano joven y resultón.

—Resultón, a eso aspiro. Mira, ven. —Juan Carlos se dirigió al final de la pared y cogió un marco ovalado—. Voy a enseñarte la fotografía que más te va a gustar.

Le seguí entusiasmada. Contra todo pronóstico, mi trabajo me emocionaba. No olvidaba que mi novio me había abandonado; que mi jefe era un prepotente; que mi amiga había muerto y que estaba en una ciudad que no conocía, pero el tiempo pasaba rápido lejos de Valencia. Juan Carlos dejó la fotografía en mis manos. Dos personas codo con codo, sonrientes, la silueta del *desmayo* al fondo.

—Son Javier y Tesa, la chica de la discordia. Mi hermano guarda la imagen como si fuera un diamante. Es la única que tiene de ella.

Miré a Tesa con detenimiento, tenía el pelo largo. Sus piernas eran delgadas, de bailarina. Retiré la mirada un instante. Volví a mirar a Tesa. Di un pasito hacia atrás sin soltar el marco y después otro y otro, hasta que tropecé con una mesa. Una botella de cristal chocó contra el quinqué y se estrelló en el suelo.

—Vera, ¿estás bien?

Temblaba. En una milésima de segundo entendí lo evidente. Miré a Juan Carlos, desconcertada. Ahora sí que estaba en otro planeta, el de los secretos desvelados.

—Esta chica no es Tesa… es mi madre —susurré. No podía razonar con lucidez. Nos quedamos en silencio. Dejé el marco sobre la mesa y salí

corriendo del local.

⁎ ⁎ ⁎

Un taxi me llevó de vuelta a casa de Blanca. Me hubiera tirado a la piscina que anunciaba el cartel rojo de la portería, para ahogarme. Me negaba a soportar más tragedias, más noticias inesperadas. La situación se me escapaba de las manos. No buscaba nada y sin embargo, colisionaba con frentes abiertos que no controlaba. La falta de control tambaleaba la estructura de mi existencia.

Al final me tiré de cabeza, pero no a la piscina, sino a los brazos de las hermanas excéntricas vecinas de Blanca; que más que excéntricas me parecieron de la Caridad. Me encontraron en el portal, con el rímel hasta las orejas. Frente a ellas lloré de alegría y de angustia porque no hallaba una explicación fidedigna a lo que había sucedido. ¿Había localizado a mi padre? ¿Era posible? ¿Mi madre era una jodida mentirosa? ¿Mi abuelo lo sabía? ¿Había caído en El desmayo de la bailarina por casualidad? De una simple pregunta nacían otras, mucho más complejas.

Mercedes me acompañó al sofá y preparó una tila. En su ausencia, Remedios acarició mi hombro y siguió mi respiración acelerada. Cuando conseguí calmarme y recuperar una consciencia dudosa les conté mi parte de la historia. Ni siquiera yo entendía la narración, pero ellas comprendían cada movimiento a la primera. Si no hubiera sido por aquellas mujeres, experimentadas y sagaces, no sé qué hubiera hecho la noche de las preguntas sin sentido y sin respuesta.

Mi abuelo me llamó antes de cenar y aunque intuyó que las cosas no marchaban como debían, no consiguió desatarme la lengua. Antes necesitaba descubrir el embrollo que me habían ocultado.

De madrugada caí rendida en el sofá de las vecinas. Cuando un sol trepador se coló por la cortina, yo retiré la fina colcha con la que me habían tapado. Me senté y clavé la mirada en uno de los jarrones más feos que había visto en mi vida. La casa de Mercedes y Remedios parecía un bazar de antigüedades pero sin una mota de polvo. Allá donde miraba encontraba algún objeto digno de análisis. No me cansaba de observar los artilugios decorativos que habían coleccionado durante medio siglo.

—Buenos días, Vera.

Mercedes entró en el salón. Ya vestía de gala, con alhajas brillantes, y lucía tan maquillada como una artista de *cabaret*.

—Buenos días. Se levanta muy temprano.

—Antes que el sol. A más años menos sueño. Es como una pequeña condena antes de morir. Ahora me da tiempo a pensar lo que no pensaba de joven. ¿Cómo estás?

—Igual de desorientada.

—En el baúl seguro que tengo una brújula. Luego buscamos. Antes voy a prepararte el desayuno.

Una brújula. No hubiera estado mal, nunca había tenido una y la necesitaba con urgencia. Al rato, Mercedes apareció con una bandeja repleta de magdalenas y un café con leche que se movía como las olas de mar.

—Come. Con el estómago vacío es imposible pensar —ordenó.

—No sé cómo puedo agradecerle su generosidad.

—Regálame veinte años de juventud.

—¿Y si es mi padre? Los datos coinciden y mi madre se quedó embarazada con diecisiete años. No sé si estoy preparada para tener un padre.

—¿Y estás preparada para ejercer de hija?

—No, no con un padre que es un desconocido.

—Pues la única solución que encuentro… es empezar a conocerle un poco. Afronta los acontecimientos. No sabes cómo ni por qué, pero has encontrado un sendero de descubrimiento, así que no des marcha atrás. No te escondas. Como ves, tarde o temprano todo se sabe.

En mi caso fue más tarde que temprano. Pero después de tantos años de dudas y vacíos no podía actuar como una niña que, tras recibir una excusa, callaba porque no tenía capacidad para dar un paso clave. Debía excavar mi pasado, desenterrar las piezas y ordenar los acontecimientos.

Hice la maleta y las hermanas me llevaron en coche hasta Gran Vía. Me resultó extraño que Mercedes, una señora de edad avanzada, aún tuviera el permiso de conducir vigente pero era mi mejor opción y no hice preguntas. Además, me gustaba la compañía de ambas. Con ellas estaba dentro de un

espectáculo: eran directas e insistían en sacarme sonrisas y desdramatizar una situación que yo consideraba casi insalvable. Al bajar del coche, una calandria del siglo uno, me abrazaron como si hubiéramos compartido cientos de vivencias. Las penas aflojan el corazón de las personas y crean vínculos más fuertes que las alegrías. Sentí que estaba en deuda con ellas, y sospeché que no sería el último abrazo que nos daríamos. No me equivoqué.

Caminé con mi pequeña bolsa a cuestas hasta la calle Estrella. No sabía cómo enfocar la conversación, ¿qué le iba a decir a Javier? «Hola, he salido de la nada y creo que soy tu hija». Sonaba demasiado frío, de *show* televisivo lacrimógeno. Sin embargo, es lo que creía. Me detuve frente al local y contemplé la puerta con la vidriera de cristal emplomado, los colores vivos. Miré la pizarra sin menú, con advertencia sobre las promesas que no se pueden cumplir. Quería entrar, pero me dio miedo. Cabía la posibilidad de que pensara que era una desquiciada. A lo mejor él estaba felizmente casado y yo sería una puñetera roca en el camino, una roca que desestabilizaría su trayectoria. Leí el cartel del restaurante, ¿cómo había llegado hasta allí? Una incógnita se escondía detrás de aquel cartel y la iba a despejar.

Empujé la puerta con bastante discreción. Miré hacia la pared en busca del marco ovalado que contenía la fotografía de mi madre sonriendo como nunca, pero encontré un hueco que hablaba del presente. No me dio buen augurio. El camarero con barba estilo *hipster*, detrás de la barra, me vio y le hizo una mueca de aviso a un señor que estaba sentado de espaldas. ¿Sería el camarero intrigante mi hermano, mi primo o algún familiar lejano? El caballero desplazó la silla hacia atrás y se levantó de manera pausada, como si hubiera reflexionado con minuciosidad cada gesto. Nos miramos a los ojos, mi interior se estremeció. Un escalofrío que escaló mi piel refrendó mis expectativas. Dio unos pasos, puso los brazos en jarra y negó, estupefacto.

—Eres…

—Vera.

—Eres igual que tu madre.

—La boca y la barbilla no la tenemos igual, pero me parezco mucho a ella. Estarás preguntándote qué hago aquí y quién soy.

—Después de lo que me contó ayer mi hermano… estoy aturdido. Esperaba que vinieras, de verdad que sí.

Salimos al jardín. Un fresco airecillo movía las largas y colgantes ramas del sauce. Javier era un hombre guapo, pero no tenía ese *algo* del que gozaba Juan Carlos. No llevaba barba ni bigote. Y en su voz coleaba un constipado arraigado.

Como pude le expliqué la incorporación a mi nuevo trabajo, lo del reportaje, mi elección fortuita y mis sospechas sobre el parentesco que nos unía. Y le aclaré que la mujer que él creía que era Tesa y de Tarragona, no era sino mi madre, nacida en Francia y criada en Valencia desde pequeña.

—No lo puedo creer. Es tu madre.

—Es mi madre. Tan seguro como que llevo viviendo con ella veintiocho años. La figura paterna siempre ha sido un tabú en mi casa. Se ha limitado a contarme una historia marciana y a esquivar el tema.

—Entiéndeme, vienes aquí y me dices que Tesa es tu madre, y que piensas que yo soy tu padre.

—No si… te entiendo. Pero quería contártelo. No fugarme como ella.

—¿Cuándo es tu cumpleaños?

—¿Mi cumpleaños? El 10 de junio —contesté, y él asintió con la mirada perdida.

—Yo era un habitual de la calle de los Libreros, sobre todo al iniciar el curso. Vendían libros de segunda mano y los estudiantes nos amontonábamos allí para ahorrarnos unas pesetas. Era un ritual que entretenía. La encontré en la librería La casa de la Troya. Era muy joven y guapísima… Me enamoré al verla. No sabes lo mal que lo pasé cuando no volví a saber de ella. Casi me vuelvo loco.

—Puedo imaginarlo, te lo aseguro.

—Han pasado muchos años.

—Veintiocho exactamente.

—Sí. No sé si serás mi hija, me cuesta hasta pronunciarlo —dijo y se llevó la mano la boca—, pero es ilógico que se quedara embarazada y no viniera a decírmelo, es tan…

—Egoísta. A veces mi madre es así. Si te mintió en el nombre y en la ciudad, ¿por qué iba a venir a contarte que estaba embarazada?

—Porque un hijo es más serio que un nombre, Vera. ¿Qué te ha dicho sobre tu padre?

—Poco, nada… Que tuvo una esporádica relación con un hombre y que cuando le dijo que estaba embarazada desapareció. Jamás me nombró Madrid ni que era una jodida estrella del *ballet*. Ahora entiendo sus ansias de que yo triunfara. Mi abuelo ha ejercido de padre conmigo y adoro que haya sido así. No te preocupes, he estado muy bien. He fantaseado sobre la idea de cómo sería mi padre, dónde estaría, a qué se dedicaría. Pero no me ha obsesionado el tema. He sido una niña feliz.

—Me alegra escucharte. Y… tu madre, ¿cómo está?

—Loca, como de costumbre. Es una mujer muy vital, independiente, una adicta al trabajo… y sigue guapísima. Tenemos nuestras diferencias, grandes diferencias, pero es una buena madre. Aunque esta mentira no se la voy a perdonar nunca.

—Tenéis una conversación pendiente. ¿Está casada?

—¿Casada? No tiene tiempo para el matrimonio. Está soltera y no tuvo más hijos. Ha tenido dos relaciones formales, de tres y seis años. Pero no cuajaron. ¿Y tú?

—Estuve casado doce años con una mujer maravillosa, me separé de ella hace cinco. La quería muchísimo pero no estaba enamorado, no como lo estuve de tu madre. Tengo un hijo de veintiún años, se llama Víctor, y a día de hoy vive en Malta, mañana no lo sé. Ha salido a su tío y no para quieto, bastante me ha caído…

Tenía un hermano pequeño. Se me clavó una astilla en el alma. Por culpa de mi madre había perdido la oportunidad de ver crecer a alguien de mi sangre; me había privado de vivir la experiencia de compartir risas, riñas y abrazos de hermano. Cumpleaños y fiestas navideñas sin intercambiar regalos con él. La existencia de Víctor casi me alegró más que haber encontrado a mi padre.

—¡Oh, Dios mío! ¡Tengo un hermano!

Javier, que seguía alucinado, sonrió mi euforia.

—Tengo que asimilar este caos con calma y hablar con mi madre —continué—, pero antes de irme me gustaría saber más de vuestro idilio.

—¿Te vas? ¿Ya?

—Sí. Debía irme mañana pero he cambiado el billete de tren. No podría soportar otra noche sin explicaciones. ¿Qué pasó después de vuestro primer encuentro?

—Hablamos unos minutos en la librería. Ella llevaba unos libros de *ballet* y clásicos de Orson Wells. Me costó convencerla pero accedió a tomar un café. No podía dejar de mirarla, estaba fascinado. Me explicó que era su descanso de la comida y que quería descubrir un poco Madrid. Estaba contentísima con la beca que le habían concedido. Le brillaban los ojos cuando hablaba del *ballet* —dijo Javier, y yo me quedé atónita. Mi madre era una amante de la danza, pero nunca imaginé que era una profesional. La vida de mi madre era un enigma y la odié furiosa por ello—. ¿No sabías nada?

—No. Me apuntó a clases cuando tenía tres años, no sabía que lo hizo porque era su pasión.

—Pues lo era, no tengo ninguna duda. Después del café le propuse quedar por la noche para dar una vuelta, pero se negó. Aún no había cumplido los dieciocho y sus padres no le habían firmado la autorización para salir. Me dijo que no era una cualquiera y que no pensaba quedar conmigo por la noche. Parecía tan convencida que tuve que cambiar el plan. Nos vimos durante cuatro días a la hora de comer. Estar con ella era un sueño.

Un sueño estar con mi madre…

—¿Y cuándo os acostasteis? —pregunté y él, ruborizado, evitó mirarme.

—Solo ocurrió una vez, el día antes de su partida. Pasamos juntos poco tiempo pero no sabes lo que nos unimos. Aunque fuera complicado por la distancia queríamos iniciar una relación. La quería, quería estar con ella. Aprovechando que mis padres se habían ido a la casa del pueblo y que mi hermano vivía en Berlín, quise enseñarle mi piso.

—Qué bien te salió la jugada.

—No fue ninguna jugada, no la llevé a mi casa para mantener relaciones sexuales.

—Pero las tuvisteis.

—Sí, las tuvimos.

—Y menuda puntería, si lo haces adrede no te sale. ¿Era virgen?

—¿Qué?

—Mi madre, ¿era virgen?

—Sí.

Javier colocó las manos detrás de la nuca y observó la copa del sauce llorón.

—Era su primera vez —afirmó.

—Pues de esa primera vez hiciste lo que ves.

—Una pena haberme enterado tan tarde. ¿Qué quieres que haga, Vera? ¿Cómo quieres que actúe? Esto es una…

—¿Putada?

—No, una inesperada sorpresa.

—Por lo menos nos hemos enterado. Estoy exhausta, pero me pareces un buen hombre. ¿Por qué abriste el negocio? ¿Fue por ella?

Javier asintió, pensativo, y miró el gran tronco marrón grisáceo del árbol, las raíces sobresalientes. Sin quererlo le estaba sumergiendo en un pasado no olvidado, pero sí estacionado donde se quedó.

—Un día paseando llegamos hasta aquí. El solar estaba vallado pero se veía el sauce llorón. «Es como si una bailarina se desmayara haciendo un *cambré*», dijo. Se sostuvo en la reja con una mano y estiró el cuerpo hacia atrás, imitando las ramas. Se movía con una delicadeza… Le hice prometer que volveríamos a estar juntos, en este mismo lugar. Ella aceptó y yo la creí. Entre bromas decidimos que sería nuestro árbol, tonterías de adolescentes.

—¿Te obsesionaste?

—Sí. Cuando pensaba que no la volvería a ver, que no tenía medios para comunicarme con ella, me faltaba la respiración. Luego murió mi padre, dejé los estudios y no se me ocurrió otra cosa mejor que comprar lo que sería mi futuro. No era ninguna solución, pero me alivió hacerlo. Cuando era joven actuaba por impulsos. Nunca perdí la esperanza de que volviera.

—El desmayo de la bailarina —musité, asimilando lo enamorado que estaba de mi madre—. Lo siento pero tengo que irme, al final perderé el tren.

Javier se levantó e insistió en llevarme a la estación, pero me negué. La cafetería estaba a rebosar. Él tenía trabajo y yo también. Debía interiorizar los elementos que se habían incorporado a mi nuevo mundo en menos de veinticuatro horas.

Frente a la barra intercambiamos nuestros teléfonos, correos electrónicos y me dio un par de tarjetas de visita. Me aconsejó que hablara seriamente con mi madre y que cuando finalizara la conversación le llamara. Además, quería vernos a las dos juntas «para poner las cartas sobre la mesa». No sabía a lo que se enfrentaba… Yo también le pedí un favor antes de marcharme. Necesitaba llevarme la fotografía en la que salían juntos. La tendría durante un tiempo, luego se la devolvería. Conocía a mi madre, emplearía sus malas artes y negaría, sin ningún tipo de escrúpulo, que la historia que le había contado era pura fantasía. Le restaría importancia al gran descubrimiento y yo sufriría una intoxicación de reproches e ira. Javier accedió sin impedimentos, entró a un pequeño despacho y salió con el marco ovalado en una bolsa de plástico.

—Estamos en contacto.

—Sí, Vera, gracias por venir.

Parecía sincero, pero en *shock*. No estábamos en igualdad de condiciones. Yo por lo menos sabía que en algún lugar mi padre correteaba de aquí para allá con una familia que no era la mía. Pero él desconocía por completo la existencia de una hija y eso era mucho más duro e injusto.

Le besé y me dirigí hacia la salida bajo su atenta mirada y la del camarero. Estaba a punto de abrir la puerta cuando frené en seco y una pregunta me provocó un chispazo.

—Javier, una cosa, ayer tu hermano me dijo que una compañera de la revista llamó y te avisó de que iba a venir. ¿Recuerdas quién fue?

—Sí… Era una chica muy simpática y amable, me explicó que una periodista vendría para hacer entrevistas por varios locales de Madrid. ¿Cómo se llamaba? —se preguntó y se mordió el pulgar—. Sí, se llamaba Lucía.

Su nombre me cerró los ojos, resonó como si lo hubiera dicho a través de un megáfono en mi oído. Me quise morir. Lucía. Siempre Lucía. Salí del local llorando y no paré hasta que subí al tren.

Lo sabía. No me cuadraba su insistencia desmedida para que aceptara el trabajo de redactora en *Merjet*, a las órdenes de Borja, un ser que me enervaba. No entendía las prisas de mi jefe por mandarme a Madrid. Ahora que han pasado los años veo que cada uno de mis movimientos se condimentaba con una dosis de preparación meditada que yo ignoraba.

Empotré el marco contra mi pecho. No me había preguntado cuál era el nombre real de mi madre. A veces importan tan poco los nombres y tanto lo que esconden… Me hubiera gustado decirle que mi abuela eligió para ella el nombre de Annette, en honor a Annette Messager, una artista francesa que le fascinaba. Y también le hubiera contado que cuando mi abuelo se enfadaba con ella la llamaba Ana. Pero mi padre no me preguntó.

Nadie sabía que volvía a Valencia, pero ansiaba compartir los sentimientos agobiantes que me aprisionaban el esternón. Pensé en mi abuelo y en Cristina. Mi abuelo sufriría un ataque cardiaco si le contaba la historia por teléfono, y Cristina Pozo estaría aconsejando a algún desequilibrado emocional con ganas de vivir oculto bajo las sábanas.

—Qué placer inopinado escuchar a la más bella del reino, a mi rayo rojizo. Hola, mi niña bonita.

—Has cogido el teléfono.

—¿Y por qué no lo iba a coger?

—Porque nunca lo coges, Monti, sueles pasar bastante del móvil.

—El móvil es un *emboba tontos*. La gente se lo toma a chiste pero este instrumento del demonio interfiere en las relaciones personales. Dejémonos de móviles, ¿qué tal estás? ¿Cómo va por mi tierra?

—Puff… ¿Tienes tiempo para hablar?

—Para ti todo el del mundo. ¿Qué pasa, Vera?

—Vuelvo a Valencia, estoy en el AVE.

—¿Te ha dado un bajón? ¿Estás mal?

—Estoy rara. Lo que me ocurre es más complicado que un bajón, Monti —afirmé entre sollozos.

—¿Qué ha pasado, Vera?

—Tengo un padre.

—Lo imaginaba. La cigüeña solo existe en los cuentos.

—No, Monti. Quiero decir que he encontrado a mi padre en Madrid, se llama Javier. Y tengo un hermano que se llama Víctor.

Mi amigo se mostró desconcertado y su desconcierto me ofuscó el doble. Estaba en lo cierto. La historia que le relataba parecía la sinopsis de una película. Y yo nunca había sido la protagonista, ni en las obras del colegio. Me costaba encajar el nuevo papel.

Monti me pidió prudencia. Pero a mí se me olvidó la cordura en el vagón de tren. La fiereza que otorga la mentira tumba más árboles que un ciclón, y el huracán estaba a punto de desatarse en la avenida Carlos III. Si no entendía el *modus operandi* de Lucía, menos comprendía el de mi madre. Quería escuchar su versión, el porqué de sus viles engaños. Ignorante… Quiso protegerse del aguacero sin adivinar que años después la tormenta inundaría su calma.

Desde la puerta divisé a mi abuelo asomado a la ventana. Mirar los coches le resultaba entretenido. Di un portazo que casi tumba el recibidor y mi abuelo se sobresaltó.

—¡Corderilla! ¿No venías mañana?

—He terminado antes de lo esperado.

Llegué hasta el salón, más seria que si hubiera suspendido un examen. Mi madre estaba sentada en el sofá, tecleando con brío el portátil y rodeada de papeles.

—¿Y tú qué haces aquí? —le pregunté con un odio tan inusual como su presencia en casa un viernes.

—Me he tomado la mañana libre para preparar una reunión que tengo a las cuatro. ¿Algún problema?

—Sí, mamá —afirmé aún con la bolsa de viaje colgada del brazo—, un problema bien gordo. Tú y tus jodidos secretos son el problema. ¡Eres una zorra mentirosa a la que mataría ahora mismo! —grité.

Jamás había insultado a mi madre, pero lo hice sin ningún tipo de represión.

—¡Vera! —bramó mi abuelo con tono encrespado y se adelantó hacia mí. Sin embargo, mi madre seguía ahí, mirándome desde el sofá con la boca

abierta y muda por la impresión.

—Mira, a ver si te reconoces. —Lancé el marco sobre ella.

—¿De dónde lo has sacado?

—De dónde lo has sacado —repetí—. Lo he sacado del sitio de donde salió. Me lo ha dado mi padre. Sí, ¡mi padre! ¿Sorprendida? ¿Se te acelera el corazón? ¿Se te seca la boca? A mí también, cuando lo he conocido hace unas horas y me ha dicho que le mentiste hasta en el nombre. No sé cómo puedes levantarte cada día con ese peso sobre tu conciencia.

—Vera…

—Calla, no quiero ni oírte. No pensabas que iba a suceder, ¿verdad? Pues ha sucedido. Nos hemos encontrado y hemos hablado. Oh, Dios mío, ¡ni siquiera sabía que existía! Ni pudo elegir si quería ejercer de padre y ¿sabes qué? Que sí quería, maldita egoísta. Javier hubiera sido mi padre si no te hubieras callado como una puta.

—¡Vera, ya está bien! —me recriminó mi abuelo.

—Tranquilo, si me voy… no aguanto verla, me irrita. ¿Y sabes lo más gracioso, mamá? Que le jodiste la vida y aun así siguió esperándote. Incluso tu ausencia le jode la vida a la gente. Tengo un padre, un tío, un hermano… y aunque te duela voy a recuperar a una familia que debió ser mi familia desde el principio. Prepárate, porque ahora va a empezar tu verdadero calvario —le advertí. Me dirigí a mi abuelo y le di un beso en la mejilla—. Siento la escena. Te quiero.

Tiré la bolsa al suelo y salí de casa convertida en una imagen fugaz. Pura tensión. Tras el portazo lloré mucho. Imagino que ella también, pero eso no lo sabré nunca. Mi madre se había quedado helada y tenía una empanada mental que no se sostenía. Debió de preguntarse hasta enloquecer cómo había encontrado a mi padre, justo lo que me preguntaba yo. Bajé los escalones del patio como una fiera, corrí por la avenida y toqué al timbre del portal número 93.

—¿Qué te pasa? Respira, te va a dar un infarto.

—¿Y tu madre?

—¡Qué aires de mandataria! En la cocina.

Petra ponía la mesa con parquedad. Colocaba los platos de forma ausente, con la mirada posada en otro tiempo. Había envejecido veinte años

en dos semanas. Sus ojos se habían hundido sin poder remediarlo. El encanto de Lucía había desaparecido y con él la fortaleza de una familia.

—Petra.

—Hola, cariño, ¿cómo estás? ¿Vienes a comer?

Sus preguntas sonaban rotas, dopadas.

—No, no. —Me acerqué y le di un fuerte abrazo—. Vengo a hablar contigo.

—Claro —afirmó y se dejó caer en una de las sillas.

—¿Qué pasa? —preguntó Toni.

—Lo que tenía que pasar. Siéntate.

—Petra. —Me arrodillé frente a ella—. Escúchame, por favor, esto es muy importante para mí. Tu hija me buscó un trabajo y empecé hace unos días. Mi jefe, muy amigo de Lucía, me mandó a Madrid para hacer una entrevista sobre un restaurante. El dueño del local es mi padre, Petra.

—¡No jodas! Me acabo de quedar sin pulso, nena.

—¡Calla, Toni! Petra, mírame. Creo que Lucía lo planeó, que me buscó el trabajo porque sabía que allí, en Madrid, en un restaurante que se llama El desmayo de la bailarina, estaba mi padre. Petra, ¿tú lo sabías?

—De ciencia ficción. Te prometo que yo no lo sabía —afirmó Toni.

—Tú no te hubieras callado. Petra, dime.

—Sí —contestó después de un silencio que me puso la piel de gallina —. Fue en vuestro primer año de universidad. En una excursión que propusieron para ir de público a un programa que grababan en Madrid.

Lo recordaba. Yo no pude ir porque estaba enferma.

—Les dieron un rato libre, dio una vuelta por el centro y fue a caer allí. En El desmayo de la bailarina. Lo repitió tantas veces que no he podido olvidar el nombre. Cuando volvió estaba nerviosa, emocionada. Me encerró en su habitación y me contó que creía que había encontrado a tu padre, que había visto una fotografía en la que salía tu madre de joven, que había hablado con el dueño… «Es él, es él», gritaba.

No pude contener las lágrimas.

—¿Por qué no me lo dijo?

—Por mi culpa. Era una casualidad absurda, sin base alguna, y la noticia podía hacerte daño. Tendría muchas consecuencias, quizás

negativas. Son temas en los que no se pueden meter terceras personas, Vera. Le hice jurar que no hablaría. Lloró porque sentía que te traicionaba y durante semanas no me dirigió la palabra. La convencí, pero no se lo quité de la cabeza. Sé que iba allí cuando visitaba Madrid.

—El dueño es mi padre.

—Se ha salido con la suya —dijo Petra—. Estoy muy cansada, Vera. Muy cansada.

—Gracias por contármelo. —Le di un beso y salí de la cocina acompañada de Toni, que seguía perplejo.

—Me lo tienes que explicar bien. No entiendo nada de nada.

—No eres el único. Imagina la que tengo liada en casa y en mi cabeza.

—Llámame luego y nos vemos. Yo también estoy mal. Alcohol, nena, es lo que necesitamos.

Diez años había mantenido mi amiga el secreto. Y su capacidad de omisión es lo que más me impresionaba. Ella, que con dos copas hablaba idiomas y te contaba las comas de cualquier cotilleo, suyo y ajeno. En alguna ocasión me ofreció su ayuda para encontrar a mi padre, pero jamás pensé que la llave de la revelación se escondía en su mano.

Saqué el móvil del bolso. Una llamada perdida de mi madre y tres de mi abuelo. Les había dejado un panorama poco apetecible. Seguro que a ellos, padre e hija, también les esperaba una larga charla sobre enigmas descubiertos.

Busqué en la agenda y marqué.

—¡Vera! Te iba a llamar, ¿cómo vas? ¿Las entrevistas bien?

—Las entrevistas genial. Tengo titulares estupendos. ¿Dónde estás?

—En mi casa, haciendo la maleta. Me voy a Londres, ¿por?

—Quiero hablar contigo, ¿dónde vives?

—¿Estás en Valencia?

—Sí, acabo de llegar, ¿dónde vives?

—En la avenida Profesor López Piñero.

No vivía en mal sitio mi querido jefe. Con tanta extorsión y fraude, al señor Rocamora le había dado para comprarle un excelente pisito a su retoño. Cuando bajé del taxi descubrí que no solo vivía en un lugar

privilegiado, sino que su edificio era inmenso. Una mole blanca de veinte pisos con estructura asimétrica y modernista frente al Palacio de las Artes.

—Qué sorpresa —dijo Borja desde la puerta.

Por lo menos no iba con un traje que le cortaba la circulación y me recibió con vaqueros y camisa. La sorpresa me la llevé yo.

—Seguro que me esperabas.

—Pero no hoy. Pasa y siéntate, por favor. No tengo mucho tiempo.

Pasé y me hubiera quedado, porque el apartamento era increíble. La amplitud, la decoración, la chimenea. Cuánto espacio desaprovechado, pensé.

—¿Qué quieres tomar?

—Quiero los detalles del engaño. He encontrado a mi padre. Fin. ¿Misión cumplida?

—No te enfades conmigo. Hice lo que ella me pidió.

—No me enfado, Borja, ¿cómo fue?

—Me llamó, y una mañana temprano quedamos por el centro. Me explicó tu situación personal, que lo estabas pasando mal y que no sabía qué hacer por ti. En realidad sí lo sabía.

—¿También te explicó lo de mi padre?

—Sí, me hizo jurar que no se lo diría a nadie. Confiaba en mí y podía hacerlo, nunca traiciono a mis amigos y ella era una buena amiga. Estaba segura de lo que me contaba y me pidió que te contratara. Quería sacarte de casa como fuera y un trabajo era lo más fácil para volver a ponerte en marcha. Te lo dije el primer día en mi despacho: si acepté es porque pienso que eres buena periodista y necesito personal. Pero así matábamos dos pájaros de un tiro. Me comentó que te propusiera unas entrevistas en Madrid, que me inventara una sección para la revista sobre cafeterías con encanto. No parecía muy complicado y acepté.

—¿Y si no hubiera ido?

—¿A Madrid?

—No, a Madrid iba a ir porque eres mi jefe y tú mandas. Digo si no hubiera ido al restaurante. Me diste cinco opciones, podría haber ido a cualquiera.

—Lucía estaba convencida de que lo elegirías porque habías sido bailarina y el nombre picaría tu curiosidad. Me dijo que la llamarías para pedirle consejo y ella te recomendaría El desmayo de la bailarina. Pero después ella… bueno…

—Murió, en un accidente —apostillé.

—Iba a llamarte para saber qué restaurante habías elegido. Si no era el de tu padre, yo te habría mandado con cualquier excusa.

Lo miré sin abrir la boca.

—Vera —continuó—, no sé mucho de tu vida, pero ¿te ha servido lo que Lucía ha hecho por ti?

Alcé la vista y divisé a través de la terraza un cielo que parecía que se podía tocar alargando el brazo.

—Por ahora me ha servido. Ha sido como encajar la última pieza de un *puzzle*. Pero pregúntame lo mismo dentro de un año. A lo mejor la última pieza ha encajado con tanta fuerza que el resto salta por los aires y volvemos a estar igual. —Me levanté del sofá—. Me voy, no te molesto más.

—Espero verte el lunes, no quiero que dejes el trabajo. Te va a venir muy bien a nivel personal y profesional.

—No lo voy a dejar. Pero el lunes llegaré tarde.

—¿Por qué?

—Tengo hora con la psiquiatra.

—No te preocupes, ven cuando termines. Nadie sabe esto ni quiero que se sepa.

—Ya somos dos —dije con la puerta del ascensor abierta—. Borja, no he hecho la entrevista al artista que exponía en el museo. Manda a otra si quieres.

Intuí que la entrevista le importaba entre poco y nada, como a mí. A lo mejor Borja no era tan repelente. Quizás albergaba una chispa de generosidad y buen hacer. Aunque me resistía a creerlo.

Me sentía sola y Paolo irrumpió en mi cabeza. Junto a él todo hubiera sido más fácil. Un abrazo hubiera calmado mi desesperación. Pero no estaba. Ignoraba mis trastornos y mis hallazgos. Se estaba perdiendo los capítulos más importantes de una historia de la que él había formado parte,

me estaba perdiendo. Cada día era un día menos para desechar sus recuerdos en una caja que guardaría en el fondo del armario. Donde fallecen los buenos momentos y los amores que no llegaron a serlo para siempre.

Después de deambular durante horas por las calles, no me quedó otra que volver a la guerra. Mi madre me esperaba en la cocina. Pasé de largo pero su alarido me frenó.

—Siéntate.

—No me arrepiento de lo que te he dicho.

Me senté de mala gana. Ella observaba la fotografía.

—Yo sí me arrepiento de lo que no te he dicho. No sabía que buscabas a tu padre.

—No si… no lo buscaba. Lo encontró Lucía.

Se le salieron los ojos de las órbitas. Era difícil entender que Lucía tuviera un papel importante en el reencuentro. Narré la historia que había vivido, escuchado y repetido media docena de veces. Cuando terminé tuve la certeza de que mi madre maldijo la revista cultural *Merjet*.

—Es increíble —afirmó al escuchar que Javier le había construido una especie de altar en forma de restaurante.

—Increíble es que hayas sido tan mentirosa, egocéntrica y acaparadora.

—Quizás tengas razón en algo, pero no tienes ni idea de lo que estás diciendo. Ni idea, hija.

—Si hubieras tratado el tema con naturalidad esto no hubiera ocurrido. Pero tienes la jodida manía de liar las cosas y de hacerle daño a la gente. He tenido que sentarme con mi padre antes que contigo. Debería darte vergüenza.

—Me da pena, no vergüenza.

—Quiero escuchar tu parte. Necesito una explicación.

—Y la vas a escuchar, ya eres bastante adulta para entenderlo. Quería ser bailarina profesional.

—¿Por qué me has ocultado tu faceta de bailarina?

—Porque quería olvidarlo y lo que quieres olvidar no hay que nombrarlo jamás. La historia con Javier es como te la ha contado. Nos enamoramos, sí, en menos de una semana. Aunque no lo creas, tengo

corazón. Me enseñó demasiado en muy poco tiempo. Y sentí que había encontrado al hombre de mi vida.

—Qué hipócrita eres… ¡Si le mentiste en todo!

—No en mis sentimientos. Le dije el primer nombre que se me ocurrió porque era una desconfiada y también inexperta.

—Lo que tú digas. ¿Y qué pasó?

—Una desgracia. Tu abuela vendría el domingo a recogerme en coche desde Valencia. Insistí en que no hacía falta. Pero ella iba por libre, sabes el carácter que tenía. De vuelta a casa tuvimos un gravísimo accidente. Ella murió y, de alguna manera, yo también.

Me quedé blanca. Me habían contado otra versión. Que mi abuela había fallecido en un accidente de autobús de Valencia a París. ¿Por qué me mentían? ¿Pensaban que era gilipollas? Me prometí que si algún día tenía hijos nunca les mentiría. Pero no lo he cumplido.

—Me rompí el brazo y la pierna derecha por tres partes. No volví a bailar. No volví a acercarme a una clase hasta que te apunté a ti. Me sigo culpando de la muerte de mi madre. No tienes ni puta idea —recalcó con brutalidad—, de lo mal que lo pasamos tu abuelo y yo. No sabes lo que es perder a una madre, la tragedia que sufrimos. Así que no me hables de egocentrismo porque bastante duro fue que me comunicaran que estaba embarazada. ¡Me desmayé, Vera! Cuando la médica me lo dijo ¡me desmayé! Era una niña, con un bebé dentro de mí y un padre destrozado. No me vuelvas a llamar egocéntrica en lo que te queda de vida, porque tú no has vivido una situación como la que padecí yo.

Juro que me faltó el aire.

—Cuando naciste nos devolviste las ilusiones. Supe que había hecho lo correcto, porque mi sueño ya no era bailar, mi sueño eras tú. Cuando seas madre lo entenderás —dijo—. Fue pasando el tiempo, tú ibas creciendo. Lo dejé pasar, sin más. Quizás fui una cobarde. Siento haberte mentido, siento no haber ido a Madrid… Pero no lo hice y ya no lo puedo cambiar. Y ahora —añadió y se levantó de la silla—, si quieres tener relación con la familia de tu padre, hazlo. Lo entiendo.

Sus últimas palabras aletearon como mariposas alrededor de la mesa. Mi madre salió de la cocina y de repente yo me sentí agotada. Su sinceridad

me fatigaba. Sabía que sus disculpas ocultaban algo porque Annette nunca se deja ver por completo. Así es mi madre, parece que se desnuda y que es capaz de quitarse su segunda piel por ti, pero lo hace porque detrás hay otras capas, gruesas e inaccesibles.

Aun así su confesión, su particular infierno, me dejó como un papel mojado. Hizo lo que más le gusta hacer, volcar su culpabilidad sobre mí hasta convertirme en la responsable de sus errores. Y lo consiguió, porque me sentí como una mierda.

Escondí la cabeza entre los brazos. El pozo seguía tan negro como cuando mi madre me obligó a visitar a la psiquiatra. La psiquiatra… Deseaba que llegara el lunes para ver a Cristina Pozo, sentarme en la silla de la verdad y sumergirme en la atmósfera aislante que me proporcionaba su consulta.

OceanofPDF.com

14

Nueva York, 16 de enero de 2012

Donna no se desvió de su ruta ni un ápice y tampoco se distrajo en ningún departamento. Avistó su despacho y no se detuvo hasta alcanzarlo.

—Kate.

—Buenos días, señora Parkman —respondió su secretaria.

Donna se camuflaba bajo unas desmedidas gafas de sol negras, unas lentes Louis Vuitton que le copaban media cara, y un abrigo negro Givenchy de doble botonadura. La bufanda le tapaba los labios, se la había enrollado de tal manera que estaba a punto de sufrir una asfixia irreversible. Con semejante pinta aparentaba estar recibiendo los últimos coletazos de una resaca monumental. «Es imposible», se dijo Kate sin quitarle ojo. Desde que le detectaron problemas en el colon, Donna no bebía ni una copa de vino. Aun así, parecía que se había escapado de una reunión tempranera de Alcohólicos Anónimos o que su objetivo inmediato era atracar un banco y disparar a quemarropa al primero que se le cruzara.

La secretaria se desinfló, sosegada, ante el saludo. El volumen de la voz de Donna era moderado y la entonación neutra. Ni siquiera la había mirado. El desaire era tan bueno como esperado un lunes por la mañana. Significaba que buceaba ensimismada en sus asuntos y no disponía de tiempo para abroncar a nadie, ni para recitar una implacable diatriba contra el mundo en general y algún artista en particular. Con suerte la jornada laboral transcurriría sin sobresaltos. Era muy temprano para desayunar gritos o desvaríos de Parkman. Kate agradeció en silencio el estado pacífico de su jefa. Ella sí padecía los efectos de una resaca cruel.

Donna se enclaustró en el despacho. Y cambió las gafas de sol, inservibles para el día opaco que había amanecido, por sus gafas de vista. El ordenador calentaba motores y el humo que desprendía la taza de café se evaporaba en el aire como un recuerdo gélido. Un bombón coronaba la torre de periódicos que la esperaba sobre el escritorio. Sin lugar a dudas, Kate era la secretaria más detallista de Manhattan.

Antes de pasar la primera página decidió inspeccionar la prensa digital a golpe de teclado y sorbos de cafeína. Los portales digitales alababan su gusto exquisito y la ascendían a los cielos artísticos. Pintaban a Parkman como un San Pedro que abría las puertas de su redil a la exclusividad y al anonimato, logrando una fusión detonante de una pincelada. Donna le dedicó una sonrisa de regocijo al *artnews.com*.

Sabía que la idea de los treinta jóvenes era grandiosa, sobre todo porque la había maquinado ella *in extremis*. Además, el nombre de Larry Selleck y los quince mil dólares acaparaban casi todas las noticias que recogían el evento. Su alma de marchante se sentía henchida. No solo era brillante, también caritativa con los artistas huérfanos de escenario. Una extraña mezcla si se trataba de la señora Parkman.

Atrajo hacia ella la montaña de periódicos. Se humedeció el pulgar y empezó a devorar los artículos. No pasaron más de diez minutos y muchas hojas cuando Donna, de manera automática, aproximó el tabloide hasta su rostro. Podía respirar las palabras y las comas. Su lectura era atropellada, pero la información que leía era tan evidente como la confusión que sentía.

«Adiós, armonía», murmuró Kate al escuchar los gritos y las blasfemias que profería Donna.

Todos los empleados de la planta veintiuno del edificio Tennessee pudieron oír los chillidos. Algunos, acostumbrados a sus brotes de locura, continuaban inmersos en su trabajo pensando que con suerte no les tocaría el premio gordo. Sin embargo, otros temblaban ante la posibilidad de llevar el boleto afortunado.

—Se ha enterado —afirmó Duncan. Aterrado, deslizó la silla hacia atrás y miró a su compañera, que estudiaba unos documentos.

—Era cuestión de tiempo —contestó Ashley. Se encogió de hombros, hinchó sus mofletes como un pez globo y golpeó el bolígrafo contra sus

labios.

—Me voy al baño, cari. Llama al 911 porque se va a liar. Se va a liar. —Se levantó y agitó los brazos.

—Duncan, eres un cobarde. —Lo cogió por la manga de la camisa—. Tú te quedas aquí y la aguantas conmigo o te juro… te juro que el fin de semana que viene no te acompaño a Posh ni a Therapy.

—¿Y no me ayudarás a ligar con Ian?

—¿He dicho eso?

—Sí, era un mensaje subliminal, minúsculo, casi inapreciable.

Ashley emitió una sonrisilla y Duncan, después de barajar la amenaza, se volvió a sentar.

—Eres una hetero mala —le recriminó hecho un manojo de nervios.

Duncan divisó la oficina de Donna. Las cortinas venecianas estaban entreabiertas y pudo presenciar que se avecinaba lo peor.

—Ashley, ¡va a salir! ¡Va a salir!

Parkman abrió la puerta del despacho y la estampó contra la pared. Duncan se cubrió la boca con las manos. Ashley temió estallar en una carcajada al ver los ademanes alarmantes de su amigo. No sabía qué hacía trabajando allí si podía estar en Broadway.

Donna se colocó en la intersección de los pasillos. No se veía ni una cabeza levantada ni se oía un carraspeo de garganta.

—Que todo… el mundo… ¡Me mire! —gritó poseída por la ira.

Cuando se sintió observada y percibió que las miradas se dirigían hacia su persona, continuó gritando.

—¿Por qué coño los del *Daily News* saben las cosas antes que yo? —preguntó mientras blandía el periódico antes sus empleados—. ¿Por qué Werner Vannay sabe antes que yo que el punto de Selleck forma parte de una colección? ¿Por qué la ciudad de Nueva York se ha enterado antes que yo? ¡Contesten! ¿Por qué?

Nadie contestó, y Duncan dejó de respirar.

Ante la ausencia de respuestas echó a andar. Dejó atrás al personal de *marketing*, comunicación y administración, y se encaminó hacia la cuadrícula de mesas de registros y diseño.

—¡Bonnie! ¡Duncan! ¡Ashley!

Los tres, en sus espaciosos cubículos acristalados, la observaron con expresión penitente. Duncan había palidecido. Seguía sin acostumbrarse a los arranques esquizofrénicos de su jefa.

—Que alguno me lo explique y que me lo explique ¡ya!

—No lo sabíamos, Donna —contestó Ashley—. Pensábamos que lo del punto era una metáfora, no el primer punto de una colección.

—Firmó el contrato —apuntó Bonnie—. Sabía que no se permitían colecciones.

—Hizo incluir una cláusula —recordó Donna—. ¿Qué decía exactamente?

—Sí —dijo Bonnie—. Redactamos una cláusula que solo él exigió. Si nadie adquiría su obra, la galería en ningún caso podría comprarla y le tendríamos que devolver su pintura en las siguientes cuarenta y ocho horas a la exposición. No está redactada así, pero es lo que venía a decir. Se quedaron dos obras sin vender.

—Que compramos nosotros —añadió Donna.

—Sí —contestaron los tres a coro.

—Saben lo de la colección —afirmó Donna, mostrando el periódico—. ¿Cómo se han enterado?

—La periodista Demi Puko es muy amiga de Vannay —se atrevió a decir Duncan—. Por lo que se ve, Werner es el único que conoce la información, lo de la colección… Y Larry, claro.

Parkman le lanzó una mirada amenazadora.

—Bien —contestó Donna en una larga exhalación—, voy a hacer unas llamadas porque esto es ¡inaudito! La próxima vez preguntad más y pensad menos, o aquí van a rodar más cabezas que en una de Johnny Deep.

Duncan se mordió la lengua para no reírse. Volteó la silla y se concentró en la pantalla del ordenador sin mirar nada concreto. Los murmullos y los teléfonos volvieron a colmar la oficina. El orden volvía a restablecerse como si allí nadie hubiera dicho una palabra más alta que la otra.

—Ves, ya ha pasado —le susurró Ashley a Duncan—. Y nos ha regalado una anécdota.

—¿Johnny Deep? —Reía tanto que se llevó la mano al estómago—. No puedo con ella. Está muy loca.

—Calla —le dijo entre risas para que bajara el tono—. Estoy segura de que va a convocar reunión extraordinaria. Y al mediodía tenemos que estar en la galería.

—Mira… —contestó Duncan, secándose las lágrimas—. Lo de ir a la galería me da igual pero lo de la reunión, Ashley, yo no sé si voy a poder aguantar. La voy a mirar y la voy a imaginar en *Sleepy Hollow*, dando caza al jinete sin cabeza.

Duncan siguió con sus ingeniosas bromas haciendo reír al personal, cuando Donna Parkman se frenó delante del escritorio de Kate. La secretaria la observó confundida, pero Donna permaneció taciturna.

—¿Le paso con Larry Selleck?

—No —contestó—. Pásame con Werner Vannay. Y tráeme una botella de agua y dos aspirinas.

Donna entró al despacho y se asomó a la ventana. Una mezcla de aguanieve y lluvia helada caía del cielo empapando las calles de Nueva York sin llegar a cuajar. Las aceras se habían convertido en improvisadas pistas de patinaje y los viandantes en experimentados patinadores que seguían corriendo sin temor a un resbalón.

Donna se masajeó la sien, respiró hondo. La cefalea iba en aumento y el cansancio acumulado por la falta de sueño disparaba su irascibilidad.

Por más que le daba vueltas no entendía por qué Selleck había incluido esa cláusula absurda. Era del género tonto evitar que una galería, su gran galería neoyorkina, contara con una de sus obras. Si no hubieran comprado su pintura hubiera perdido dinero, prestigio y una oportunidad de oro. Prefería perder antes que ganar, un disparate que se escapaba a la lógica de Donna.

* * *

Larry abandonó el pincel dentro de un bote pringado de pintura, y la paleta sobre una mesa junto al aceite y los acrílicos. Había sonado el interfono. Se restregó las manos en la bata salpicada de colores y corrió hacia la entrada del lujoso apartamento.

Eduardo se había levantado temprano para realizar unas gestiones en el restaurante y Tina, la asistenta, hacía un rato que se había marchado.

Seguramente había olvidado algo porque, de otra manera, no imaginaba quién podía visitarlo. Rogó que no fuera una de las ex de su amigo. Estaba demasiado ocupado con la pintura como para tener que inventar una excusa que hiciera desistir a la chica de turno.

—¿Sí?

—Señor Selleck —dijo Morgan.

Larry puso cara de fastidio. Le incordiaba que el portero del edificio, por manía o educación, no dejara de llamarlo «señor». Si las hubiera contabilizado, serían más de cien las veces que le había dicho que omitiera la magnificente palabra. Larry, a secas, bastaba. Pero Morgan no parecía interesado en cambiar sus normas de estilo.

—Dime, Morgan.

—La señora Donna Parkman está aquí.

Larry enarcó las cejas, aturdido.

—¿Aquí en nuestro edificio?

—Sí, señor.

—¿Y quiere subir?

—Eso creo, señor.

—Está bien. Que suba. Gracias, Morgan.

—De nada, señor.

«De nada, señor», repitió Larry al colgar, imitando a Morgan. Sin pensar se dirigió hacia la habitación. Tenía poco margen de maniobra. Se desprendió de la bata y la lanzó hecha un ovillo a una esquina de la sala de pintar. Recordó a Cyntia, la española había acertado. Le había asegurado, totalmente convencida, que Donna Parkman contactaría con él. No sabía cuándo, pero lo haría.

Larry no vacilaba ante las predicciones de su novia, que en ocasiones rozaban lo divino. Pero Donna también era divina y no solía bajar de los cielos a menudo. Aun así, Cyntia le había dado unas directrices básicas por si se producía el encuentro: «Cuando hables con ella debes ser contundente. Expón las ideas con claridad y no titubees. Eres joven, querrá imponerse y comerte de un bocado. Es más vieja que el mismísimo diablo, sabe a lo que va. Y muy importante, mírala a los ojos. Que no te amedrente, Larry, o te

apresará en su tela de araña». Cyntia había pintado a Donna como una *Sicarius* de seis ojos, atenta y venenosa…

Escuchó el timbre.

Larry extendió los brazos y dio unas sacudidas al aire, liberando la tensión como un boxeador a punto de estrenarse en el cuadrilátero.

«Solidez y contundencia. Solidez y contundencia», se repitió al atravesar el salón. Podía hacerlo, era joven pero no estúpido, y también sabía mostrarse resolutivo y rápido cuando la ocasión lo requería. Por lo menos es lo que decía Elaine.

—Señora Parkman.

Donna le estampó el periódico contra el pecho. Lo había doblado por la página que contenía el artículo. Un trazo rosa fluorescente encuadraba la información. Y su nombre, el de Werner y la palabra «colección» lucían envueltas en un círculo de tinta negra.

—No me gusta enterarme la última. Me entero la primera o el juego no empieza, Larry Selleck.

—Si tanto le incomoda, siento haberme adelantado unas casillas.

—No te confundas, jovencito. —Le apuntó con el dedo—. No importa las jugadas que vayas por delante. La banca siempre gana y en este caso, la banca soy yo.

—¿Quiere tomar algo?

—No, gracias. ¿Qué hacías? ¿Pintar el siguiente punto? —preguntó mientras se quitaba los guantes.

Larry sonrió su perspicacia.

—Veo que ha hecho alguna que otra llamada.

—Más de una. Y tú, ¿cuántas llamadas has recibido hoy?

—Unas cuantas. Esperaba la suya, lo que no imaginaba es que fuera a salir de sus oficinas de Park Avenue para invertir unos minutos de su tiempo conmigo.

—Yo tampoco lo imaginaba. Si estoy aquí es por tres razones básicas. Primera, por intriga. Segunda, porque tanto Ashley como Werner, y el resto de mi equipo, me han asegurado que eres *especial*. No los necesito para saber si un artista es bueno, tiene tirón comercial o calidad. Llevo más de cuarenta años en el negocio, pero tampoco voy a pecar de pedantería. Ellos

son tan visionarios como yo, pocas veces se equivocan, sobre todo Ashley. Si te dejara escapar teniéndote en mi mano sería un descalabro que no puedo permitirme a estas alturas del *show*. Conmigo han trabajado y trabajarán los mejores. Y así será hasta que me muera.

—¿Y tercera? —preguntó Larry a sus espaldas.

—Por orgullo.

Donna, inmóvil desde el vestíbulo, hizo una panorámica al inmenso salón. Frente a ella quedaban cinco grandes ventanales verticales. El comedor se perfilaba a dos niveles. En el nivel más elevado, un biombo decorativo y transparente separaba la salita de lectura, con una estantería que rayaba lo descomunal. Era un espacio luminoso en el que se había mantenido la esencia de las paredes conservando el antiguo ladrillo de la fábrica textil.

—Es un *loft* precioso. A Edward le gusta el blanco.

—A su diseñadora de interiores le gusta el blanco.

—Y tú, ¿pintas aquí?

—Aquí en el salón, no.

Donna se volteó y miró fijamente al chico.

—¿Tu gracia es innata o la has adquirido con los años?

—Es innata, con los años he adquirido otras virtudes. Edward me habilitó una de las habitaciones como estudio, taller o como lo quiera llamar. Es una estancia amplia, con buena luz. El único requisito que me impuso cuando llegué es que no saliera con utensilios que pudieran ensuciar el resto de la casa. De todas formas estoy buscando apartamento. ¿Quiere ver mi taller?

—Quizá más tarde. Mejor nos sentamos y hablamos.

—Por supuesto.

Larry señaló la mesa para ocho comensales. Donna se quitó el abrigo y la bufanda. El microclima veraniego llegaba a ser sofocante. Larry se dirigió a un mueble junto a la estantería, sacó un folio y un bolígrafo. La mirada de Donna no le dejaba escapar. El chico no llevaba calzado y vestía unos *jeans* y una camiseta de manga corta. Bajó los tres escalones y se sentó frente a ella.

—¿Vas a tomar notas, Larry? —preguntó con sarcasmo.

—No. —Deslizó el folio junto al bolígrafo—. Usted tomará las notas. Si va a redactar un contrato que voy a firmar, quiero que todo quede muy claro. Los flecos sueltos que luego se pueden volver en mi contra no me atraen lo más mínimo.

—¿Piensas que eres tú quien va a imponer las condiciones?

—Yo voy a imponer mis condiciones y usted las suyas. Intentaremos llegar a un acuerdo para que los dos salgamos beneficiados.

¿Un acuerdo? A parte de la jaqueca martirizante que sufría, la cabeza de Donna echaba chispas. Su circuito interior colisionaba al no entender que el chico pretendiera imponer requisitos. Siempre iba preparada para batallar, pero pensaba que la negociación iba a resultar sencilla y que no necesitaría refuerzo armamentístico. Larry era un novato y ella una veterana con honores. Bastaría con nombrar los conceptos: promoción, exposición y estabilidad económica, para que el joven aceptara. Pero Selleck no parecía cegado por las palabras clave.

—Mi producción artística se divide en dos vertientes totalmente independientes. Por un lado, los puntos, y por otro, el resto de mi obra. Empezaremos por las condiciones del resto de mi obra y cuando terminemos, le diré qué quiero hacer con los puntos.

—¿Por qué?

—Porque los puntos forman parte de una colección… peculiar. El resto de pinturas no tienen ningún nexo de unión. No es que no me importen, pero no seré tan minucioso como con los puntos.

—Sí que me vas a dar faena, Larry Selleck —murmuró Dona y cogió el bolígrafo—. ¿En la actualidad te une algún vínculo con otros galeristas?

—No. La primera galería donde he expuesto en Nueva York ha sido la suya. He vivido un año contemplativo, de creación y docencia en la academia Wells. Firmé un contrato con la galería Beindland de Detroit. Cuando venció no lo renové, hice exposiciones individuales y colectivas, pero su forma de trabajar tenía fisuras que no me gustaban.

—¿No buscaste otra galería?

—No pude, a las semanas recibí una llamada de teléfono y quince días después me instalé aquí. Además, ellos firmaron una cláusula donde se comprometían a devolverme las obras al finalizar el contrato de

representación. No quería que mis pinturas formaran parte de su fondo artístico, que por algún motivo no volvieran a ver la luz y tuviera trabas para recuperarlas. O me las devolvían o me las pagaban, y me las devolvieron. Era una galería modesta, no como la suya.

—Así que tú tienes las obras.

—Sí.

—¿Dónde?

—En Detroit. Y aquí, en Nueva York.

—¿Tienes un registro de las obras que has vendido hasta la fecha?

—Por supuesto que tengo un registro. Sé la ubicación exacta de las obras. Soy muy dejado a la hora de relacionarme con galeristas y representantes. Pero el control que llevo de mis pinturas es exhaustivo. El arte no es una afición, es mi modo de vida y mi trabajo. Señora Parkman, me lo tomo en serio. Puede que me tilden de paranoico, pero me gusta hacerlo así.

Donna puso los ojos en blanco. Lo que necesitaba, otro paranoico para la colección.

—Quiero ofrecerte un contrato de representación en exclusiva. ¿Entiendes el significado?

—Hasta ahí llego. Tengo estudios universitarios y un máster.

A Larry no le atraían los contratos en exclusividad, pensaba que le limitaban la actividad. Pero era consciente de que con Donna se trabajaba así o no se trabajaba. Y la galerista poseía centros de operación en Europa y una red mundial de contactos.

—Tendré la exclusividad en todos los sentidos. Tu obra se venderá a través de nosotros, tus representantes. Sé que has vendido tus cuadros a terceros actuando como *freelance*, sin mediadores. No lo harás más. No venderás tus obras si llaman a tu puerta, lo harás si llaman a la mía. A cambio te ofrezco un ambiente seguro y de distinción. Cuento con la mayor cartera de coleccionistas privados. Son discretos y cultos. Se fían de mí y yo de ellos. ¿Entendido?

—Sí. —Larry apoyó la barbilla sobre su mano.

—Nuestra labor de *marketing* y promoción es inigualable. Participarás en ferias, bienales, festivales y actos que consideremos oportunos y de

interés tanto para ti como para nosotros. Si ganas tú, gano yo y viceversa. Si las cosas van bien, y es lo que espero por mi reputación, trabajaremos para que tu proyección sea a nivel estatal e internacional. Creo que no tienes dudas, así que hablemos sobre el sistema de venta.

—¡Ah! Este punto lo tengo claro. Cederé mi obra para que usted la explote comercialmente a través de los medios que disponga, que seguro que no son pocos, y de cada venta percibirá una comisión.

—Sí, el 50% —contestó Donna.

—Vale. Pero no serán ustedes los que compren mi obra y luego la vendan. Fijaremos un precio mínimo y si la cifra cambia me informarán de inmediato. Es más, me informarán de inmediato sobre cualquier movimiento o decisión que me incumba a mí o a cualquiera de mis cuadros. Quiero que quede reflejado en una de las cláusulas.

—¿Otro aficionado a las cláusulas?

—Presiento que va a ser un contrato lleno de cláusulas y anexos.

—La duración del contrato será de cuatro años.

—¿De cuatro años? ¡Ni hablar! —dijo Larry—. El primer contrato será de un año. Confío en usted y seguro que conseguimos grandes logros juntos, pero prefiero trabajar con plazos más cortos. Si al final de los doce meses ninguno expresa la voluntad de rescindirlo se prorrogará por dos años más.

—¿Me tomas el pelo, Larry Selleck? ¡Exiges demasiado para ser un total desconocido!

—Puede ser, pero el que ha salido en los periódicos soy yo y la que está ahora en mi casa intentando convencerme es usted. Le debe rondar la certeza de que mi condición de desconocido va a cambiar pronto.

Donna respiró hondo y ahogó un grito en alguna concavidad de su cuerpo.

—Chico, conmigo te está tocando la lotería. ¿Me puedes traer un vaso de agua?

—Claro.

Donna lo miró con ganas de aniquilarlo. Se le estaba secando la boca y el cerebro. No le gustaba andarse con tonterías, aunque esas tonterías fueran sinónimo de éxito.

Larry apareció con una jarra de cristal y un vaso que llenó de agua. Sin dejar de analizar al artista, la galerista bebió un sorbo.

—Gracias. Puestos a redactar cláusulas debemos reflejar una que delimite qué obra producida con anterioridad a este contrato estará dentro de mi ámbito de representación. Quiero ver el catálogo y estudiarlo con mi equipo. Y por supuesto, ver las obras *in situ*. De todas, elegiremos veinte. Quiero que las muestres identificadas. Fecha, técnica, dimensiones… Ni una sorpresa, Larry. Si necesitara más pinturas redactaríamos un anexo con la nueva información y tu consentimiento.

—Me parece bien.

—Pactaremos un número de obras que realizarás mientras dure el contrato. Yo te aseguraré un mínimo de exposiciones individuales y colectivas.

—No —dijo el chico de forma tajante.

—Joder, Larry, ¡ahora qué coño pasa!

—Que no quiero que me venga con exigencias de cuatro obras cada tres meses o setenta en tres años. Tendrá constancia de lo que hago y lo que no hago. No quiero que me asegure que haré tres exposiciones anuales. Sé que si es lo mejor las haré y punto. Si considera que los ingresos que ha recaudado no son los que esperaba o que no he cumplido las expectativas que tenían en la galería, rescindirá el contrato. No me opondré.

Donna golpeó el bolígrafo sobre el folio y acto seguido lo mareó entre sus dedos.

—Está bien, sin presiones y un año. Seguirás conmigo, no encontrarás un lugar mejor donde ir más allá de las paredes de mi galería —concluyó con seguridad—. Háblame de los puntos.

—Los puntos —afirmó Larry—. Imagino que Werner ya le habrá explicado.

—Me lo ha explicado y me parece una locura, pero participaré de ella. ¿Tardas una semana en pintar cada punto?

—Sí, pero necesito mi tiempo, estar tranquilo, concentrado. Voy a hablar con Gordon y con Diana porque no podré llevar el ritmo actual en la academia. Mantendré las clases de los pequeños, solo son cuatro horas

semanales y podré compaginarlo. Pero ellos tendrán que buscar otro profesor. Espero que no se enfaden.

No se enfadarían. Para Diana, Larry Selleck era un talismán andante. Que firmara el contrato significaba prestigio y se traducía en dinero.

—He entrado en la web de la galería —continuó Larry—. Muy fina y funcional. He comprobado que si despliegas una de las pestañas aparecen los artistas representados, y si clicas en el nombre te conduce a un *microsite* personalizado.

—Para —le interrumpió—. ¿Tú tienes un espacio en Internet donde difundes tu obra?

Larry se acarició la barbilla. Donna tenía que haber supervisado su obra antes de exponer, y sus pinturas se veían a través de su página. Por la pregunta, parecía que se había saltado el paso.

—Sí. Y tengo un perfil con algunas de mis obras en Behance, una plataforma de portafolios *online*.

—Lo eliminarás. Nosotros diseñaremos tu propia página, será similar a la de los demás artistas.

—Acepto, pero quiero que el contenido sea diferente.

—¿Diferente? Sorpréndeme —apostilló Donna. Las ideas de Selleck eran perlas con la que se podía hacer un collar.

—Quiero que se explique mi filosofía de trabajo respecto a la colección. Lo que pretendo mostrar y conseguir con los puntos. Un texto literario directo y profundo. Lo escribirá un profesional. El otro día comprobé que tiene muchos amigos periodistas y escritores.

—Tengo amigos hasta en el infierno y enemigos que me deben favores. Bien, elegiré a alguien personalmente.

—Y yo supervisaré el texto.

Donna asintió a regañadientes. Cedía o se levantaría sin un apretón de manos.

—Ahora viene lo importante —anunció Larry.

—Dispara, antes de que me entren ganas de dispararte yo a ti.

Larry sonrió. Donna Parkman era ególatra y pomposa pero al artista le hacía gracia su acidez.

—Es evidente que los puntos no están hechos. El primero ya tiene dueño y el segundo está en proceso. Cada punto se venderá por encargo, por peticiones vía email a través de la fantástica página que van a diseñar. Se mostrará la imagen del primer punto, así los futuros compradores tomarán la obra como referencia. A medida que vaya finalizando los puntos se subirá una nueva imagen. ¿Me sigue?

—Te sigo.

—En el texto se explicará que cada punto de Selleck es único, original y exclusivo; que ocupa un lugar distinto en el lienzo; que las calidades, técnicas y dimensiones son las mismas. Y un par de cosas más que ya os comunicaré. El comprador sabrá que si, por ejemplo, compra el punto número 172, el cuadro no estará en su posesión hasta el 2015. Los que compren los primeros puntos los recibirán antes, los que compren los últimos los tendrán unos años más tarde. Creo que no es muy complicado.

—No soy imbécil. Sigue —dijo Donna y bebió un sorbo de agua.

—Cuando el comprador haya decidido entrar en el mundo de círculos y esté dispuesto a invertir en mi pintura y ser cómplice del juego, deberá rellenar un formulario que se descargará de la web y que enviará completado a una dirección que proporcionaremos.

—Debe de ser una broma pesada… ¿Encima que lo compran rellenan un formulario? ¿Y qué coño hay en el formulario?

—Datos personales, qué relación tienen con el arte (si son neófitos, coleccionistas expertos, aficionados); las motivaciones que les mueven a comprar una obra de la colección; qué significa para ellos un punto de Selleck… Un par de hojas. Quiero que se involucren, que sientan que son una parte importante del proceso, porque lo son. Va más allá de adquirir una pintura.

—Esto es de locos, no tiene ni pies ni cabeza.

—Sí la tiene. No quiero que las motivaciones sean únicamente especulativas, de hecho pretendo que esa sea la última motivación. Quiero que se sientan representados con la obra, que jamás se desprendan de ella.

—Vale —dijo Donna, histérica—, rellenan el jodido formulario, si es que lo quieren rellenar, que lo dudo bastante, ¿y qué viene después?

—Después entro yo en juego.

—¡Tú eres el puto juego!

Larry miró a Parkman, anonadado. Decía más palabras malsonantes de las que imaginaba. Al parecer, la dulzura y las muestras de agradecimiento se habían quedado en las escaleras de su galería.

—Leeré los formularios que recibamos y daré el visto bueno. Quiero decir que si me parece un buen comprador, le adjudicaré uno de los puntos.

—Pero tú qué te crees, maldito crío, ¿qué vas a tener la opción de elegir? Tendrás suerte si ellos te eligen a ti —sentenció fríamente.

—Donna, si no confía en mí, será mejor que se levante y se vaya. Puedo hacer este trabajo sin su respaldo. Puedo hacerme publicidad, promocionar mi idea y encargar que me diseñen una web sin su ayuda.

Permaneció sentada, mordiéndose la lengua. Le sorprendía el aplome del chico, y la invitación a largarse la había dejado sin habla. Estaba convencida de que no lo haría solo, ya se encargaría la competencia de rescatarlo.

—Continúa.

—Mis cuadros se venderán únicamente a particulares. Quedarán excluidos los museos, instituciones, galerías y cualquier centro de arte.

—¡No puede ser verdad!

La galerista se levantó de la silla, furiosa, y le dio la espalda. Empezaba a entender por qué Larry había incluido una cláusula que les impedía quedarse con el cuadro. Selleck esbozó una sonrisa culpable. Le resultaba cómico verla alterada y sin el mando. No esperaba que una mujer como ella, sagaz y experta, pudiera perder el control sobre algo que pululaba a su alrededor.

—¿Sigo?

Donna volvió a la mesa y tomó asiento.

—Una vez dé el visto bueno, se mandará un contrato de compraventa de la obra inédita. Al comprador le enviaré un boceto, una aproximación lo más real posible. Abonarán el 50% del precio cuando acepten las condiciones y firmen el contrato. Un 30% cuando yo inicie la obra y el resto cuando la termine. Las obras serán enviadas a los veinte días de su finalización. Si incumplo los plazos, los compradores tendrán libertad

absoluta para rescindir el contrato de compra, y devolveré el dinero ya transferido. Pero no voy a incumplirlo. Qué más…

—El precio de las obras y mi comisión —apuntó Donna.

—Tiene razón. El precio será de quince mil dólares. Y su comisión un 20%.

—Si me pinchan no me sale sangre… ¿¡Por qué!?

—Es lo que pagaron por mi primer punto. Son todos iguales, ¿por qué uno va a costar quince mil dólares y otro cincuenta mil? No soy un timador.

La había irritado pero no ofendido. ¿Era ella una timadora? Seguramente la mejor y también la mejor negociadora sobre la faz de la Tierra. El porcentaje le parecía una miseria.

—Larry, buscamos la cotización más alta.

—Es lo que busca usted, no yo. Por lo menos con la colección, con los demás cuadros, mátese si quiere.

—Lo haré, que no te quepa duda. «El éxito es una profesión en Nueva York» y yo soy la número uno, pero me estás limitando.

—El éxito es una profesión… —repitió—. ¿De quién es la frase? Me suena. Aunque podría ser suya.

—Andy Warhol.

—¿Lo conoció?

—Por supuesto que lo conocí —respondió con aire prepotente.

—¿Cómo era?

—Hizo que lo enterraran con sus gafas de sol y una peluca plateada. Puedes imaginarte cómo era. Excéntrico, astuto, directo. Sabrás lo de sus pinturas de oxidación…

—Sí —afirmó con una sonrisa.

—Cuando llegó a mis oídos que orinaba sobre los lienzos y que hacía orinar a sus amigotes, ya no supe qué pensar. No sé si de verdad se le iba la cabeza o era un genio mediático. Puede que las dos cosas… Sigamos con lo nuestro, quince mil dólares y un 20% para mí.

Larry asintió.

—Quiero que seas consciente de que puede jugar en tu contra. Igual que el resto de tus ideas.

—Me arriesgaré.

—¿Algún capricho más? —preguntó Donna con una pizca de sarcasmo.

—Sí. El titular de la obra es el propietario, pero la exposición se limitará al ámbito privado. Si desea exponerla en galerías, museos, centros artísticos, ferias… pedirá mi consentimiento. Lo mismo ocurrirá si decide vender. Me lo comunicará de inmediato. Si doy mi aprobación me informará sobre el nuevo propietario, la ubicación y los datos que sean necesarios para actualizar el registro, así como un contrato firmado por el nuevo titular de la pintura. Quiero tener mis puntos localizados. Las limitaciones, derechos y obligaciones se detallarán en el contrato de compraventa.

Donna cerró los ojos y negó. El último requisito de Larry le provocó una zozobra que la acabó de consumir.

—Estás loco si piensas que vas a vender. Nadie aceptará las condiciones. Nadie.

—Si hay reticentes saque sus armas de convicción. ¿Qué dijo en su discurso…? —se preguntó—. Ah, sí. «Este trabajo no tendría sentido si no brindáramos oportunidades a nuevos pintores, porque con sus obras y sensibilidad atraviesan nuestros sentidos». Lo ha recogido un periódico. A mí esa parte también me llegó al alma.

—No te cachondees, Larry Selleck.

—No lo hago. Además, Werner las ha aceptado.

—Werner es Werner, por favor. Le has caído en gracia y ¡es suizo! Le encantan las reglas y el orden. ¿Le explicaste las condiciones antes de comprar?

—Sí, estaba de acuerdo.

—Cómo no.

—Señora Parkman, no ha anotado demasiado. —Señaló el folio—. ¿Va a recordar todo lo que he dicho?

—Es difícil olvidar tanta estupidez. Mañana sobre el contrato acabaremos de definir las cláusulas. Resumiendo: las veinte pinturas, lo que produzcas, los puntos y la gran obra final.

—No, no. La última obra con los doscientos puntos juntos es mía, de mi propiedad. No estará incluida en el contrato, en ningún contrato. Nunca.

Donna hizo una pausa. Tamborileó los dedos sobre la mesa. «Este jodido cabrón lo tiene calculado al milímetro», pensó.

—Qué listo eres, Larry Selleck. ¿Qué piensas hacer? ¿Subasta?

Larry sonrió.

—Puede ser. O lo colgaré en mi salón, quedará precioso.

La galerista proyectó una mirada destructiva que aterrizó en los hoyuelos de Larry.

—Yo también voy a exigir algo —añadió Donna—. Rescindas el contrato o no, la presentación del último cuadro, *Los Doscientos puntos*, se celebrará en mi galería. Tendré vía libre para hacer la promoción y la publicidad, el acto lo organizaré en exclusiva.

—Ve como confía en mí, señora Parkman. Está bien.

No contestó a lo que le pareció una provocación. Confiaba en él porque era arrogante y no se amilanaba ante su presencia. El proceso que Larry le había expuesto le parecía disparatado, pero en su boca la estrategia sonaba contundente, merecía una oportunidad. Se convenció de que perdía más si lo dejaba escapar que si pinchaba. Tenía cientos de ruedas de repuesto en el taller, y ases en la manga como para formar tres barajas de naipes.

—El miércoles Werner dará una profunda entrevista a *Actually* —apuntó Donna—. Es una exclusiva esperada y seguro que muy cuidada porque la va a realizar Peter W. Fillion, el director de la revista. El reportaje gráfico corre a cargo de Montgomery, los dos son muy profesionales y exquisitos. Vannay se reincorpora al trabajo y hablará de la dura situación que ha atravesado. Se publicará en el número del mes que viene.

—Lo sé, me ha llamado.

—Le harán unas fotografías con tu obra.

—He dado mi consentimiento.

—Lo imaginaba —masculló—. Quiero que se hagan en mi galería. Y en la entrevista ya se hablará de ti como mi representado. Tu nombre y el mío serán uno.

—Qué bonito. Y yo quiero que mi página esté en funcionamiento el día que salga la revista.

—Estará.

La última palabra empujó a Donna a ponerse en pie. La reunión previa a la firma se daba por terminada. Se enrolló la bufanda y se enfundó el abrigo ocultando el traje de chaqueta negro. Cogió los guantes y dobló el folio por la mitad.

—Si se me ocurre algo más llamaré a la oficina.

—No se te va a ocurrir nada, ¿entendido? Mañana a las nueve te quiero en mi despacho, será mejor que no hagas planes hasta el mediodía. Y habla con Gordon sobre tu nueva situación laboral.

—Esta tarde sin falta.

Larry abrió la puerta y le estrechó la mano.

—No se arrepentirá.

—Nunca me arrepiento, jovencito —dijo con expresión tunante—. Si me arrepintiera de los pasos que doy, el camino no me hubiera llevado hasta donde estoy. Y estoy en lo más alto. Corres más riesgo de hundirte si caminas de puntillas que si pisas fuerte. Apúntalo en tu memoria —le aconsejó antes de desaparecer.

Larry entró en casa sin asimilar lo que acababa de ocurrir. No digería que Donna Parkman hubiera irrumpido de forma atolondrada y que él la hubiera desquiciado con sus condiciones de alto voltaje. Se sentía descolocado. Si ella lo había toreado, sin duda lo había hecho de forma sutil porque ni se había percatado. Y si era él el que había dado los capotes, merecía una ovación por su constancia. Se había crecido ante la nave nodriza y estaba exhausto.

Se sentó en la mesa de la cocina y pensó. Reflexionó hasta que no le quedó una idea que marear. Aquello iba en serio, abandonaría el mundo de los sueños. Su esfuerzo se iba a materializar y lo palpaba con sus manos, las mismas que se le habían quedado heladas. Le daba vértigo subirse a la cintura del éxito y darle un beso en la boca a la diosa Fortuna, pero no albergaba miedos.

Decenas de imágenes cargadas de nostalgia fueron desfilando ante sus ojos. El set de pintura que sus padres le regalaron de niño; las noches en vela frente a un lienzo; la primera exposición. También apareció Cyntia reforzando e impulsando sus anhelos. Y arrollado por los recuerdos y por la soledad, lloró. Entonces hizo un descubrimiento que no olvidaría jamás.

Que las lágrimas de felicidad se distinguen de las de tristeza por la forma en la que caen y por la caricia reconfortante que regalan.

Larry escuchó la puerta y corrió al fregadero a mojarse la cara.

—¿Quién ha estado aquí? —preguntó Eduardo al entrar en la cocina.

—Lina, ¿por?

—No. Lina no lleva un perfume así de cargante. Huele hasta en el rellano.

Selleck se secó con un trapo y miró a su amigo. Este, que aún sostenía las llaves y unas cartas, fijó sus ojos en los de Larry.

—¿Qué pasa?

—No pasa nada.

—¿Te ha dejado Cyntia?

—No, claro que no.

—¿Le has puesto los cuernos a Cyntia?

—Nunca le pondría los cuernos a Cyntia.

—¿Entonces qué hostias pasa? ¿Has llorado? Huele a perfume de mujer. ¿Quién ha estado aquí?

—Donna Parkman.

—¿En mi casa?

—Sí, se ha ido hace un rato. Ha dicho que tienes un *loft* precioso.

—¿Me tomas el pelo?

—No sé qué pasa hoy pero todo el mundo piensa que le estoy tomando el pelo.

—No me digas que ha venido para ligar contigo.

—¿Eres tú quién me toma el pelo?

—Yo qué sé —dijo el español entre risas—, escucho rumores. Su vida amorosa es casi tan activa como la mía y se la relaciona con chicos jóvenes. Tú eres un tío guapo.

—Vale, no sigas que me voy a ruborizar.

—Entonces ¿qué pasa? ¿Para qué ha venido la diva?

No quería que su amigo pensara que se había liado con la señora Parkman en el salón, y le explicó el porqué de la visita de Donna. Eduardo lo abrazó como lo hubiera hecho su hermano mayor. El efecto contagio era evidente y también satisfactorio. Eduardo veía en él un reflejo de su persona

y de sus inquietudes. A los dos los había movido un sueño. Y después de muchas vueltas habían acabado en una ciudad competitiva, donde miles de personas buscaban lo mismo y los empujones podían descarrilar al convoy más veloz.

—¡No sabes cuánto me alegro! Imagino que estás sintiendo lo que sentí yo cuando abrí mi primer restaurante. Es una sensación única, disfrútala.

—De momento no he abierto nada, ya veremos cómo sale esto.

—Saldrá bien, no pienses que puede salir de otra manera.

Eduardo se frotó las manos y sonrió.

—Quiero un punto, el séptimo. Y mi hermana también quiere uno y… y mi madre, mi madre también quiere uno —afirmó entusiasmado.

—Tu hermana y tu madre desconocen la existencia de la colección, me cuesta creer que quieran uno.

—Pues los quieren, no preguntes tanto. Encargaré tres, en cuanto esté la página rellenaré el formulario. Pero quiero el séptimo, resérvalo.

—El séptimo —repitió Larry.

—¿No puedo elegir? Concédeme el privilegio, una pequeña licencia por ser tu amigo.

—Sí, pero ¿por qué? Y ¿para quién?

—Porque me gusta el número siete y porque se lo quiero regalar a una amiga —confesó.

—No sé por qué lo intuía. Tienes cientos de amigas, me gustaría saber a dónde va a ir a parar mi cuadro, no quiero que lo tenga una descerebrada de las que se plantan aquí o en el restaurante dando gritos. En un ataque de locura sería capaz de rajarlo por despecho.

—Vamos, hombre —dijo en una carcajada—. Todas las que vienen no son así.

—No, cuando vienen por primera vez son dulces y educadas. El problema es cuando regresan, ahí ya se percibe el cambio. Dime que no quieres regalar mi punto a una de ellas…

—No. Nada que ver. —Se cruzó de brazos—. Tu obra viajará a Valencia.

—¿A Valencia, España?

—Sí.

—¿Quién hay en Valencia? Aparte de Cyntia…

—La mujer que más he querido —contestó sin titubear.

Larry enmudeció. Nunca había visto en el rostro del español una expresión de añoranza tan verdadera. Eduardo respiró hondo y abrió la nevera.

—¿Te apetece? —Cogió un botellín de cerveza.

Larry negó.

—Decía que nuestra relación era imposible, de las que llevan impresa una fecha de caducidad. Se vio sobrepasada por los acontecimientos y tampoco la pude culpar, en el fondo la entendía.

—¿Por qué? —preguntó Larry, intrigado.

—Porque era dieciocho años mayor que yo. Y lo sigue siendo.

—Joder.

—Es lo que dijo ella cuando se enteró de que tenía veintisiete años. Le costó asimilarlo.

—Pero, ¿cómo fue? ¿Y qué hacías allí? ¿Tú no eres de Madrid?

Eduardo sonrió. Se concentró en el monje de la etiqueta de la Franziskaner. Y mientras lo miraba, su memoria voló al invierno de 2004 y aterrizó en la librería Soriano, en pleno corazón de Valencia.

* * *

—Lo siento, señora. Será la banda magnética, como las llevamos en el monedero se rayan con facilidad. Son treinta y dos euros.

Iba detrás de ella en la cola y escuchaba atento la conversación. El tono de la dependienta no era demasiado discreto. Levanté la vista y observé sobre el mostrador una guía de viajes de Nueva Zelanda. Yo sostenía una edición de bolsillo de La carta esférica, *de Reverte.*

Soy de Madrid pero decidieron trasladarme a Valencia a mediados de octubre. El motivo era la apertura de unas nuevas oficinas, necesitaban un jefe de ventas experimentado y mis superiores consideraron que yo era el mejor para el puesto. Mis compañeros estaban casados, con hijos y unas cargas familiares que yo no tenía. Me proporcionaron una casa, además de una importante subida de sueldo y un paquete de bonus difícil de rechazar. Acepté encantado la oferta. Necesitaba un cambio de aires.

Sería un año. Como mucho año y medio. Tenía un sentimiento correspondido con esa ciudad. Mi padre regentó un restaurante en la playa de Cullera, a cuarenta minutos de Valencia. Mi hermana y yo pasamos los mejores veranos de nuestra vida en la costa. Cuando murió nuestro padre dejamos de ir. Allí aprendí los secretos de la restauración y el exquisito trato que debía tener con los clientes.

Los primeros meses en Valencia apenas tenía vida social porque todo mi tiempo lo ocupaba unas jornadas laborales agotadoras, así que los pocos ratos libres de los que disfrutaba los dedicaba a pasear por la ciudad y a leer. Frecuentaba con asiduidad las librerías y los cafés del centro. Si no hubiera sido así… creo que nunca la hubiera conocido.

Observé de soslayo a la mujer que tenía delante. De su brazo colgaba un abrigo y un bolso enorme. Su voz era bonita y su perfil lo cubría una media melena rubia y lisa. Para ser sincero, tenía un cuerpazo.

La dependienta le recordó el precio del libro y ella empezó a escarbar en el monedero. Se estaba poniendo nerviosa. No se giró, pero notaba el ajetreo de la cola a sus espaldas.

—Mire, lo siento, pero me faltan siete euros —contestó, avergonzada.

Sonreí. La atractiva y sexy desconocida lo estaba pasando realmente mal y no me quedó más remedio que inmiscuirme donde no me habían llamado.

—Cóbrese los dos libros. —Dejé mi novela sobre la guía de viajes. Y le extendí un billete.

Dio un respingo al escucharme y me miró, estupefacta. Yo también me sentí confundido cuando me abordaron sus ojos azules. No era ninguna jovencita pero era guapísima.

—No, no, no —replicó, intentando frenar mi brazo.

—Cóbrese —le repetí a la dependienta que, dudosa, miraba a uno y a otro.

Le hice un gesto para que desistiera y me hizo caso.

La dependienta me devolvió el cambio junto con la bolsa y salimos a la calle.

—¡Qué situación más embarazosa! —dijo al ponerse el abrigo—. No me había pasado nunca.

—No se preocupe, siempre hay una primera vez.

—Me imagino.

Saqué mi libro y le tendí la bolsa con su guía.

—¿Se va a Nueva Zelanda?

—No. Es un regalo para mi amiga. En unos días se irá a vivir a Nueva Zelanda con su futuro marido. Me voy corriendo a su cena de despedida, le prometí que le compraría la guía. Muchísimas gracias, no debías haberlo hecho pero me has salvado del desastre. A ver. —Abrió su bolso—. ¿Cómo podemos arreglarlo? Me siento fatal.

La observé, perplejo. No se me ocurrió decirle que no importaba, que treinta euros no iban a desbarajustar mi economía.

—No sé por qué confío en un pedazo de plástico. Toma —dijo, extendiéndome su tarjeta de visita—, trabajo aquí al lado. Mañana te devolveré cada uno de los euros.

—No se preocupe, no hace falta que sea…

—Sí, sí hace falta —me cortó—, mañana mismo. ¿Te viene bien pasarte por mi despacho? —Cerró los ojos—. Qué descarada y maleducada soy. Encima que me haces el favor te hago venir a por el dinero. Iré donde me digas.

—No. Yo también trabajo en el centro. Puedo acercarme un instante sobre las dos.

—Perfecto. —Hizo una mueca para que le dijera mi nombre.

—Eduardo —respondí, y le tendí la mano. Nadie suele llamarme Eduardo, pero el nombre completo me hacía ganar unos cuantos años y los necesitaba.

—Encantada, Eduardo. Muchísimas gracias. Ven mañana, por favor, o me sentiré muy, muy culpable.

Después de la súplica hubiera ido al fin del mundo a recoger los treinta y dos euros si ella me lo hubiera pedido, pero lo único que quería era volver a verla. Me sonrió y corrió sobre sus altos tacones. Me quedé allí, estancado en la acera con mi libro, viendo cómo se marchaba.

Miré la tarjeta. La mujer seductora ya no era una desconocida. Se llamaba Cristina Pozo y era psiquiatra. Una psiquiatra que me volvió loco.

OceanofPDF.com

15

—Cenábamos entre risas y brindis, pero yo solo pensaba en el chico que había comprado la guía de Nueva Zelanda. Había sido un encuentro tan surrealista… que no podía creer que me hubiera pasado a mí. Llevaba cuatro años separada y gracias a él volví a sentir. Así es —afirmó—, todos tenemos en el currículum una historia de amor que se enquista bajo la piel, que no se puede prever. El que lo niega, también. Incluso yo la tengo.

Me dejó de piedra, pasmada. En mi tercera sesión, Cristina Pozo desvistió su intimidad. Me eligió a mí para hacerlo, a la desequilibrada más pesada de Valencia, la que se había fijado en el punto del cuadro y no paraba de hacer preguntas sobre el artista Larry Selleck. Percibí la debilidad en su rostro.

—¡No sé cómo he podido hablarte de mi vida privada! Debo de estar perdiendo la cabeza.

—La verdad te hará libre… —contesté al advertir su angustia—. En serio, no te preocupes, que no has cometido ningún delito. Aunque los últimos meses he tenido comportamientos de adolescente, soy una persona adulta. Nada de lo que me digas saldrá de la consulta. Sé que nuestra relación es estrictamente profesional y sé que la culpa es mía por preguntar demasiado, lo admito. Pero eres tú la que dice que escucharte te ayuda a descubrir elementos, recalcar detalles y bla bla bla.

—Bla, bla… no, Vera. Es cierto, pero es una frase aplicable a mis pacientes, ¡no a mí!

—Es aplicable a todo ser viviente. No seas tan estricta y sáltate las normas por una vez. ¿Cómo se llama?

Cristina suspiró.

—Eduardo… Edu.

—¿Os visteis al día siguiente?

—Sí, a las dos en punto se presentó en el despacho vestido con traje de chaqueta, y yo como una imbécil con los euros en la mano. «¿Qué tal si empleas el dinero en invitarme a comer?» me dijo, y acepté. La sensación de velocidad que me provocaba era adictiva. Y él era tan atractivo y galante… que me atrapó y empezamos a salir, pero era un idilio que no podía durar. Edu tenía demasiados sueños por cumplir, yo ya vivía los míos. A los siete meses dejé la relación.

—Espera, espera. ¿Y ya está? ¿Qué fallaba?

—Fallaba la edad. Él veintisiete y yo cuarenta y cinco.

—¿Se acabó por la edad? Y se supone que la chalada soy yo… Siempre el miedo y la comodidad, ahí está el problema. Mira mi madre, no volvió a Madrid por miedo a decir la verdad, por perder lo que tenía sin pensar en lo que podía haber ganado. El acojono a poner un punto final y comenzar de cero. Los miedos arruinan el presente y el futuro de las personas.

—Vamos avanzando. Cuando tengas miedo recuerda lo que acabas de decir, por favor.

No contesté. Quizás estaba saliendo del pozo y había llegado la hora de pensar con lucidez.

—¿Cuánto tiempo ha pasado?

—Unos ocho años. Vivió aquí una temporada, después volvió a Madrid. Y luego a Nueva York, a desarrollar sus proyectos. Me rogó que me fuera con él, pero no me fui.

—¿Y te arrepientes?

Cristina desvió la mirada y contempló la pintura.

—No me extraña —dije—. Vivir en Nueva York con él o aguantar en Valencia a desequilibrados emocionales.

—Mi trabajo me apasiona.

—Tu trabajo lo puedes hacer en cualquier parte. No solo hay locos aquí, creo que en Nueva York los hay a patadas. Allí también te lucrarías de las neuras ajenas. ¿Habláis a menudo?

—Sí. No entramos demasiado en temas personales, pero sé que está soltero. Y que dejó de insistirme. Se cansó.

—A veces digo tonterías y sé que no somos amigas, pero si lo fuéramos te diría que te fueras. Aún eres joven y espectacular. Él sigue pensando en ti y tú también.

—No tengo edad para hacer locuras. Somos buenos amigos, sé de su vida y así está bien.

Su confesión sabía a mentira. Tenía tantas ganas como yo de coger un avión y buscar al amor perdido. Sin embargo, ahí estábamos, entre cuatro paredes, mordiéndonos la lengua y los deseos. Viviendo de recuerdos a través de un cuadro. Ella por un pavor indomable y yo por un despecho confesable. Logré sonsacarle más información hasta que llegó su *basta*.

Que Larry Selleck y Eduardo Albiñana eran íntimos amigos se convirtió en la revelación del día. Se me dilataron las pupilas. En la red nunca se halla lo importante. Son las personas las que pueden mostrar la esencia, y eso hacía Cristina, que hablaba de Eduardo como si fuera más un delirio que un hombre real.

Seguramente le envió *El Séptimo punto* como señal evidente de un amor aún no extinguido. Entendía a Eduardo: cuando las palabras no alcanzan su destino hay que recurrir a otras artes. Imaginé que con la obra pretendía confesar que la doctora era su punto de partida; un bumerán que no se desvía; que sus pensamientos color ocre giraban en torno a ella. Los hombres enamorados recuerdan pequeños detalles que avivan las ascuas y te sonrojan las mejillas. Pero Cristina no quería ver el gesto desde el prisma romántico que yo le ofrecí. Creemos lo que queremos y la creencia se acaba convirtiendo en una única verdad, aunque esta tenga más parte de ficción estudiada que de realidad aparente.

La doctora me dio envidia. Tenía aires de hermosa sirena extraviada. Un atractivo caballero la esperaba en Nueva York desde hacía años y además, era propietaria de uno de los puntos de Selleck. Yo me sentía estropeada, nadie me esperaba y por no tener, no tenía ni un folio con puntos suspensivos que invitaran a seguir la historia.

—Cada semana te sientas frente a mí y traes contigo una vivencia nueva y complicada. Eres muy valiente, Vera.

—Si fuera valiente no estaría aquí… —murmuré—. Vivencias complicadas, sí. Una ruptura traumática, una muerte inesperada, una

persona importante que aparece de repente. A mi madre le ocurrió algo similar y tú lo sabes de primera mano —expulsé de forma distraída.

—¿Te lo ha dicho ella? —preguntó.

—No, me lo acabas de decir tú. Lo sospechaba. —Me mordí el pulgar al observar su gesto desmembrado—. Dime, ¿de qué os conocéis?

—Por ahí no voy a pasar. Puedo desvariar y contarte anécdotas de mi vida privada, pero no revelaré información confidencial de otros pacientes.

—¿Es tu paciente? ¿Era tu paciente?

—Pregúntale a ella.

La inquina envolvía mis frases. Cuando hablaba de mi madre una lazada de alambres trepaba por mi garganta. Le pregunté. Claro que sí. Y ella me contestó. Mi madre pisó la consulta del doctor Pozo cuando yo apenas tenía cinco meses. Él llevó sus sesiones y su hija, Cristina, escuchaba atenta y aprendía de uno de los mejores psiquiatras de España. Mi madre, una niña desesperada con un saco de responsabilidades a la espalda, necesitó ayuda, y mi abuelo también. Cristina conocía mi pasado y el de mi familia, nunca jugué con ventaja.

—Vera, ¿recuerdas nuestra primera sesión?

La cháchara se acababa y empezaban las preguntas molestas.

—Como para olvidarla…

—Viniste porque no superabas una ruptura sentimental. A la situación inicial se han sumado acontecimientos que han podido actuar de distinta manera sobre el primer contratiempo. Debemos tratarlos de forma independiente y en conjunto. Háblame de tu padre y de tu madre.

Me irritaba escuchar los vocablos «padre» y «madre» juntos. Se me hacía extraño, como las tormentas de verano. La novedad de la sorpresa gusta, pero cuando pasa lo inusual del momento solo quedan suspicacias. Como las que albergué yo las cuarenta y ocho horas previas a la cita con la doctora.

Poco había que hablar de mis progenitores, se conocieron unos días. Y fin. El árbol había crecido, crecido, crecido… hasta dar frutos. Tal y como él me había indicado, llamé a Javier. Cogió el teléfono al primer tono. Le expliqué lo del accidente, los miedos que nublaron la razón de mi madre. Y él sintió lástima. Encima de que mi madre había mentido como una bellaca,

había conseguido que mi padre mostrara compasión y tolerancia. Llegué a la conclusión de que mi padre era tonto del culo y que mi madre era la mujer más lista del universo. ¿Cómo lo hacía? Mi abuelo siempre la comprendía; la psiquiatra luchaba por justificar sus decisiones; Javier dibujaba ternura al hablar de ella y en el trabajo la veían como una *madre coraje*, con más agallas que un pez. Yo no la soportaba. Sin lugar a dudas, Annette gozaba de una inteligencia devastadora.

—El sábado nos vamos a Madrid a hablar con Javier —le expliqué—. Mi madre está muy nerviosa. No lo dice, pero su estado se ha alterado de la noche a la mañana. Va a ser interesante presenciar el reencuentro de ambos.

—No será fácil para ninguno de los dos.

—No me importa lo fácil o difícil que vaya a ser. Quiero que ocurra. —Observé la bola de nieve sobre su escritorio. La torre Eiffel. Si mi abuela estuviera viva otro gallo cantaría, pensé. Mi abuelo había sido demasiado blando con la pequeña e indomable Annette—. Lo malo es que no voy a conocer a mi hermano. Por ahora no sabe que existo. ¿Crees que Javier pedirá la prueba de paternidad?

—No lo descartes. Él vive su propia crisis. Seguro que tiene tantas dudas como tú. ¿Cómo ves el futuro con él?

El futuro. Una reata que apretaba.

—Cristina, el futuro para mí no existe. De poco sirve imaginar porque en un segundo todo cambia. Existimos nosotras, esta habitación, el cuadro de Selleck, los tulipanes que hay sobre la mesa y el olor a incienso. Lo que ocurra dentro de una hora está fuera de mi alcance. Pero puestos a imaginar, me gustaría mantener una relación cordial. Llamarnos o vernos de vez en cuando. Es simpático y muy amable.

—Me gusta lo que dices, pero que tu planteamiento no te impida soñar.

—Ya no tengo muchos sueños. Me basta con que no vengan más desgracias, temo al sufrimiento.

Cristina continuó formulando preguntas sobre mi padre, sobre desgracias que se convierten en lecciones y sobre cómo afrontarlas. Su discurso me condujo al accidente de Lucía. La mayor fatalidad que he tenido que sortear. Cuando dejas de escuchar a una persona con la que has

compartido tu vida, te inunda la tristeza. Pero cuando además sabes que no la volverás a ver… la desesperanza y el ahogo entumecen los sentidos.

Echaba de menos su risa. Asomarme a la terraza y ver cómo se fumaba un cigarrillo en el balcón. Ella era mi eje de seguridad. Incluso buscaba su nombre en la agenda de teléfono para llamarla. Lo hacía sin darme cuenta y lo hice durante meses. La costumbre puede ser afilada.

—Me despierto de madrugada, llorando. Sueño con Lucía o con Paolo o con los dos juntos. Se me acelera el pulso y me entra ansiedad.

—Es lógico, Vera. Los tienes muy presentes. Tu inconsciente los recuerda y se materializa en sueños. En otra dimensión puedes y quieres reunirte con ellos, y es lo que ocurre. Que no te obsesione, es normal.

—No me obsesiona. Me entristece porque me deja un mal sabor.

—Has sufrido dos pérdidas importantes. No son comparables. Pero al fin y al cabo, ya no están. Y tú debes seguir el camino sin ellos, por muy duro y angustioso que resulte. Lucía…

—Lucía siempre estará conmigo, no está en una caja y se acabó. Ella está en otra parte, mirándome. Está feliz en algún sitio. Sí, dando luz en un lugar precioso donde no existen los borrachos cabrones.

La doctora Pozo alargó el brazo encima del escritorio y cogió mi mano para acallar las lágrimas. Me dio la razón como a los locos, que supongo que es lo que era. Me gustaba y quería creer que Lucía estaba en un paraíso paralelo, disfrutando de una vida que no era tan puta como la que conocíamos. Aquel pensamiento me ofrecía paz.

Cristina giró su sillón y llenó de agua un vaso de plástico.

—Toma. ¿Sabes algo de Paolo?

Entendí por qué el detalle del agua. Ese tema sí se me atragantaba.

—No.

—¿No les has contestado?

—¿Debería hacerlo?

—Se enteró de la muerte de Lucía y quiso ponerse en contacto contigo. Se preocupó por ti.

—Que se hubiera preocupado antes. No voy a contestarle.

—Está bien, no lo hagas. Vera, me has contado cuando lo conociste, vuestra primera vez, cómo os fuisteis a vivir juntos. Pero no me has

especificado cómo fue la ruptura —enunció de forma pausada.

—No quiero detallarlo con minuciosidad. Si lo revivo me entran náuseas, impotencia y ganas de matar a alguien. A él. Me pregunto por qué me haces recordar tanto, así no lo voy a olvidar nunca.

—Te lo expliqué el primer día, y tú me lo has dicho hace un rato.

—Sí, sí… Pues mi madre dice que lo que quieres olvidar no hay que nombrarlo jamás.

—¿Desde cuándo crees lo que dice tu madre? Cuéntame, ¿qué ocurrió?

* * *

Cogí un clínex y rememoré que simplemente ocurrió lo que parecía imposible: el fin de una etapa feliz. Fue un 18 de junio. No sé cómo aún lo recuerdo… Quizás lo hago porque ocho días antes había cumplido veintiocho años. La maldición del ocho. No hicimos una gran celebración porque él estaba inmerso en la locura de los exámenes finales y además parecía ido, se mostraba muy irascible. A pesar de su cambio de actitud justificado, yo me sentía dichosa. Nuestra convivencia se resumía en un exceso de arrumacos, risas y sexo desenfrenado. La perfección en una pareja existía. Apenas discutíamos y lo que más me extasiaba era callar a mi madre con hechos. Pasear mi amor delante de ella era casi tan satisfactorio como un orgasmo con Paolo.

El trabajo no era demasiado boyante, pero no me importaba. Por aquel entonces hacía alguna colaboración esporádica en periódicos; artículos que finiquitaba en menos de dos o tres horas, por lo que el tiempo libre copaba mis primeros días de verano.

Lo tenía todo preparado. Paolo terminaba su último examen, tomaría algo con sus compañeros y llegaría a la hora de cenar. Para celebrarlo había llamado a su amigo Marco, el camarero del restaurante Al Cielo, para reservar mesa y disfrutar de una velada romántica. Un paseo por las nubes que jamás se celebró.

Monti me distrajo más de la cuenta y me retrasé. La última luz de la tarde se negaba a oscurecer. Los rayos ya no caldeaban en exceso, pero iluminaban con sutileza el olivo centenario de la plaza. Entré en casa y oí el cascabel saltarín de Bolita aproximándose hacia mí. Lo cogí en brazos y lo

achuché entre mis brazos. Un ronroneo cariñoso estalló en mi pecho. Lo dejé en el suelo y salí a la terraza, repleta de macetas con flores de distintos colores. Estaba a punto de comenzar la ceremonia de la confusión.

Paolo estaba sentado, con los codos apoyados en la mesa plegable de madera. Divisaba el cielo, la ausencia de luna. Pero en realidad miraba hacia su inminente futuro sin mí. Una dirección que yo nunca hubiera elegido.

—¿Cómo ha ido el examen? —pregunté y le besé.

—Muy bien. ¿Dónde estabas? Te he llamado.

—Lo acabo de ver, lo siento. Estaba con Monti, ya sabes que siempre me lía. Hoy le ha dado por hablar de zoológicos urbanos y animales enjaulados. Menuda disertación, parecía un biólogo. ¡Por fin has terminado el suplicio de los exámenes! ¿Contento?

—Contentísimo.

—He reservado mesa para celebrar que vas a ser el mejor abogado del mundo —afirmé con una sonrisa que casi me llegó hasta los ojos.

—No me apetece, Vera, prefiero quedarme en casa.

Contestó parcamente. No me miró. Desconfía de un hombre que cuando habla contigo mira al suelo o al cielo, lo que hay entremedias no le interesa. Y entre el cielo y el suelo estaba yo, frunciendo el ceño.

—¿Qué te pasa? ¿Algún problema en el trabajo?

—No… es que… tenemos que hablar —dijo.

Sufrí taquicardias. La frase *tenemos que hablar* es mortal, como un veneno que actúa al segundo. Sentí escalofríos y perdí la noción del tiempo. Su cara de preocupación triplicó los efectos del tóxico.

—¿Hablar de qué, Paolo? ¿Qué ha pasado?

—Me voy a California.

—Sí —afirmé en una carcajada seca—, y yo a Boston. Habla en serio. ¿Qué ha pasado?

—Estoy hablando en serio, Vera. Me han concedido una beca para hacer un máster de Derecho internacional.

—¡Cómo!

—Lo siento, de verdad que lo siento. —Apretó la mandíbula.

—¿Que sientes el qué?

—Que me vaya a ir.

—No lo sientas porque no te vas a ningún sitio —dije, poniéndome en pie—. No lo entiendo. ¿Qué significa esta broma?

—Solicité una beca hace unos meses para la UCLA.

—¿Qué coño es la UCLA?

—La Universidad de California en Los Ángeles.

—Ya, Los Ángeles. ¿Por qué no me lo dijiste? ¿Desde cuándo me ocultas las cosas?

—No te he ocultado nada, Vera. Si no te lo dije es porque lo veía imposible, pensaba que no me la iban a conceder. ¡Ha sido como un milagro! —exclamó con una ilusión que me rompió en un millón de pedazos.

—Oh, Dios mío… ¡Eres un cerebrito, Paolo! Tienes experiencia y hablas cuatro idiomas, ¿dónde narices está el milagro?

—No te alteres, por favor.

Ya era tarde para no perder los nervios. Una sirena escandalosa se había disparado dentro de mí. Giraba veloz, tan veloz como deseaba que se alertara mi inteligencia.

—¿Y ahora qué?

—Me voy. No puedo dejar pasar una oportunidad así, si no acepto me arrepentiré. Es un año de estudios y prácticas y…

—¿Desde cuándo lo sabes?

—Hace tres semanas. Perdóname, no sabía cómo decírtelo. Ha sido horrible tomar esta decisión. El último mes no he conseguido dormir más de tres horas seguidas y no era por los exámenes. Lo he pensado mucho, hasta volverme loco.

—¿Te vas y me dejas? No sé si lo estoy entendiendo, ¿me estás dejando?

—No lo digas así, por favor. Soy joven y tengo que mirar por mi futuro, quiero hacerlo.

—¿Cuándo te vas?

—El 1 de julio. En agosto tengo que hacer un curso introductorio del sistema legal estadounidense. El *American Law in a Global Context*.

—¿Has pensado en mí?

—Sí. Yo te qui…

—¿Has pensado cómo podría sentirme? ¿Has pensado en algún momento que podría ir contigo? ¿Iniciar juntos este proyecto?

—¿Qué ibas a hacer tú en Los Ángeles, Vera? Tienes aquí tu vida, tu familia. No quiero que cambies tus planes por mí.

—¿Qué planes? ¡Eres el mayor hijo de puta que me he cruzado en los veintiocho años que tengo! ¿Qué coño soy para ti? ¿Un entretenimiento hasta encontrar una alternativa mejor? —vociferé y golpeé la mesa con las dos manos.

—No digas eso, sabes que no es cierto. Te quiero. Pero tengo que irme y joder, no creo en las relaciones a distancia. Sería insoportable y ni siquiera me concentraría. Sé que acabaría mal.

—¡Esto ya ha acabado mal! Y no vuelvas a decir que me quieres. ¡Ni se te ocurra volver a decirlo, cabrón egoísta! —pronuncié con furia. Él tragó saliva y se le cayeron dos lágrimas que nunca olvidaré.

—Vera, por favor.

—Te vas y me dejas. Perfecto. Ahora voy a salir por esa puerta y no volveré hasta mañana por la noche. Cuando vuelva no te quiero ver aquí. No quiero ver ni un rastro de que has existido.

—Vera, vamos a hablarlo.

—No quiero que me llames. No quiero que me escribas. No quiero ni que pronuncies mi nombre.

—Vera, por favor. —Se levantó y se acercó a mí.

—No me toques. —Cogí el bolso y me dirigí hacia la puerta—. Que seas tan feliz como te mereces —le dije.

El portazo me expulsó del baile eterno a empujones, y en aquel instante se acabaron el porvenir, la poesía estremecedora y los zapatos de tacón. Me despedí de mi particular fantasía de amor idealizado y le di la bienvenida al mundo donde no existían los finales felices.

Fue breve, esclarecedor y muy duro. Yo estaba colérica, me sentía herida de muerte y sobre todo estafada. ¿Con quién había convivido durante un año? ¿Con un impostor de catálogo? Si hay algo que me enerva son los gritos, los reproches y las estafas. La compra de humo sale carísima, te deja temblando.

Mi orgullo tocado se negaba a aceptar que Paolo se marcharía dejándome tirada; que se iba a ir sin mirar atrás; que se largaría sin mí porque le importaba menos que el gato. No asimilaba que sus miradas colmadas de fervor iban a desaparecer en un parpadeo. No quería comprender que sus palabras habían sido una patraña inmoral. Nunca he odiado a nadie tanto como odié a Paolo aquella tarde. Y aun así seguía creyendo que él, en el fondo, me quería.

Al verme, Lucía y Mario pensaron que me habían atracado. Mi aspecto demacrado no daba opción a pensar algo más idílico. Entre sollozos me expliqué. Y la sensación era tan desgarradora que me faltaba el aire. Pasé la noche con ellos. Metida en la cama de matrimonio, junto a Lucía, berreando como una niña pequeña que ha perdido su juguete más preciado y no quiere otro de repuesto. No podía volver a mi casa; no estaba preparada para ver la cara de satisfacción de mi madre y escuchar el *te lo dije* odiado y certero.

—¡No es lógico! ¡No es lógico!

—El 83% de lo que ocurre en la vida de las personas no es lógico, Calabacita —afirmó Lucía. Quizás se excedió con el porcentaje, pero así es. Si pretendes encontrar la lógica a lo incomprensible acabarás perdido en lo absurdo.

Lloré dormida y arañé el colchón con rabia. Cuando desperté, la pesadilla seguía allí, viva, y el sufrimiento me salía por los ojos. Había perdido las alas e incluso la fe. La Humanidad me parecía cruel; el sol me parecía cruel; el simple hecho de despertar me pareció cruel. Pero desperté y me vi sola en el apartamento de mi amiga. Lucía y Mario debían seguir con su rutina, ir a trabajar. El mundo continuaba con su ritmo habitual. Menos yo, que amanecí paralizada bajo un aguacero violento y con un zumbido estridente en los oídos.

Miento si digo que Paolo no me buscó, no me llamó o no me suplicó que volviera para hablar. Hizo las tres cosas. Pero yo me negué. Cuando sobran las palabras se acaba el cuento. Y el mío, el nuestro, ya había terminado. No quería prolongar la agonía de un adiós que no esperaba. No le volví a ver. El 1 de julio se subió a un avión y se fue. Lejos, en busca de otro océano.

El día después fue horrible. La verdad empezó a tomar forma. Acudí a los fármacos y me refugié en la cama hasta que Lucía llegó del trabajo cargada con cajas de cartón, como yo le había ordenado. Todo era confuso, pero una idea reptaba por las sábanas con las que me tapé en pleno junio. No seguiría viviendo en el apartamento que había compartido con Paolo.

Lucía se las ingenió para coger unas horas libres y acompañarme al lugar del *crimen*. No sé cómo lo hacía, pero era única para plantarle cara a su jefe y hacer y deshacer a su antojo. No hablamos durante el trayecto. Cargar con cajas de cartón para mudarme al pasado y abandonar el presente más bonito que había vivido me parecía humillante.

—Espero que no esté en el apartamento, porque te juro que lo mato o le echo una maldición para que sufra disfunción eréctil.

—No va a estar —le contesté.

Abrí la puerta y Bolita salió a recibirme. El pobre pensaba que también lo habían abandonado. Y no iba desencaminado, pero por suerte estaba yo, que servía para entretener a italianos miserables y para cuidar a gatos desvalidos.

—Pues no, no está —anunció Lucía.

Dejé las cajas en el suelo. Sobre la mesa del comedor estaban sus llaves sin el llavero de medio corazón que le regalé, la cartilla veterinaria de Bolita y un folio.

> *Cuida de él. No quiero que esté con otra persona.*
>
> *Por favor, Vera, cógeme el teléfono, quiero verte antes de irme. ¡Quiero hablar contigo! Sé que no me crees, pero te quiero y lo siento mucho. No ha sido una decisión sencilla. Espero que puedas entenderme y perdonarme.*

—Qué desgraciado —musitó Lucía por encima de mi hombro—. ¿Encima tienes que cuidar de su gato? Manda huevos.

—El animal no tiene culpa.

—Se ha llevado vuestras fotos. Los marcos están vacíos.

—Las habrá quemado.

—No creo, Calabacita, no creo.

Tardamos casi tres horas en recoger mis pertenencias. Cada vez que cerraba una maleta o precintaba una caja me alejaba de una realidad que quería y nunca más tendría. Me dolía respirar porque era consciente de la

situación. Sentía que me estaban apuntando con una pistola. Sabía que era el final, y los últimos segundos fueron tan aterradores que únicamente pude cerrar los ojos y apretar los dientes. Y que pasara… lo que tuviera que pasar. Pero rápido.

—Vera, ¿estás segura de que quieres dejar el apartamento? Lo tienes muy reciente, piénsalo con calma, quizás en unas semanas…

—Estoy muy segura.

No podía vivir en aquel encantador ático. No sin él. Las paredes hablan, pero las del apartamento gritaban.

Apilamos las cajas en la entrada. Mario iría a recogerlas con el coche. Metí a Bolita en el trasportín. Y Lucía se colgó al hombro una gran bolsa de viaje repleta de ropa.

—¿Nos vamos?

—Sí.

Cerré la puerta con llave, suspiré y se acabó. La calle de los Cambios. Ahí viví durante un año.

Lucía encendió un pitillo. Contemplé el gran reloj parado. Mi fiel amiga me cogió del brazo y salimos de la plaza. Se había terminado la partida. Tres seises seguidos y a casa. Con un vacío estancado, sentimientos amputados y un gato persa que no paraba de maullar dentro de un trasportín.

* * *

—Lo que ha venido después ya lo sabes.

—¿Qué te dijo tu madre al verte?

—Nada. Me vio tan hundida que no creo que estuviera contenta por el fracaso de la relación, pero estaba orgullosa porque de nuevo tenía razón. Y porque estaba en casa y ella volvía a tener el control.

—¿Piensas que es feliz cuando tiene el control?

—Sí, llevar las riendas de la vida de otra persona le hace sentir excesivamente bien. Le gusta estar ocupada, aunque sea con cosas que no son de su incumbencia —expliqué, y ella tecleó en el portátil.

—Mira *El Séptimo punto de Selleck*, por favor.

—¿Para qué?

—Míralo, Vera —ordenó—. ¿Cómo te sientes?

—No lo sé. Tengo demasiados sentimientos encontrados.

—Respecto a tus padres.

—Me siento como el punto negro. Soy el centro de atención de los dos. Son ellos los que giran a mi alrededor.

—Respecto a Lucía.

—Ella es el punto protagonista que siempre admiraré. La parte llamativa del cuadro.

—Y respecto a Paolo. ¿Cómo te sientes?

—Paolo es el azul de la pintura, mi color favorito, donde sigo naufragando si pienso en él.

—En la primera sesión, cuando te pregunté y miraste el cuadro, dijiste que te sentías abandonada y sola en medio de la nada. Ni siquiera nombraste el azul. Empiezas a ver los colores. Es muy importante.

—¿Aunque sea para naufragar?

—Sí.

—¿Y tú? ¿Cómo te sientes al mirar el cuadro? Aún puede ser —le dije —. Son las personas las que ponen el punto final, no el tiempo.

—Ha acabado la sesión.

Faltaban cinco minutos, pero no le apetecía continuar. A mí tampoco. Y Borja me esperaba, tenía que ir a trabajar. No es que me apasionara la idea, pero cuando escribía historias sobre los demás olvidaba la mía y la sensación me gustaba.

—Te veo el lunes, Vera. Que vaya bien en Madrid y sobre todo, escucha. Si te pones a la defensiva la situación te resultará más compleja.

—Vale —contesté al abrir la puerta.

¿Qué sabría ella de situaciones complejas? Salí pensando en el viaje a Madrid y en mi comprensivo padre, hasta que vi que en la sala de espera no solo había tulipanes. Oh, Dios mío. Alguien que yo conocía y no esperaba ver. Me quedé inmóvil. Sin saber cómo actuar. De todos los psiquiatras de Valencia había tenido que elegir la mía…

—Vera.

—¿César? ¿Qué haces aquí? —pregunté sin reflexionar—. Lo siento. No me importa en absoluto lo que haces aquí. Bueno, quiero decir, que

tendrás tus motivos y no hace falta que me los cuentes.

Me hice un lío. César era tan sumamente espectacular… y encontrarnos en la sala de espera de una psiquiatra era tan incómodo que mis palabras se solapaban formando mensajes inconexos.

—¿Estás bien? —añadí.

¿Y a mí qué me importaba? Le pregunté por educación y porque no sabía cómo seguir aquel intento de conversación. A César, al *Ave César*, como le bautizó Lucía, solo le había visto en tres ocasiones en las que apenas habíamos hablado.

—Hubo ciertos problemas con Mariela —aclaró—. Lo hemos dejado y estoy un poco…

—Jodido.

—Sí. ¿Tú cómo estás, Vera? La última vez que te vi fue… en el entierro de Lucía.

—¿Sí? Apenas lo recuerdo. Y lo prefiero.

—Lo entiendo. Estaba detrás de ti, te desmayaste y te cogí en brazos.

—Ah… no lo sabía. Bueno, César, me alegra verte aunque sea aquí pero me tengo que ir. Te va a ir bien con la doctora. Es muy directa. Te ayudará. Te lo digo yo, que tengo un máster en catástrofes vitales: mi novio me dejó, mi mejor amiga murió y después de veintiocho años he encontrado a mi padre. ¿A qué te sientes mejor? Lo tuyo en una sesión está solucionado. —Apreté su fornido hombro.

No sé por qué le conté mis penas, pero él esbozó una sonrisa.

—Oye —apostilló y sacó una tarjeta de su bolsillo—, ahí está mi número de teléfono. Si algún día quieres hablar o tomar algo.

—Claro, gracias —contesté.

Me despedí y salí hacia el pasillo, ruborizada, con la tarjeta entre los dedos. Por muy guapo, rico y soltero que estuviera, sabía que no marcaría su número de teléfono. Para mí los hombres se habían convertido en monstruos hirientes con los que no quería intercambiar palabra ni fluido alguno. Me daba miedo sentir y volver a caer. Además, seguía enamorada de Paolo y ese obstáculo no lo saltaba ni un emperador romano. Ojalá hubiera estado Lucía conmigo para ver que *Miss lo tengo todo y tú no* había volado muy lejos de la piscina, dejando en tierra a otro náufrago.

Llegué a la recepción y encontré a Sandra delante del ordenador, totalmente en Babia.

—Sandra.

—Perdona, Vera, estaba con la cabeza en otra parte.

—Tranquila, aquí hasta el más cuerdo tiene la cabeza en otra parte. Dame cita para el lunes que viene, por favor.

—Vera —susurró, acercando su cuerpo hacia el mío—. ¿Has visto al modelo que acaba de entrar? ¡Es guapísimo! ¡El hombre más guapo que he visto!

Su naturalidad me hizo sonreír.

—Sí. Es muy guapo.

—Y el traje de chaqueta le sienta de lujo. Me he enamorado. Tiene treinta y tres años. Nueve más que yo, ¿crees que eso importa?

—No. Importan los actos no los años.

—Va a sonar muy mal, pero espero que venga todas las semanas.

—Según lo que le haya hecho la azafata —murmuré al abrir el bolso y guardar la tarjeta.

—¿Qué?

—Nada, tonterías.

OceanofPDF.com

16

Valencia, 9 de julio de 2012

Cyntia se desplomó sobre la cama. Acarició la suave colcha de seda y memorizó el tacto para evocarlo más tarde. Inspiró una bocanada de aire sabor a vainilla. Era el buqué de su vida y tampoco deseaba olvidarlo. Inspiró con fuerza para atrapar los olores, estaba convencida de que las personas te pueden abandonar pero los aromas, no.

Echaría de menos su habitación, lo que había almacenado en ella. ¿Echaría de menos el silencio? La había acompañado como un estigma de nacimiento, como una sombra constante a la que se había acostumbrado. Se levantó y miró el vinilo de pájaros alzando el vuelo. No podía disimular el nerviosismo y el entusiasmo a partes iguales. Ella también iba a alzar el vuelo e iba a planear sobre un presente que quería vivir. Su inquietud estaba a punto de rozar la punta del iceberg, sin intuir lo que se escondía debajo de lo visible.

Deslizó los dedos por la superficie lacada del tocador, llevándose detrás una película de su adolescencia. Se asomó al vestidor. De las perchas colgaban recuerdos pasados de moda y prendas que no pasearían por la Gran Manzana. «¿Cómo será mi habitación de Nueva York?», se preguntó al apoyarse en la pared.

Hacía tres meses que el artista Larry Selleck había empaquetado sus bártulos, incluido el imperdible repleto de noches en vela, y se había mudado al nuevo apartamento. La independencia soplaba en su oreja, se desligaba de unas preocupaciones antiguas y se ligaba a otras nuevas, más opresivas. Pero se sentía feliz por tocar con las manos lo que había conseguido con mucho empeño. Lo único que anhelaba era a Cyntia.

Deseaba que llegara para abrazarla y decirle que nunca se marchara. Estar sin ella era peor que una cadena perpetua, y la distancia se hendía en su piel causándole un dolor difícil de soportar. Quería atarla a su vida sin correas, solo con besos ascendentes recorriendo su cuerpo desnudo, con el que soñaba a diario.

Larry se había trasladado, pero no muy lejos de su antigua casa. El barrio le enamoraba y seguía impartiendo clases en la academia Wells. Limitó tanto la cuadrícula de Manhattan que intuía que encontrar piso con las condiciones que exigía se convertiría en una misión imposible, pero fue más sencillo de lo que imaginaba; como los últimos acontecimientos que se habían cruzado en su camino. Maggie Tudino, una reconocida decoradora, amiga de Eduardo y amante del blanco nuclear, le ofreció la ayuda y el tiempo que él no disponía. Se encargó de seleccionar y visitar un amplio elenco de casas, hasta que dio con el espacio diáfano que el artista andaba buscando. «Increíble pero cierto. Si lo hacemos adrede no nos sale, Larry», le había dicho la señorita Tudino a las puertas de su nuevo apartamento, propinándole unos golpecitos en el hombro.

El proceso de búsqueda es lo que Larry le había explicado a Cyntia de forma escueta y sencilla. «¿Es lo que me vas a decir? ¿Qué es un piso amplio? ¿Pero dónde está? ¿Tengo vestidor?» Larry se había propuesto decir menos que nada y Cyntia se rompía las vestiduras ante su negativa desesperante. Siempre salía victorioso de los desaforados duelos dialécticos que mantenían. Ganar a Cyntia jugando con las palabras era el mejor premio que podía llevarse. Larry no iba a dar más respuestas de las necesarias. Pretendía que fuese una sorpresa… y lo iba a ser.

Cyntia lanzó una última mirada nostálgica al conjunto de sus pertenencias. Se palpó el bolsillo. Sí. Estaba ahí. No había olvidado guardar la caracola. Articuló un adiós silenciado por la melancolía y cerró una etapa de su historia. Pero no era el único punto y aparte que tendría que afrontar.

La puerta del despacho estaba entornada, como pocas veces, lo habitual es que reinara cerrada a cal y canto. Para ella era un verdadero enigma y pensaba que la última habitación escondía algo más que libros. El búnker privado de su padre era un santuario donde daba rienda suelta al reloj y donde las horas se zambullían en enigmas facultativos, publicaciones, foros

y nuevas tecnologías aplicadas a la medicina. Incluso comentaba, hinchado como un pavo, las videoconferencias que mantenía con excelentísimos cirujanos de distintas nacionalidades.

Sin llegar a asomarse, Cyntia escuchó las últimas palabras de una conversación… «Cirugía oncológica compleja», «estructura vascular» y «retroperitoneal primitivo». Le llegó el sonido constante de las teclas del ordenador y el rumor de unas hojas que pasaban incesantes. Más que tristeza sentía una profunda desidia por tener que despedirse. Pero era ineludible: lo tenía que hacer y lo tenía que hacer ya. Con los nudillos golpeó un par de veces la puerta.

—Papá —anunció. Observó cómo el doctor Robles reposaba atrincherado tras obras de diez centímetros de grosor.

—Pasa, Cyntia. —Dobló la punta superior de la página y cerró el libro que leía con curiosidad.

Cyntia escudriñó el despacho. Una estancia ordenada, con ambiente tenue, millones de conceptos que ella nunca entendería y un fuerte olor a lavanda que odiaba.

—Siéntate —añadió, como si estuviera invitando a una paciente a tomar asiento.

—No. Me voy ya. Me despedí ayer de la abuela y esta mañana me he despedido de mamá. Se ha ido a Barcelona muy temprano. Faltas tú. Antonia me está esperando abajo.

—Lo sé, mamá volverá de la convención en un par de días. Me hubiera gustado acercarte al aeropuerto pero dentro de un rato me voy al hospital. Hoy tengo una operación larga y difícil.

—Antonia me lleva encantada. Corro el riesgo de que nos adelante una bicicleta pero llegaremos. Y gracias por regalarme el billete, las conexiones en Madrid son perfectas. No tendré que esperar mucho.

—También me he tomado la libertad de hacerte una transferencia de cinco mil euros, para ir tirando hasta que encuentres trabajo. Si necesitas más, llámame.

Cyntia sacudió la cabeza de forma molesta. Su padre y el dinero, una relación fraternal difícil de romper.

—No era necesario, no me hagas más transferencias. Con Larry estaré bien y no tardaré en encontrar trabajo.

—Sí, sí… ya sé que Larry se ha convertido en un artista de éxito. El otro día leí en el periódico que le quitan los cuadros de las manos. Pero mejor si tienes tu propio dinero, ¿no crees?

—Me voy, papá —contestó.

Su padre se levantó. Era un hombre alto y enjuto. Había perdido el pelo hacía años, pero no el porte distinguido.

—¿Tantas ganas tienes de irte?

La pregunta lanzada de forma incisiva dejó a Cyntia aterida. ¿Qué debía responder a la que sería la última pregunta? ¿Una verdad absoluta? ¿Una mentira a medias? ¿Una gran mentira con ecos de verdad?

—Sí —afirmó con rotundidez—. Los últimos doce meses han sido horribles. He estado triste, agobiada, y me he perdido los logros de Larry y sus exposiciones. Si no me hubiera quedado un año de carrera me hubiera ido antes. Pero todo llega. Me atrae la idea de empezar una vida junto a él. Sí, tengo muchas, muchísimas ganas de irme.

El rostro de su padre se tiñó de desconcierto. Turbado, se sentó y agachó la mirada. Estaba a punto de perder a uno de sus pacientes en la mesa de operaciones.

—¿Es por nuestra culpa? ¿Te vas porque consideras que no hemos sido unos buenos padres?

Cyntia se estremeció. La verdad estaba sobrevalorada. Debía haber seguido con la táctica habitual hasta el final. Encubrir sus verdades con mentiras y aparentar ser una chica feliz con unos padres maravillosos que le compraban billetes de avión y le ingresaban dinero en la cuenta.

—No hace falta que tengamos esta conversación, papá. Dejémoslo.

—No, contéstame.

A regañadientes, Cyntia se dejó caer en una de las sillas pegadas a la pared.

—No me voy por vuestra culpa. Estoy enamorada y deseo estar cerca de la persona que quiero. Pero si ansías una respuesta sincera… lo único que me entristece es la idea de despertar y saber que no veré a Antonia. —La frase le quemó en la garganta y le hirvió en los labios—. Qué te puedo

decir, papá. Jamás me habéis reñido ni felicitado. Os habéis olvidado de mis festivales del colegio y el trabajo no os ha permitido celebrar mis cumpleaños. ¿Habéis sido unos buenos padres?

—No seas injusta, te hemos dado lo mejor.

—¿Cómo? ¿Injusta? Dejé de contabilizar injusticias cuando cumplí los quince años y ninguno estaba ahí para verlo. Me habéis dado lo mejor, pero no me habéis dado lo primordial. Aunque lo hicisteis realmente bien al elegir a Antonia, un ángel que me ha cuidado como si fuera su hija. No sabes lo que significa ser padre —dijo, apuntándolo con el dedo índice—, así que no me hables de injusticias. Hazme un favor y destierra esa palabra de tu vocabulario, resulta hiriente si tú la pronuncias.

Se levantó furiosa.

—¡Espera! No te vayas así.

—¿Sabes cuál es vuestro problema? Que no me veis como a una hija, ¡porque ni siquiera me veis! —gritó—. Vosotros no queríais ser padres y he tenido que cargar con vuestra indolencia. Queríais ser unos cirujanos brillantes y es lo que sois. ¿Sabes qué, papá? Estás tan saturado de mentiras que algún día reventará una pequeña verdad en tu interior y no habrá cirujano que te salve. A veces no vale la pena preguntar. Tú que puedes, salva muchas vidas. Os llamaré cuando llegue.

Cyntia cerró el *santuario* de su progenitor y bajó las escaleras del dúplex con una lágrima atragantada y un par de nudos deshechos. La despedida había sido más amarga de lo que esperaba. Un «cuídate y estamos en contacto» hubiera bastado. Pero el empeño de su padre había dado rienda suelta a una lengua contenida y a unas palabras disparadas a conciencia. No estaba satisfecha por el episodio que acababa de cerrar o empezar, pero sí un poco más libre. Un poco más vacía.

Entró en la cocina con ganas de escapar de allí lo antes posible. Lanzó el manojo de llaves sobre la encimera, metió la caracola en el bolso, y sin detenerse en el salón a enfocar la última mirada, se fue.

—¿Ya has terminado, cariño? —le preguntó Antonia con una sonrisa apenada.

—Sí, ya está. Vámonos.

Julio abrió los brazos mostrando su cuerpo rollizo, y Cyntia aceptó la invitación para sentir la protección entrañable que siempre le había ofrecido el portero.

—Te voy a echar tanto de menos…

—Y yo a ti, pequeña. No olvides que eres única y fuerte, como Carlomagno.

—Sí. —Se separó y se limpió las lágrimas—. Gracias por tu paciencia, por aguantar mis tonterías de niña y mis travesuras. Por hacer los deberes conmigo cuando tenía dudas, que era todas las tardes… Y gracias por escucharme, Julio, tú sí que eres único. ¿Te acuerdas cuando salía del ascensor con mis cuadernos y los lápices? Te decía: «¡Antonia no sabe hacer esto!».

—Quería ser profesor ¡y vaya si lo he sido! Eras, y eres, una alumna muy cabezona pero brillante.

—Nunca encontraré un maestro como tú. Me he convertido en lo que soy gracias a vosotros dos. —Miró a Antonia, que lloraba a moco tendido —. Espero que vengas a verme. No sé exactamente dónde voy a vivir porque Larry me ha hecho escribir en la autorización *ESTA* la dirección de Eduardo. Quiere que sea una sorpresa. Pero aun así mi casa es tu casa, Julio.

—¿Eso no te traerá problemas, hija? A ver si lo van a comprobar… que estos americanos son muy paranoicos.

—No. Larry me ha jurado que no habrá ningún problema. Y más le vale, porque como por la tontería de la sorpresa me quede en tierra se la cortaré a trocitos.

—¡Cyntia! ¡Habla bien! —ordenó Antonia acompañando la frase de un ademán correctivo.

—No te preocupes —prosiguió Julio—, no te dirán nada. Cuando vaya a verte te llevaré jamón y queso y lo que me pidas. Come, Cyntia, que no quiero que te quedes en los huesos. Y prepárame una buena ruta, me encantaría visitar la catedral de San Patricio, escoltada por rascacielos imponentes. Debe de ser una preciosidad.

—Seguro que sí —afirmó sin tener muy claro en qué punto de Nueva York quedaba la catedral. Cyntia agarró la cara rechoncha del portero y le

plantó dos besos—. Comeré, tontorrón. Cuídate. Y cuídala.

—Que Dios te proteja. Lo haré, te lo prometo.

El portero le brindaba un afecto calmante y un efecto apaciguador. Sabía que lo decía de corazón. Lo mejor de Julio es que nunca mentía y que cumplía sus promesas. Era leal. Por eso iba a acusar su ausencia.

Antonia entrelazó su brazo en el de Cyntia. Ya estaban a punto de salir del portal cuando Julio llamó su atención.

—Antonia —gritó, y las dos se giraron—, ¡luego nos vemos!

Cyntia miró a su tata.

—¿Te ha guiñado un ojo o me estoy volviendo loca? ¿Te ha guiñado un ojo? —repitió de nuevo ante el mutismo de Antonia.

—Schhh… calla, calla. —La empujó hasta salir del patio a trompicones.

—¿Os habéis liado? —gritó Cyntia al pisar la calle.

—Virgen Santa —afirmó, santiguándose—. ¿Te quieres callar, escandalosa? ¡Sube al coche!

Cyntia reía a carcajadas. Ver a Antonia descompuesta y con los carrillos colorados era un entretenimiento encantador. «Vale, vale», le contestó y se dirigió hacia el coche estacionado en segunda fila. Un Opel *Tigra* rojo que Antonia compró en el 92 y que no tenía ni cincuenta mil kilómetros.

—¡Merezco saberlo! ¡La primera! —exclamó mientras miraba su equipaje a través de los cristales oscuros.

—¿Quieres subir de una vez?

Antes de que se exaltara más, Cyntia obedeció y subió al coche pensando lo complicado que sería vivir escenas tan cómicas con otra persona.

—¿Te ves capacitada para conducir? Pareces nerviosa.

—Puedo conducir perfectamente, me ponéis nerviosa los dos. Uno con los guiños innecesarios y tú con las preguntas fastidiosas. Hacéis una pareja perfecta.

—No, tata, vosotros hacéis una pareja perfecta. ¿Qué ha pasado? ¿Y cuándo? Joder, ahora que me voy empieza lo divertido. Siempre igual, con lo bien que me lo hubiera pasado viendo vuestros arrumacos.

Antonia, parada en un semáforo, le lanzó una mirada pastosa y Cyntia volvió a reír con poca mesura.

—Solo por no soportar tus bromas me parece buena idea que te vayas a vivir a Nueva York.

—Mentirosilla —dijo, hundiendo su dedo en la mejilla de Antonia—. Venga arranca, que está en verde.

—Nos vimos ayer.

—Os veis a diario.

—Entonces quedamos ayer, fuera de la portería. Cuando fuiste a despedirte de tus amigas yo me quedé tristona y él aprovechó mis horas bajas.

—¿Y?

—Fuimos a mi cafetería preferida dando un paseo. Hablamos de ti y luego a él le dio por hablar de nosotros.

—¿Y qué te dijo?

—Que le gusto mucho, que quiere pasar más tiempo conmigo…

Cyntia dio palmaditas de euforia. Antonia sudaba la gota gorda por la confesión.

—¡Qué emoción, tata! —La zarandeó—. ¿Y qué le dijiste?

—Que poco a poco.

—¿Cómo que poco a poco? Os conocéis desde hace mil años ¿y quieres ir poco a poco? ¿Qué quieres? ¿Darle el primer beso en el 2018?

—Quiero que te calles. No me agobies, que estoy conduciendo.

—Puff. —Se cruzó de brazos y resopló—. Pensaba que os habíais liado. Menuda mierda, años de trabajo a la basura. ¿Quieres que conduzca yo? Iremos más rápido y puedo hablar y conducir a la vez.

—No hace falta. Y no te preocupes, creo que Julio no ha entendido muy bien lo de ir poco a poco porque me ha dicho que me vaya con él a Elorrio, a conocer a su familia y a sus sobrinos.

—Dime que no le has dicho que no. Te mato si lo has hecho.

—No le he dicho nada, bueno, que lo pensaría. Aún falta un mes.

—Pues tú verás, tata, pero el que piensa pierde. Julio es bueno, inteligente, te quiere y te invita a unas vacaciones. Te ha tocado la lotería y vas a regalar el billete premiado. Es que no sé qué más quieres, ¿una casita en las Bahamas?

—¿Dónde está eso?

—¡No desvíes la conversación!

—No es tan fácil como tú piensas, Cyntia. A mi edad las relaciones y el amor son temas más enrevesados que a la tuya.

—No fastidies. Ya os habéis equivocado de camino y habéis llorado lo que teníais que llorar. Lo único que tenéis que hacer ahora es disfrutar, iros de viaje, ir al teatro, de cena y abrazaros. Lo único. Ser feliz puede ser muy sencillo si tú quieres. Así que no me vengas con excusas que necesitas inventar para no avanzar.

Antonia no contestó, no pudo hacerlo. Pensativa, metió cuarta y cogió la A3 en dirección al aeropuerto. Cyntia siempre tenía la última palabra, había sido así desde niña. Reacia a jugar al escondite.

Observó de reojo cómo miraba distraída por la ventana. Cyntia era su mejor regalo. Verla reír había curado sus heridas; sus pesadillas de antaño; su ira contenida derretida gracias a los meses de verano. La iba a extrañar tanto que aún no sabía cómo iba a afrontar su partida y el camino de vuelta sin ella. Un coche vacío de reprimendas y sermones arrasadores.

—Hemos llegado, cariño.

—Sí. —Vio cómo se alzaba la barrera de entrada a la primera planta del aparcamiento.

—¿Estás asustada?

—Asustada no, pero sé que cuando suba al avión… empieza el reto, un giro impactante. Estoy bien, preparada.

—Es tu elección. Y aunque siento un pesar terrible en el corazón, te apoyo, porque sé que vas a ser muy feliz.

—Ya lo soy. Busca una luz verde, tata.

—¿Qué?

—¡La luz encima de los coches!

Antonia aceleró deshaciéndose de sus contrincantes, que la perseguían de forma amenazante. Encontraron un sitio libre y descargaron las maletas, ultraligeras y muy pesadas.

—¿Te acordarás de dónde has aparcado?

—No me hagas más tonta de lo que soy.

—No es cuestión de ser tonta sino de estar desorientada. Te recuerdo cuando estuvimos treinta minutos buscando el coche en el aparcamiento de

El Corte Inglés. No sabíamos si reír o llorar.

—Fue divertido.

—Muy divertido —afirmó Cyntia, afligida—. Color verde pistacho, al lado de la columna, plaza doscientos veintisiete. ¿Te acordarás?

—Me acordaré.

Subieron a la segunda planta y atravesaron la pasarela exterior abovedaba que conectaba el *parking* con la terminal. Cyntia le indicó que antes de entrar se fumaría el último cigarro en territorio español y Antonia se recostó en un banco de piedra.

—Tata —Cyntia anduvo unos pasos hacia delante y estiró los brazos como si fuera a echar a volar sin necesidad de coger un avión—, ¿crees que en Nueva York amaneceré con este sol?

—El sol es el mismo para todos, lo que cambian son los rayos.

—Pues estaremos aquí unos minutos y me llevaré estos rayos, que son los que me gustan.

Antonia observó cómo estiraba sus alas con los ojos cerrados. Añoraría sus gestos de niña y sus pensamientos de adulta. La quería recordar justo así, abrazando al sol, indiferente a los viajeros que cargados con exceso de equipaje la miraban; recordarla así, con su cuerpo arqueado como una gimnasta que acaba de hacer una doble pirueta y ha caído de pie; recordarla con su sonrisa orgullosa. Cyntia bajó los brazos y metió las manos en los bolsillos traseros de sus pantalones cortos.

—Echaré de menos el sol de Valencia, es curativo. ¿Vamos?

Cyntia, clavada frente al mostrador de información, buscó su vuelo en el panel.

—Tata, el embarque es a las once y el mostrador de facturación del dieciocho al veinte.

Antonia no la escuchó. De espaldas miraba concentrada el servicio de precintado de equipajes y la larga cola que se estaba formando frente a aquella máquina azul, que parecía una enorme báscula y envolvía maletas a la velocidad de la luz.

—¿No vas a precintar las maletas? En el cartel dice que las compañías recomiendan precintar el equipaje. Son seis euros y medio.

—Ya lo leo —afirmó Cyntia al girarse—. No tenemos tiempo, hay muchísima gente. Y no me he gastado cuatrocientos euros en las maletas para que ese chico de tatuajes las convierta en capullos de gusanos de seda.

Antonia asintió y la siguió hasta el mostrador de facturación. Un proceso que no se prolongó más de diez minutos.

—Mándame un mensaje cuando llegues a Madrid y cuando salgas para Nueva York, y cuando llegues allí también. ¿Quién te recoge?

—Larry me ha dicho que un chófer. Vendrá vestido con uniforme y llevará un cartelito con mi nombre.

—Ve con cuidado, a ver si te vas a ir con el que no es y te raptan.

—¡Tata, por favor! Qué agorera eres. Escríbeme en cuanto llegues a casa. Te diría que vayas despacio por la carretera, pero vas más lenta que el caballo del malo.

—Despacito siempre llego.

—No vamos a llorar, ¿vale?

—Vale —contestó Antonia, llevándose un pañuelo a los ojos.

—Gracias por tu amor incondicional. Te quiero como si fueras mi madre. Eres mi persona, que no se te olvide nunca. Y que sepas que en algún rincón de Nueva York estaré pensando en ti.

—No sigas o me pasaré llorando un mes entero —afirmó de forma entrecortada.

—Qué va, en un ratito se nos pasa. Además, vamos a hablar a todas horas. Tienes los pasos apuntados en la libreta. El *Skype* es sencillísimo pero si te lías bájate a la portería. Julio maneja el ordenador a las mil maravillas, os veré a los dos.

Cyntia le atusó el pelo con cariño y contempló a su ángel. Sus ojos rotos reflejaban una cornada de amargura.

—Tata, no me mires así.

—¿Cómo?

—Como si no me fueras a ver más.

—Si no te viera más me moriría, pero moriría tranquila. Hace muchos años prometí a tu abuela y a tu madre que no te abandonaría. Que esperaría a que tú me dejaras.

—Has sido tan generosa que no sé cómo voy a recompensarte.

—Ya lo has hecho, tesoro, cada día. —Apretó su mano.

—Prométeme que si te aburres, si lo de Julio no sale bien, si simplemente me echas de menos… cogerás un avión y te vendrás a vivir conmigo.

—Con el nivel de inglés que tengo me perdería al doblar la esquina.

—Te compraría un GPS.

—O me apuntarías las indicaciones en una libretita. Cyntia, con tu abuela no me voy a aburrir. Sabes que me lleva loca desde que falleció tu tía. Descuida, tú concéntrate en ser feliz. Y ten algo en cuenta, no sé si lo has pensado, pero te vas a encontrar a un Larry distinto.

—¿Tú crees?

—Larry es un buen chico y te adora. Pero su vida ya no es la de antes. Puede que se sienta sobrepasado. Si es así, no permitas que se deje arrastrar por la algarabía que se ha creado a su alrededor.

—Lo haré. ¿Qué más?

—Nada más. Llámame cuando quieras. Vas a estar genial, hija.

—Estaré genial porque mira. —Cyntia abrió el bolso y entusiasmada le mostró la caracola—. Seis mil kilómetros de distancia desaparecerán si acerco la caracola de la suerte a mi oreja. Escucharé el Mediterráneo y a ti diciéndome: «El mar está ahí dentro, sobre las olas se mueven grandes barcos y los peces saltan porque están contentos».

—Lo recuerdas.

—Tenía cinco años, paseábamos por la orilla de la playa de la Malvarrosa. Llevaba un bikini rojo con un volante en el culo y tú cargabas con un cubo donde metía las conchitas que iba encontrando. Hasta que cogí esta caracola y me dijiste que me la acercara a la oreja. La bautizaste como la caracola de la suerte. ¿No te acuerdas?

—Sí, eras muy curiosa. Incluso dormiste con la caracola. Te preguntaba: «¿No oyes el barco?» Y tú me decías que sí y que oías a la gente que había en el barco.

—Soy muy peliculera, tata.

—Y has tenido presente que eres la protagonista de tu película. Pero cariño, los barcos que escuchabas de pequeña llegaron a puerto hace

muchísimo tiempo. —Antonia sacó una cajita de su bolso y la dejó en las manos de Cyntia—. Ábrela.

Una caracola nueva le hizo sonreír. El mar la había bañado de tonos blancos, ocres y marrones. Y era de mayor tamaño, una pirámide de salientes rugosos que olía a casa, a sal y a una prosperidad que deseaba encontrar al otro lado del océano.

—Fui a buscarla hace unos días. En esta caracola los barcos están a punto de partir y el mar se escucha mejor. Yo me quedaré con la otra y cuando la mire recordaré a la niña del volante rojo.

—Te quiero.

Se abrazaron con la misma pasión con la que el mar abraza a una isla, y se quedaron sin aliento. Entre ellas se mantenía el silencio titilante de una despedida que Antonia siempre vio venir y una aflicción que Cyntia nunca imaginó.

Se dieron dos besos fugaces y Cyntia se dirigió a la puerta fantasma de un laberinto acordonado donde decenas de viajeros esperaban pasar por el arco detector de metales. Con los ojos llenos de lágrimas, agitó la mano con poco brío y susurró un «te quiero» que Antonia adivinó en sus labios. Ella también la quería, pero deseaba acabar con la agonía lo antes posible, así que le indicó con un gesto cariñoso que desapareciera entre el gentío.

Volvió a mirar y ya no la vio. Se había ido al compás de las llamadas de megafonía y los últimos avisos a los señores pasajeros. Entonces es cuando se sintió mutilada y maldijo a las madres que no querían a sus hijos. Se llevó la caracola al pecho y lloró con amargura. Pensó en el reencuentro, que se perfilaba como un rayo de luz que todavía no abrigaba demasiado.

Cyntia se sentó frente a la puerta de embarque. Encajó entre sus piernas el bolso y jugueteó con el DNI. «Vas a encontrar a un Larry distinto», le había asegurado Antonia con semblante serio. No podía dejar de martirizarse. Si estaba en lo cierto, no permanecería en Nueva York más de un par de meses. Ella no quería a un Larry distinto, quería encontrar al joven tímido de hoyuelos graciosos que pedía consejo y confiaba en su opinión para actuar de forma conveniente.

Cuando hablaba con él no percibía cambios drásticos. Quizás más ocupado que de costumbre. Si el éxito se le había subido a la cabeza, le

haría meter la cabeza en un cubo de agua fría hasta ahogar los posibles delirios de grandeza. Se convertiría por arte de magia en la mala del cuento, pero el cuento tendría un final feliz.

Cyntia Robles no era consciente de la notoriedad real que el nombre de Larry había alcanzado desde la entrevista que había concedido Werner Vannay a *Actually*. Las cabeceras más importantes de todos los países habían escrito sobre el artista, pero Cyntia leía con distancia, como si el pintor que había revolucionado el panorama artístico no tuviera nada que ver con su novio. Un muro de metacrilato alejaba su percepción de la visión del mundo, un muro que no tardaría en caer y un mundo que no tardaría en descubrir.

Lo que sí descubrió cuando sobrevolaba el océano Atlántico es que estaba hastiada de surcar los cielos. Se entretuvo con una película e ingirió un relajante muscular. Después de un sueño reparador, un par de reproches mentales y decenas de posturas innovadoras, escuchó cómo la azafata con voz de hechicera proclamó a través del micrófono una discreta bienvenida a Nueva York. Constató que eran casi las doce de la noche en España. Y se desperezó como si hubiera pasado meses en estado de hibernación.

Con el gran bolso verde cruzado a su espalda, se despidió del amable equipo de tripulación y bajó del avión encabezando el pelotón. Intuyó que la cola de control de pasaportes sería más larga que la cola de devoluciones de Primark y aceleró el paso por un aeropuerto que desconocía.

La barahúnda que se respiraba en el ambiente era cargante, y despedía un aroma que bien podría ser el resultado de un cóctel agitado de comida rápida y sudor. Le entraron unas ganas repentinas de salir corriendo, saltarse el control y hacerle un corte de mangas a la comitiva de policías armados hasta los dientes. Pero se situó al final de la quinta fila. Cyntia se puso los cascos y se aisló de las parejas de recién casados y de los hombres de negocios que se agolpaban esperando su turno. Durante los veinte minutos de estacionamiento forzoso leyó los mensajes que Antonia, Larry y su madre le habían enviado. Su padre también le había escrito: «Me duele que pienses así. Te queremos». Malhumorada, respondió al aire un «no me quieras tanto y quiéreme mejor» y lanzó el móvil a las profundidades del bolso.

Cyntia bostezaba cuando vio que un hombre uniformado la estaba analizando de arriba abajo. Le indicaba que avanzara. Era una mole de dos por dos, los bíceps doblaban el tamaño de su cabeza y contraía la mandíbula consiguiendo que su cara pareciera una construcción de hierro armado.

Cyntia se apresuró y le extendió el papeleo junto al pasaporte.

—¿Viaja sola?

—Sí.

—¿Qué escucha?

—¿Perdón?

El policía señaló los cascos. Cyntia sacó del bolsillo el mp4 y se lo dio. El policía lo manipuló ante el gesto incrédulo de la joven.

—¿Frank Sinatra?

—Para ambientarme —afirmó.

—Me gusta Sinatra. —El policía le devolvió el aparato y siguió el interrogatorio—. ¿Cuál es el motivo de su visita?

—Turismo. Y ver a mi novio. —Tan pronto como pronunció la frase cerró los ojos, arrepentida. Las preguntas se multiplicarían por tres.

—¿Y su novio es estadounidense?

—Sí.

—¿Dónde lo conoció?

—¿Es broma? —preguntó sin poder contenerse.

La mole, a punto de estallar las mangas de la camisa, no movió ni un músculo de su rostro impenetrable.

—Lo conocí en Detroit, porque él vivía allí. Sí, estuve en Detroit estudiando inglés.

—La dirección que consta en el documento no es la de un hotel.

—Es la dirección de una casa particular. Estaría muy feo que mi novio me dejara tirada en un hotel.

—¿Cómo se llama su novio?

Cyntia se acarició la nunca y respiró hondo.

—Larry Selleck, así se llama. Búsquelo en el ordenador si quiere, pero no me metan en un cuartito durante horas, por favor —susurró.

El policía bajó la mirada hacia los folios, los ojeó y la observó.

—¿Larry Selleck? ¿El artista de los puntos?

Un destello curioso se dibujó en su cara, un poco más accesible y relajada. A Cyntia le dio un vuelco el corazón.

—Eso me temo.

Cyntia se quedó pasmada. El señor policía tenía la capacidad de sonreír. También se quedó atónita porque acababa de descubrir que Larry era más conocido de lo que imaginaba. El policía adoptó otra actitud, condescendiente y simpática. El interrogatorio estricto se tornó en un cuestionario expectante, cargado de preguntas inusuales que ella contestó de forma distendida. Cuanto más creíble sonaba, más emocionado parecía el corpulento funcionario, que siguió con el procedimiento habitual. A modo de galante anfitrión le dio la bienvenida y le obsequió con una sonrisa de despedida que Cyntia aceptó complacida. Sin perder el tiempo se aproximó a recoger el equipaje, pero no sin antes volver a mirar al fan de Sinatra, que se había vuelto a poner la careta de persona desagradable.

Con el bolso atravesado y arrastrando las maletas traspasó la puerta. No divisó ningún cartel que la reclamara y empezó a enrabietarse. No le gustaba ser un objeto perdido y ya no soportaba la gincana fatigante de paradas obligadas. Quería al maldito chófer. Suplicó al cielo y en ese instante escuchó su nombre sin ver al emisor. Un brazo se agitaba energético al final de la multitud. La aglomeración se fue dispersando como si alguien hubiera tirado un petardo atronador, y Cyntia vio a un hombre de un metro noventa y de piel atezada. Su sonrisa eclipsaba y su apariencia de *sex symbol* aumentaba el mercurio.

—¿Cyntia?

—No puede ser… ¿Mi chófer?

—Encantado, soy Eduardo Albiñana.

Se saludaron y el chico cogió la maleta de mayor tamaño. Cuando intentó coger la maleta más pequeña, Cyntia se negó. Así que desistió, por lo que sabía de ella, era una jovencita que no daba su brazo a torcer.

—¿Qué tal el viaje?

—Una odisea. Si te contara lo que me ha pasado ahí dentro no te lo creerías. El doble del actor Michael Clarke me ha hecho un tercer grado surrealista.

—¿Te han intimidado?

—Edu, a mí no me intimida ni Dios. Perdón, ¿te puedo llamar Edu? ¿O aquí solo respondes a Edward?

—Muy graciosa. Puedes llamarme como quieras.

—Gracias por venir, no era necesaria tanta molestia.

—De nada, es un placer. Además, Larry me hubiera amenazado con cualquier cosa si no hubiera venido.

—¿Amenazarte? Ni que fuera el hijo de *El Padrino*. Podrías haberle puesto alguna excusa y yo podría haber cogido un taxi. Te parecerá una tontería, pero ¡me hace mucha ilusión subir en uno!

—Te cansarás de subir en taxi. Desde aquí hasta Manhattan te hubiera costado cincuenta dólares.

—¿Y qué?

—Que yo salgo más barato.

En el exterior del JFK un mar de nubes navegaba por un cielo plomizo. Cyntia agradeció haberse provisto de los rayos de su tierra natal.

—¡Este aeropuerto tiene que ser enorme! No me extraña que Tom Hanks se quedara a vivir en una terminal. Hasta yo podría vivir en una.

—Yo también podría vivir en una si Catherine Zeta-Jones viniera a visitarme.

—Pensaba que te iban más las rubias.

—¿Sí? ¿Por qué?

—No sé. Oye, Edu, ¿cuántos años tienes?

—Muy directa. Dudo mucho que Larry no te haya puesto al día sobre mi vida privada y mi edad.

—Imagino que me lo habrá dicho, pero no me acuerdo.

—El mes que viene, treinta y seis. ¿Qué te parece? —le preguntó con cara de interesante resabiado.

—Me parece bien. Eres un hombre muy atractivo para la edad considerable que empiezas a tener.

—¿Cómo debería tomarme tu apreciación?

—Como un halago, quédate siempre con lo mejor de la frase.

Eduardo sonrió.

—Tú también eres muy guapa y tienes unas piernas espléndidas. Larry tenía razón.

—Ya veo las conversaciones filosóficas que mantenéis. Sócrates y Platón en estado puro.

—Imagino que en ese dúo soy Sócrates.

—Pues querido Sócrates, no me mires tanto las piernas y ni si te ocurra ligar conmigo que estoy pillada.

Cuando llegaron al coche y guardaron las maletas, Eduardo ya había comprobado que Cyntia era empática, inconformista y astuta como un lebrel. Mantenía su argumento hasta el final y esbozaba una sonrisa que convencía. Le parecía tan espontánea que le dio miedo pensar cómo encajaría en un mundo de poses forzadas.

—¿Queda mucho para llegar?

—¿Necesitas ir al baño?

—No. Necesito estirar las piernas. Te aseguro que soy muy vaga pero ahora estaría dispuesta a correr una maratón. No pienso subir a un medio de transporte hasta dentro de un par de días.

—Mañana venís a comer al restaurante de Brooklyn. No creo que quieras ir andando.

—A lo mejor sí.

—Sí, te veo capaz. Le había dicho a Larry que vinierais esta noche, pero estaréis ocupados haciendo otras cosas.

Mientas escuchaba los planes que habían preparado para ella, Cyntia sacó un pequeño neceser repleto de maquillajes y se aplicó colorete en las mejillas.

—No lo dudes, va a ser una noche muy larga. ¿Cómo lo ves?

—Lo veo bien, es lo propio.

—No —contestó riendo a carcajadas—. Que cómo ves a Larry, eres el que más tiempo pasa con él.

—Ah. Pues está concentrado, sabe lo que quiere. A veces un poco saturado, pero no lo lleva excesivamente mal.

—Se ha hecho muy famoso…

—Sí, lo reconocen por la calle y se pone nervioso. Yo le digo que es más lo que imagina que la realidad, así que tú dile lo mismo o no llegaréis muy lejos.

—No se lo cree ni él. Le pondré un casco si es necesario —dijo, pintándose los labios—. ¿Y con Donna cómo va?

—Una riña constante. Ella los tiene cuadrados. Son como dos antílopes chocando sus cornamentas. Donna quiere que conceda entrevistas, que se deje ver, que asista a actos… y él se niega.

—Ya veré lo que puedo hacer para solucionarlo. No quiero que a la Parkman le dé un ataque al corazón por culpa de mi novio.

—Donna tiene el corazón hecho de un material indestructible.

—Hay corazones que no se rompen, pero se paran. ¡Mira!

El *Skyline* de Manhattan se dibujó ante los ojos de Cyntia.

—¡Quiero verlo todo! —afirmó ilusionada—. Quiero ir a la Estatua de la Libertad, ver un musical en Broadway y pasear por la Quinta Avenida. También ir a la estación, a Central Park, subirme a un *ferry* de Circle Line…

—Me gusta. Tienes más ansias de descubrimiento que Larry.

—Hay ciudades que descubres y ciudades que te descubren. Larry ha conseguido lo segundo, es a lo que vino. Pero yo ya me descubrí hace muchos años, así que me dedicaré a inspeccionar la ciudad. ¿Te imaginas que me encuentro a Sarah Jessica Parker? —preguntó, ladeando su cuerpo.

—Yo imaginé lo mismo pero con Paul Auster.

—Encontrarse a Auster estaría bien, pero prefiero a Sarah.

Eduardo la observó sin saber qué decir. Se mostraba esperanzada, ajena al espectáculo que la esperaba. Y él veía a la actriz tan a menudo, que sentía una especie de culpabilidad tonta si no se lo decía.

—El mes pasado estuvo en el restaurante.

—¿Quién?

—Sarah.

—Sí, con Paul Auster, entraron los dos juntos.

—No, vienen por separado. Nunca han coincidido —contestó sin despegar la vista de la carretera.

—Tú. Mírame. ¿Es broma?

—No.

—¿De verdad? ¡Dios Todopoderoso! —Cruzó las manos y miró hacia el techo del Lincoln—. ¡Gracias por poner a este tío bueno en la vida de mi

novio! ¡Y gracias por ponerme a mí en la vida de los dos! ¡Y gracias por tener unos padres que me han mandado al culo del mundo cada verano! ¿Pero por qué hablamos de Larry si podemos hablar de ella? ¿Cómo es?

—Muy simpática —contestó entre risas.

—¿Me la presentarás? Te juro que no montaré un numerito, sé comportarme y hablar finamente si quiero. Otra cosa no, pero me han dado una educación envidiable.

—Te la presentaré.

—Puff… ¡No sé cómo voy a entrar en esta dimensión!

—De un salto, Cyntia.

Tras mantener una ferviente conversación sobre personajes famosos, Eduardo estacionó el coche frente a un edificio del SoHo.

—Hemos llegado.

Cyntia bajó la ventanilla y alzó la cabeza hasta el sexto piso de un edificio color terracota con grandiosos ventanales. Hizo el recorrido en sentido inverso y leyó sobre la puerta acristalada: *Resiltland Building*. En letras curvas y doradas. Se mantuvo abstraída, haciendo conexiones imposibles hasta que bajó del coche.

—¿No es tu edificio? ¿Me has traído para que lo vea?

—Te he traído porque vives aquí.

Eduardo llamó la atención de Morgan, un hombre de cara agradable y una curva de la felicidad prominente.

—Espera. ¿Vivo contigo?

—No sé si estaría preparado. —Le guiñó el ojo—. Yo en el tercero y tú en el quinto. Esta era la sorpresa.

—No. ¿En serio? ¡Va a ser como *Friends*! Pero que conste que no te quiero todo el día en mi casa bebiendo cervezas. Tengo un novio que tiene que trabajar duro —espetó en una carcajada.

—Señor —intervino Morgan, que hasta ese momento contemplaba la escena a unos metros de distancia.

—Ayuda a Cyntia con las maletas, por favor. Me voy volando al restaurante. Aquí tienes a la nueva inquilina, la que va a revolucionar al vecindario.

Morgan ocultaba sus pequeños y expresivos ojos negros tras unas gafas de montura metálica con cristales redondos. A Cyntia le resultó gracioso. Vestía un uniforme azul marino con ribetes dorados en la chaqueta y en el pantalón. Su imagen era acogedora.

—¿Morgan, el cubano?

—Señorita Cyntia de España —afirmó con una leve inclinación—. Bienvenida.

—Gracias. ¡Me han hablado de ti! ¡Qué bien tenerte de portero! —exclamó y abrió sus brazos. Al ver el gesto, Morgan miró titubeante a Eduardo, la típica mirada que albergan las personas que han pedido permiso gran parte de su existencia. Pero cuando se dio cuenta ya tenía a Cyntia ofreciéndole un cariñoso abrazo que él aceptó retraído.

—Cyntia, no se suele dar abrazos al conserje.

—¡Me da igual! Yo abrazo a quien quiero, solo faltaba —susurró.

—¿Qué te decía, Morgan? Una revolucionaria.

Eduardo arrancó el coche dejándolos solos. Cyntia volvió a analizar al portero, que permanecía en silencio. Nunca se había visto en una tesitura semejante con un inquilino. La cercanía que desprendía Cyntia lo hacía enmudecer.

—No le hagas caso, soy normal. En España tengo un portero que se llama Julio y lo quiero muchísimo. Nos llevaremos muy bien, Morgan.

—Seguro que sí, señorita.

—¡Cuánto lujo! —Contempló los techos altos con tallas en relieve de las que colgaban modernas lámparas de araña—. Morgan, no tengo llaves.

—Eso es porque alguien la está esperando.

—¿Sí? ¿Ya ha llegado?

—Hace unos minutos, no más. Señorita Cyntia —dijo y abrió uno de los cajones del mostrador—, ayer dejaron una carta para usted.

—¿Para mí? Pero si nadie sabe que vivo aquí. ¡Yo me acabo de enterar!

—Alguien debe saberlo.

Cyntia cogió un sobre blanco estándar, sin rastro de remitente ni sellos. *A la atención de Cyntia Robles*, es lo único que se leía en el exterior. Lo elevó al trasluz, pero no observó nada extraño.

—¿Quién lo trajo?

—Una joven rubia y linda, de larga melena y ojos claros.

—Qué suerte la mía… Ha venido una modelito a traerme una carta —murmuró. Y un nombre le provocó un retortijón—. ¿Se llamaba Olivia?

—No tengo la menor idea. Pero fue ella la que escribió aquí mismo que la carta iba dirigida a usted. Me advirtió que no se la diera al señor Selleck y su tono sonó amenazante.

—¿Qué más? Si era guapa seguro que la recuerdas.

—Puede abrir el sobre y salir de dudas.

—Podría, pero como sea la chica que imagino va a enturbiar el reencuentro con mi novio, al que no veo desde hace un año.

—Está bien. Déjeme pensar. Su piel era clara… y su… su…

—¿Su qué?

—Su pecho —confesó— era voluminoso.

—¿En serio? ¿Tetas grandes? Seguro que es ella. Olivia es la exnovia de Larry —dijo mientras se cerraba la puerta del ascensor—. Vuelve del pasado para angustiar mi presente. Ya te pondré al día, Morgan.

—No debería contárselo, pero…

—Pero nada, cuenta. Lo que no se debe contar contiene la información más importante.

—Tenemos turnos rotatorios, por lo que trabajo ocho horas y me voy. Pero me consta que el señor Selleck la quiere muchísimo, habla poco pero siempre habla de usted y jamás trajo aquí a una mujer. Quédese tranquila.

Cyntia asintió convencida y guardó la carta en el bolso.

—Así me gusta. —Descansó la cabeza sobre el brazo del portero—. Nos lo contamos todo y aquí nadie dice ni *mu*. Un pacto entre caballeros. ¿Puedo bajar a charlar contigo de vez en cuando?

—Por supuesto, señorita —afirmó con una sonrisa paternal que Cyntia no vio—. Llegamos a su piso.

Una ola de ansiedad le caló el pecho. Sintió como si flotara en un sueño donde las percepciones eran fugaces y borrosas. Pero ella estaba ahí, no era una fantasía, no era irreal. Bajo la atenta mirada de un cubano llamado Morgan, Cyntia Robles recorría un pasillo que incomprensiblemente olía a azahar y se situaba frente a una puerta con el pomo dorado.

—¿No piensa llamar?

—¡Es que estoy nerviosa!

—Quítese el bolso que es más grande que usted y no lo demore.

—Vale, vale. Voy.

Escuchó unos pasos rápidos que parecían estar aguardando su llegada. Y Larry apareció tras la puerta. Descalzo y con el pelo revuelto.

Cyntia resopló y se subió a su cintura de un salto.

—Schhh… No llores —dijo—. Estás aquí y no te vas a ir.

—¿Has cambiado?

—No he cambiado. Mírame y bésame.

—¡Adiós, Morgan! —gritó al despegar su cara del hombro de Selleck.

El portero sonrió, desarmado, y con discreción desapareció.

—¿Ya eres amiga del portero?

No le sorprendió. Se fundieron en un largo beso vibrante, Cyntia abrazó a su novio y contempló el escenario que se abría paso ante ella: un apartamento diáfano, inmenso, blanco. De diseño. Una columna atravesaba el salón y en una esquina, bajo el ventanal, reposaba un futón acompañado de velas y complementos de mimbre.

—¿Tenemos un rincón Zen?

—Venía con la casa. No lo he quitado por si te gustaba.

—Me encanta, le da personalidad al piso. ¿Lo has comprado?

—No. —La dejó en el suelo después de besarla de nuevo—. Alquilado. El dueño se ha ido a Florida, se va a establecer allí por trabajo. ¿Cómo lo iba a comprar sin que tú lo vieras?

—No sé, porque es tu dinero.

—Lo mío es tuyo.

—Es tu cima no la mía, pero disfrutaré de las vistas.

El trato le parecía razonable. Larry era el artista fulgurante, la visible y deslumbrante lava del volcán. Pero ella era la que había provocado la erupción y merecía una gratificación. Su incesante retahíla de consejos lo había hecho crecer y mecer una ambición. Aceptar una regalía por los servicios prestados no estaba penado en ningún Estado.

Cyntia entró a la carrera y estudió el mobiliario. Danzaba tan rápido que Larry, cargado con el equipaje, la perdió de vista sin dejar de escuchar sus comentarios y un grito efusivo.

—¡Larry! —anunció apareciendo en el salón—. ¡Tengo el vestidor de una *celebrity*! ¡Con un sofá y una isla central repleta de cajones!

—No podrías vivir sin uno.

—Te quiero, te quiero, te quiero. —Lo cogió y lo arrastró con ella—. Ven a verlo.

—Ya lo he visto, Cyntia. Llevo viéndolo desde abril.

—Pues lo vuelves a ver, cariño. Comparte mi alegría.

La siguió entre besos y arrumacos y se sorprendió como si fuera la primera vez que contemplaba la estancia. Larry imitaba el júbilo revoltoso de una niña.

Cyntia entró en la habitación y descargó las maletas sobre el colchón.

—¿Cuánta ropa has traído?

—Mucha. Toda la que cabía.

—¿Cuándo hacías las maletas no pensaste que aquí podías comprar ropa?

—Sí. —Abandonó un torreón de vestidos y ropa interior sobre la cama —. Y la pienso comprar, pero hay prendas que no quería dejar en Valencia, me gustan demasiado. Antonia me va a enviar una caja con el calzado, tengo botas preciosas. Sería una lástima no utilizarlas. Y mira. —Le mostró una colección de marcos.

—¿Te has traído las fotos que tenías en la habitación?

—Todas y alguna más —afirmó mirando a su alrededor, buscando una nueva repisa.

—¿Por qué no has cogido solo las fotos?

—Porque este portarretratos me lo regaló tu madre. Tengo tantas ganas de verlos.

—El 1 de agosto los verás, ya he comprado los billetes. Vacaciones en casa.

—Larry.

—Qué.

—Has mirado hacia otra parte, ¿qué ocultas? —preguntó con una sonrisilla traviesa.

—Nada.

—Larry.

—Cyntia, ¡era una sorpresa!

—¡Pues pondré cara de sorprendida!

—Mañana vienen mi madre, Eli y mi sobrino —afirmó vencido, cazado por el ojo avizor de Cyntia.

—¡Lo sabía, lo sabía!

—¿Por qué?

—Tu madre y tú mentís igual de mal. Muchas horas de videoconferencia. ¿Y los demás?

—Mi hermano trabaja y mi padre… según él se queda supervisando que Bárbara cuide bien de la señora Rose. Una excusa barata para no subir en avión. Sabe que vamos en unos días y no se va a tomar la molestia de conducir diez horas…

—No te enfades. Sé que me quiere aunque no venga —dijo, colocando el resto de portarretratos. Larry clavó la mirada en la fotografía que contenía un marco plateado.

—Cyntia, yo conozco a este hombre.

—¿A Mijail? Un camarero nos hizo la fotografía cuando vino a Valencia. No creo que lo conozcas, te habrás equivocado. A lo mejor lo has visto en la tele o en la prensa.

—No me equivoco. Estuve hablando con él y con su mujer, una rubia muy guapa. Era él, estoy seguro. —Golpeó la imagen con el dedo.

—¿Mijail, mi amigo el magnate ruso? ¿Lo conoces? ¿Por qué? ¿Cuándo?

—En la exposición del aniversario de la galería de Donna. Me lo presentó Gordon, dijo que eran viejos amigos. Sí, porque su mujer hizo una broma sobre que no eran tan viejos o algo así. Y ya está, hablamos de mi obra, de mi trabajo en la academia, de corrientes pictóricas…

«Mijail. Gordon. Amigos. Trabajo. Academia Wells. Exposición. Parkman. Mujer rubia y guapa. Éxito. Larry. Yo», pensó Cyntia a la velocidad del *Concorde*. Palabras engarzadas con sentido que se aturullaban.

—Corrientes pictóricas —enunció ella con una incredulidad que rebotó en las paredes de la habitación.

—Estábamos en una galería de arte.

—¿Y por qué no me lo dijiste?

—¡Yo qué sé! Edward me presentó a un centenar de personas y Gordon a otras tantas. No sabía que era tu amigo ruso, ni lo podía imaginar. Su acento no era americano, pero… ¡cómo lo iba a adivinar!

—¿Y Gordon no te dijo su nombre? «Este es un viejo amigo, un jodido multimillonario ruso y no te voy a decir cómo se llama». ¿Así fue?

—¡Sí! No me lo presentó como Mijail.

—¿Y no te habló de mí?

—No, te lo hubiera dicho. La pregunta es ¿no te habló él de mí? Os mandáis correos y os llamáis ¿y no te lo ha dicho?

Por supuesto que no le había hablado de él y menos de la exposición. «Voy a matar al ruso cabrón», pensó Cyntia.

—¿Qué?

—No sé, a lo mejor tienes razón y me lo comentó. Yo también he estado muy estresada estos meses. Da igual, de verdad, no tiene importancia… Cariño, ¿tenemos vino? Vamos a olvidarnos de Mijail y celebremos que estamos juntos —dijo en un susurro y se acercó a besar a Larry.

—Tinto.

—Prefiero blanco, ¿no podrías bajar a comprarlo? Por favor, por favor —murmuró de forma sensual.

—Sí, ahora vengo.

En cuanto escuchó el portazo, Cyntia corrió hacia el bolso y sacó el sobre. El folio era de una dureza consistente y la caligrafía perfecta.

Querida Cyntia:

Aprovechando que mi nieta Olga ha pasado unos días en Nueva York, he pensado que sería un bonito detalle escribirte y darte la bienvenida a tu nuevo hogar, en el que seguro serás muy feliz.

No sé si te lo he comentado, pero en el Upper East Side de Manhattan, cerca de Central Park, tengo una casa que por supuesto puedes utilizar cuando quieras. Peter y el resto del servicio saben que eres una buena amiga, estarán encantados de atenderte.

La segunda semana de septiembre viajaré con Katia a Nueva York, está loca por conocerte y yo por verte de nuevo. Si necesitas algo no dudes en llamarme.

Cuídate mucho,

P.D. Lo mejor siempre está por llegar.

Un saludo.

Mijail Vasíliev

Dobló el folio sobre las marcas ya definidas y lo guardó en el sobre. «¿No dudes en llamarme?», gritó. Sacó el Iphone y guardó el sobre en una de las cremalleras interiores de la maleta.

* * *

El móvil comenzó a emitir una melodía que recordaba los acordes de un *fox-trot* de los años veinte. El ruso permaneció impasible, estirado en la cama. El sonido se le antojaba lejano, procedente de un lugar remoto del que fue saliendo a medida que resultaba más estridente. Mijail se incorporó con lentitud y se acomodó sobre la almohada de plumón de ganso. Leer en la pantalla el nombre de Cyntia le hizo fruncir el ceño.

—¿Cyntia? Son las tres de la madrugada. ¿Está todo en orden?

—Sí, sí, un orden asombroso. ¡Y serán las tres en tu mundo, no el mío! —afirmó visiblemente irritada.

Mijail abrió los ojos de súbito. Se conocían desde hacía cinco años y jamás lo había tuteado.

—¿Qué pasa?

—Pasa que hace un rato he llegado a Nueva York, a mi nuevo piso. He abierto la maleta, he sacado unas fotos… entre ellas una nuestra. Y de repente Larry, ¡mi novio!, me dice: «Yo he estado hablando con este hombre». E ignorante de mí le digo que ¡eso es imposible! Pero luego me empieza a dar datos y nombra a Gordon, tu amigo, marido de Diana Wells, academia en la que trabaja ¡mi novio! ¡Lo he visto tan claro que casi me quedo ciega, Mijail! Así que ya puedes explicarme los hilos que has movido y ya puedes llamar a Gordon, a Diana, a Parkman y a la madre que los parió a todos, porque Larry no se puede enterar de esto ¡nunca! —gritó.

Mijail se acarició las comisuras de los labios y enarcó las cejas.

—¿Ya?

—Sí.

—Me encanta tu instinto protector. No es tan grave como parece, Cyntia, estás nerviosa.

—¿Nerviosa? —Se puso en pie—. Cuando estuviste en Valencia te conté una serie de novedades sin saber que tú las habías provocado. ¡Perdona si me siento traicionada!

—¿Puedo explicarme?

—Sí.

—Estudié la obra de Larry cuando él vivía en Detroit. Me hablabas tanto de sus pinturas que sentí curiosidad. Su trabajo me sorprendió gratamente. Me gusta el arte, soy coleccionista y tengo buen criterio, pero aun así consulté con algunos expertos amigos míos. Me dijeron que era muy bueno y que su técnica era impecable.

—¿Y?

—Hice unas llamadas. Nada espectacular, pero si te hubiera pedido permiso no me lo hubieras dado, eres muy obstinada.

—¿Hasta dónde llegaron las llamadas?

—Solo llamé a Gordon. Le vino genial porque necesitaba personal docente. Meses después hablé con Donna Parkman y me comentó lo del aniversario de su galería. Una cosa llevó a la otra y Larry participó con su obra.

—¿Y qué más?

—Hasta ahí llegó mi pequeña aportación. Vamos, Cyntia, agilicé un poco las oportunidades. Veo bastante justo echar una mano a alguien que tiene un gran potencial. ¿Tú no?

—No puedes controlar el destino del resto de mortales e impartir justicia a tu antojo. ¡No eres la reencarnación rusa de Zeus!

Mijail apretó con fuerza sus fosas nasales para ahogar una carcajada.

—Es de los dioses mitológicos que más me gustan.

—Qué casualidad.

—¿Acaso no se lo merece? ¿Preferirías que siguiera en Detroit, con sus padres y en galerías de cuarta? Es un chico con aptitudes, joven y encantador. ¡Perdóname tú que le quisiera ayudar! —exclamó Mijail intensificando su habitual tono calmado.

—¿En serio piensas que tiene aptitudes y que es encantador?

—Sí.

—¿Y Werner Vannay?

—Ah, no, no. Vannay es un buen hombre y un viejo conocido, pero yo ahí no tuve nada que ver. Compró el cuadro porque le gustó y semanas después expuso a Larry en una revista porque quiso. ¿No creerás que también intervine?

—No lo sé. No me extrañaría.

—Cyntia, escúchame: le conseguí un trabajo en Nueva York porque consideré que era lo que necesitaba para impulsar su carrera, porque os tengo cariño y os deseo lo mejor. Fin de la historia. El resto lo habéis hecho vosotros. No te preocupes por Larry. Gordon no abrirá la boca y Donna Parkman no confesaría aunque le apuntaran con una pistola entre ceja y ceja.

—Ya veremos si se entera o no. La verdad suele aparecer en la orilla aunque haya permanecido un siglo enterrada en las profundidades del océano —afirmó, pensativa—. ¿He despertado a Katia?

—Katia está en las Islas Baleares tomando el sol.

—Una mujer inteligente… Hablamos cuando se me pase el enfado. Y deja de hacer llamadas y de actuar como un mecenas.

—Vale, pero que se te pase antes de septiembre, por favor.

Cyntia escuchó la puerta de casa, cortó la llamada rápidamente y le susurró al móvil: «Gracias».

OceanofPDF.com

17

Asistí a la consulta de la doctora Pozo durante seis meses y luego, cuando restauré mi equilibrio emocional, me esforcé en no dejarla en paz. La esperaba a la salida del trabajo y le sonría. Cuando Cristina me veía ponía los ojos en blanco y me repetía que forjar una amistad conmigo era el mayor error que podía cometer. Mentía, y ambas lo sabíamos. Ella no necesitaba mis consejos pero le gustaba escucharlos, y a mí me encantaba asediarla con verdades que no admitía. A veces el secreto de una amistad reside en no decorar la realidad. En ser tan directa como algunas respuestas que no esperas.

Cristina consiguió ordenar mis silencios y mis gritos y me hizo abandonar el papel de víctima al que me había acostumbrado. Resoplé y seguí caminando entre suspiros y esperanzas. Seguí creciendo y me di una oportunidad que tuvo consecuencias, porque un día abrí los ojos y mi hija había cumplido cinco años. A menudo pienso que si cada lágrima y cada cambio de sentido me conducían hasta ella, no me arrepiento del camino que elegí.

—No bajes los escalones de dos en dos que te vas a caer.

—No me caigo —contestó y se sujetó a la barandilla—. Mamá.

—Qué.

—¿El yayo Román es muy viejecito?

—Sí. —La cogí de la mano y salimos a la calle—. Es muy mayor. Por eso le tienes que dar muchos besos y muchos abrazos.

—Bolita también es mayor y no me dejas darle besos.

—Bolita es un gato, hija, y le tienes alergia. Si le das besos estornudas y te lloran los ojos.

—Pero a mí me da igual.

—Pero a mí no.

—Mamá, ¿le tienes alergia a la yaya?

—¿Por qué dices eso? —pregunté tirando de ella.

—Porque nunca le das besos.

—Claro que le doy besos.

—Pero no tantos como al yayo —refunfuñó.

No contesté y seguimos andando. Mi preciosa pelirroja tenía razón y no se la iba a quitar. Pero era demasiado pronto para explicarle que gracias a su abuela había perdido veintiocho años de comunicación con mi familia paterna y no se lo había perdonado. Nunca lo haría.

—¿Adónde vamos?

—¿Otra vez, Lucía? A ver a la tía Cristina.

—¿A su casa?

—No, a la consulta. Así también puedes ver a Sandra y su barriguita.

Mi hija adoraba observar a las mujeres embarazadas. Le había explicado el mágico proceso de cómo llegaba un bebé ahí dentro, pero ella seguía dándole vueltas al tema.

—¿Por qué la tía Cristina no es mamá?

—Porque le gusta más ser tía.

—Yo prefiero ser mamá —afirmó.

—Cuando eres pequeña solo puedes ser mamá de las muñecas.

—Ya lo sé. Pero no me gustan las muñecas. ¿Y por qué la tía no tiene novio?

—Porque no quiere.

—¿Y por qué es tan guapa?

—Porque la naturaleza fue muy generosa con ella —dije, y milagrosamente Lucía se calló. No entendió lo de la naturaleza. Cuando no comprendía una frase se callaba y almacenaba preguntas para después. La idea de ponerle un esparadrapo en la boca me tentaba, pero me parecía una medida extrema.

—Mamá.

—Qué.

—¿Por qué el cielo es azul?

—Porque queda bien con el amarillo del sol —contesté, y ella se encanó en una risa contagiosa que me sigue volviendo loca—. ¿De qué te ríes, pillina?

—De nada. Papá me explicó otra cosa.

—¿Y si papá ya te lo ha explicado para qué me lo preguntas a mí?

—No sé. —Me miró y sonrió—. Mamá.

—No estoy.

—Sí estás. ¿Qué es Riviera Maya?

—¿De dónde has sacado eso?

—De ahí. —Señaló la marquesina de la parada de autobuses.

Una agencia de viajes publicitaba playas de aguas cristalinas, con Chichén Itzá al fondo del anuncio. Y de repente, anclada en la acera abrazando la mano de mi hija, que movía la cintura de un lado a otro, recordé que después de México mi historia giró sin poder remediarlo.

* * *

El vuelo a la Riviera Maya fue horrible. El avión se desvió de su ruta por amenaza de fuertes vientos y lluvias tropicales. Cuando el piloto comunicó la noticia intuí que llegaba mi fin. Moriría ahogada en el mar, donde había muerto otras tantas veces mirando el azul de los cuadros de Selleck. Era mi sino en la vida y, aunque por aquel entonces era feliz, el destino no se deja engañar. Después de tres horas extra de sufrimiento y sudores gélidos, la broma quedó en un susto inhumano. Al aterrizar en el aeropuerto de Cancún besé el suelo con más intensidad que lo hubiera hecho el Papa.

Habían pasado casi tres años de la muerte de mi amiga y México era el primer viaje largo que me atrevía a hacer. También era el primer viaje largo que hacía con César. No le llamé después de encontrarnos por casualidad en la consulta de Cristina Pozo. Ni siquiera saqué su tarjeta del bolso. Pero tras el reencuentro fortuito que me cortó la respiración, ocurrieron acontecimientos surrealistas y misteriosos. Empezamos a cruzarnos en un sinfín de lugares. En el teatro, cuando iba al trabajo, en centros comerciales… Hacíamos la parada de rigor y nos preguntábamos cómo iba nuestra depresión. Un tema muy sufrido y poco motivador. Como seguía sin

llamarle y no tenía intención de hacerlo, un día me pidió el número de teléfono.

Al igual que a Paolo en la primera cita, a César también le expliqué que no me acostaría con él y se echó a reír. Normal. No sé por qué tengo la manía de expulsar la maldita frase como una bala. Luego sucede lo contrario y pierdo la autoridad que aparento en un principio.

A Paolo le costó un instante conquistarme. César invirtió casi año y medio en cafés, llamadas a medianoche y paseos al atardecer. Es una de las personas más constantes que conozco. Hubiera esperado un millón de soles para estar conmigo, y acabé queriéndole. Era un pecado no hacerlo.

El viaje fue espectacular. Me pareció una luna de miel sin pasar por vicaría. Sol, fiesta, excursiones y sexo. Pero la luna de miel se acabó, como todo lo dulce, y yo tenía que volver al trabajo.

Borja Rocamora y su revista *Merjet* recibieron una aceptación fuera de lo normal. La publicación en papel se situó entre las cabeceras más vendidas del panorama cultural y aquel auge inesperado desencadenó consecuencias inmediatas: un Borja neurótico, un cambio de oficina y un aumento de sueldo considerable. Nos trasladamos a un piso de doscientos metros, también en el centro. Y como había que ocupar el espacio, una colección de caras nuevas se incorporó al equipo.

—¡Guau, guau, guau! La pelirroja se ha convertido en una negrita zumbona —exclamó Maxim al verme. Él y su felpudo del lado oscuro seguían dando la bienvenida.

—Qué capullo eres.

—Lo digo en serio. Es la primera vez que te veo tan morena.

—Es la primera vez que estoy tan morena.

—¡Viva México, cabrones! Te hemos echado de menos. Los veranos sin ti son muy aburridos.

—Yo también os he echado de menos. Pero me hubiera quedado bajo una palmera antes que volver. ¿Novedades y cotilleos?

—Un carro lleno.

—Música para mis oídos.

Entramos juntos en la oficina, tres veces más grande que la antigua y con una disposición del mobiliario diferente. Pero el banco, la fotografía de

los obreros de Nueva York y el perchero permanecían inmunes al cambio. Veíamos el rincón artístico como un amuleto y optamos por mantener la buena suerte.

Mila me vio y corrió desde la esquina hasta alcanzarme y colgarse de mí como un monito desvalido. No habíamos reemplazado a Lucía, era imposible, pero a fuerza de pasar tantas horas juntas nos convertimos en buenas amigas. Compañeras de bajones desesperantes y de fiestas locas que intentábamos borrar al amanecer.

—Puta, ¡estás guapísima!

—Te he traído regalitos, luego te los doy —le susurré.

—Haberme traído un morenazo. Quiero un novio como el tuyo. ¡Simpático, guapo y rico! —gritó para que Selma y todo el mundo se enterara bien.

—Cómo te gusta provocar…

—Más que comer con las manos.

—¿Y el jefe dónde está?

—Ahí.

Borja se acercó y me dio dos besos. Me preguntó por las pirámides aztecas y después de hacer un completo recorrido por las principales atracciones de Riviera, aplaudió para llamar la atención de los presentes. Era lunes, lo que significaba: reunión matutina, reparto de temas, propuestas absurdas y discusiones embravecidas. Un plan muy apetecible… Yo solo pensaba en tequilas, mariachis y un tren que estaba a punto de llegar.

Tras el toque de queda nos dirigimos a la sala de reuniones y nos sentamos alrededor de la gran mesa rectangular. Mila no me soltaba, me interrogaba sobre el viaje. Su cómplice, que era yo, estaba de vuelta y eso la hacía feliz.

—Un poco de silencio, por favor. —Borja golpeó el Montblanc sobre el grueso cristal—. Antes de nada, ¿quién habla inglés perfecto? Pero en serio, que es para la entrevista que saldrá en portada —anunció.

La palabra «inglés» debió de actuar como un repulsivo porque casi al unísono miramos hacia otro lado. Casi todos dominábamos idiomas y Borja lo sabía, pero para nosotros hacerse el tonto resultaba más sencillo. Excepto

para el tonto que quiere ir de listo. El becario de turno levantó el brazo como si quisiera tocar la lámpara.

—Hablo inglés, puedo quedarme la entrevista.

—A ver… ¿quién era el entrevistado? No me acuerdo —dijo Marta masticando una barrita de cereales.

—¿Sois idiotas o me tomáis el pelo? Joder lo que tengo que aguantar… ¡El entrevistado es el artista Larry Selleck!

Me levanté exaltada y la libreta que tenía sobre las piernas se cayó al suelo.

—¿Qué? ¡No puede ser! —grité, me llevé las manos a la cabeza, se me aceleró el pulso. Quince personas me miraron, alucinadas, mientras yo daba saltos de alegría sobre mi propio eje corporal—. ¡Es mía, Borja! ¡Y que nadie me la quite! —amenacé, señalando con mayor énfasis al becario. Un adolescente imberbe no me arrebataría mi entrevista soñada.

—¿Tú hablas un inglés perfecto, Vera?

—Por supuesto. Y francés. Y un poco de italiano.

—El italiano me da igual.

—Y a mí.

—¿Hace un minuto no dominabas el inglés y ahora sí?

—Aprendo rápido, por ósmosis. Vamos, Borja, sabes que hablo inglés. Por favor, ¿me vas a hacer suplicar?

—Está bien. Es tuya. ¿Conoces la trayectoria de Larry Selleck?

—Sí, al dedillo.

—Espero que sea así, porque la entrevista es el miércoles.

—¿Tan pronto? ¿Cómo no me había enterado? —pregunté enfadada.

—Llegó la noticia la primera semana de junio, tú tenías unos días de vacaciones —contestó Mila sin entender mi euforia y mi posterior ira pasajera.

—¿Por qué nadie me lo dijo?

—¿Y por qué te lo teníamos que decir? —replicó Selma—. ¿Te crees el centro del universo?

Ya habría la boca para soltar una burrada, cuando Borja vio mi intención y frenó la disputa.

—Vale, se acabó. Selleck llega mañana a Valencia. El miércoles concede alguna entrevista y el sábado se inaugura la exposición.

—¿¡Dónde!?

—En el IVAM. La jefa de prensa me ha llamado.

—Genial, genial. Conozco a Gloria Mir. Trabajamos juntas en el Ayuntamiento.

—¿Por qué te los conoces a todos? —preguntó Maxim.

—Porque es muy buena periodista —contestó Mila por mí.

—No sé por qué Selleck ha elegido Valencia —masculló Selma—. Lo lógico sería que hubiera expuesto en Madrid o Barcelona.

—Porque su mujer es valenciana —respondí—. Y se ha convertido en su representante en Europa y Latinoamérica. Una especie de relaciones públicas.

—Sí, viene con él. Eso me ha dicho Gloria. Llámala —ordenó Borja y cambió de tema.

Recogí la libreta, que seguía tirada en el suelo, y me senté en la silla con una excitación que me hizo sonreír. Me mordí el pulgar. Larry Selleck lo desconocía, pero él y su séptimo punto no solo formaban parte del decorado de una consulta de psiquiatría. También formaban parte de mí. De un capítulo que me enseñó a ver las luces y las sombras de mi familia y de mis relaciones. El hilo conductor de unos sentimientos en carne viva y de penas que, en ocasiones, calcinaban el presente. Gracias a su pintura le di un significado a los colores. Aprendí a verlos de nuevo. Merecía conocer a Larry Selleck.

Cuando terminó la reunión abandonamos la sala y nos dirigimos a nuestras mesas de trabajo para buscar la concentración que exige un ordenador hambriento de información.

—Selma va a pensar que Borja me ha dado la entrevista porque tú eres la subdirectora y yo tu amiga.

—Selma casi nunca piensa —afirmó Mila, que pasaba las hojas del periódico y dibujaba cruces en algunos titulares—, su cerebro no da para tanto. ¿Y esa ilusión por Larry Selleck? Parecía que estabas poseída, me has asustado, tía. Te quiero, pero a veces creo que eres bipolar.

—Yo también lo creo. Te explicaré lo de Selleck más tarde, pero ahora me tienes que hacer un favor.

—Lo que sea menos dinero.

—No. Escúchame: tengo que ir a la estación de tren.

—¿A qué?

—A recoger a una amiga. Si Borja pregunta por mí, no sé, dile que me he ido a hablar con Gloria. Volveré en menos de una hora.

—Vale, ¿qué amiga?

—Una que no conoces. Voy a llegar tarde, luego te cuento, Mila.

—¿Hoy es el Día Internacional del Misterio?

Sí, lo era. Septiembre venía cargado de novedades y para mí no iba a ser una excepción.

Caminé por la calle Ruzafa, donde se ubicaba la nueva oficina, abanicándome con unos folletos de publicidad. No sabía cómo enfocar la entrevista de Selleck. El trabajo se complicaba cuando se trataba de artistas tímidos y famosos. Debía conseguir que se sintiera cómodo, que sus respuestas no consistieran en monosílabos incapaces de resucitar una entrevista de portada. Además, tenía que formular preguntas que no hubiera escuchado un millón de veces o sumergiría al entrevistado en un duermevela inconsciente que ningún periodista se puede permitir. Estaba nerviosa, por Selleck y por la persona que estaba a punto de conocer.

Comprobé el móvil. Ni una llamada. A lo mejor se había arrepentido y no iba a aparecer. Suspiré y crucé las puertas que me llevaron frente a los andenes de la Estación del Norte. El tren procedente de Murcia acababa de hacer entrada en la estación.

Esperar a alguien que no has visto jamás es como subir a una atracción de feria. Un cosquilleo se acomodó en mi estómago. Imaginaba que iba a ser emocionante y rogué hacia mis adentros que el viaje acabara bien. Sin mareos ni molestias. Me mordí el pulgar y afiné el proceso de observación. Ella sabía cómo era mi aspecto, yo apenas la conocía por el timbre de su voz.

Me pareció verla. Avancé con ciertas reservas y ella me contestó con una sonrisa de confirmación. Esperé a que saliera por las puertas transparentes que se abrían al introducir el *ticket*. ¡Dios mío, era

electrizante! Poseía una belleza singular que desafiaba al tiempo. Llevaba el pelo retirado de la cara, en un moño bajo cerca de la nuca. En cuanto nos situamos frente a frente, una mirada rebosante de garra y agudeza me habló sin decir nada.

—Es usted —afirmé ilusionada.

—Lo que queda de ella, hija.

—Fue a buscarla, deambuló durante días por Vélez-Málaga.

—No estaba allí, Vera. No me encontró porque no estaba allí.

Observé su lunar junto al labio y abracé a Victoria, *la Pinta*. Me nació hacerlo. El impulso brotó porque ella era importante para Monti y él lo era para mí. Porque por fin la había encontrado. La abracé porque estaba viva y había salido adelante.

—Gracias por venir, Victoria. Sé que cuatro horas de viaje se hacen pesadas, pero este encuentro es muy especial.

—Gracias a ti. Hacía muchos años que no cogía un tren, el trayecto me ha conmovido. Han sido cuatro horas, pero he viajado casi cincuenta años atrás —explicó—. ¿Cómo no iba a venir? Me escribiste una de las cartas más entrañables que he recibido. Soy vieja pero aún puedo coger el tren y disfrutar de la excursión.

Victoria se agarró de mi brazo. Me dijo que necesitaba cafeína y una charla. Y nos sentamos en la única terraza de la estación.

—Hay conversaciones que son tan fugaces como los trenes —dijo, mirando hacia los andenes.

—Sí, pero hay conversaciones fugaces que te pueden llevar muy lejos. Es usted espectacular. Tal y como la describe Monti.

—Ay hija… lo fui. Monti te describe lo que ya no existe. Cuando nos conocimos él era un crío vergonzoso y yo una joven vivida con un cuerpo perfecto para enloquecer. Enamoré a más de un cliente en Las Alegrías.

—No me extraña. Victoria, sé que es un tema delicado y quizás me esté entrometiendo, pero ¿cómo llegó a…?

—¿A ser puta? Cuéntame tú antes cómo has llegado hasta mí.

Observé el capuchino que el camarero había dejado sobre la mesa. Viajar al pasado para explicar el presente.

—Hace cerca de tres años fui a Madrid por trabajo. Debía pasar la noche en casa de mi amiga Blanca, pero ocurrieron una serie de situaciones inesperadas que me hicieron ir a parar al piso de sus vecinas. Dos hermanas excéntricas y generosas.

—¿Ellas tienen algo que ver conmigo?

—Mercedes y Remedios Moles. ¿Le suena el nombre?

Victoria palideció.

—Remedios Moles —repitió de forma pausada—. ¿La conoces?

—No, no a la Remedios que usted piensa. No sé ni cómo explicárselo… Hay casualidades difíciles de explicar y de entender. Aquellos días yo andaba un poco extraviada y pensaba que mi vida era un desastre. Las hermanas no paraban de hablar e intentaron consolarme de mil maneras. Me contaron la historia de un chico que se había criado en orfanatos, y luego siguieron con las peripecias de una prima suya que nunca conoció a su padre y que fue dando tumbos por varios prostíbulos de Madrid desde los quince años. Yo estaba en mi mundo, no me importaba absolutamente nada la desdichada prima hasta que Mercedes dijo que, además de puta y para mayor desgracia, había muerto atropellada en los alrededores de un burdel que se llamaba Las Alegrías. Me quedé alucinada al escucharla. ¿Lo entiende, Victoria? Conocían a una persona que había trabajado en el mismo lugar que usted. Lo pienso y se me pone la piel de gallina… No sé si cree en el destino, pero yo en aquel instante empecé a creer.

—No sabía que la Remi había fallecido —afirmó—. Era más joven que yo.

—Usted ya se había ido cuando ocurrió. La atropellaron unos locos que iban puestos de droga hasta las cejas.

—Pero…

—Sé lo que está pensando. Sabía que trabajó en Las Alegrías porque desde que supe de su existencia he acribillado a Monti con preguntas. A él le gusta rememorar su adolescencia, así que conozco decenas de anécdotas. Incluso sé que usted lo desvirgó.

—No me digas…

—Sí, y también le digo que Monti nunca la ha olvidado. Cuando Mercedes y Remedios me contaron lo de su prima, pensé que investigando

y hablando con alguien podría averiguar su paradero o descubrir qué fue de su vida. Pero encontrarla ha sido más difícil de lo que suponía. Realmente difícil.

—¿Por qué te implicas tanto, Vera?

—Porque Monti lo haría por mí, es uno de mis mejores amigos. Y porque no quiere morirse sin saber que Victoria, *la Pinta*, fue feliz.

La mujer que tenía enfrente sentía una curiosidad ladina y me lanzó una batería de preguntas que no pude esquivar. Victoria parecía la curtida periodista y yo la entrevistada novata. Le relaté la expedición imposible y aunque me ahorré muchos detalles, se quedó satisfecha con el recorrido que le marqué.

Primero tuve que averiguar sus apellidos, no sin la ayuda de Mercedes, que se mostró más ilusionada que yo con la aventura. Pergeñar la búsqueda le dio alas. Imagino que a los ochenta años las ocupaciones brillan por su ausencia. Certificamos que la Pinta no había fallecido y empezamos con las llamadas, las redes sociales, los contactos fugitivos y las negativas abruptas. Victoria estaba viva, pero su escondite era un misterio.

Remedios localizó a una de las chicas que trabajó en el prostíbulo, extinguido en los ochenta. Cuando le pregunté cómo había conseguido el número, contestó: «Contactos». No quise preguntar más. Las hermanas inspiraban ternura, pero también miedo. En uno de los viajes que hice a Madrid para visitar a mi padre, me cité con ellas en Sol y nos reunimos con la señora Pilar Ais Montiel. Una anciana en silla de ruedas que nos recibió muy amablemente en su casa de Aravaca. Una asistenta preparó la merienda y Pilar nos contó su vida, digna de una novela dramática con final feliz.

Después de recordar cómo salió de la prostitución, admitió que lo último que supo de Victoria es que huyó y se refugió en Cáceres. Y que luego viajó a Lisboa, donde vivió cinco años. Ahí perdió su pista. Mercedes, Remedios y yo nos desinflamos. Si era complicado buscar en territorio nacional, ampliar horizontes se hacía cuesta arriba. Barajé la opción de ponerme en contacto con uno de esos programas que encuentran personas desaparecidas, pero Monti me hubiera matado.

Transcurrió un año de pesquisas frustradas cuando encontramos una nueva ilusión en la Línea de la Concepción. Más tarde, las noticias nos trasladaron a Huelva y por fin llegamos a Cartagena, donde residía Victoria. Mi narración fue breve, pero la travesía resultó larga y compleja.

—Me he beneficiado de mi condición de periodista y he vulnerado alguna ley para encontrarla.

—Qué constante y arriesgada…

—Si me lo propongo puedo llegar a ser muy insistente.

—No puedo creer que conozcas a Pili —afirmó—. El primer día que pisó Las Alegrías parecía un pollito. No paraba de llorar, pero aguantó. Aguantábamos vejaciones que nadie debería soportar. Las putas tienen más cojones que todos los que pasan por su cama. —Hizo una pausa que me estremeció—. Respecto a tu pregunta, Vera, llegué a trabajar allí por caridad y compromiso. Hace cuarenta años que no hablo del tema ni me gusta hacerlo. ¿Tienes hermanos?

—Uno, más pequeño —contesté sin llegar a creérmelo.

—Soy la mayor de cuatro hermanas. Nunca fue fácil ejercer el papel de hermana mayor en una familia humilde, pero la situación empeoró cuando mi madre falleció en el parto de la pequeña. Mi padre no pasaba mucho tiempo con nosotras, se partía la cara de sol a sol para darnos de comer. Su lógica obsesión era sacarnos adelante como fuera, pero se equivocó en las formas. La desesperación lo llevó a meterse en negocios turbios con un cretino.

Victoria bebió un sorbo de café y continuó.

—Una noche de primavera, tres hombres armados entraron en casa y comenzaron a golpear a nuestro padre. Mis hermanas no paraban de gritar. Me puse nerviosa y las encerré en la única habitación que tenía pestillo. Conseguí reducir los golpes recibiendo más de uno. O mi padre pagaba lo que debía o lo mataban. Supliqué que no lo hicieran, y entre risas acabaron planteando una alternativa. Llevarse a una de las chicas al prostíbulo para saldar la deuda. ¿Qué iba a hacer? ¿Dejar que mataran a mi padre? Preparé una bolsa, me subieron a un coche y de madrugada amanecí en Madrid, en Las Alegrías. Recuerdo a mi padre histérico, maldiciendo con la cara ensangrentada. Corrió detrás del coche. Pero mi vida ya había tomado su

nuevo rumbo. Cuando llegamos al prostíbulo me advirtieron: si intentaba escapar o contaba algo, matarían a mi familia. Les creí.

Se produjo un silencio que sirvió para que Victoria cogiera aire, y cambió la expresión compungida por una sonrisa.

—Monti fue la verdadera alegría. Lo mejor que me pasó. Ojalá nos hubiéramos conocido en otro momento y en otro lugar.

—La quería mucho. Se enamoró de usted.

—Y yo de él. Era el único hombre que me escuchaba y me respetaba. Pero no podía hacer nada, hija. Yo era puta y debía cumplir mi condena, no pensar en príncipes. Monti era un niño bien que vivía en el centro y estudiada, él tenía un futuro. Vivíamos en mundos diferentes.

—¿Por qué no le explicó su situación?

—Para no complicarla.

—Ni siquiera se despidió. No merecía esa indiferencia.

—Lo sé, Vera. Siempre me ha pesado el adiós que nunca pronuncié. Pero en cuanto recibí la noticia de que mi padre había muerto, salí corriendo y busqué a mis hermanas. Cuando llegué al pueblo hicieron las maletas y huimos a Cáceres con unos familiares que nos brindaron cobijo temporalmente. La gente no valora la libertad, no sabe lo que significa ni lo que se siente al respirarla.

—Después de aquel calvario, ¿fue feliz? —pregunté. Y por lo más sagrado deseé que lo hubiera sido.

—He sido feliz. Encontré trabajo en Lisboa, de criada interna. Luego volví a España. Viví en distintas ciudades del sur hasta que conocí a mi marido. Un hombre que vivió para hacerme dichosa. Me dio tres hijos maravillosos y tengo cinco nietos.

Orgullosa e ilusionada, Victoria abrió su monedero y me mostró una fotografía.

—No sabe cuánto me alegro.

—¿Sabes por qué he venido, Vera?

—Porque soy una pesada.

—No. Porque yo tampoco quería morirme sin saber que fue feliz.

Noté que se me secaba la boca. Respiré hondo y, sin entrar en situaciones sórdidas, le expliqué el arduo camino que había seguido mi

amigo.

Recordé cómo lo conocí cuando era una jovencita que estudiaba Periodismo y trabajaba en un restaurante de comida rápida. Relaté sus logros, cómo se convirtió en un gran empresario y profesor de Dirección Financiera; su aparente matrimonio perfecto con Ana y su traición. La dejadez, el mundo de las drogas, el intento de suicidio, la recuperación. Y el después, donde estuve con él de forma incondicional.

—No se ponga triste, Victoria —dije—. Usted sabe mejor que nadie lo difícil que es aceptar algunas situaciones que se escapan a la razón. Lo superó y está muy bien. Monti es un hombre excepcional e inteligente. Muy romancero, pero un genio, un artista con unas manos de oro. Ahora regenta una tienda propia, pequeñita, pero es su negocio.

—¿De verdad?

—Sí. Salgo con un chico, que como diría usted, viene de familia bien. Su padre tiene bajos comerciales en Valencia. Le planteé si podría alquilarle uno por un módico precio y no hubo ningún problema. A Monti no se lo digo porque se enfada, pero me da miedo que esté solo por ahí. Los descerebrados con ganas de fiesta me dan pavor. Me costó convencerle, pero le enseñé el lugar, facilité las gestiones necesarias y aceptó. Así nació A tu Vera, se empeñó en ponerle ese nombre… La tienda lleva nueve meses abierta y es un éxito.

—¿Y qué hace?

—Todo lo que pueda imaginar. Guitarras, barcos, flores, bolsitos… Le encanta utilizar latas, alambres y botones. Suena raro, pero hace maravillas. Antes de irme de vacaciones me comentó que le habían encargado noventa bicicletas para una boda. Sus diseños son tan bonitos… ¿quiere verlos?

A tu Vera se ubicaba en el barrio del Carmen, entre una tienda de ropa de segunda mano y una cafetería con muebles colgados del techo. Monti encajaba a la perfección en la zona. Con su cháchara hipnótica había seducido al barrio. A mí me seguía impresionando ver bolsitas con mi nombre paseando por la ciudad.

Le dije que estábamos llegando y Victoria se paró, apretó mi brazo.

—Vera, sí creo en el destino —afirmó—. Estoy nerviosa.

—Si él supiera que se va a reencontrar con Victoria, *la Pinta*, estaría más nervioso que usted. No sé cómo va a reaccionar. ¿Sabe? La Remi le dio su cadenita con medio corazón dorado. La mira como si el corazón le hablara.

—Le habla, hija.

Entramos en la tienda y las dichosas campanas sonaron. Le aconsejé que no las colgara, pero ignoró mi recomendación. En un pequeño cuarto detrás del mostrador había colocado un gran tablón de madera que subía y bajaba de la pared, un taburete y un flexo. El material lo tenía desperdigado sobre la mesa y dentro de bolsas.

—¡Monti! —grité.

Victoria contempló la vitrina situada en el centro. Observó los peces de colores que había sobre una de las estanterías.

—¡Hombre! La voz que enamora mis sentidos. —Escuchamos decir—. La reina del paraíso encantado ha vuelto para mezclarse con los pobres mortales. Voy, pequeña.

Victoria y yo nos miramos. Sonreímos. La espera me disparó el corazón al infinito y me mordí el pulgar. El deseo de Monti, que adopté como mío en Madrid, se iba a cumplir y la satisfacción que experimenté borró el sabor amargo de cualquier derrota pasada.

Teodoro Montilla apareció ajustándose el cinturón de piel que mi abuelo le regaló al convertirse en un emprendedor en tiempos de crisis. Iba bien arreglado pero su barba seguía distraída como antaño. Levantó la cabeza y su vista se dirigió directamente a ella. Se quedó paralizado. Admiré la escena encandilada y sentí que la vida me besaba en la boca.

—Vi… Vi… ¿Victoria? —consiguió pronunciar.

La Pinta se acercó hasta él y se fundieron en un abrazo eterno y nostálgico. Como si Monti fuera aquel tímido chaval que un día entró con sus amigos al burdel y ella esa puta tan señora que siempre necesitó un abrazo.

OceanofPDF.com

18

—¡Mamá!

—Lo siento, cariño. Estaba pensando —le dije y retomamos la marcha.

—¿En qué? ¿En la Riviera Maya?

—Sí.

—¿Dónde está? ¿Y cómo es?

—Está muy lejos, en México. Es un lugar precioso. Con una selva muy verde, ruinas mayas y playas espectaculares con el agua azul turquesa. Cuando lleguemos a casa te enseño fotos en el ordenador.

—Vale. ¿Es como la playa de la Malvarrosa?

—No. Las playas de México son un poco más bonitas.

—¿Has ido? —preguntó, arrugando la frente.

—Fui hace muchos años, antes de que tú nacieras.

—¿Con quién? ¿Con papá?

—No, fui con César.

—¿Y con Sandra?

—No hija, solo fui con César.

Cruzamos la gran vía Marqués del Turia cantando la canción de *El rey león*. Pero pronto Lucía vio un perro y olvidó a Simba para entonar la canción de: *quiero un perro, mamá*. Se puso tan pesada que entramos en una panadería. Si comía no hablaba de perros, un tema que me enervaba.

—¿Está buena?

—No está mal. Pero yo quería la napolitana de chocolate.

—Las de jamón y queso son más sanas.

—Mamá, ¿podemos ir a ver al tío Monti?

—No sé si nos dará tiempo. Aún tenemos que hacer la maleta. Si quieres le llamamos por teléfono y hablas un rato con él.

—Vale, ¡mamá, un columpio! —Me dio la napolitana en una décima de segundo y corrió hacia el intento de parque.

—¡Lucía, que llegamos tarde!

—¡Un minuto!

Resoplé y contemplé cómo mi hija se acomodaba en el asiento y agarraba las cadenas metálicas con fuerza. Cogió carrerilla hacia atrás, hasta ponerse de puntillas, y se lanzó contra el viento con el ímpetu que la caracteriza.

Me senté en un banco de piedra camuflado por arbustos, con la napolitana en la mano. Lucía, ajena a la importancia del tiempo, subía y bajada. Sus ondas cobrizas subían y bajaban. Ojalá mi amiga la hubiera conocido, se hubiera enamorado de ella.

—¿Se me ven las bragas? —vociferó desde las alturas.

—Un poco, pero no hay nadie. Venga, bájate.

—¿Sabes qué? Nos ha dicho la profesora Mari Paz que cuando volvamos de vacaciones de Semana Santa vamos a ir de excursión al museo.

—Qué bien. ¿Os ha dicho a qué museo?

—Sí, al de los peces.

—Tú ya has ido.

—Pero voy otra vez. Y al final de curso iremos a un museo de cuadros. ¿Mamá, tú has ido a museos de cuadros?

Miré la napolitana mordida y no contesté. He deambulado por muchas galerías de museos, como periodista en algunas ocasiones y como visitante con expectativas de instruirme en el arte otras tantas. Pero si hay una exposición que le pegó un bocado a la verdad de mi existencia fue la de Larry Selleck.

* * *

Abrí el bolso, cargado hasta los topes, para buscar las tiritas que guardaba en el monedero. La parada de autobús quedaba a quinientos metros de mi destino y el corto paseo me había provocado una molesta rozadura en el talón que me impedía dar un paso certero. Además de nerviosa, por mi forma de andar parecía una joven lisiada herida de guerra.

Dejé el bolso y la libreta en el primer escalón que conducía el museo. Me arrodillé y me quité el espectacular zapato que hubiera lanzado con ira a la carretera. Medio arrodillada en el suelo levanté la vista y en lo alto de la escalinata divisé a mi antigua compañera. Gloria caminaba de un lado a otro, las gafas de sol actuaban como una diadema excesivamente cara y el móvil lo mantenía pegado a la oreja, gracias a la sujeción que le ofrecía el hombro. Era raro ver a Gloria con las manos libres.

Subí las escaleras más reconfortada y sin mucha prisa. La hora de la entrevista era orientativa y poco acertada, aun así siempre llegaba pronto a las citas profesionales. Sobre todo si mi puntualidad dependía del transporte público.

—¿Desde cuándo llevas taconazos?

—Desde que entrevisto a artistas americanos y famosos.

Gloria sonrió.

—Estás preciosa, como sigas así de bella tendré que exponerte en una de las galerías. Dame un abrazo, anda.

—Te echo mucho de menos, Gloria.

—Y yo a ti. Prometiste que nos veríamos antes de verano y nada. Ha tenido que venir el Selleck este para poder verte.

—Lo siento. He estado muy liada en la revista… ¡Cuánta gente! —Advertí al echar un vistazo.

La terraza del restaurante del museo se veía copada de gente que reía y hablaba en distintos grupos. Observé personas con credenciales, cámaras de televisión y varios camareros que entraban y salían con refrigerios que duraban un suspiro en las bandejas. El mes de septiembre en Valencia puede ser tan exigente como el mismísimo julio, y el espeso calor golpeaba sin miramientos.

—Las entrevistas son en la terraza.

—¿Por qué? Pensaba que sería en una sala.

—Preferían aquí fuera y yo… a mandar. Menos mal que hay sombrillas.

—¿Dónde está?

—Ahí sentado. —Señaló un sofá blanco de dos plazas situado de espaldas a nosotras. Lo escoltaba una verja de metro y medio que delimitaba el espacio de la terraza.

—¿Cómo es? Cuéntame cosas que deba saber —dije, jugueteando con el bolígrafo.

—Muy trabajador y detallista. Ayer estuvo aquí un rato mirando las obras, la luz… Es un chico muy normal —aclaró y se puso las gafas de sol —, reacio a la parafernalia que se forma a su alrededor. Hablando claro, está hasta los huevos de las entrevistas.

—Es lo que le toca.

—No te confundas, Vera. Larry Selleck no necesita ser simpático para vender cuadros o atraer al público. Esto lo hace por cortesía. O insistencia de ella.

—¿Te refieres a su mujer?

—Sí, Cyntia Robles. Es un encanto de niña, muy natural y espontánea. Está embarazada pero la tía no para quieta.

—Sabía lo de su embarazo, por eso me extrañó cuando Rocamora nos dijo que venía con él. Es un viaje largo.

Gloria se inclinó hacia mí.

—No se lo digas a nadie, pero han venido en avión privado y por lo que me han comentado, les acompaña un médico.

—Guau, qué nivel… El día que tenga mi propio *jet* de lujo te llamaré para dar una vueltecita. —Le guiñé el ojo.

—Genial, chica fantasiosa, pero de momento la que te va a llamar en cinco minutos soy yo. Ve preparándote, que el redactor de *FondArs* no se alargará demasiado.

—Vaya, la competencia. ¿Cuánto tiempo tengo?

—Un cuarto de hora.

—¿Un cuarto de hora? No me jodas, Gloria, ¡que es entrevista de portada! Quince minutos es una miseria y lo sabes. Estírate, ¡por favor!

—¡Vera! ¡Tengo cuatro entrevistas más!

—Mínimo media horita —supliqué—, échame las culpas a mí.

Gloria se quitó las gafas con un bufido, me ofreció una mirada en blanco de resignación y me dejó sola en la explanada del museo.

Desde mi posición veía el cogote de Selleck y su pelo dorado. Analicé la cara del redactor, que falsamente reía las respuestas del artista. Estiré el cuello y me puse de puntillas pero no localicé a ninguna chica embarazada.

La noticia de la boda de Larry así como su futura paternidad me llegaron de la mano de Cristina. El enlace tuvo lugar en la majestuosa catedral de San Patricio, en el corazón de Nueva York. Apenas asistieron un centenar de invitados. No imagino la sensación que se experimenta al decir el «sí, quiero» en el interior de una joya neogótica. Yo me casé deprisa y corriendo en el juzgado y con un ataque de risa nerviosa que casi mata a mi madre.

Anduve solitaria por la explanada. Un par de veces admiré el interior del museo a través de las puertas de cristal. Di otra vuelta por el exterior y estudié las tres piezas del artista Bernar Venet. Eran unas enormes creaciones semicirculares en acero cortén, que medían más de tres metros. Pensé en Cristina. Cuando le pregunté, irritada, por qué no me había avisado sobre la exposición de Selleck, contestó: «Tú eres la periodista, la exposición lleva meses programada, deberías estar más atenta si de verdad te interesa». Tenía razón, pero mi vida era un caos. En *Merjet* pasaba gran parte del día y aunque el artista Larry Selleck era mi debilidad, no seguía al detalle sus movimientos.

Cristina Pozo no lo admitió, pero me lo ocultó por cobardía. Después de meses de terapia y dos años como amigas, la conocía. Le temblaron las piernas cuando Eduardo Albiñana la llamó por teléfono y le comunicó que su amigo Larry exponía en Valencia y cabía la posibilidad de acompañarle. Quizás pensaba que al no despegar los labios la revelación se evaporaría y el viento se llevaría las palabras y la posible visita de Eduardo. Mi psiquiatra vivió estresada varias semanas. Me miraba sin verme e incluso adelgazó algún kilo por los nervios. Al final, el caballero errante se quedó en tierra, como las ilusiones de Cristina y las mías. Veía en ese encuentro el empujón que le hacía falta para saltar.

Gloria llamó mi atención e hizo un expresivo gesto que me puso en marcha. El redactor que me precedía se despedía de Selleck. Caminé hasta la entrada de la terraza, con la libreta pegada al pecho, más erguida que de costumbre y estirándome la camisa como si mi mano fuera una plancha de vapor.

—Si te pasas de la media hora seré yo la que te levante de la silla —afirmó Gloria a dos centímetros de mi oreja.

Apenas anduve unos metros cuando los vi. Los tenía delante. La imagen era un regalo envuelto en papel de celofán. Cyntia Robles estaba sentada en el sofá biplaza y llevaba un vestido azul de premamá. El embarazo resaltaba su belleza infantil. Tan pronto se percató de mi presencia le susurró algo a Larry, un mensaje que adornó con una sonrisa astuta y satisfecha. Formaban una pareja ideal. Lo que me sorprendió fue la aparente sencillez de ambos. Selleck vestía unos vaqueros, camisa de manga corta y unas zapatillas informales, más caras que mi vestuario en conjunto, pero no mostraba aires de grandeza ni prepotencia alguna.

Le estreché la mano con firmeza, como me había enseñado mi abuelo Román. Mostré mi entusiasmo y mi gratitud por concederme unos minutos de su tiempo. Él sonrió y dos hoyuelos aparecieron en su rostro. Arrastró la mirada hasta la mesa, baja y redonda. Se sintió ruborizado por mi comentario.

—Sabía que eras tú, Vera Belin. ¡Lo sabía! —Cyntia se levantó del sofá sin mucha complicación y me dio dos besos. Exclamó la frase con una seguridad pasmosa.

—Enhorabuena por el embarazo, estás muy guapa.

—No estoy guapa, estoy gorda. Parezco una escultura de Botero —afirmó riendo.

—Perdona… ¿nos conocemos?

—Sí, no. Bueno —titubeó—, quizás no lo recuerdes, pero hace unos años entrevistaste a Mijail Vasíliev. Me crucé contigo en la puerta del hotel. Mijail me habló de ti, me dijo que te llamabas Vera, una periodista muy atrevida que había entrado al vestíbulo arrasando. Leí tu artículo, me gustó. Y también me encantó tu nombre. Desde aquel día siempre he pensado que si tenía una niña se llamaría Vera. —Acarició su prominente barriga—. ¡Y es una niña! Me ha hecho ilusión verte en la lista.

Sonreí como una tonta y tragué saliva, desconcertaba.

—Recuerdo la entrevista, pero…

—Es normal que no te acuerdes de mí —explicó—. Ni me miraste, Mijail eclipsa demasiado.

—Es un hombre muy amable e interesante. ¿Os conocéis?

—Mijail y yo nos conocemos desde que tengo diecisiete años. Es un gran amigo, y está emocionadísimo con el nacimiento de Vera. Se ha empeñado en comprarle la habitación, parecen los aposentos de la hija de un zar, pero en fin, le hace ilusión. Bueno, no os molesto, voy a beber algo fresquito.

Cyntia me miró con dulzura y desapareció en el interior del restaurante.

—Siéntate, por favor.

—Sí, perdón —contesté al volver a la realidad, pero seguía anonadada.

Tomé asiento frente a Larry.

—Pareces sorprendida.

—Estoy sorprendida —acerté a decir y saqué la grabadora—, aunque suelo vivir situaciones así de peculiares… Y a ti, ¿te sigue sorprendiendo el revuelo que se organiza a tu alrededor?

—Nunca dejará de sorprenderme. No eres la única que vive situaciones peculiares. Hay fanáticos y periodistas que no se dan por vencidos. Me da vergüenza entrar en un restaurante o en una tienda y que me paren. Yo sigo siendo el mismo, pero la actitud de la gente ha cambiado. Cuesta asimilarlo.

—Hay que pagar un precio por los sueños.

—Lo pago encantado. También me encuentro con personas extraordinarias. Espero que el ambiente se relaje cuando llegue el punto final.

—Ya no queda nada —apunté—, la última semana de octubre el punto número doscientos estará terminado. ¿Cómo afrontas la cuenta atrás? ¿No te ha resultado pesado pintar doscientos cuadros prácticamente iguales?

Larry sonrió. Intuí que mi pregunta se la habían formulado doscientas veces.

—La afronto con ilusión. Es el final de un ciclo que me ha dado muchas alegrías y que ha pasado muy rápido. No me ha resultado pesado. Lo volvería a hacer.

—¿Qué has aprendido con esta experiencia?

—He aprendido a respirar. A ser constante. Y a ganar confianza.

—¿Antes no confiabas en ti?

—Desde que era un niño he luchado por lo que he querido. El arte y mi mujer son el motor de mi vida. Pero es cierto que cuando empiezas una

carrera, los futuros logros los ves muy lejos. Sientes miedo y quizás frustración. Por eso te hablaba de la confianza.

—¿De las sombras nace la luz?

—Siempre. Y también diría que nace de las personas.

—Hablando de personas. Cuando apareciste en el panorama cultural y social, algunas voces te tildaron de intruso y de moda pasajera. Entre ellas, yo —afirmé, persiguiendo una expresión que encontré al segundo—. ¿Te has sentido un intruso en este mundo?

—Intruso, no. Puede que no me sienta cómodo en algunos ambientes, pero nunca un intruso. Solo soy un artista que busca su sitio. Tuve suerte. Mis pinturas gustaron y entendieron mi filosofía. Si no hubiera sido así, me hubiera largado por la misma puerta que entré. ¿Por qué pensabas que era una moda pasajera?

—Irrumpiste en el escenario con mucha fuerza, de la noche a la mañana ocupaste espacios en medios de comunicación, y eres muy joven. Lo que sube rápido suele descender a más velocidad. Pero tú eres una excepción. Te mantienes en la cúspide y vendes cuadros por cantidades de seis y siete cifras.

—Eso es lo de menos.

—Si me lo dijera otro me reiría, pero me lo dices tú y me lo creo.

—Porque es verdad.

—Te creo porque el precio de cada uno de los puntos es el mismo. Podrías haber aprovechado el tirón mediático y obtener unas ganancias brutales con la colección. ¿Por qué no lo has hecho?

—Porque he ganado a otros niveles. Nací artista, no me convertí en artista por dinero. Vera, provengo de una familia humilde y trabajadora, que no tiene relación con el arte. El acceso a la cultura ya de por sí es complicado, los artistas no deberíamos complicarlo más.

Larry hizo una pausa y bebió un sorbo de agua.

—Una apreciación muy bonita y muy cierta —afirmé con cierto sarcasmo—, pero el resto de tus obras las vendes por cantidades astronómicas.

—Y otras las regalo. Ciertas noticias no salen en la prensa.

—Porque no quieres.

—Porque no quiero.

—Leí hace años que Werner Vannay se emocionó al contemplar tu primer punto.

—Werner atravesaba una situación difícil y la obra le llegó. Que alguien se emocione al contemplar una de tus obras es el culmen de la felicidad, es sinónimo de que ha valido la pena el esfuerzo. Con la pintura ocurre lo mismo que en otras disciplinas artísticas. ¿A quién no le conmueve una bonita melodía?

—¿Entonces tus cuadros decoran estancias o curan el alma? —pregunté sin detenerme. Larry Selleck me clavó una mirada pura que me penetró de igual manera que los rayos del sol.

—Las personas que han comprado un punto ven la obra como algo más que un objeto de decoración. Es lo que me interesaba.

—Hablemos de una cuestión que me interesa a mí. El punto número siete… ¿Qué pretendías conseguir con su mensaje?

Selleck se quedó noqueado. Mudo. Bebió un largo sorbo de agua y se recostó en el sofá. Nadie sabía que en la exposición que se inauguraba el sábado se exhibiría *El Séptimo punto de Selleck*. El rumor corría por las Redacciones, pero nadie lo sabía. Yo sí. Nadie sabía que la propietaria del punto era Cristina Pozo. Yo sí. Nadie sabía que su mensaje se había redactado con un propósito concreto…

—Lo mismo que pretendo con el resto —explicó con una mueca confusa—: involucrar al propietario en una historia de la que forma parte. Cada punto es fundamental para la obra final, igual que los mensajes.

Crucé las manos y apoyé la barbilla sobre ellas.

—No mientas. No creo que sea tu estilo.

El artista esbozó una tos entre ronca y atragantada.

—Si me sigues mirando así voy a pensar que puedes leerme la mente.

—Ojalá pudiera, aunque solo fuera unos minutos.

—¿Qué sabes, Vera Belin?

—Lo sé todo, Larry Selleck.

Reconoció la autenticidad de la rotunda afirmación, pidió explicaciones y se las di. Con el aplomo que concede saber los detalles de una historia, relaté con voz templada que la psiquiatra Cristina Pozo era una vieja amiga.

Excluí de la narración que la conocí porque me volví loca de amor y desesperanza, pero no oculté que gracias a mis incisivas preguntas descubrí su historia con Eduardo Albiñana. Admití que gracias a ella me introduje en el apasionante universo Selleck. Ahora el alucinado era él. Es fascinante que en una conversación los papeles se intercambien a saltos irregulares.

—A veces el mundo es tan pequeño que me asusto. —Agitó la cabeza en señal de asombro.

—Y a veces es tan grande que te puedes perder.

—¿Perderte para encontrarte?

—O para que te encuentren.

Ambos sonreímos. Charlar con Selleck era agradable. Su conversación era fluida y paraba mis lanzamientos como el mejor de los guardametas.

—No publiques que en la exposición se mostrará el cuadro.

—No lo haré. Si hubiera querido, ya lo habría publicado.

Debatir sobre Cristina y Eduardo era de lo más entretenido, pero no podía ni debía plasmar aquella información en una revista cultural. El tiempo apremiaba y necesitaba respuestas publicables. Así que me metí hasta el cuello en una conversación que me quedaba grande.

Larry me habló con brío y entusiasmo del artista Ron Gorchov, me explicó que era un genio de la pintura abstracta estadounidense. Recordó la primera exposición individual en Europa de Gorchov, en Las Palmas de Gran Canaria. Selleck asistió a la muestra porque el verano de 2011 visitó España para ver a Cyntia y aprovechó el viaje de vuelta a casa para deleitarse con las cuarenta y tres piezas expuestas en el Centro Atlántico de Arte Moderno. No olvidó nombrar los murales industriales de Detroit, pintados por el mexicano Diego Rivera. Los contrastes entre luces y sombras del artista Edward Hopper. Y se explayó al hablar del pintor español Antonio López, al que elevó a la categoría de Dios del Olimpo.

Larry utilizó tecnicismos que me sonaron a chino mandarín. Me limitaba a asentir convencida y él a brillar con sus argumentaciones.

—¿Qué sentiste al exponer con una de tus alumnas? Con una alumna que aún no ha cumplido los catorce años.

—Claire Sullivan podría darme clases a mí y a unos cuantos más. Su potencial me deslumbró cuando la conocí. Es especial, intuitiva y, siendo

tan joven, una profesional muy seria. Expusimos juntos y fue una experiencia maravillosa, me sentí muy orgulloso.

—Profesor, viajes, exposiciones, pintar doscientos puntos… ¿Cómo consigues compaginarlo? Solo de pensarlo me estreso.

—Es mejor no pensarlo. El resumen es: contar con ayuda, escuchar buenos consejos y tener paciencia. La gente que me rodea me facilita bastante la tarea porque son grandes profesionales que se implican en mis proyectos. Respecto a las clases, imparto cuatro o cinco horas a la semana que me sirven para desconectar y para no perder el rumbo. Diana Wells y J. Gordon me dieron la oportunidad de trabajar en su academia…

—¿Sientes que les debes una parte del triunfo?

—Les debo todo.

—Y a Donna Parkman, ¿qué le debes?

—Noches en vela —contestó una vocecilla.

Cyntia apareció con un vaso de limonada. No sé cuánto tiempo llevaba detrás de mí, seguro que el necesario. Tocó mi hombro con cariño y se sentó junto a Larry.

—¿Es tan exigente como dicen?

—Es peor —afirmó Cyntia.

—Es la mejor —replicó Larry—. Muy exigente, porque debe serlo, pero es una institución. Siempre sabe qué hacer, cómo y cuándo. Nadie le ha regalado nada, la admiro. Es muy buena persona.

Cyntia arqueó las cejas y puso los ojos en blanco.

—Cariño —se dirigió a Larry—, la madre Teresa de Calcuta era buena persona, ella es insufrible. Que conste que yo también la admiro —afirmó —, pero las dos tenemos un carácter muy fuerte y chocamos al tomar decisiones. Vera, este comentario no lo pongas, no sé qué sería capaz de hacerme la Dama de Hierro…

Negué y vi que, a unos metros de distancia, Gloria me miraba enfurecida. Como si sostuviera unas afiladas tijeras, abría y cerraba los dedos con un empuje que asustaba. Quería cortarme la yugular.

—Tengo que terminar —avisé a la pareja—. Se está especulando mucho sobre la figura, palabra, imagen… resultante de la unión de los doscientos puntos. Incluso se hacen apuestas.

—Sí, he escuchado que aparecerá un barco, que los puntos forman el nombre de Cyntia… La expectación que se ha creado me hace gracia y me halaga. Pero no hagas caso, lo que se comenta no es cierto. Soy el único que sabe qué aparecerá en la obra final.

—¿Tú no lo sabes? —Miré a Cyntia.

—No, te lo juro.

—¿Y cuándo lo sabremos el resto de los mortales?

—En abril. Se celebrará un acto en la galería Parkman de Nueva York.

Apagué la grabadora e introduje los utensilios de trabajo en el bolso.

—Tengo curiosidad por saber cuántos españoles son propietarios de uno de los puntos.

—Lo siento, Vera, nunca revelamos esa información, pertenece al ámbito privado —reconoció Larry.

—Lo sé, pero tenía que intentarlo.

Los tres nos levantamos y nos despedimos entre bromas. Ya me iba cuando una pregunta de Selleck me frenó.

—Vera, ¿cambiaste de opinión?

—Sobre qué.

—Sobre las modas pasajeras.

—Sí. Cambié de opinión.

—¿Por qué?

—Desvelé los secretos que se escondían debajo de la almohada.

* * *

Los días posteriores a la entrevista me sentí pletórica. De la grabadora escuché palabras que me pasaron desapercibidas en el encuentro. Y también me sentí un poco vacía, había cumplido uno de mis sueños y debía encontrar los acordes del siguiente.

Estaba terminando de arreglarme cuando sonó el telefonillo de casa. Mejor dicho, de casa de mi abuelo, donde seguía viviendo desde que me mudé de la calle de los Cambios. No quise trasladarme con César al pequeño palacio que poseía, herencia de su abuelo paterno. No sé por qué, pero una voz interior me aconsejó que permaneciera donde estaba.

—Corderilla, es César. Dice que si bajas o sube.

—Dile que bajo.

Cogí los zapatos y los miré con atención. Unos Manolos negros, de tacón de infarto.

Petra mantuvo la habitación de Lucía intacta casi dos años. Cada objeto en su sitio; las fotos, los libros, la ropa… Creó una especie de burbuja que dolía y que chillaba de forma siniestra. Aunque su madre la seguía esperando, se armó de valor y decidió regalar parte de sus enseres a los amigos cercanos. Me sentí una ladrona de guante blanco, pero una tarde de otoño crucé la avenida con una maleta repleta de recuerdos y unos zapatos carísimos. Lucía ahorró cuatro meses para comprarlos.

El albor de una noche plácida caía sobre la ciudad cuando Cristina, César y yo entramos al museo. Cayeron dos copas de champán antes de que anunciaran que podíamos pasar a la sala. La exposición "De lo real a lo infinito" tenía lugar en la Galería I, con un aforo de doscientas personas. La primera sala para un número uno.

Los invitados quedaron fascinados por la muestra del americano. Deambulaban por los tres espacios de la misma galería sin dejar de admirar las obras. En especial *El Séptimo punto de Selleck*. Tardé cerca de una hora en acercarme al cuadro y saltar la barricada de curiosos que miraban al detalle un punto que yo conocía de memoria.

—¿Qué lees?

—¡Hola, Cyntia! Leía el nombre de la obra, la técnica, las medidas. Y lo de que pertenece a una colección particular. Colección particular —repetí con una sonrisa—. Enhorabuena, la exposición es un éxito.

—Gracias. No te he visto esta mañana en la rueda de prensa.

—No he venido, mi compañera Mila cubría el acto. Me ha dicho que ha estado muy bien.

—Sí, Larry estaba inspirado. Vera, ¿aquella mujer rubia es Cristina Pozo? —preguntó.

—La misma.

—No podía ser otra. Es guapísima, como tú. Poseéis una belleza serena, parece que flotáis. Llamáis la atención.

—Ni siquiera mi madre me dedica palabras así de bonitas. Gracias.

—Tengo la manía de decir lo que pienso. Más tarde hablaré con ella.

—Hazlo, por favor. ¿La sigue queriendo?

—Como el primer día.

—Es lo mejor que podía escuchar. ¿Ves al chico que hay junto a Cristina? Se llama César, es mi novio.

Cyntia Robles efectuó un exhaustivo análisis de reconocimiento sobre César.

—Estoy embarazada de veinticuatro semanas y mi marido es la estrella de la noche, pero ¡menudo tío! —expresó con un gesto elocuente que me hizo gracia.

—Lo que tiene de guapo lo tiene de buena persona.

—¿Estás enamorada?

El silencio invadió los metros cuadrados que ocupábamos. Las conversaciones ajenas se convirtieron en un rumor que no formaba parte de nuestro particular ambiente.

—No sabes cuántas horas he permanecido mirando este cuadro —dije por fin—. Podría pintarlo con los ojos cerrados.

—¿Has pasado mucho tiempo en la consulta de Cristina Pozo?

—Demasiado.

—¿Por qué? ¿Qué pasó?

—Imagino que nuestro momento. Nuestra historia pasó de largo y no supe cómo reaccionar. Él tenía ganas de ver mundo… No pudo ser. —Me encogí de hombros—. Acabé en la consulta de Cristina, necesitaba un salvavidas.

Cyntia agarró mi brazo con suavidad.

—¿Ves al matrimonio que hay allí? Los que miran al exterior a través del cristal.

Asentí y la observé atenta.

—Son los padres de Larry. A Joseph lo sedaron para subir al avión y cuando despertó lo único que repetía es que el viaje de vuelta sería un calvario. Ella sigue recordando a un fotógrafo francés que conoció cuando era joven. Pero aprendió a querer a Joseph. Elaine es su salvavidas. ¿Y sabes qué? Estoy casi segura de que no era el papel que quería representar en la vida.

—¿Por qué me lo cuentas?

—Porque tu cara grita que necesita una salida. Mira, ¿ves a esa otra pareja que hay al fondo? En la última sala.

—¿Los que se abrazan?

—Sí, ella se llama Antonia, es como mi madre. Él es Julio, el portero de mi edificio. Se querían pero les faltaba valor. Esperaron sin abandonar la ilusión y la recompensa ha sido increíble. Lo que te quiero decir, Vera —pronunció con su pupila clavada en la mía—, es que si no sientes el vértigo, te bajes del tren. Espera a otro que te haga olvidar lo que hay a tu alrededor. Mi amiga Rose, que falleció hace un año, te diría que no perdieras el tiempo en aprender a querer a alguien.

No contesté.

—Por cierto —añadió—, son siete. Siete españoles son propietarios de un punto de Selleck.

Siete, siete, siete.

OceanofPDF.com

19

—Mamaíta, hoy estás muy rara.

Mi hija había volado desde columpio hasta el suelo. Se había acercado a mí y sujetaba mis mejillas con sus pequeñas manos. La naricita la tenía tan pegada a la mía que sus ojos parecían los de un gato. Los de Buda cuando me mira sin parpadear.

—¿Podré ir a ver los peces?

—Sí, será una excursión muy divertida.

—La primera vez que fuimos vimos las incubadoras de los pingüinos y las estrellas de mar. Ahora vamos a ir a un sitio donde se ven los planetas. Mari Paz nos ha dicho que tendremos que hacer un dibujo.

—Es fantástico. Seguro que aprendes mucho —afirmé y le acaricié el pelo.

—Mamá, ¿qué te pasa?

—Estoy cansada, Lucía.

—Te prometo que no nos paramos más, mamá. Te lo prometo. Llegamos corriendo a la consulta de la tía. Y mañana podrás descansar bajo el desmayo.

Mi hija lo arregla todo en un segundo.

Lucía me dio la mano, le devolví la napolitana y salimos de aquel parque huérfano de niños. Caminamos en silencio. Seguramente ella pensaba en peces, planetas y perros. Yo pensé en el preciso y acertado instante que me bajé del tren. Tardé dos meses en dar el salto. El viaje era muy placentero, pero el paisaje repetitivo. Sin las emocionantes subidas y bajadas que esperaba. Mariela había dejado a César por su exnovio, con el que se casó. En mi caso, lo dejaba por un recuerdo, por la ausencia de vértigo. Lo sentí mucho, aunque no tanto como él. Sé que se hundió cuando

escribí el punto final. Sé que visitó a Cristina en busca de consuelo. Sin embargo, yo encontré consuelo en mi decisión. Me sentí menos traidora y un poco más honesta con mi reflejo.

Mi abuelo también sintió la ruptura. Adoraba las buenas formas y la humildad de César. Cuando tocaban al timbre y un mensajero aparecía con un ramo de rosas, mi abuelo Román me miraba con ganas de exclamar lo equivocada que estaba. Mi madre lo gritaba sin cortapisas.

César no escatimó en presentes conciliadores. Por eso no me extrañó que, la segunda semana de diciembre, una señorita muy amable me llamara al móvil para comunicarme que en una tienda ubicada en la gran vía de las Germanías había una entrega para mí. «¿Una tienda de qué?» le pregunté. Pero la dependienta insistió en omitir la especialidad del lugar. Pensaba que así sería una sorpresa, pero yo no quería sorpresas ni flores, y tampoco una colección de muestras de amor que me hacían sentir más culpable que si hubiera cogido una baja laboral injustificada.

Colgué y me mordí el pulgar. Me asomé a la ventana y no vi a mi amiga para preguntarle qué hacer. Observé el cielo, el negror de las nubes iba a explotar en mil pedazos. Empezaba a chispear y el frío cortaba en dos las pocas ideas que me quedaban. Cerré la ventana, me cubrí el cabello con un gorro de punto verde y salí de casa sin reflexionar cómo debía actuar.

A mitad de camino un diluvio aterrador se cebó conmigo y con mi paraguas rajado. No debía haber ido, el celaje avisaba de lo que podía acontecer. Busqué el número que me había indicado la dependienta a la vez que me camuflaba bajo las cornisas, hasta que lo encontré. Me situé frente a un escaparate decorado con instrumentos musicales. Fruncí el ceño y di unos pasitos hacia atrás. La tienda se llamaba Acordes. Abrí la puerta y caminé entre guitarras, baterías y pianos que me condujeron como pistas hacia el mostrador.

—Buenas tardes, soy Vera Belin. Me han llamado hace un rato. Creo que hay algo para mí —avisé a la dependienta, que examinaba con atención un albarán.

—Hola, Vera —contestó con una sonrisa estupenda—, te he llamado yo. Tienes mucha suerte, los Reyes se han adelantado este año para ti.

—¿Estás segura de que no hay ningún error?

—Si eres Vera Belin, no hay ningún error. Ayer vino un chico guapísimo a… Ay. —Se tapó los labios con un folio—. La he cagado.

—No te preocupes —afirmé, restándole importancia al comentario—. Sé que los Reyes no existen.

No insistí más en una posible equivocación y seguí sin rechistar a la chica que había advertido que mi expareja era un *gentleman*. Caminaba tras la dependienta rellenita recorriendo metros musicales, cuando intuí lo peor.

Durante dos años, César me había regalado tres clases semanales de piano. Sabía que enloquecía por los pianos y aprovechando que él tenía uno decidió que sería buena idea darle uso. Un día apareció por el palacio un señor cincuentón con aire refinado que, con paciencia y tesón, me enseñó los misterios de cada nota. El caballero vestido de traje fue un regalo que no le agradecí lo suficiente.

Murmuré una docena de veces que no podía haber sido capaz. Mis conjeturas se acallaron cuando lo vi al fondo. Envuelto por una lazada roja coronada por una rosa. Podía ser, porque era César y él podía hacer lo que deseara con un chasquido de dedos. Era rico, generoso y me adoraba. Lo único que no había conseguido era enamorarme, ni siquiera aplaudiendo.

Junté las manos como si fuera a rezar una plegaria de agradecimiento. No debía aceptarlo. No resultaba ético aprovecharme de un ser desesperado. Pero sí iba a disfrutar del momento privilegiado que los dioses me habían concedido.

—Aquí lo tienes —anunció—. Tu piano acústico de pared. Ébano pulido. ¿Sabes tocar?

Di saltitos, eufórica por la presentación.

—¡Oh, Dios mío! ¿Puedo abrazarte?

La dependienta se echó a reír.

—Sé tocar, un poco. —Me quité el gorro y lo dejé sobre la banqueta. Acaricié la tapa brillante—. Me apasionan los pianos. Pensaba que era tarde para empezar, pero desmontaron mi creencia. Cuando toco se hace la luz. Solo estamos él y yo. Nos entendemos. Este instrumento ha sido mi refugio en tiempos difíciles. Mi profesor dice que soy una máquina y te aseguro que esa palabra no entra en su vocabulario.

—¿Practicas mucho?

—Muchísimo. ¿Puedo? —Señalé hacia el piano.

—Por favor.

—¿Conoces al pianista Ludovico Einaudi?

—Sí.

—¿*Una Mattina* te gusta?

—Es una delicia.

Retiré la banqueta negra acolchada. Me senté. Volví a acariciar la tapa y la abrí. La tienda estaba desierta. Solo dos mujeres admirando un piano, y un ramillete de emociones en las yemas de mis dedos. La miré, asintió y empecé a interpretar la canción. Envuelta por la magia de la melodía, una lágrima llegó hasta mi garganta. Y de repente, como si formara parte de la armonía, escuché una voz a mis espaldas. Su voz, la misma que algunas noches me persigue en sueños.

—Qué maravilla verte tocar.

Despegué las manos de las teclas y cerré los puños sobre mis rodillas. El corazón se me disparó hasta que lo sentí en mis sienes. Me mantuve paralizada, acompañada por una respiración temerosa. Desconfiando de mis sentidos. Ahogándome en un silencio que me aprisionaba. Me giré lentamente. Con miedo. Y apareció ahí. Sin más. Un espejismo mejorado del Paolo que conocí me miraba con nostalgia.

—No sabía que habías aprendido —añadió.

Me levanté y salí corriendo de la tienda.

—¡Vera!

En el exterior, el aguacero había triplicado su fuerza. Bajo la lluvia contemplé las nubes negras emborronadas y decenas de paraguas que se movían a gran velocidad.

—¡Vera! —gritó a mi lado.

—¿Qué haces aquí?

—He viajado a Europa para pasar la Navidad con mi familia. —Se limpió el agua de la cara—. Quería verte. Necesito recuperarte.

Lo miré absorta. Sin llegar a comprender si la escena formaba parte de un sueño o de una pesadilla.

—¿Necesitas recuperarme? ¿Ahora? ¡No tienes vergüenza, Paolo! ¿Dónde has estado estos años? Mi mejor amiga se estrelló en un coche.

Encontré a mi padre y tengo un hermano. ¿Dónde coño estabas tú? —grité —. ¡Dios mío! No puedes aparecer con un bonito piano y hacer que olvide la agonía que sufrí. ¡Me borraste del mapa!

—Perdóname, por favor. Te he echado de menos… Te quiero, Vera. Para mí tampoco fue fácil. ¡No tuve otra opción!

—Siempre hay otra opción. ¿Tu crueldad no tiene límites? ¿Entiendes que hubiera dado mi vida por ti? Joder, ¡pasé meses en la consulta de una psiquiatra! ¡Me volví loca y me quería morir! ¡Morir! —exclamé en un alarido desgarrador y exploté en un llanto que hizo que él se llevara la mano a la boca—. ¡Me faltaba el aire cuando pensaba en ti! ¡Sabía que no estabas y aun así te buscaba por las calles! —Miré hacia el suelo, mis zapatillas estaban inundadas—. Me perdiste al coger aquel avión. Me perdí. ¿Cuántas veces más podrías abandonarme? ¿No has encontrado a nadie mejor que yo?

—Vámonos de aquí, estás empapada.

—Ni se te ocurra tocarme. —Retiré su brazo con un aspaviento—. Ni se te ocurra.

El diluvio resbalaba por mi rostro. Se mezclaba con las lágrimas del pasado y del presente.

—Paolo, no puedes imaginar cómo te sigo queriendo. Cerraría los ojos y me iría contigo, pero al abrirlos me seguiría doliendo. ¡Tu presencia me duele! ¡Me duele tanto que me sigue faltando el aire!

—Vera, por favor. Te quiero.

—¿Recuerdas lo que me dijiste? Que eras joven, que tenías que mirar por tu futuro… Lo siento, pero yo tengo que mirar por el mío.

Lo observé un instante. El mundo había parado de rodar, como el día que lo vi apoyado en una Harley. No escuchaba el tráfico ni el ajetreo de la gente que huía del temporal y que nos miraba fugazmente. Memoricé su expresión atrayente, los ojos negros más profundos que he visto.

—Te he esperado para decirte adiós. Si me quieres, por favor, no vuelvas nunca más. —Me acerqué, agarré las solapas de su abrigo y le besé con rabia—. Nunca más —susurré en su boca.

Di media vuelta y corrí como si me persiguieran demonios gigantes. Mis propios demonios. Corrí bajo el incesante aguacero de diciembre

mientras me faltaba el aliento. Porque jamás amaría a nadie como a él y sin embargo, no podía perdonarle.

* * *

—¡Sandra, soy yo! ¿Me abres?

Si alguien permanecía en la cama, mi hija lo acababa de despertar.

—Lucia, no hace falta que grites.

—Quería que Daniel me escuchara.

—Daniel está dentro de la barriga, no te puede oír.

—Sí puede.

Se abrieron las puertas del ascensor y Lucia trotó hasta Sandra, que la esperaba frente al mostrador de recepción. Mi hija rodeó su barriga con los brazos, pero no consiguió abarcar semejante volumen.

—Dios mío, Sandra, da la sensación de que vas a tener al niño aquí.

—Yo tengo la misma sensación —afirmó y me dio dos besos—, pero aún me quedan seis semanas. Habéis tardado mucho.

—Ya sabes lo que se alargan los paseos con *la pulguita*.

—¡Mamá! No me llames pulguita delante de la gente.

—Vale, vale. ¿Tú cómo estás?

—¿Por el embarazo?

—Sí, ¿por qué iba a ser?

—Estoy bien —aclaró con gesto amargo—, con ganas de verle la carita. El que está insoportable es César. No me deja hacer nada, me trata como si estuviera enferma. Los días se le hacen más eternos a él que a mí.

—Es muy protector y padre primerizo. Paciencia, amiga.

Por fin César, mi César, era plenamente feliz. La vida le daba una tregua con dos regalos que se llamaban Sandra y Daniel. No podía haber encontrado a una chica mejor para compartir todo lo que era capaz de dar. Miré hacia la izquierda y vi apiladas unas cajas de cartón.

—¿Estáis de limpieza?

Sandra volvió a dibujar una expresión de aflicción a la que no me tenía acostumbrada.

—Ve al despacho.

—¿Qué pasa?

—Vera, ve al despacho.

Dejé el bolso en una silla. Se me hizo un nudo en el estómago.

—Lucía, cariño, cuéntale a Sandra que mañana nos vamos a Madrid a ver al abuelo y al tío Víctor.

—No sabía que tu hermano había vuelto de Suiza.

—Sí, ¡volvió hace una semana! —contestó mi hija. Le brillan los ojos cuando habla de su tío.

Recorrí el pasillo mientras escuchaba como Lucía le explicaba a Sandra nuestros planes. Y de paso, le recordaba que me había ido de viaje con César a la Riviera Maya.

No olía a incienso. Entré en la sala de espera. No encontré tulipanes ni revistas sobre la mesa. Me acerqué hasta la puerta y sin mucha dilación, la abrí. Si alguna vez aquella estancia fue la consulta de una psiquiatra… ya no lo parecía. Ahora era una habitación aséptica. La cortina del pequeño balcón estaba corrida y un cañón de luz solar iluminaba una parte del escritorio, donde solo observé la bola de cristal con la torre Eiffel en el interior y un par de sobres.

Caminé hasta la mesa y me senté en su sillón. La inmensa estantería resplandecía despejada de libros. Las paredes no mostraban obras de arte. Abrí un par de cajones del escritorio. Vacíos. Miré los dos sobres que quedaban frente a mí. Uno pequeño y otro grande, blancos e impolutos. Si estaban allí supuse que tenía que abrirlos. Cogí el de menor tamaño. Me abaniqué con él. Volví a mirar la desnudez inquietante y el aspecto desolador de la consulta. Rasgué el sobre y extraje un folio escrito a mano.

Querida Vera:

El primer día que entraste en esta consulta empezaste a cambiarme la vida. Tu inconformismo me ha enseñado a ser mejor persona y a superar mis miedos. Doy el salto. Gracias por los pequeños empujones. Tus gestos asombran. Ignoras lo especial que eres.

¿Ves lo que hay sobre la mesa? Te regalo París, para que no olvides tus orígenes y el camino que te ha llevado a la silla donde estás sentada.

Te lo dije hace nueve años y te lo vuelvo a decir hoy. Me tendrás para lo que necesites, a cualquier hora del día. Siempre.

Te mereces la felicidad que tienes. A mi pequeña dile que la quiero con todas mis fuerzas. Os voy a echar mucho de menos.

Te espero pronto en Nueva York.

Cristina

PD. El Séptimo punto de Selleck… ¿Cuánto me ofreciste? En el sobre grande hay documentación del cuadro y la dirección que te llevará hasta él. Cuídalo en mi ausencia. Te quiero.

Me llevé el folio al pecho. Y contemplé la esfera llena de agua.

Después del encuentro con Paolo viví desorientada y agotada mentalmente, sufrí una resaca emocional. Sentía como si me hubieran dado un violento golpe en la cabeza y por más que intentaba ubicarme, no lo conseguía. Pero lo que acabó de descolocarme fue la llamada de la dependienta de Acordes. Quería recordarme que mi piano seguía allí, esperándome. Le expliqué que no podía aceptarlo. Incluso le sugerí que llamara al comprador o que lo donara a una ONG y lo subastaran en un acto benéfico propio de las Navidades. No pareció demasiado satisfecha con mis propuestas.

El nuevo año llegó y Paolo no desapareció de mis pensamientos. Ni se esfumó la idea de alquilarme un piso e independizarme. Y es lo que hice. En menos de quince días me instalé con Bolita en un pequeño apartamento. En aquel reducido espacio comenzó mi vida sin César y sin Paolo, pero sí con su gato y su jodido piano. Porque el 10 de enero volví a recibir una llamada de la dependienta. «No me atrevo a donarlo, quédatelo», suplicó. Yo tampoco me atreví a donarlo.

En mi nueva casa estaba cómoda. Apenas iba para dormir, pero era mi espacio, mi tranquilidad. Hasta que alguien llamaba a la puerta y me sacaba del trance.

—¿Qué haces aquí?

—Yo también me alegro de verte —dijo y entró.

—Mila, te vi ayer.

—Sí, por eso he venido hoy. Estás muy baja de moral. El muy cabrón se podía haber quedado donde estaba. ¿Vas en pijama? Son las siete de la tarde de un sábado.

—Me recuerdas tanto a Lucía…

—Lo siento —afirmó con gesto de preocupación.

—No lo sientas. Pienso en ella continuamente.

Mila se hundió en el sofá. Vestía un traje de chaqueta precioso y unos zapatos muy elegantes.

—El piano ocupa mucho espacio.

—Demasiado. ¿Dónde vas así de guapa?

—A trabajar. Tengo la presentación de la película y luego hacen una especie de fiesta. Vamos las dos.

—Ni hablar, hoy es mi día libre.

—Yo voy a trabajar, tú a airearte un poco, que falta te hace.

—No me apetece.

—Vienen el director de la película y también un par de actores —argumentó para convencerme—. ¡Ah! Y viene el compositor de la banda sonora.

—¿Cómo se llama?

—Roger Oisel. Toca el saxo… y es pianista.

Fui a la presentación y a la fiesta posterior. Cuando me presentaron al francés Roger Oisel le temblaron las manos y le vibró la voz. Me sorprendió que un experimentado pianista perdiera el control de su bien más preciado. Dos semanas después de conocernos viajó de nuevo a Valencia, a mi casa. Desde el principio quiso un final feliz. Me conquistó. Nos enamoramos. A los cinco meses me quedé embarazada de Lucía.

* * *

—Mamá.

Levanté la mirada y vi a mi hija apoyada en el marco de la puerta. Me contemplaba asustada e inmóvil. No sabía que también se podía llorar de alegría.

—Ven aquí.

Bordeó la mesa y la subí sobre mis rodillas. Con las caras enfrentadas, como si nos fuéramos a contar un secreto.

—¿Y la tía?

—La tía se ha ido, cariño. Se ha ido lejos, pero va a estar muy bien. Nos ha escrito una carta. —Agité el folio ante sus ojos—. Dice que te quiere muchísimo, que va a pensar en ti todos los días. Y nos ha regalado la bola de París que te encanta.

Lucía miró la bola sin mucho convencimiento.

—¿Y dónde está?

—En Nueva York.

—¿Está más lejos que París?

—Sí.

—¿Y allí nieva?

—Nieva bastante, cariño.

—Mamá, ¿no la vamos a ver más? —preguntó con los ojos vidriosos.

—Claro que la vamos a ver. ¿Quieres que vayamos este verano a visitarla?

Lucía asintió con la tranquilidad que otorga saber que volverás a ver a una persona querida. Me abrazó y recostó la cabeza sobre mi pecho, mirando hacia el balcón. Pasamos segundos así. Calmadas, porque nos teníamos la una a la otra y en el fondo, eso era lo único importante.

—¡Mamá! ¡Mira! —gritó y me clavó las uñas en los brazos. Seguí en un sobresalto su mirada, que se dirigía hacia el techo de la habitación—. ¡Es la tía Lucía!

Una bella y gran mariposa blanca revoloteaba sin descanso a nuestro alrededor. Ambas seguimos su aleteo inquieto con una sonrisa. Mi hija aún era pequeña, pero ya le había explicado que el aleteo de una mariposa puede cambiarlo todo.

Y como si estuviera interpretando una coreografía estudiada, la mariposa se posó sobre la torre Eiffel. Satisfecha. Elegante.

—Sí, mi amor. Es ella.

OceanofPDF.com

20

Los recuerdos golpean mi memoria con la fuerza de una granizada de verano. Sigo sentada en el suelo del salón frente a la tele, con el sombrero de mi abuelo en la cabeza. He visto el vídeo del debut de Lucía una docena de veces y he congelado la imagen otras tantas. Mi mariposa blanca voló muy pronto. La extraño. Pienso en ella, en lo feliz que podía haber sido y en los cafés que dejó pendientes. Verla en movimiento, escucharla… ha sido como si estuviera aquí y nada de lo que ocurrió hubiera sucedido. He podido tocarla de nuevo.

Saco la cinta y la aparto de las demás. Me levanto del suelo, cruzo el salón y llego a mi pequeño espacio de escritura, donde anaqueles cubiertos de libros me cubren las espaldas. No voy a teclear ni una palabra, pasado mañana debo entregar dos artículos de opinión pero estoy como ida, concentrada en una película que no liga con la liberación de cooperantes de Médicos sin Fronteras, sobre lo que tengo que escribir. Desde hace un par de años soy columnista del periódico *Los Angeles Times*. Colaboro con la revista *Variety* y coordino una publicación en español.

Sostengo el sobre y extraigo la partitura de *Una Mattina*, acaricio el pentagrama y las notas. No volví a ver a Paolo. Aquella tarde de diciembre que salí corriendo bajo la lluvia le rogué que si me quería no volviera, y no volvió. Pero al año siguiente recibí un sobre con una partitura y al año siguiente otro… Sabe que vivo en Glendale, es fácil de averiguar, pero envía los sobres a mi casa de Valencia, donde ya no vive nadie. Cuando llega el sobre, mi padre lo recoge, lo introduce en uno más grande y lo envía a Cradle Valley. Mi madre lo tiraría a la basura pero mi padre es más comprensivo, entiende lo que significa perder y mantenerse al margen de tu propia historia. Eso nunca se olvida, por mucho tiempo que pase.

Durante estos años, casi veinte, Paolo ha vivido en cuatro continentes. Desconozco si tiene hijos, si está casado, si consiguió sus metas profesionales. Podría hacer una llamada o una simple búsqueda en el ordenador y resolver el misterio, pero no quiero hacerlo. Me conformo con recibir la partitura que espero con una agitación intrigante. No escribe nada. Hablan las melodías que interpreto como si él me estuviera observando. Quiero pensar que está bien.

No sé cómo habrá acabado Paolo Orsini en algún lugar de los Emiratos Árabes. Pero sé cómo acaba una chica de Valencia en Los Ángeles.

Cuando era joven, un poco más joven e ilusa que ahora, pensaba que jamás saldría de la avenida Carlos III, pero de todo se sale, incluso de las casas que te han visto crecer. En la actualidad resido en un hogar de ensueño y en un barrio precioso que oculta tantos secretos como posesiones. El cambio se lo debo a Roger Oisel, elogiado pianista y compositor de bandas sonoras de películas. Hollywood llamó a su puerta, y si un gran estudio te da la mano lo mejor es apretarla fuerte. Las idas y venidas de Roger, cuando trabajaba en Europa, se me hacían cuesta arriba. Su profesión es sacrificada y nómada, acepté la letra pequeña. Pero estar separados por un océano me iba a consumir. Medité la idea hasta que él pronunció la frase: «Sin vosotras no me voy».

Lucía tenía diez años y era, aún lo es, capaz de adaptarse a un huracán. Mi querido abuelo Román nos había dejado. Y mi madre… a esas alturas había engatusado a mi padre de nuevo. Todavía me cuesta verlos juntos en la morada que les regalé, como un matrimonio modelo que han cumplido las bodas de oro sin cumplirlas.

Cuando anuncié que nos íbamos a Los Ángeles mi madre puso el grito en el cielo, la idea de quedarse sola y no organizarme la vida le produjo un sufrimiento indecible. Mi padre decidió que había llegado la hora de cerrar El desmayo de la bailarina y trasladarse a Valencia para llenar el vacío que dejábamos, y así compartir con ella el pesar insoportable que decía tener. No sé cuál de las dos noticias me dejó más anestesiada. Pero la segunda no la iba a consentir. Después de una reunión con mi padre y mi hermano llegamos a la conclusión de que Víctor era un trotamundos vividor que no podía encadenarse a un árbol con historia. Compré su parte; ahora El

desmayo de la bailarina es mío y en su interior nadie hace promesas que no puedan cumplirse.

Roger Oisel cumple sus promesas, incluso las que no hace. Llena mis días con una dulzura y un deseo incondicional dignos de admiración. Colma mis expectativas cada vez que despierto y me dio una hija que es un milagro. Una niña obstinada e inteligente que decidió estudiar Periodismo por rebeldía y hacerlo tan lejos como podía.

—Mamá —dijo y cerró la pantalla de mi portátil—, préstame atención porque acabo de vislumbrar mi destino.

—¿Eres una visionaria?

—No. Una chica con las ideas claras. Seré una gran periodista y quiero estudiar en la Universidad de Columbia. *In lumine tuo videbimus lumen*.

—¿Y significa?

—*En tu luz veremos la luz*. Es el lema de la Universidad. ¡He visto la luz, mamá!

—Pues apaga la lámpara porque no te vas a ir a Nueva York. ¿Cuándo te vería? En California hay universidades buenísimas donde puedes estudiar Periodismo.

—No quiero una universidad buena, quiero la mejor. Y resulta que la mejor está en Nueva York. ¿Qué culpa tengo yo? Además, estaré con la tía Cristina.

—No vas a irte a Nueva York. Ni con tía ni sin tía.

Lucía se fue a Nueva York. Por no escucharla más, su padre y yo hubiéramos pagado dos veces la matrícula. La opción de Columbia era la mejor para ella y no la peor para mí. Cristina sigue sus movimientos como un detective voraz. Aun así, me siento todo lo tranquila que puede estar una madre con una hija en plena efervescencia de descubrimiento.

Guardo los folios en el sobre. Apago el ordenador. Salgo al porche. Aspiro fuerte el aire que ha decidido frenar su locura pasajera y veo al señor Ellenbogen en su jardín. Me saluda levantando la mano, sostiene un variado ramo de flores. Leo en sus finos labios mi nombre. Es un caballero entrañable.

Camino unos pasos y me acomodo en el balancín. Buda se acuesta en la esquina de la terraza sin perderme de vista. Apenas se escuchan ruidos. El

sonido de algunos pájaros me recuerda dónde estoy. Después de unos minutos de tranquilidad lamida por la memoria, la veo aparecer. Se dirige hacia mí, escorando hacia la derecha, como si estuviera subida en un caballo del tiovivo. Se acerca, me da un beso en la mejilla y se sienta a mi lado.

—¿Qué te pasa? —me pregunta Feli.

—Nada.

—Tienes los ojos hinchados y la cara descompuesta. ¿Por qué lloras?

—No podía escribir y he subido al desván. He abierto unas cajas y he encontrado un vídeo antiguo, junto a muchas cintas que he bajado al salón.

—¿Y funcionaba?

—Sí. Creo que hace unos meses Roger me dijo que estuvo toqueteando un vídeo que había encontrado en el desván, no le presté atención. Ya sabes lo manitas que es. En una de las cintas salía mi amiga Lucía y ha sido como ver mi pasado a través de unos prismáticos.

—Tus vivencias definen la mujer que hoy eres. Es la nostalgia, cariño.

Asiento y me seco las lágrimas.

—Si lloras pensarán que Roger te ha dejado por una actriz de Hollywood. Sería un escándalo maravilloso, pero es falso y no tiene la misma gracia.

—Qué tonta eres.

—¿Cuándo vuelve? ¿Cómo le ha ido el concierto?

—El viernes. Genial, las entradas se agotaron a la hora de salir a la venta.

—Podías haber ido con él, nena. Nunca has estado en Vancouver, ¿no?

—Nunca. Pero no podía ir, esperaba correo importante —contesto sin pensar.

—¿Correo de quién?

—Trabajo. ¿Sabes qué? El lunes viene mi hermano.

—¿Otra vez? ¿Por qué?

—Porque le pago los billetes y aquí tiene alojamiento y comida gratis.

—¿Tu hermano entiende que cumplió los cuarenta? Está muy bien que sea un fotógrafo bohemio y viva cada mes en una ciudad distinta, pero debería dejar de viajar y tener una estabilidad.

—Cuando encuentre su sitio lo hará. El día veinte nos vamos a España a pasar las Navidades. Lucía llegará el veintitrés. Dice que está loca por ver a su abuela. Que estos seis meses se le han hecho eternos. ¿Es necesario que la quiera tanto?

Feli se ríe a carcajadas. Lo hace cuando hablo de mi madre, le parece un tema cómico.

—Es su abuela y su cómplice. Es normal que la quiera. Seguro que tu hija le cuenta cosas que tú ni siquiera imaginas.

—Yo también soy su amiga y su cómplice —replico con el ceño fruncido.

—No, querida. Tú eres su madre. Por cierto, he pasado por la librería Sarafien y tu novela estaba en el escaparate. Vigésimo quinta edición —afirma entusiasmada y me zarandea—. ¡Eres una campeona!

—Como diría un viejo amigo: «He tenido suerte».

—Lo tuyo no es suerte, nena, es valía. ¿Cuándo vas a empezar la segunda?

—Ayer me llamó mi editora. Tengo que empezarla ya.

—¿Sabes de qué va a ir?

—Sí —contesto y enfoco la mirada hacia un rosal.

—¿De qué?

—De una historia que conozco muy bien. Feli, ¿podría nombrarte en el libro?

—¿En serio? —Me mira emocionada—. ¡Sí! Mientras no me llames «zorra» o «cojita».

Las dos reímos. Feli es tan clara como el agua y fina como la porcelana china.

—¿Qué hacías en la librería?

—He ido a ver a una clienta que vive cerca y cuando he terminado me he acercado a cotillear. He hecho un negocio redondo, Vera. Quiere que le diseñe tres bolsos personalizados. El precio se ha multiplicado de una forma considerable, pero no le ha importado. Me encanta vivir aquí —expresa de forma irónica.

—Di que sí. Felicity Ackins, una diseñadora de bolsos imparable y única. Te voy a decir algo —recito con un aire de misterio—, creo que mi

hermano viene tanto porque le gustas. A lo mejor tú le puedes dar la estabilidad que necesita.

—Anda ya. Si le llevo quince años.

—La edad no importa.

No importa nada, repito para mis adentros. Y recuerdo una leyenda japonesa que dice que un hilo rojo invisible conecta a aquellas personas que están destinadas a encontrarse, sin importar tiempo, lugar o circunstancias. Esa leyenda que dice que el hilo rojo se puede estirar, se puede contraer, pero nunca se puede romper.

—En la librería he escuchado a dos hombres que hablaban de Larry Selleck. Mañana se subasta en Christie's su gran pintura, los *Doscientos puntos*.

—Sí, he leído que el precio de la obra se estima entre cuarenta y cincuenta millones de dólares. Será más. Mañana Larry va a abrir muchas bocas y a cerrar muchos puños.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque soy muy lista.

—¿Y quién va a pagar tal barbaridad?

—Un amante del arte, caprichoso y entregado a la causa. Quizás un magnate ruso.

Feli me encañona con una sonrisilla curiosa.

—¿Lo comprará él?

—Puede ser. Mijail es un anciano enfermo que ha hecho todo lo que tenía que hacer. No podría culminar su vida con una compra mejor.

—Bueno, nosotras no podemos comprar el cuadro, pero somos muy felices, ¿a qué sí?

—Sí. *La Vie en Rose*.

—Vera —pronuncia mi amiga, concentrada en la puesta de sol.

—¿Qué?

—¿En serio piensas que le gusto a tu hermano?

Sonrío y nos quedamos en silencio. Dejamos que el suave balanceo meza las reflexiones que bullen en la punta de nuestras lenguas. Cierro los ojos y pienso que nunca estamos completos, que la felicidad es tan fugaz como el vendaval que se ha levantado hace unas horas. Dejamos una parte

de nosotros en cada lugar que habitamos, en cada beso, en cada persona que conocemos. La felicidad son migas de pan que dejamos en el camino por si acaso nos perdemos. Puedes volver atrás y retomar la senda que crees correcta. O mirar hacia adelante y buscar la felicidad en el presente o en un mañana que quizás te brinde el destino.

Respiro hondo y ya no estoy en Cradle Valley. Estoy en el balcón de mi casa, contemplando la avenida Carlos III. Veo a mi amiga Lucía, llena de sueños, mirándome y haciendo aspavientos desde su terraza. Entro en casa y abrazo a mi abuelo Román. Poso mis manos sobre sus mejillas surcadas de arrugas y le digo que le quiero, que es el hombre más importante de mi vida.

Y de repente estoy sentada en los escalones del portal, hipnotizada por el fulgor de una Harley que ruge al viento. Estudio el nerviosismo que domina la figura erguida del conductor. Puedo percibir su aroma. Observo su cazadora de cuero, los vaqueros desgastados… y me descubro sonriendo porque he encontrado la primera miga de pan. Una felicidad plena e inocente que vuelve a conquistar mi alma. Es una imagen tan nítida, tan real, que el miedo a sentir lo que no debo me hace abrir los ojos. Y vuelvo a divisar el paisaje que había dejado cuando los cerré.

Me llevo la mano al bolsillo. Abrazo con mis dedos un llavero que siempre me acompaña y que una joven embarazada me regaló. Un globo terráqueo en miniatura. Aprieto el mundo con rabia, la distancia que lloré desconsolada. Maldigo su mirada. Cada una de las partituras que espero cuando llega el invierno.

Y es en este mismo instante de impotencia confesa cuando una pregunta que nada en las profundidades del tiempo llega hasta mis labios. Y una voz que reconozco mía le susurra al mundo… ¿Cuándo se romperá nuestro hilo rojo? ¿Cuándo?

OceanofPDF.com

Epílogo

Donna Parkman, inflada de un orgullo que pintaba sus mejillas, miró de soslayo a Larry y con una mueca cómplice asintió.

La galería permanecía sumida en una balsa de expectación que sin murmurar podía escucharse en un radio de veinte kilómetros. Amantes de la exclusividad contemplaban, desde distintas alturas, la escena más esperada del año.

Durante un breve lapso de tiempo, que le supo a libertad victoriosa, Larry hizo un barrido sobre la muchedumbre que lo admiraba. Fijó la vista en Ashley Blanc, esta le guiñó un ojo. Ambos compartían nerviosismo y el privilegio de ser únicos. Contempló a Werner Vannay y a su hija Nora. Sonrieron. Seguían marcados por el pasado, pero renovados por sus ilusiones. La mirada del artista se dirigió hacia la derecha, en uno de los escalones visualizó a Eduardo, acompañado de una modelo que olvidaría al despertar.

Larry, con la memoria clavándose en sus retinas, divisó a J. Gordon y Diana Wells, juntos hasta el final, porque ella quería y él se dejaba querer. Miró a Ayumi Sasaki, sibilina y excéntrica, al lado de Claire Sullivan, atenta al profesor que la salvó de la incomprensión de los que no saben percibir lo genuino.

El joven tragó saliva y buscó a Mijail Vasíliev. El ruso permanecía en una de las esquinas de la sala. Con pose resuelta y semblante duro se apoyaba en un bastón de mando invisible que todos veían, incluso Larry.

Avanzó un par de pasos y posó la mano sobre la tela aterciopelada que cubría el lienzo. Sintió el corazón en su estómago. Se volvió y observó a la familia Selleck al completo; a Cyntia con su niña en brazos, la que soñó una

tarde cuando el temor era el máximo exponente de sus despertares. Sonrió emocionado y con un movimiento rápido corrió la tela.

Un ¡oh! coral, seguido de un efusivo aplauso, acogió la esperada obra. Selleck, sin escuchar la ovación, miró a su mujer. Cyntia se quedó boquiabierta. Se sintió completa. Le bastó una imagen para recordar un amor, una habitación, una promesa eterna articulada desde la inocencia. Sus deseos de niña habían volado hasta acabar plasmados en un lienzo.

> *—Todo va a salir bien, Larry.*
>
> *Cyntia se deshizo de los brazos vigorosos del americano, cogió un bolígrafo del escritorio y aparcó sus rodillas sobre la cama.*
>
> *—Mira, tú estás aquí. —Dibujó un punto negro en el mapamundi anclado en el corcho—. Y yo estoy aquí. —Marcó otro punto en España y trazó una línea curva entre ambos—. Solo nos separa un inmenso océano. Hoy en día eso no es nada.*

Doscientos puntos formaban el contorno de una parte del mapamundi y una línea curva cruzaba el rumbo de dos personas. Los colores ocres explotaban en el centro del Atlántico, para dar paso a los distintos azules de un mar en calma, de un amanecer esperado.

Aquella noche de primavera los asistentes nadaron en las aguas de una pintura que no volvieron a ver tan cerca, jamás.

OceanofPDF.com



MYRIAM IMEDIO (Valencia, 1984). Licenciada en Periodismo, ha trabajado durante años como redactora en páginas webs y en distintos medios de ámbito local (*Las Provincias* y *La voz del Mediterráneo*) y en la televisión valenciana *Punt2*. Trabajó en Malta en tareas de investigación y comunicación de proyectos culturales entre los países de la Unión Europea.

En enero de 2015 se autopublicó en Amazon su primera novela: *El séptimo punto de Selleck*, que durante meses estuvo en el top 100 de los libros de ficción más vendidos en España y México. *La esperada Lluvia* es su segunda novela, con la que se ha proclamado ganadora del Premio Internacional de Narrativa Marta de Mont Margal 2019.

OceanofPDF.com